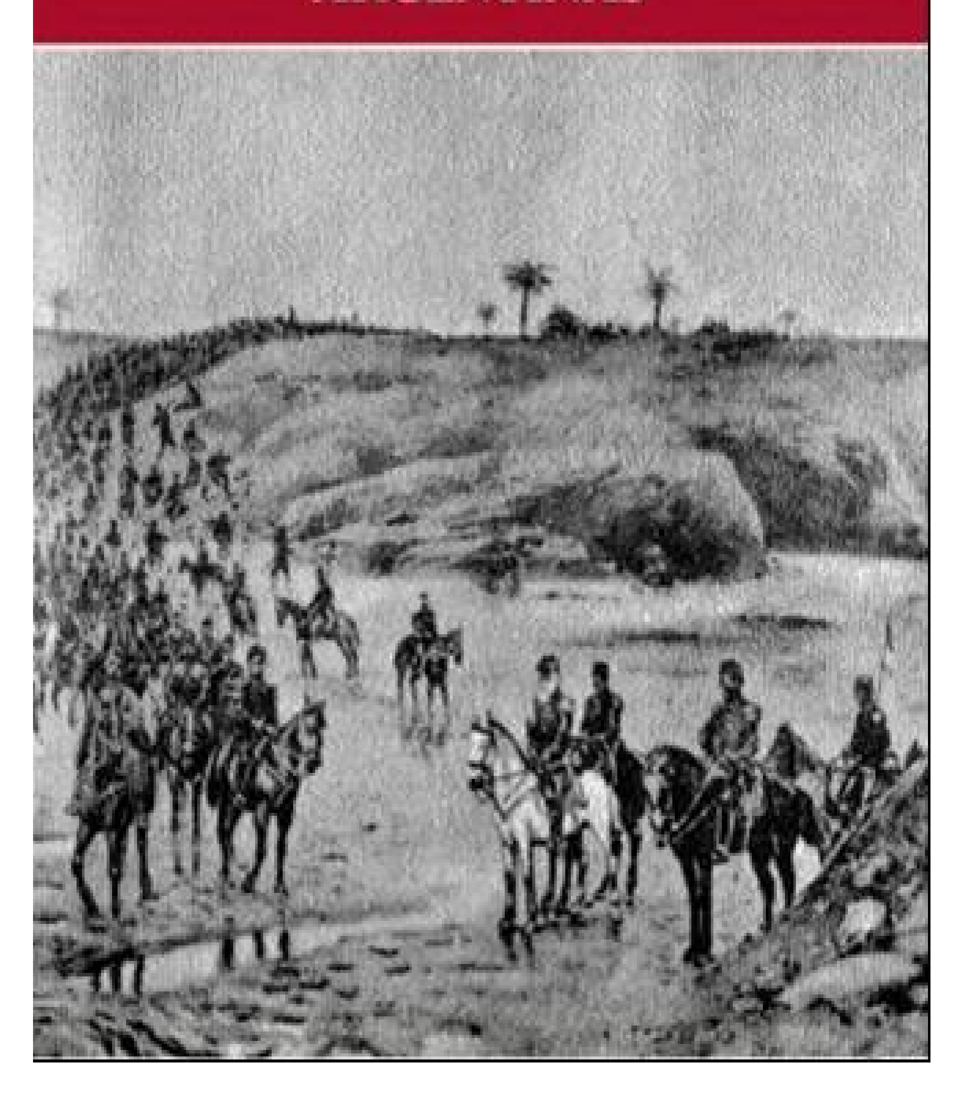
BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

José María Rosa

LA GUERRA DEL PARAGUAY

Y LAS MONTONERAS ARGENTINAS



José María Rosa

La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas

A la memoria de

Luis Alberto de Herrera

Southampton, 17 de febrero de 1869

«Su Excelencia el general D. José de San Martín me honró con la siguiente manda: "La espada que me acompañó en toda la guerra de la Independencia será entregada al general Rosas por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de la Patria…". Y yo, Juan Manuel de Rosas, a su ejemplo, dispongo que mi albacea entregue a S.E. el señor Mariscal Presidente de la República paraguaya y generalísimo de sus ejércitos la espada diplomática y militar que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos, por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido y sigue sosteniendo los derechos de su Patria…»

JUAN MANUEL DE ROSAS

(Archivo General de la Nación. Buenos Aires. Correspondencia Rosas-Roxas y Patrón, vol. 1867-1870).

PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

«La verdadera historia de la guerra del Paraguay»

Con este título escribí durante un año entero, del 16 de octubre de 1958 al 1 de octubre de 1959, cuarenta y ocho notas en el semanario Mayoría de Buenos Aires. Despertaron interés aquí, y voces amigas me alentaron desde Montevideo y Asunción; Luis Alberto de Herrera me facilitó materiales, entre ellos las explícitas notas de Maillefer demostrativas de la situación oriental de 1864.

Terminada su publicación pensé valerme de ellas para escribir un libro completo sobre la guerra del Paraguay. Distaban mis notas de algo definitivo y bien trabajado: eran más la tarea evocativa de un periodista que la labor meticulosa de un historiador. Faltaba compulsar otros documentos, investigar en los archivos de Río de Janeiro y Londres, agotar los repositorios argentinos. No pude hacerlo, porque otras tareas me llevaron por rumbo distinto.

Debo ceder a impulsos amistosos. Ya que no pude escribir el libro completo sobre la guerra del Paraguay, que me propuse publico mis notas tal como salieron en Mayoría hace seis años. Pese a sus defectos entiendo que cumplen el objeto de mostrar —documentalmente— lo que fue el hondo «drama del 65» que dijera Herrera.

El final de un drama

La guerra del Paraguay fue un epílogo. El final de un drama cuyo primer acto está en Caseros el año 1852, el segundo en Cepeda el 59 con sus ribetes de comedia por el pacto de San José de Flores el 11 de noviembre de ese año, el tercero en Pavón en 1861 y las «expediciones punitivas» al interior, el cuarto en la invasión brasileña y mitrista del Estado Oriental con la epopeya de la heroica Paysandú, y el quinto y desenlace en la larga agonía de Paraguay entre 1865 y 1870 y la guerra de montoneras en la Argentina de 1866 al 68.

El *ocaso de la nacionalidad* podría llamarse, con reminiscencias wagnerianas, a esa tragedia de veinte años que descuajó la América española y le quitó la posibilidad de integrarse en una nación; por lo menos durante un largo siglo que aún no hemos transcurrido. Fue la última tentativa de una gran causa empezada por Artigas en las horas iniciales de la Revolución, continuada por San Martín y

Bolívar al cristalizarse la independencia, restaurada por la habilidad y férrea energía de Rosas en los años del *sistema americano*, y que tendría en Francisco Solano López su adalid postrero. Causa de la *Federación de los Pueblos Libres* contra la oligarquía directorial, de una masa nacionalista que busca su unidad y su razón de ser frente a minorías extranjerizantes que ganaban con mantener a América débil y dividida; de la propia determinación oponiéndose a la injerencia foránea; de la patria contra la antipatria, en fin, que la historiografía colonial que padecemos deforma para que los pueblos hispanos no despierten del impuesto letargo. Causa tan vieja como América. Narrarla es escribir la historia de nuestra tierra, es separar a los grandes americanos de las pequeñas figuras de las antologías escolares.

PROLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Complacido acepto la reedición de un texto que escribí en 1958-59 con sentimiento de Patria Grande, aquélla que no se circunscribe a los colores de los mapas ni a las divisiones contemporáneas de una organización administrativa. Porque creo, con los hombres de la Independencia y de la Restauración, que los hispanoamericanos somos parte de una hermandad escindida por intereses foráneos que supieron jugar con habilidad con las contraposiciones locales, las ambiciones bastardas, o simplemente las tonterías de nuestros gobernantes. Nuestra América (o, para darle el nombre creado por Colón cuando el descubrimiento, las *Indias Occidentales*) no consolidó la Nación poderosa que le reservaba el destino, pero alienta en todos sus habitantes —en casi todos— la esperanza de una unidad que es seguridad de fortaleza.

Despojar al pasado de relaciones apócrifas, por apócrifas y porque conspiran contra nuestra unidad, es, pues, el propósito que me mueve a aceptar la reedición de *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*.

No he querido introducirle reformas. Aparte de algunos detalles menores, sólo he modificado la apreciación sobre la manda que Rosas quiso hacer de su espada a Francisco Solano López en los años trágicos de la *residenta* paraguaya. La carta de Rosas a José María Roxas y Patrón, su albacea, menciona el legado que San Martín le hizo de su espada «por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de la Patria» como explicación de su orden de entregar a López «la espada militar y diplomática que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos, por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de su Patria». El historiador que publicó ese documento, Jorge A. Mayer, entendió que Rosas «se propuso enviar a Solano la espada de San Martín»; en el mismo error incurrí yo en *La guerra del Paraguay*. Pero una lectura detenida de la manda de Rosas a su albacea me hizo rectificar en el tomo VII de mi *Historia argentina*, publicado en 1969. Lo que el *Gran Americano* quería legar al mariscal López era su «espada diplomática y militar». Decisión que no pudo cumplirse por la muerte de López en el Aquidaban, en marzo de 1870.

I

ANTECEDENTES

CAPÍTULO 1

FRANCISCO SOLANO LÓPEZ

¡El Presidente ha muerto! ¡Viva el Presidente!

(10 de setiembre de 1862)

Noche del 9 al 10 de setiembre de 1862. Son las tres de la mañana y .las calles de Asunción están desiertas. Apenas algunos madrugadores saborean sus mates en los grandes patios andaluces perfumados de diamelas de las casonas coloniales.

Rompen el silencio tropical cinco cañonazos, que no por esperados resultan menos insólitos en la paz de siglos asuncena. Acaba de morir el Excelentísimo Señor Presidente de la República don Carlos Antonio López. Poco después las vecindades de la Plaza de Armas son un hormigueo de gentes para confirmar la noticia; la bandera tricolor a media asta y la puerta entornada abriéndose a un zaguán apenas iluminado de la casa del Presidente, eran sobradamente expresivas. Sacerdotes, militares (con banda de tafetán negro ceñida al uniforme), familiares, entran en silencio a la Residencia del jefe de Estado a confirmar el óbito de Don Carlos tras veinte años de tranquilo gobierno que hicieron la prosperidad de la patria guaraní.

No era popular ese abogado, improvisado político en los azarosos días de 1840; no era querido, pero tampoco era temido como el doctor Francia. Eso sí, respetado, porque procuró el bien de todos, mantuvo el orden y progresó extraordinariamente la República bajo su paternalismo un tanto caprichoso. Era un hombre de la tierra y procuró que Paraguay fuera de los paraguayos: ningún extranjero podía adquirir propiedades ni especular con el comercio exterior, lo que jamás le perdonaría el cónsul de Inglaterra, Mr. Henderson.

En la mañana del 10 las ceremonias empiezan con el funeral solemne en la vecina catedral, desde cuya cátedra sagrada el elocuente padre Maíz diría el elogio del presidente muerto. Tras el féretro cruza la plaza su hijo mayor, el brigadier general Francisco Solano, que por pliego de mortaja ha asumido la presidencia interina de la República: tiene 36 años y luce con soltura el uniforme de su grado. Todos están pendientes del nuevo Supremo, pues no se duda de que el Congreso lo confirmará en el cargo efectivo: tiene gran prestigio, en Paraguay y en América,

como estudioso del arte militar y como diplomático. La Argentina le debe la paz del 11 de noviembre de 1859, el Estado Oriental los prudentes consejos dados al presidente Berro; solamente con el Imperio de Brasil no ha podido entenderse, ni cuando la expedición de Morgenstein al Hormiguero en 1849 a través de las Misiones argentinas, ni cuando las intrigas de Bellegarde para llevar al Paraguay a una alianza efectiva contra Rosas en 1851, ni en las más recientes ocurrencias de la misión de Paranhos al Paraná. Francisco Solano recela de las intenciones imperiales y se ha cruzado obstinadamente en los propósitos brasileños. Por lo bajo se ha dicho que el emperador había planeado casarlo con su hija menor para atraérselo a la órbita brasileña; quizá un paso para una segunda monarquía en América. Pero López II no pareció emocionarse con el matrimonio regio ni con la corona inducida desde San Cristóbal, e hizo imposible el matrimonio político al desembarcar en Río de Janeiro, de regreso de Europa, acompañado por Elisa Lynch, joven divorciada de veinte años que había unido su destino con el suyo. No fueron posibles en esas condiciones tan poco protocolares las majestuosas recepciones planeadas en su honor por la familia Braganza. Pues si Francisco Solano no podía casarse con Elisa Lynch no quería hacerlo con otra, por más que llegase envuelta en la púrpura imperial.

El nuevo presidente de los paraguayos tiene arrogante la figura, fuerte la prestancia, amable el gesto, imperativa la mirada. Ha nacido para jefe y desde niño ha sido preparado en la tarea a la manera de los *Kronprinzen* de las monarquías europeas. Pero López II cuenta con algo más valioso que una estirpe de muchos reyes: corre por sus venas la sangre impetuosa del pueblo guaraní, y su despierta inteligencia le ha permitido comprender y amar a los suyos que se lo retribuyen con exceso. «Toda una raza se encarnó en él, raza joven, artista y bravia», dice con exactitud Natalicio González. El destino le reservaba la gloria de mostrar al mundo la capacidad heroica del pueblo paraguayo; de vivir y morir como debe hacerlo un paraguayo.

Francisco Solano había meditado esa mañana en el destino de su raza y el inexplicable divorcio de los cachorros del león español. Tal vez uno de ellos, el que lucía arrogante en el escudo de la República, fuera el designado por el destino para reunir a la manada dispersa, pensaría el nuevo presidente, mientras el padre Maíz hacía el elogio del difunto hablando de paz, de orden, de trabajo, de la gran riqueza que los años venturosos trajeron sobre la tierra guaraní. Inmensos bienes, sin duda, pero ¿acaso en acumularlos y gozar de ellos estaba la razón de ser de Paraguay?

En el catafalco, al pie del altar, don Carlos yacía inmóvil en su vistoso uniforme de capitán general, con la banda de la Orden del Mérito cruzada sobre el pecho. Mucho había querido a su Paraguay preservándolo de complicaciones

internacionales. No obstante su hábito guerrero, había sido hombre de paz: abogado y profesor de filosofía en el Seminario, hasta que los acontecimientos lo llevaron al sillón del Supremo. Había sido hombre de paz y sin embargo amaba las cosas de la guerra: los ejércitos adiestrados, los armamentos, las fortificaciones, los navios blindados. Formó el mejor ejército de América del Sud con 18 000 hombres sobre las armas y una reserva de 40 000; impulsó la fundición de Ibicuy, dirigida por el inglés Whitehead contratado en 1855, que fabricaba cañones y armas largas; la joven oficialidad seguía en Europa cursos de adiestramiento especializados. Había elegido para sus hijos la carrera de las armas: Francisco Solano era brigadier general, Venancio velaba por el orden desde el Comando de la Plaza y Angel Benigno estudiaba en la Academia Naval de Río de Janeiro.

Sin embargo don Carlos rehuyó las batallas. Preparó al Paraguay para hacerlas y enseñó a sus hijos a conducirlas, pero personalmente rechazaba la efusión de sangre. Era hombre de letras y no de espada, pese a su uniforme. Esa misma noche, antes de fallecer, había aconsejado a Francisco Solano que emplease sólo la pluma para resolver las querellas pendientes con Brasil.

Tal vez su hijo lo comparaba, mientras oía la elegía del padre Maíz, con Federico Guillermo, el Rey Sargento, forjador de la grandeza prusiana. También Federico había formado el ejército más poderoso de su tiempo sin emplearlo nunca. Pero sería el instrumento de su hijo Federico el Grande para asentar sobre bases firmes la unidad alemana. La historia tenía sus ecos extraños y sus repeticiones asombrosas. ¿No sería *López el Grande* llamado a lograr la unidad hispanoamericana con el ejército formado por *López el Sargento*?

Francisco Solano en ese día de 1862 tenía tras de sí a un pueblo leal, rico, poderosamente fuerte, a quien debería conducir a un destino muy alto: salvar a los hermanos de Hispanoamérica de las asechanzas extranjeras.

La República del Paraguay en 1862

Paraguay era rico, riquísimo. Sus inmensos yerbatales y tabacales abastecían la mayor parte del consumo del sur del continente, y sus maderas valiosas se exportaban a Europa, donde alcanzaban alta cotización. Eran bienes del Estado en su mayor parte, pues la propiedad particular era escasa en esa inmensa república que pasaba de millón y medio de habitantes; la misma población de la vecina República Argentina. La tierra era pública en su casi totalidad, arrendándose en lotes. Los pocos propietarios eran paraguayos nativos, pues la ley impedía a los extranjeros el dominio del suelo; el comercio exterior (exportaba por millón y

medio de pesos anuales, mientras importaba por sólo ochocientos mil) era exclusivo *monopolio del Estado*.

En consecuencia de una balanza comercial favorable entraba oro por setecientos mil pesos anuales en las cajas de la República por el solo rubro del comercio exterior. Esa riqueza se traducía en mejoras que hacían de Paraguay el Estado más próspero de Sudamérica: el ferrocarril a Trinidad, inaugurado hacía un año por el ingeniero. Thompson que se prolongaría a Paraguay y a Itapúa; una numerosa flota mercante que paseaba la bandera tricolor por los ríos y mares (se estudiaba una línea de buques a vapor entre Asunción y Londres con escalas en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro); y el telégrafo construido por el alemán Trinfeldt, que unía a la capital con Humaitá y Paso de la Patria.

Era un verdadero estado socialista la paternalista República del Paraguay; «La mayor parte de la propiedad rural —informa el cónsul inglés Henderson en 1855— es del Estado, de 80 mil yardas de madera llevadas a Europa, 50 mil son del Gobierno. Las mejores casas de la ciudad pertenecen también al gobierno, y éste posee valiosas granjas de cría y agrícolas en todo el país».

La afluencia de dinero ha modificado a Asunción. En 1862 es una ciudad moderna, de calles bien delineadas y cuidada edificación sin perder su fisonomía tropical: el Teatro, el Club Nacional, el Oratorio de la Virgen construidos por el arquitecto italiano Ravizza contratado por el gobierno, y el Palacio Nacional delineado por el inglés Taylor que lucía esculturas de piedra debidas al cincel de Moyniham, son de belleza severa. Pero también ha crecido en cultura a pesar de que desde los tiempos misioneros había sido una tierra «donde todos saben leer y escribir», como decía Alberdi en 1862. Gracias a los desvelos de don Carlos, la instrucción media y superior se ha desarrollado considerablemente: la Escuela Normal, fundada por el español Bermejo, es un modelo en América; se hacían estudios intensivos de gramática, matemáticas, historia, lógica, catecismo; en la de Matemáticas de Pedro Dupuy se profundizaba el conocimiento de las ciencias exactas; en el Colegio Seminario del padre Maíz se daban lecciones de Filosofía y Teología. Si corta vida tuvo el Aula de Derecho creada por Juan Andrés Gelly, más tiempo sobrevivió la Academia Forense de Zenón Rodríguez. Dos escuelas de niñas, regentadas por Eduvigis de Rivière y Dorotea Duprat, educaban a las mujeres paraguayas. Y la Escuela de Impresores y Litógrafos de Carlos Rivière impartía una inapreciable enseñanza profesional.

No terminaba en la Escuela Normal ni el Seminario, la Academia Forense o la Escuela de Matemáticas, la educación de los jóvenes paraguayos. Quienes se habían distinguido en ellas, eran mandados por el gobierno a perfeccionar sus estudios de derecho, medicina, ingeniería o humanidades en las universidades

europeas. Por una ley de 1858, dieciséis jóvenes optaban anualmente a las becas.

Paraguay carecía de deuda exterior. Y por su inmensa riqueza la emisión de 200 000 pesos en papel, sola moneda circulante, se mantenía a la par (5,10 francos por cada peso paraguayo). Era un modelo en América la República Paraguaya, donde la vida era sumamente fácil con la sola condición de haberse tenido la dicha de nacer allí y prestar en forma de trabajo manual, de labor intelectual o de tareas militares, su parte de servicio a la comunidad.

Don Carlos dejaba el 10 de setiembre de 1862 un país rico, tranquilo, fuerte. Un país destinado a una gran misión en América: ¿Guerra?… Tal vez no. Quizá la tarea de anudar los hilos del disperso americanismo no llevase a una contienda militar; quizá pudiera detenerse al Imperio vecino y a los imperialistas lejanos con la sola amenaza. Pero eso sí, Paraguay debería dejar su espléndido aislamiento y jugar braviamente la carta de la defensa de los pueblos hispanoamericanos. Ya el *mitrismo* era dueño, después de la inexplicable retirada de Urquiza y por obra de la saña y el terror de las divisiones porteñas, de la República Argentina entera, y Francisco Solano sabía bien el significado del «mitrismo» en la política platense. No se detendría, no podía detenerse, en las fronteras argentinas y no tardaría alguno de los lugartenientes de Mitre en cruzar el río e invadir con cualquier pretexto la República Oriental. El «mitrismo» era la punta de lanza del colonialismo en el Plata; la minoría extranjerizante que se impone por la ayuda foránea y se mantiene por el engaño y el terror. No habría de admitir que los blancos, mayoritarios y más bien nacionalistas, gobernaran en Montevideo. Y si no podía concluir con el gobierno del Paraguay, habría de aislarlo en el corazón de América.

CAPÍTULO 2

HEGEMONÍA BRASILEÑA DESPUÉS DE CASEROS

Rosas y Brasil

El gravísimo problema que significaba para Rosas Brasil, había concluido favorablemente para el Imperio el 3 de febrero de 1852. He señalado en *La caída de Rosas*[1] los fundamentos del dilema *O Rosas o el Imperio* de la acción diplomática y militar brasileña a partir de 1843, agudizado hacia 1849. Quiero resumirlo, por cuanto el capítulo histórico epilogado en la guerra contra Paraguay de 1865, es una continuación del otro capítulo que hiciera crisis en la guerra contra la Confederación Argentina de 1851.

La presencia de Rosas en Buenos Aires era en 1851 cuestión de vida o muerte para el Imperio. Rosas significaba una voluntad férrea puesta al servicio de un propósito nacional; había logrado la unidad de la porción mayor del virreinato del Plata —disgregado a partir de 1811 por influencia brasileña, principalmente— consolidando las catorce provincias enemigas que amenazaban convertir el extremo sur del continente en una Centroamérica de catorce republiquetas independientes; impedía el avance lusitano en las porciones definitivamente segregadas del trono común, como Paraguay y Uruguay; no reconocía la ocupación de las Misiones Orientales ni la «libre navegación» de los ríos interiores argentinos, orientales o paraguayos y, sobre todo, su política, hábil y enérgica a la vez, amenazaba unir a los países de origen español en una fraternidad de común defensa y respeto recíproco.

No solamente quedaba cerrada la expansión lusitana, sino amenazada la existencia misma del imperio de Brasil. Al «separatismo» en el virreinato del Río de la Plata, fomentado por Brasil desde 1811, había respondido Rosas con un «separatismo» dentro del imperio exteriorizado en una larga insurrección de Río Grande entre 1835 y 1845, y luego en las agitaciones localistas de diversas partes del Imperio.[2] Hacia 1848 los *socialistas* brasileños tomaban al gobierno de Rosas como ejemplo de una república popular sin clases y sin esclavos, establecida en América antes de que los utopistas del socialismo europeo escribieran sus libros. El aplastamiento de la insurrección socialista de los *praieiros* de Pernambuco en 1849 mostró la conexión de sus hombres con Rosas; la prensa democrática de Minas Geraes, Río Grande, Pernambuco, Río de Janeiro, etc., era partidaria en 1851 de una

Federación de las repúblicas brasileñas, advenidas después de abatirse la monarquía, con la Confederación Argentina de Rosas y el Estado Oriental de Oribe.[3] Estaba también el problema de la esclavitud. Como la preponderancia interna de la aristocracia brasileña se basaba en la existencia del trabajo servil, los demócratas hacían cuestión fundamental de su abolición; y el ejemplo de una Argentina económicamente próspera sin descansar en el trabajo de los esclavos, era agitado como elemento de propaganda abolicionista.

Para nadie era un secreto, en Río de Janeiro como en Buenos Aires, que «o el Imperio destruía a Rosas o Rosas destruía al Imperio». A fines de 1850 la situación hizo crisis, apenas Inglaterra y Francia capitularon ante Rosas en las convenciones Southern y Lepredour; el 31 de agosto firmábase en Buenos Aires el retiro de Francia del Plata y treinta días más tarde, el 30 de setiembre, el ministro argentino en Río de Janeiro, general Guido, rompía relaciones diplomáticas con el Imperio como preliminar de la declaración de guerra.

Brasil había querido valerse a su favor de las contradicciones argentinas (unitarios, liberales, «constitucionalistas») para llevar a cabo su política disgregadora; pero Rosas había respondido con una idéntica movilización de las contradicciones brasileñas (republicanos, separatistas, «abolicionistas») para ejercitar a su vez su política igualmente disgregadora. La guerra, a nadie se le ocultaba en Río de Janeiro, sería fatal al Imperio en las condiciones de 1850; de allí los intentos poco menos que desesperados de Brasil para impedir la ratificación del tratado de Lepredour. Y cuando todo parecía perdido para el Imperio, todo conseguiría salvarse: el *milagro de la Casa de Braganza* lo produjo la conversión del jefe del ejército de operaciones argentino pasándose con tropas, armas y bagajes al enemigo. Sobran las pruebas de las ambiciones políticas y comerciales del general convertido, pero podemos prescindir de ellas: aunque su móvil fuese el públicamente expresado de dar una *Constitución Nacional* al país [4], la manera y la ocasión resultaron torpes y alevosas. Después de Caseros, la Argentina tendrá su constitución copiada, pero a costa del sufragio popular, que desapareció hasta 1912, de su grandeza nacional y su política americanista; mientra Brasil mantuvo su monarquía, su esclavitud, su unidad, los límites reclamados, la libre navegación, convirtió al Uruguay en una práctica dependencia suya y dio influencia económica y política al capitalismo anglobrasileño en ambas márgenes del Plata.

La política brasileña después de Caseros

Faltaba la culminación de esa política: hacer permanente la influencia

conseguida en la Argentina y la República Oriental y envolver a Paraguay en iguales redes diplomáticas que las tendidas contra el Uruguay en los tratados de Río de Janeiro de octubre de 1851. Siempre, claro está, que lograra orillarse la oposición inglesa al engrandecimiento de las naciones americanas.

Pues el Imperio chocaba con dos obstáculos en su política de expansión: la resistencia nativa de los *castelhanos*, y los diplomáticos y buques de Inglaterra que no querían dejarse arrebatar el monopolio, y no tolerarían en América del Sur poder más fuerte que el suyo. Pero el Imperio tenía buenas armas en sus magníficos diplomáticos, hábiles para disfrazar sus propósitos a los ministros británicos, e infiltrar su influencia a pesar de los buques de guerra de las estaciones navales inglesas. El don del tacto y la oportunidad no era común en los diplomáticos ingleses de Río de Janeiro y sobraba en cambio en los sagaces aristócratas brasileños. Habían vencido a Rosas y cobrado estipendios cuantiosos por la victoria de Caseros sin que Palmerston, favorable al primer propósito, pero a la espera de recoger la herencia argentina, pudiera llegar a tiempo de impedir el engrandecimiento brasileño. En esa misma diplomacia confiaba Pedro II para completar el dominio del sur. Tal vez no fuera necesaria la guerra, bastando los patacones para corromper y los cañones para amedrentar. Pero si viniera otra vez la guerra, se haría como en 1851 sin grandes riesgos: valiéndose de los mismos *castelhanos* para eliminar a los enemigos de la civilización. Eran duchos sus diplomáticos en preparar coaliciones para salvar la libertad de los hispanoamericanos contra las tiranías vernáculas.

Tal vez no creyeron los brasileños de 1864 a 1866 en la posibilidad de otra guerra en el sur, y menos contra Paraguay; tal vez menospreciaron la capacidad de heroísmo del pueblo paraguayo y su conductor. O imaginaban mayor y voluntaria la contribución —que nunca dejó de ser forzada— de argentinos y orientales. Lo cierto es que Brasil debió emplearse a fondo para vencer el obstáculo del Paraguay, y perderá en esa guerra la hegemonía lograda en Caseros. Porque el Brasil maltrecho y victorioso de 1870 sería fácilmente apartado por Inglaterra, que a la postre fue quien cobrara los estipendios de la hecatombe.

En los esteros paraguayos se hundiría el gran Paraguay de Francisco Solano López, pero también el Brasil imperialista de Pedro II. Y de 1870 en adelante, el dominio financiero inglés se extendería por Uruguay, la Argentina, Brasil y los restos del Paraguay, como dueño absoluto de América del Sur.

Hegemonía brasileña (1852 a 1860)

Honorio Hermeto Carneiro Leao fue el obrero de la hegemonía brasileña. No era un brillante orador, ni su actuación política se prestaba a una aureola de popularidad que, por otra parte, desdeñaba. De allí que el jefe indiscutido de los saquaremas del siglo pasado, el represor eficaz de los tumultos «socialistas» de Pernambuco, el diplomático en el Plata durante la caída de Rosas, el jefe de gabinete de la *conciliación* después de Caseros, no ocupe en la historiografía brasileña el lugar merecido. Quizá su prematura muerte contribuyó a no darle el realce debido.

Honorio Hermeto, agraciado con el título de vizconde, más tarde marqués de Paraná por su labor decisiva en la caída de Rosas, ocupó la jefatura del gabinete el 6 de setiembre de 1853 a su regreso del Plata. Formó el *ministerio de la conciliación*, también llamado de la «*hegemonía*», Juntó a *saquaremas* y *luzias* en el entendimiento del orden para asentar sólidamente las instituciones brasileñas (monarquía, aristocracia, esclavitud) y seguir la obra expansionista de Caseros. Su ministro de Negocios Extranjeros, Limpo de Abreu vizconde de Abaeté, será su gran colaborador en la obra de mantener y ampliar el dominio del continente.

Tres años duró el gabinete de Paraná: hasta el 3 de setiembre de 1856 en que moriría inesperadamente. La desaparición del *Rei Honorio* fue un problema para los conciliados: inútilmente tratarán de mantenerse la «sombra de Paraná» en un gabinete presidido por Caxias. La gran era saquarema había terminado.

Los sucesores no atinaron con la política a seguir. Hacia 1860 resurgen los *luzias* abatidos desde 1848, portando la bandera de la hegemonía continental —la misma de Honorio— gastada en las manos *saquaremas* advenidas tras Honorio. Conducido por un antiguo jefe de la revolución mineira de 1842 —Teófilo Ottoni— extraño profeta de un Brasil progresista y humanitario dominante en América, se había formado un brillante núcleo de jóvenes liberales: Goes Vasconcellos, Almeida Rosa, Saraiva, Nabuco, Furtado… Acusan a los conservadores de «no estar con la hora» y descuidar el engrandecimiento.

Pedro II teme el ímpetu juvenil y hará lo posible por retardar su llegada. Tampoco los viejos y jóvenes *saquaremas* quieren dejar el gobierno. La bancada *luzia* es mayoritaria, pero los hábiles saquaremas consiguen introducir divisiones y celos en sus figuras dirigentes. Un primer ministerio renovador —de Goes Vasconcellos, formado en mayo de 1862— morirá a los seis días: de allí su nombre de gabinete dos anjinhos (de los «angelitos»).

Los *saquaremas* no tienen mayoría para detentar el gobierno, pero los luzias no poseen la suficiente unidad para consolidarse en él. Es la hora de los políticos hábiles, que saben nadar entre dos aguas. Resurge el viejo marqués de Olinda —el

maquiavelo de la Rúa de Lavradío— alejado muchos años por la acción franca y hasta cínica de Honorio Hermeto. Es sobradamente hábil para conseguir el apoyo de los jóvenes *luzias* con una política de expansión nacional, y no descontentar a los conservadores con reformas económicas y sociales. Pedro II le entrega el gobierno en mayo de 1862.

El marqués de Abrantes, ministro de extranjeros (1860 a 1862)

Olinda forma el ministerio *dos velhos* (de los «viejos»), con antiguas notabilidades jubiladas. El anciano ex Regente con sus 72 años es casi el benjamín de la tertulia de valetudinarios que gobernará Brasil en 1862. Sin embargo ¡cuánta energía y habilidad desplegó el gabinete *dos velhos*! En su gestión quedó trazada la política internacional del Imperio que habría de llevar a la intervención en el Uruguay y a la guerra del Paraguay.

Ocupa la cartera de negocios extranjeros el marqués de Abrantes reliquia de los tiempos del Primer Imperio que no había enfriado sus sueños de reincorporar la Cisplatina borrando la derrota de Ituzaingó. El desquite alevoso y solapado de Caseros no le parecía suficiente. Sus antecedentes mostraban un constante afán expansionista. Canciller de don Pedro I en 1830, había enviado a Francia y España al marqués de Santo Amaro con instrucciones de gestionar la formación de una monarquía en la Argentina que fuera «mejor vecina» del Imperio que la república turbulenta y contagiosa de los caudillos federales. Descontaba que Francia y Brasil apoyarían a los *partidos del orden* —los unitarios— en una guerra contra los anarquistas federales, cobrando los franceses su precio con una influencia decisiva en la Argentina, los españoles en un príncipe de su casa reinando en Buenos Aires, y Brasil con la reincorporación de la Cisplatina.[5]

Fracasó Abrantes: la revolución de 1830 en París, la derrota de los unitarios en *Ciudadela*, y finalmente la abdicación de Pedro I impidieron el cumplimiento de su ambicioso plan. También la obstinada negativa de Fernando VII a reconocer la independencia de la América Española, aun con príncipes de su casa en los tronos hispanoamericanos.

El vizconde se llamó a silencio por muchos años. Hasta 1844 en que el canciller Ferreira Franca le encomienda una misión gratísima en Europa: gestionar de Aberdeen y Guizot la participación brasileña en la aventura imperialista contra la Confederación Argentina. También fracasaría, porque Aberdeen no quiso emplear los cañones de Inglaterra para un engrandecimiento de Brasil.

Ahora, en 1862, volvía por tercera vez a la actualidad. Lo alentaba en su expansionismo la misma fe de 1830: tomó a la República Orienta —su deseada Cisplatina— por meta de sus afanes. Como pronta medida trocaría el gobierno *blanco* de los orientales por un complaciente poder *colorado*. Empezó a acumular «agravios» para obligar a una intervención militar (prevista por los tratados de 1851). Reclamó primero «por la violación de derechos y bienes de los súbditos brasileños residentes en el Estado Oriental»;[6] en setiembre, suspendió «en represalias» las escuálidas ventajas orientales del tratado de comercio; el 25 de junio de 1861 envió al presidente Berro una fuerte nota exigiendo inmediatas reparaciones «por los repetidos ultrajes».[7] Todo estuvo dispuesto para la intervención militar y en consecuencia se movilizaron las tropas sobre la línea de frontera.

Vanamente Berro explicaría que no había tales ultrajes; la población brasileña en el Uruguay era muy numerosa, y los «agravios» eran delitos comunes sometidos a la justicia de la República. El gabinete *dos velho* preparó a Brasil para una acción de envergadura que restablecería el prestigio imperial en el Plata: Teófilo Ottoni en su exagerado humanitarismo clamaba en la cámara por una «inmediata intervención en el Uruguay, gobernado por hombres fuera de la especie humana».[8] Pimienta Bueno, en el Senado, calificaba de «tigres de Quinteros» al correcto presidente Berro y a sus ministros pacifistas.

Al tiempo de prepararse en Buenos Aires la expedición de Venancio Flores, cruzarían la frontera los regimientos brasileños. A fines de 1862 los imperiales y sus auxiliares mitristas y colorados, tenían dispuesta la eliminación del partido blanco y del gobierno uruguayo.

Bernardo Berro lanzó un grito de angustia por toda la América española. Le llegaron ecos de apoyo y simpatía de los países lejanos, mientras los diarios de Buenos Aires —del Buenos Aires mitrista — repetían los clamores «humanitarios» de Teófilo Ottoni y Pimenta Bueno, y el presidente Mitre daba formales y mentidas seguridades de «su neutralidad». Pero más allá del Uruguay y del Paraná, en la tierra guaraní celosamente mantenida lejos de los cañones y patacones brasileños, el viejo López aseguraba al ini-nistro oriental Juan José de Herrera que «los incorregibles anarquistas [los mitristas] y los matacos siempre aleves y llenos de doblez»[9] tendrían que verse también con el Paraguay si osaban avanzar sobre el Estado Oriental.

CAPÍTULO 3

MAUA

«Labor improbus omnia vincit…»

En 1823 un niño de nueve años es dejado por un capitán mercante en una casa de Río de Janeiro; debería trabajar de la mañana a la noche sin paga alguna, pues la comida y un catre en el desván serían su única retribución.

Desdichada había sido su vida. A los cinco años vio como su padre, estanciero en Río Grande del Sur, caía muerto por la puñalada de un borracho en un incidente banal. Su madre, joven aún, recibiría proposiciones matrimoniales condicionadas a deshacerse de sus dos hijos: un niño y una niña. Todo se consiguió: la niña, de doce años, fue casada con un vecino, y el niño, de nueve, confiado a un tío paterno navegante entre Brasil y la India que se desharía del obsequio en el puerto de Río de Janeiro.

Solo, en una ciudad desconocida, el niño encontró consuelo en un trabajo extenuador que no le dejaba tiempo para recuerdos y amarguras. Quiso instruirse y, como no podía ir a la escuela, lo hizo a solas en su desván iluminado por el farol de aceite de la calle. Menudas labores —lustre de zapatos, cepillados de trajes, confección de café— a los dependientes «pagos» le daban dinero para adquirir libros. Sobre todo, puso atención a su labor, porque estaba resuelto a ganar algún dinero y volver con su madre y su hermana sin serles una carga.

Años más tarde, cuando llegaron la fortuna y el poder, Pedro II escribiría el dístico *Labor improbus omnia vincit*, «el trabajo ímprobo vence todo», como lema del escudo nobiliario que hacía barón de Mauá a Irineo Evangelista de Souza, el niño abandonado a los nueve años en Río de Janeiro.

El banquero

A los 13 años, Irineo era el empleado de confianza de la casa; laborioso hasta el extenuamiento, era inteligente, modesto y de extrema honradez. Cuando la casa portuguesa donde se inició tuvo que repartir sus bienes entre sus acreedores, fue «adquirido» por el fuerte comerciante inglés Richard Carruthers. Según una

anécdota, el patrón de Irineo, obligado hacia Carruthers le traspasó su dependiente, «la mejor joya de la casa».

La firma Carruthers, financiada por Rothschild, era la principal en el negocio de exportación e importación de Río de Janeiro en 1830: acopiaba algodón, azúcar y cacao, y recibía tejidos confeccionados en Birmingham y Manchester. Irineo aprendió allí los secretos del alto comercio y puso tanto empeño que a los 23 años de edad, Carruthers lo hacía gerente, y después modificaba la firma en *Carruthers y Cía.*, para incluirlo como socio. Finalmente el buen inglés, considerablemente enriquecido por la perspicacia y laboriosidad de Irineo, resolvió que su dinero era ya bastante para procurarle una buena vida en su Inglaterra natal, y traspasó la casa a su socio.

La prosperidad de la firma, hacia 1840, era total: el comercio inglés con Río de Janeiro pasaba casi íntegro por sus almacenes, y su influencia ante el gobierno —obligado naturalmente con los intereses británicos— era considerable. Irineo ampliaría los negocios: no le bastaba la consignación y adquirió algodonales y cafetales para producir por su cuenta. También flotas de barcos que transportaran sus productos, y tuvo fábricas en Manchester que elaboraron el algodón brasileño. A los 37 años poseía la fortuna más sólida de Brasil y sus negocios abarcaban medio mundo.

Caída de Rosas

En 1850 el gabinete brasileño necesitaba dinero para suplir el subsidio francés que hasta entonces mantuvo la defensa de Montevideo: era necesario «adquirir» la plaza, inapreciable para la próxima guerra con la Confederación Argentina. No podía hacerlo directamente sin provocar un *casus belli* con Rosas, todavía inoportuno. Entonces, el ministro de Negocios Extranjeros, Paulino de Souza, buscó a Irineo. En 1878, en su *Exposición a los acreedores y al Público*, recordaría Irineo su intervención decisiva en la política brasileña contra el Plata:

«Desde comienzos de 1850 acompañé todas las evoluciones de la política de Brasil en el Río de la Plata. A mediados de ese año díjome el señor consejero Paulino entonces Ministro de Negocios Extranjeros que, puesto que la actitud de la Legación Argentina se tornaba cada día más pronunciada y Brasil no estaba preparado para aceptar la lucha, tendría el gobierno que reunir sin hacer bulla los elementos precisos para dar el golpe a fin de no encontrarnos envueltos en una guerra duradera que sería funesta para las finanzas del Imperio.

«S. E. me hizo saber que, abandonada la plaza de Montevideo por Francia, o simplemente amenguados los recursos que ésta le suministraba, sería inevitable su calda en poder de Rosas perdiendo así Brasil una base de operaciones en la guerra inevitable que se aproximaba. Que era preciso a todo trance sustentar la plaza con recursos financieros, y como no estaba aún preparado Brasil para hacer la guerra, el gobierno confiaba en mí para prestar los auxilios indispensables como préstamos hechos particularmente por mí.

«El tratado secreto con el representante de la plaza en esta Corte [Andrés Lamas] estableció la importancia de estos auxilios, que fueron entregados por mí sin percibir una partícula de beneficio, por el contrario; sabiendo que los tecursos entregados no eran bastantes para conseguir el fin que se tenía en vista, traté de auxiliar eficazmente la defensa de Montevideo… siendo mi pensamiento concurrir para el triunfo de la política de Brasil en el Rió de la Plata».[1]

Por su participación decisiva en la caída de Rosas, que estabilizó las instituciones políticas y sociales brasileñas y dio hegemonía a Brasil en el continente, Irineo sería ennoblecido con el título de barón de Mauá. En 1874, al financiar el cable entre Brasil y Europa, Pedro II lo ascendería a vizconde.

El Banco Mauá y Cía

Después de 1852, la preponderancia del barón de Mauá es completa en el continente sudamericano: construye ferrocarriles, líneas de navegación a vapor, crea fundiciones, empresas de iluminación a gas, diques flotantes, compañías mineras, estancias en la República Oriental y en Río Grande, cables submarinos, inicia el Banco de Brasil. Más tarde, con la ayuda financiera de los Rothschild de Londres, crea el poderoso *Banco Mauá* con agencias en todo el Imperio y filiales en Nueva York, Londres, Manchester, Montevideo, Rosario y Buenos Aires. Estas últimas formaban la punta de lanza de la penetración anglobrasileña en el sur.

Tras las gafas de oro y la seriedad británica de este riograndense nieto de *bandeirantes*, alentaba el expansionismo de sus abuelos del siglo XVII. Eran otros los tiempos, y otras serían las armas: así como Brasil se engrandeció en perjuicio de los *castelhanos* por el coraje, codicia y patriotismo de los toscos *bandeirantes* de arcabuz al hombro, lo haría en la segunda mitad del siglo XIX por este otro de suaves maneras, cuya arma era la libreta de cheques.

Tras el ejército brasileño, llegó Irineo a Montevideo en 1851; después de Caseros haría la conquista en Buenos Aires.

Ambos países quedaron abiertos a sus negocios. El Banco Mauá y Cía. de Montevideo fue, prácticamente, el dueño del Estado Oriental: poseía estancias, un dique de construcciones navales y era prestamista oficial a buen interés. En 1861, los seis millones de gastos de presupuesto necesitaban dos y medio del Banco Mauá para equilibrarse. Los «billetes de banco» de Mauá eran la moneda circulante en el Uruguay.

Si la República Oriental, entregada como gaje del triunfo a los imperiales, fue presa fácil del Banco Mauá a la caída de Rosas, la Argentina costaría un poco más. Fue necesaria la escisión del 11 de setiembre, y luego la «diplomacia del patacón» ejercida al boleo por el comisionado Paranhos ante el ávido Urquiza desde 1857, para que el barón viniese a Paraná, y ahí, en cuarenta y ocho horas, obtuviera la concesión de su Banco: el 26 de noviembre de 1857 llegó a Paraná, el 28 firmó con el gobierno el convenio reducido el 30 a escritura pública. Mauá consiguió el monopolio bancario con facultad para emitir billetes; sus deudores serían considerados como «deudores del Estado» y sujetos a sus penas criminales y políticas; quedaba liberado de todo impuesto, y sus cajas recibirían toda la recaudación nacional.

El 2 de enero de 1858, se abrió en Rosario el Banco Mauá; más tarde la filial de Buenos Aires. Al iniciarse la guerra de la Triple Alianza Mauá era el árbitro financiero del Plata, y sus gobiernos dependían de sus préstamos.

La guerra desdichada

Mauá no quiso la guerra con Paraguay que trató inútilmente de evitar. Tampoco quiso, contra la opinión de sus connacionales y del gabinete imperial, la invasión de Flores en 1863 que significaba un drenaje continuo a las finanzas orientales y una inseguridad en las propiedades rurales. Mejor que ningún otro brasileño conocía las cosas del Plata, y sabía que Flores solamente se impondría tras una guerra duradoura, y con auxilio de brasileños y argentinos. Duró dos años la «Cruzada Libertadora», terminada solamente cuando la escuadra imperial bombardeó Paysandú.

Si no pudo impedir la guerra de Flores, trató por lo menos de localizarla en el Estado Oriental. Dio patacones a Urquiza a fin de que Entre Ríos no se plegase a los blancos orientales en 1863 —como ya había pronunciamientos públicos— y arrastrara a la Argentina a una guerra a la vez civil e internacional. Después, clamaría inútilmente contra el peligro de una guerra con Solano López, pues contra Paraguay no solamente sería *duradoura* la guerra, sino extenuaría a Brasil que

tendría el peso casi exclusivo de la lucha. Su voz clamó en vano y la guerra se produjo. Debió financiarla por deber de patriotismo, con pleno convencimiento —descargado en sus cartas a Andrés Lamas— de que en esa guerra se hundiría la economía brasileña y tal vez las instituciones del Imperio.[2]

La guerra se ganó después de cinco años terribles. Desapareció Paraguay, pero el Imperio no pudo resistir el enorme costo en hombres y dinero de exterminar a un pueblo, pese a la ayuda —más lírica que eficiente— de los contactos mitristas argentinos y los escasos floristas uruguayos. La guerra consumió mucha población servil brasileña, pues con esclavos negros liberados se remontaban los batallones. No pudo producirse café barato como en 1865; tampoco hubo crédito y una terrible crisis se abatiría sobre el antes floreciente Imperio. Crisis que arrastró al Banco Mauá como necesariamente tenía que ocurrir: en 1875 debió convocar a sus acreedores, dos años después declaraba su quiebra. Como el vizconde tenía un gran sentido del honor entregó hasta sus gafas de oro para pagar a los acreedores; después desapareció entregado a tareas inferiores para ganarse la vida, pues no sabía mendigar a nadie y menos el Imperio, que tanto le debía y no le ayudó a sortear la falencia. Moriría en Niteroi, viejo y olvidado, en 1889, al mismo año de hundirse el Imperio que nunca pudo curar tampoco la herida de la guerra del Paraguay. Acabó Mauá como tenía que acabar: junto con el Imperio que tanto defendió y cuya hegemonía implantara en el Río de la Plata entre Caseros y Cerro Corá, entre 1852 y 1870.

CAPÍTULO 4

LA «DIPLOMACIA DEL PATACÓN» EN LA ARGENTINA Y EL ESTADO ORIENTAL

Los restos de un naufragio

Caseros significó el dominio brasileño en ambas márgenes del Plata. Por los tratados de 1851, impuestos al nuevo gobierno de Montevideo en mayo de 1852, la República Oriental pasó a ser —política y financieramente— un protectorado imperial. La obra iniciada por Lecor en 1816, y resistida por Artigas, los Treinta y Tres, Ituzaingó, se realizaba con la caída de Rosas. Era inútil que la inmensa masa de la población oriental rechazara esta dependencia: ahí estaban los tratados, los «patacones», los buques de guerra y las fuerzas de ocupación para que la hegemonía lusitana se cumpliera.

La Argentina, la pobre Argentina de Urquiza y Mitre —los «restos del naufragio»— no podía oponerse al predominio brasileño sobre la tierra hermana; Urquiza lo había convenido antes de la caída de Rosas y sería inútil que después de Caseros quisiera borrar con el codo sus escritos. Tenía que resignarse a su triste suerte de satélite, enjugándola con el pedido de patacones a título de «aliado del emperador».[1] No era *otro Rosas* como lo temió en su momento el Enviado del Emperador, Honorio Hermeto.[2] Además su situación política no estaba consolidada en Buenos Aires y el mismo Enviado Imperial se encargaba de moverle el piso. Lo habían obligado a dar la garantía argentina exigida por Brasil a los tratados de 1851. Con ella no solamente aceptaba el protectorado brasileño en el Estado Oriental sino renunciaba en nombre de la Argentina a las Misiones Orientales.[3]

El cisma entre Buenos Aires y las trece provincias restantes, prolongado de 1852 a 1861, fue aprovechado por Brasil como por Inglaterra, Francia y Estados Unidos para arrancar bocados a la soberanía argentina. En 1853, por los tratados de San José de Flores, Urquiza entregó los ríos argentinos a la navegación de las tres últimas potencias a cambio de ayudarle a escapar de los porteños.[4] Al empezar ese año, e iniciarse el sitio de Buenos Aires, habían sido tropas de desembarco inglesas, francesas y brasileñas de las escuadras de estación en el Plata quienes impidieron la entrada a la ciudad del ejército federal de Hilario Lagos.[5]

La política de péndulo brasileña y europea mantenía el clima para sacar provecho de ambos enemigos. La equívoca situación ponía a su merced a los dos gobiernos, necesitados de dinero para enfrentarse. Para conseguir «patacones» en número suficiente, estaban dispuestos ambos a pagar el precio en soberanía.

En febrero de 1856 llegó a Paraná el vizconde de Abaeté (Limpo de Abreu) ministro de Negocios Extranjeros en el gabinete de la «conciliación» presidido por Honorio Hermeto. Se debe su presencia a la difícil situación de Brasil con Paraguay, que estuvo en 1854 al borde de una guerra evitada por haber cedido el Imperio en sus pretensiones.[6] Pero podía reanudarse y Brasil necesitaba apoyo.

No se conocen los detalles de las negociaciones de Abaeté con Urquiza, porque los documentos de la Confederación se extraviaron misteriosamente.[7] Cárcano afirma que se convino una alianza militar del Imperio y Urquiza, que no fue confirmada en Río de Janeiro, porque no estaba Brasil dispuesto a emprender una guerra contra Buenos Aires además del Paraguay.[8] Le bastaba un tratado de «amistad» con Urquiza donde se incluyese la libre navegación del río Paraguay y la obligación de Urquiza de sustentarla ante Carlos Antonio López; si surgía un conflicto paraguayo-brasileño por esa causa, Urquiza quedaba maniatado al Imperio.

A su vez Urquiza quería que Brasil se desentendiese de los liberales porteños, y a este precio firmaría cualquier compromiso. Brasil le pidió que le dejase las manos libres en Paraguay en la República Oriental y el presidente argentino aceptó. Y el 7 de marzo de 1856 se firmó el «tratado de amistad y navegación» argentino-brasileño donde se estipulaba la libertad de Brasil para actuar en el Paraguay y República Oriental, y también para navegar los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay «tanto embarcaciones mercantes como de guerra» (art. 14), obligándose a «emplear los medios a su alcance para que la República del Paraguay adhiriera a las estipulaciones que preceden» (art. 20). Por las dudas de una guerra paraguayo-brasileña, quedaba permitido el tránsito y abastecimiento de la escuadra imperial por el Paraná sin sufrir molestia alguna (art. 19). Además, la Confederación neutralizaba Martín García para mejor seguridad de la navegación brasileña (art. 18).

«Todas estas cláusulas del Tratado de Paraná —comenta Cárcano— consagraron el triunfo de la diplomacia brasileña, sancionaron y afianzaron su política tradicional respecto al Paraguay y al Uruguay y a la libre navegación de los ríos que ya estaba resuelta por la legislación argentina y aseguraron al gobierno de la Confederación como su colaborador y aliado».[9] No quedaba nada de la férrea Confederación que dirigiera Juan Manuel de Rosas.

Agradecido a Urquiza, Pedro II le mandó las insignias de la *Orden del Cruzeiro*; por Caseros le había dado en 1852 las de la *Orden de Cristo*. Urquiza era sensible a estas distinciones imperiales.

La «diplomacia del patacón»[10] (1865)

Al año siguiente, se habían agravado las relaciones entre Brasil y Paraguay. El Presidente López estaba disgustasdo con «la ley de los mares» —como llamaba a la libre navegación fluvial— que quería imponerse al río Paraguay, y menos deseaba allanarse a las pretensiones de límites y de ingerencia política de los brasileños. La guerra estuvo por estallar.

En Buenos Aires los periodistas liberales (menos el oriental Juan Carlos Gómez que dirigía «*Tribuna*») eran partidarios de «la causa de la libertad» (es decir de Brasil); en cambio los federales de la Confederación, no obstante la atadura del tratado de Abaeté, se manifestaron favorables al Paraguay que llamaban «causa de América». Era necesario al Imperio ratificar de manera firme el apoyo de Urquiza para neutralizar a su partido; con Urquiza de su lado, Brasil podría presionar mejor a López o hacerle en condiciones más favorables la guerra.

El gabinete del marqués de Olinda envía a Paraná a José María de Silva Paranhos, luego vizconde de Río Branco, una de las grandes mentalidades del Imperio tan pródigo en ellas. Paranhos debe hacerle aceptar a Urquiza un posible tránsito de tropas brasileñas por territorio de la Confederación en caso de una guerra con Paraguay, y luego seguir a Asunción a fin de resolver pacíficamente —si podía— el grave conflicto.

Paranhos, que había sido secretario de Honorio Hermeto en su misión a Montevideo en 1851 cuando la caída de Rosas, conoce bien a Urquiza y sabe el lenguaje que le place. Trae una bolsa repleta de patacones. En noviembre de 1851 había costado 400 000 patacones (más de 2 millones de francos) comprometerlo a cruzar el Paraná y batirlo a Rosas en unión del ejército brasileño; en febrero de 1852, fueron necesarios otros 100 000 para que abandonase la República Oriental en su intento de resistencia a los tratados de Río de Janeiro.[11] Ahora Paranhos espera que con 300 mil patacones haría lo que Brasil le pidiese.

Tan propicio encontró Paranhos a Urquiza, o con tanta habilidad supo jugar sus patacones en el momento oportuno, que no le sacó solamente el importante compromiso que ponía militarmente al Paraguay a merced de Brasil. También lo hizo firmar tres tratados: uno de *navegación* mejorando las condiciones del

anteriormente firmado por Abaeté; otro de *extradición* donde, pasándose a nado la reciente carta constitucional de 1853, se decía que los esclavos brasileños no perdían su condición servil por pisar territorio argentino, y otro de *límites* renunciando la Argentina a la parte de Misiones que le correspondía al oeste de los ríos Pepirí Guazú y San Antonio.[12] Después de tan jugosos beneficios el habilísimo diplomático dio los 300 000 patacones a Urquiza en seis grupos mensuales de 50 000 cada uno.[13] Y siguió viaje al Paraguay para entenderse con Carlos Antonio y Francisco Solano López donde la «diplomacia del patacón» era inoperante.

No consistió la «diplomacia del patacón» solamente en los giros librados por Paranhos. A poco de marchar éste a Asunción, llegó a Paraná Irineo Evangelista de Souza recientemente agraciado con la baronía de Mauá, por su participación en la caída de Rosas. Dueño del banco más poderoso de Sud América (y uno de los más fuertes del mundo) venía a establecer una filial en Rosario con privilegio de institución oficial de gobierno y facultada para emitir billetes de papel. El control financiero-económico de la Confederación lo tendría, pues, una institución bancaria brasileña.[14]

Oposición a la injerencia brasileña en la Argentina

Tanto en Buenos Aires como en el interior (más aquí que allá) la «diplomacia del patacón» tuvo su fuerte y patriótica réplica. No obstante el silencio oficial sobre los tratados de Paranhos y habérselos votado en sesiones secretas algo trascendió de ella; el periodista Carlos Bouquet denunció en *El Imparcial* de Córdoba: «El tratado de límites nos despoja de 4500 leguas de nuestro territorio; el de extradición nos infama».[15] Por escrúpulos de partido no acusaba a Urquiza de la «infamia» sino al ministro Derqui, resignado «chivo emisario» de las cosas pasadas y futuras del estanciero de San José. Sobre todo la condición de los esclavos braileños en territorio argentino, hacía bramar constitucionalmente al joven periodista: «Se ha dispuesto en el art. 15 de la constitución que los esclavos que de cualquier modo se introduzcan queden libres por el solo hecho de pisar territorio de la República, pero es letra muerta para el emisario signatario de nuestro oprobio con Brasil. En la Confederación Argentina hay esclavos desde ahora, pese al énfasis constitucional, y son aquellos habitantes de nuestro país unidos por un contrato servil con un propietario brasileño».[16]

Con poca habilidad el diario oficial *Naciónal Argentino* de Paraná salió a la defensa de los tratados: «La propiedad de esclavos por súbditos brasileños debe respetarse constitucionalmente… porque es un acto constitucional el respeto a la propiedad extranjera».[17]

Pero esa oposición a la que deben agregarse los furibundos artículos de Juan Carlos Gómez en *Tribuna* de Buenos Aires pidiendo una inmediata guerra contra Brasil,[18] consiguió algún resultado: la Cámara de Diputados modificó el tratado de límites borrando las pretensiones brasileñas. Eso no era lo convenido con Paranhos, y éste se negó a canjearlo en esas condiciones. Había que aguardar mejores tiempos: «El Imperio debió esperar la liquidación de la próxima guerra del Paraguay, que ya se diseñaba, para reanudar la campaña», dice Cárcano.[19]

Mayo y Caseros, para don Carlos

Don Carlos resistió las pretensiones brasileñas: tenía consigo las simpatías de la gran masa de federales argentinos y blancos orientales, que se sentían unidos indisolublemente a su destino; pero advertía los estragos que la «diplomacia del patacón» conseguía en los gobernantes. No le cabía dudas a López desde 1853 que una guerra con Brasil era inevitable. Pero al cañón imperial contestaría el cañón guaraní. ¿Dónde formarían los hermanos de raza y sangre? ¿Ayudarían al Paraguay los gobernantes que por sus patacones entregaban el territorio y la legislación de su país? ¿Comprenderían esos «liberales» de Buenos Aires que la *libertad*. no estaba en el dominio extranjero?

El 14 de mayo de 1856, día de la fiesta nacional, Don Carlos dio su habitual alocución al cuerpo diplomático. Bien duras y precisas fueron sus palabras dirigidas al general Guido, representante de la Confederación Argentina, que antes había tenido el honor de representar a Rosas en Río de Janeiro:

«El mes de mayo es el mes de América, pues en él se hizo la revolución de la emancipación. Ningún resultado ha conseguido la Confederación Argentina porque ha perdido su nacionalidad y patriotismo. Los hombres que la gobiernan sólo cuidan de sí y nada de la Patria. También en "*El Nacional*" de Buenos Aires se escribe mucho de libertad, pero ella sólo se goza en el Paraguay»[20] dijo López. Grande y lamentable verdad: la Confederación Argentina había perdido su nacionalidad y patriotismo de los tiempos de Rosas. Es cierto que don Juan Manuel no había reconocido la independencia de Paraguay, pero tampoco lo atacó ni había permitido que el extranjero navegara el Paraná o cruzara las Misiones para hacerlo. Desde la caída de Rosas correspondía al Paraguay —impermeable a los patacones de Paranhos o a los cañones de la escuadra de Ferreira de Oliveira, como lo fue también Rosas a los francos de Martigny y a los cañones de Obligado— la defensa de sus pobres hermanos de raza.

Era buena oportunidad ese mes de mayo para recordar a Rosas, el magnífico

defensor de las soberanías australes. Y rectificando cosas anteriores, don Carlos ordenó a su periódico —*El Semanario*— historiar los atropellos contra el Plata desde 1838, calificando a Rosas, su gran enemigo de antes, de «ponderado defensor de la independencia americana»[21].

CAPÍTULO 5

LA «DIPLOMACIA DEL CAÑÓN» Y PARAGUAY (1853-1858)

Brasil y Paraguay

Con el Paraguay no habría *diplomacia del patacón*; los paraguayos ricos y económicamente independientes, no comprendían el lenguaje del dinero ni admitían una injerencia foránea.

Brasil entendía que Paraguay le debía su independencia[1] y pretendía cobrarse ese crédito con mejoras fronterizas, ventajas fluviales y participación política: la nueva república guaraní no habría de ser una excepción en la hegemonía imperial conseguida en Caseros. De allí la arrogancia del Encargado de Negocios brasileños en Asunción, Felipe José Pereira Leal, que en 1852 se consideraba un procónsul en tierra protegida, como sus colegas en Buenos Aires y Montevideo, Silva Pontes y Paranhos. Pero con Don Carlos eran contraproducentes las jactancias. Pereira Leal exigió los tratados de límites y navegación conforme a los deseos imperiales y don Carlos sostuvo con vehemencia los derechos paraguayos; como Leal recordara las fuerzas militares y navales del Brasil y su «prestigio» en los demás países del Plata, el Presidente expresóse —al decir del brasileño— «con toda animosidad» y le dijo que si llegara el caso «enseñaría a los paraguayos a cortar pescuezos brasileños».[2]

Pereira Leal, «excepción entre los mesurados diplomáticos imperiales» al decir de Cárcano, se lanzó a una campaña difamatoria contra el Presidente entre los enviados extranjeros y aun en la sociedad de Asunción. Por supuesto que don Carlos se enteró de inmediato —el informante fue el comodoro inglés Hotham, que no había de desaprovechar la ocasión —, y le hizo mandar sus pasaportes en setiembre de 1853 deseándole un «próspero viaje». Leal protestaría con vehemencia por el agravio a un Enviado del Emperador; López se limitó a llevarle con su familia al buque cuidando que no se exteriorizara una reacción popular.

En Río de Janeiro calificóse de *ingrata* la conducta de López con un Enviado del Brasil: al Imperio le debía su independencia y habían sido muchos los millones gastados en la caída de Rosas sin que los paraguayos participasen con un peso plata, decía el *Jornal do Commercio* (Nº 139). Brasil había mandado a Asunción instructores militares, armamentos y dirigido la construcción de la fortaleza de

Humaitá preparada contra la Confederación Argentina; eran «señalados favores» a retribuirse, por lo menos, con ventajas territoriales y fluviales, y un tratamiento más cortés.

«No es cierto» —replicó don Carlos en su órgano *El Semanario Independiente*. «La política brasileña frente a Rosas fue siempre vacilante. No fue Paraguay quien buscó a Brasil, sino Brasil a Paraguay, porque temía a Rosas»[3]. No se había ido a la independencia de Paraguay de la Confederación para caer en la dependencia del Imperio.

La «diplomacia del cañón»

En respuesta el gabinete de Río de Janeiro ordenó a fines de 1854 que la escuadra brasileña fuese a Asunción.

Aparentemente en plan de entendimiento diplomático: el jefe de la misión «para allanar obstáculos y concretar convenios de límites y de navegación» era el jefe de la escuadra, Pedro Ferreira de Oliveira. Pero Oliveira no se desceñía la chaqueta de almirante para vestir la casaca de diplomáticos: sus *poderes* eran 20 buques de guerra, con 130 cañones y 2 600 hombres de tropa; sus *instrucciones* le advertían —muy a la brasileña— que la misión era «pacífica», sin embargo estaba facultado para «repeler la fuerza con la fuerza deteniendo embarcaciones de guerra y destruyendo fortificaciones». Debería «exigir una amplia satisfacción por la ofensa inferida a Leal» y *concluir en las condiciones exigidas por el Imperio* «un tratado de navegación y otro de límites».

La presencia en el Plata y Paraná en enero de 1855 de una escuadra imperial desconcertó a los argentinos. Evidentemente no eran los tiempos de Rosas, y la Confederación Argentina ya no era la potencia que contestaba con el cañón de Obligado el paso de las escuadras foráneas por el río.

«Cuatro años hace —escribía el general Guido a M. de Olazábal [30-1-55] —¿creería usted que el Brasil se lanzase a estas expediciones marítimas buscando camorras en el Río de la Plata y sus afluentes? Me parece un sueño lo que estoy presenciando y todo debido a nuestros errores».[4]

Algunos despistados de Buenos Aires protestaron por la «violación de los ríos argentinos». Más había una oposición a Urquiza por tolerar el cruce, que la defensa de los ríos argentinos. Alsina, ministro de gobierno, exigió explicaciones al representante brasileño Joaquín Tomás Amaral. Siguióse una polémica sobre el

alcance de «la libre navegación de los ríos», mientras la escuadra no sólo navegaba las aguas argentinas sino que se abastecía en sus puertos. Desde enero a diciembre de 1855, Alsina amontonó argumentos legales que Amaral descartaba amablemente, sin hacerle el menor caso. Sostenía Alsina —olvidado de su prédica en el *Comercio del Plata* durante los tiempos de Rosas, y su actitud cuando Obligado— «que una escuadra extranjera no puede atravesar aguas jurisdiccionales sin el previo consentimiento»; y Amaral se limitaba a decirle «que sí puede hacerlo», demostrándolo prácticamente con la travesía sin obstáculos de la imperial. La polémica seguía cuando Oliveira estaba en Tres Bocas, desembocadura del Paraguay en el Paraná.[5]

¡Independencia o Muerte!

En Brasil se esperaba que la presencia de la escuadra bastaría para amedrentar a López. Era una «demostración de fuerza» a fin de que don Carlos comprendiese quiénes eran los exclusivos dueños de la cuenca del Plata desde Caseros: la «diplomacia del cañón» contra quienes no entendían la del patacón.

Pero don Carlos preparó la defensa: puso a Asunción en estado de guerra y las baterías costeras de Humaitá recibieron orden de hacer fuego contra los buques brasileños. «El Brasil atropella nuestros ríos y pretende imponernos su autoridad y sus órdenes. Nuestra resistencia será un protesto eterno contra la injusticia del Brasil. ¡Independencia o Muerte!», decía la proclama guerrera distribuida con profusión.[6] La capital quedó evacuada y el tesoro público llevóse a Trinidad.

No era lo esperado por Ferreira de Oliveira; había creído en una simple demostración, y ahora tenía que emplear los cañones. No quiso avanzar más allá de Tres Bocas y cortésmente pidió a López su admisión como «plenipotenciario del emperador». Se le contestó que si su misión «era pacífica y diplomática» dejase fondeada su escuadra y fuera a Asunción en un solo buque, donde sería recibido no obstante la demostración de fuerza «inusitada, injuriosa, ofensiva y humillante, sin necesidad». Si avanzaba con la escuadra, el Paraguay la atacaría como «le imponen su honor y su dignidad».[7]

Oliveira tomó el camino prudente. Dejó la escuadra en Tres Bocas y se adelantó en un solo buque, el 15 de marzo. Don Carlos designó a su hijo y ministro, Francisco Solano para entenderse con el brasileño. Francisco Solano era un diplomático de excelentes condiciones, mientras Oliveira un simple almirante sin penetración de los negocios públicos. La conferencia resultó un triunfo de paciencia y habilidad del joven general. Las *honrosas satisfacciones* se limitaron a

una nota donde se decía que la expulsión de Leal no «pretendía ofender en lo más mínimo la alta dignidad de S. M. el emperador». A Oliveira le parecía poco y pedía algo más: que se desagraviase el pabellón imperial. Solano aceptó siempre que los brasileños contestaran con otros 21 cañonazos a la bandera paraguaya. Se convino así, sin caer en cuenta el brasileño que entonces no había desagravio, sino protocolar saludo.

No pudo haber acuerdo sobre límites porque las instrucciones de Oliveira chocaban con los derechos paraguayos: Francisco Solano le propuso diferir por un año este convenio y entrar a discutir el de *navegación y amistad*. El brasileño tenía orden de obtener a «toda costa» la libre navegación del Paraguay para navios mercantes y de guerra en la misma forma que con el Estado Oriental y la Confederación Argentina; era vital la navegación del Paraguay para el Imperio, sola manera de comunicarse con Matto Grosso. Solano no estaba dispuesto a concederla en forma amplia: le propuso una «libertad restringida» a los buques mercantes y, previa autorización, a dos buquecillos de guerra con menos de ocho cañones y 600 toneladas en conjunto. Y aun, Solano impuso la cláusula de entrar en vigencia cuando hubiera un arreglo definitivo sobre límites.

Oliveira regresó con su imponente escuadra. Al saberse en Brasil lo conseguido, hubo la comprensible indignación. ¿Para eso habían ido veinte buques de guerra gastando tanto dinero? «El resultado era grotesco —comenta Chávez — dado el teatral y costoso despliegue de fuerzas».

«La guerra será inevitable»

En julio (de 1856) el canciller Paranhos hizo saber a Paraguay que desaprobaba el tratado Oliveira-López. Trasuntaba su nota la determinación de conseguir la libertad absoluta de navegar el Paraguay, como navegaba el Plata y el Paraná, e insistía en las pretensiones brasileñas sobre límites.

Volvieron los rumores de guerra. *El Semanario* advirtió que «Paraguay no cedería», equivocándose el Brasil si lo creían «indefenso y aislado»: tenía un buen ejército y simpatías en los demás países del Plata. López resolvió «ganarle de mano al Imperio»: adelantándose a la llegada de otro comisionado — que podía volver con al escuadra — Francisco Solano iría a Río de Janeiro, pero una enfermedad obligó a reemplazarlo por el doctor José Berges. Tres meses discutió Berges con Paranhos: el tratado definitivo de límites quedó aplazado por seis años, y el de *navegación y amistad* repetía las cláusulas del anterior con un aumento en el tonelaje y los cañones de los dos buques que Brasil podía llevar por el río hasta Matto

Grosso; Paraguay se reservaba el derecho de reglamentar la navegación en sus aguas territoriales.

La postergación de los límites no gustó a don Carlos: «el resultado inevitable será la guerra dentro de seis años», se le oyó decir.[8] En cuanto al río por más que quisieran los extranjeros *sería río y no mar*. Estaba dispuesto a valerse de la facultad de reglamentar la navegación para hacerla difícil a los brasileños.

No era solamente con Brasil que López encontraba conflictos. Su recelo nacionalista le hacía chocar con los ministros extranjeros. Consideraba a Paraguay igual a cualquier otro país, y no cedía un ápice en nada. Como la reina Victoria había recibido a Carlos Calvo, ministro paraguayo destacado en Londres sentada y con la corona en la cabeza, don Carlos recibió las credenciales del ministro inglés Christie con sombrero puesto; Paraguay era tan soberano e independiente como Inglaterra y se ceñiría a su misma práctica. Al fin y al cabo su sombrero presidencial no era inferior a la corona de una reina.

«¡Miente usted!»

Valiéndose de la facultad de reglamentar la navegación de los ríos, don Carlos hizo letra muerta del tratado de Berges-Paranhos: los buques extranjeros mercantes o de guerra, deberían llevar un piloto paraguayo, tocar en puertos paraguayos para ser inspeccionados y pasar derecho de pasaje. Lo hizo porque descartaba la guerra con el Brasil por cuestiones de límites, y creía que los brasileños acumularían municiones y armas en el Matto Grosso para atacarlo desde el alto Paraguay.

«El Imperio piensa oprimir a la República con sus dos brazos por la *mar* del Paraná y el alto Paraguay —escribía a Tomás Guido el 25-2-57—."He dicho a usted que es cuestión de tiempo la guerra del Brasil con el Paraguay».[9]

En octubre de 1857, Brasil estableció un puerto en Matto Grosso y concedió franquicia de navegación a Inglaterra. Don Carlos explotó: los derechos otorgados a Brasil por su calidad de ribereño del alto Paraguay no podían transferirse a otros. Para arreglar el grave conflicto, el Imperio destacó a José María de Amaral, posiblemente el diplomático, incluido Pereyra Leal, menos indicado para tratar con don Carlos. Era orgulloso y altanero: necesariamente chocaría con el orgullo y la altanería del Presidente. Las primeras molestias las tuvo en su viaje en el vapor de guerra *Paraguazú* que, conforme al decreto reglamentario, fue obligado a fondear en Humaitá para ser inspeccionado. Amaral llegó furioso a Asunción. Sus

entrevistas con el presidente fueron dramáticas: «*¡Miente usted!*», interrumpía constantemente don Carlos las palabras del brasileño. Amaral contestó al final «*el que miente es V. Excelencia*», y pidió licencia para irse que, naturalmente, le fue concedida. Contaría don Carlos, «que no había ordenado hundir a cañonazos el barco por lástima del viejito».

Las relaciones quedaron en pie de guerra; la iniciación de hostilidades se esperaba de un momento a otro. *El Semanario* protestaba por el apoyo que daban a los brasileños los liberales porteños; en cambio la prensa federal, en Buenos Aires y en la Confederación era unánime a favor del Paraguay.

«Los que deberían ser amigos del Paraguay por su propio bien, marchan de acuerdo con el enemigo común» —escribía López a Guido el 26-5-57, quejándose de la prensa liberal de Buenos Aires — . «Las pretensiones del Brasil incurablemente expansivas no se limitan al territorio paraguayo», contestaba Guido lamentando el extravío de algunos porteños «más imperiales que argentinos».[10]

Misión Paranhos: la paz o la guerra

Una guerra entre Brasil y Paraguay era en 1857 una aventura para el Imperio. Paraguay tendría el apoyo de los estados sudamericanos (menos Buenos Aires), y su resultado podía significar la pérdida de las ventajas adquiridas en Casaros.

No había duda sobre la simpatía paraguayista de federales argentinos y blancos orientales que no se equilibraba con la posición contraria de liberales y colorados. En 1857 los federales y los blancos eran dueños de la Confederación Argentina y del Estado Oriental. Es cierto que se encontraban atados al Imperio por los compromisos surgidos de Caseros, pero de alguna manera podía contarse con ellos para llevarlos a guerrear contra los paraguayos. El Imperio tendría que realizar un esfuerzo que tal vez no podía cumplir.

A eso debióse que el ministro de Negocios Extranjeros, José M. de Silva Paranhos, dejase la cartera y emprendiera el viaje al Plata en misión especial ante los gobiernos de Paraná y Asunción. Si conseguía vencer —y era consumado diplomático— la guerra se postergaría para mejor ocasión. Por las dudas, procuraría la alianza o la benevolencia de Urquiza para quien llevaba los «patacones necesarios»[11].

En capítulo anterior vimos el resultado de la «diplomacia del patacón» hábilmente empleada por Paranhos en Paraná; no solamente consiguió el permiso —rigurosamente secreto— de transitar a través de territorio argentino para llevar un ejército contra Paraguay, sino que sacó ventajas comerciales, fluviales y de límites. El patacón daba para todo.

Después de cumplir su cometido con Urquiza marchó a Asunción en enero de 1858. Lo recibieron con toque de clarines y mientras cruzaba su buque hubo maniobras de guerra en Humaitá: «No me dejé impresionar —comunicó a su gobierno—, me conduje con prudencia pero con firmeza».[12] El futuro vizconde de Rió Branco era el diplomático más fino que tuvo Brasil; no se dio por enterado de las salidas de tono de don Carlos («No es posible un acuerdo amigable atento a sus declaraciones» le contestó el presidente a su discurso) y gestionó con insistencia un *convenio ventajoso* para todos.

Francisco Solano fue otra vez nombrado por su padre para negociar con el brasileño. Ni uno ni otro querían la guerra, aunque los dos la creían inevitable.

Como ambos estaban de acuerdo en postergar la guerra, no fue difícil entenderse en una solución de momento. Paranhos tenía que volver a su país con un triunfo, aunque fuese pequeño, para balancear los reiterados fracasos de los diplomáticos en Asunción. Por ejemplo: dejar sin efecto las reglamentaciones fluviales, sustituyéndolas por un tratado bilateral que dijera más o menos lo mismo. Solano estaba dispuesto a conceder más, que fueran tres y no dos los buques de guerra que remontarían el Paraguay.

Así se convino en una *convención fluvial ampliatoria*. De la de límites, ni hablar. «Y era lógico —comentó Paranhos a su gobierno— pues Paraguay no podía ceder al mismo tiempo en la cuestión de navegación y en la de límites». El sagaz diplomático sabía que Paraguay en poco había cedido, pero convenía magnificar la pequeñez lograda.

La guerra quedó postergada.

CAPÍTULO 6

PARAGUAY E INGLATERRA: LA CUESTIÓN CANSTATT

La diplomacia del «marinero herido»

Al discutirse en la Asamblea Nacional francesa, en enero de 1850, las bases de un arreglo con Rosas, Thiers, oponiéndose a reconocer el triunfo del Restaurador argentino decía: «Hagamos como Inglaterra que por un marinero herido no duda en hacer una guerra tratándose de un país pequeño donde conviene afirmar los intereses comerciales. El contrapeso del comercio con los países productores de materias primas, es hacerse temer por ellos».

En el siglo XIX la diplomacia del «marinero herido» fue una constante de Gran Bretaña para presionar a los países pequeños. Se empezaba con reclamos inatendibles, seguía la presencia de una escuadra en aguas jurisdiccionales, y luego venían el bloqueo, los registros y decomisos de buques, y algunos cañonazos si había resistencia de los nativos. Todo en nombre de los *derechos humanos*, *la libertad de navegación o de comercio* y otros principios elevados a la categoría de dogmas del derecho internacional público. Finalmente se concertaba con el invadido un tratado de «amistad, comercio y navegación» tomándose los ingleses el derecho de usar las aguas jurisdiccionales, construir factorías, entrar sus productos sin trabas aduaneras y gozar sus residentes de un régimen legal de excepción que los ponía fuera de las leyes locales.

La *libertad* gestionada por medio tan expeditivo, era para los ingleses y nada más que para los ingleses. Una libertad bien entendida empieza y concluye en casa. A veces la guerra terminaba con a libertad de introducir opio —como con China en 1842— resistida por la tiranía nativa que pretendía restringir a sus nacionales la libertad de fumar una droga monopolizada por el comercio británico.

La lección de Rosas

Nunca faltaban nativos entusiastas de la libertad que luchaban contra las tiranías autóctonas junto a los expedicionarios ingleses. Pero no siempre la aventura terminaba con una victoria. Solía ocurrir que los *tiranos* tenían arraigo

entre los suyos y osaban defender la libre determinación de sus pueblos. A veces, como lo hiciera Rosas, en 1845, llevaban también el combate a la prensa y al parlamento ganando a su favor la opinión pública inglesa siempre sensible a la justicia. Fue la técnica usada por Rosas entre 1845 y 1849 para resistir a la invasión anglo-francesa. Empezó con los cañonazos de Obligado, pero siguió con subvenciones a la prensa europea, apoyo en los tenedores de títulos argentinos, publicaciones de documentos, evacuación de consultas de los abogados más notables, suministro de informaciones a representantes de la oposición. Así consiguió que fracasara la intentona de Aberdeen y Luis Felipe, y su fina lección de conducción diplomática no sería olvidada por los otros *tiranos* de América y Asia. Las contradicciones de los imperialistas serían empleadas por los agravios para impedir sus avances. Una guerra contra el imperialismo es como el *yudo japonés*: el pequeño, para ganar, debe apoyarse en la fuerza del adversario grande.

La cuestión Canstatt (1859)

En febrero de 1859 descubrióse en Asunción un complot contra la vida de Carlos Antonio López. Entre los conjurados estaba Santiago Canstatt, oriental de nacimiento pero de padre o abuelo inglés. Había llegado a Paraguay con pasaporte uruguayo, aunque para ejercer unas dudosas actividades de comerciante se había inscripto años atrás en el registro del consulado británico de Buenos Aires.

Canstatt, junto con los demás complotados, fue reducido a prisión. Recurrió a los cónsules de sus dos países, y el de Inglaterra —Mr. Henderson— se apresuró a pedir la «libertad del súbdito inglés Mr. James Canstatt». Contestó el gobierno paraguayo que «el ciudadano oriental Santiago Canstatt estaba sometido a las leyes paraguayas por un grave delito contra el orden público». Siguióse una polémica donde el tono fue subiendo nota a nota: Henderson dejó de pedir y con acento imperioso reclamó por *la injusticia notoria*. Solicitaba no solamente la libertad de Canstatt sino una indemnización «por sus padecimientos personales», y sobre todo una reparación condigna al Gobierno de S. M. la Reina por la «falta de respeto» del Paraguay al desobedecer su reclamación diplomática.

No era el tono para dirigirse a Carlos Antonio López, y Hender-son debía saberlo. ¿Qué buscaba el cónsul al precipitar un conflicto? ¿Ponerse en situación para transar más tarde con el correspondiente tratado de «amistad, comercio y navegación», que abriera el inaccesible Paraguay a la entrada de productos manufacturados británicos, y permitiera el cruce de navios mercantes ingleses por el río? ¿O alinearse junto a Brasil en la futura guerra, dificultosamente postergada desde 1857? Es conjeturable lo primero: Paraguay obraba como un estado

soberano, se permitía el lujo de proteger su industria artesanal y llegaba en su osadía hasta poseer fundiciones de acero. No se le permitiría por mucho tiempo ser la excepción entre los países sometidos de Sudamérica.

López dio pasaporte a Henderson. La respuesta inglesa fue que los buques ingleses de guerra, estacionados frente a Buenos Aires, trataran de apoderarse del *Tacuarí* donde iba Francisco Solano López después de conseguida la unidad de los argentinos en el tratado de San José de Flores. No obstante el agradecimiento que se le debía, Carlos Tejedor, ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, eludió formular una protesta por la actitud inglesa contra un huésped argentino, y realizada sobre todo en aguas jurisdiccionales porteñas. No se limitó el almirante inglés Lushington a la agresión: expresó ser la «cuestión de Mr. James Canstatt un continuado insulto a S. M. la Reina» y públicamente anunció que su escuadra —de 14 buques con dos mil hombres de desembarco— atacaría al Paraguay.

La técnica de Rosas

Frente a la agresión inglesa, nada podía esperar el Paraguay de las pobres repúblicas del Plata sometidas al dominio anglobrasileño. La nota de Tejedor era sobradamente elocuente: Paraguay quedaría solo ante Inglaterra.

Don Carlos se apresuró a reforzar una vez más las baterías de Humaitá. Aconsejado por Carlos Calvo se dispuso a emplear la técnica de Rosas si llegaban los buques ingleses: los recibirían a cañonazos, pero también radicaría el pleito en Londres llamando en¿u apoyo a la opinión pública inglesa. Había algo más fuerte que la escuadra británica, y era el sentimiento de justicia del pueblo británico.

Para formular el pleito en las mejores condiciones, López puso en libertad al «ciudadano oriental don Jaime Canstatt, remitiéndolo a su patria»; después entregó instrucciones a Calvo para pleitear en Londres la reparación del agravio cometido por el almirante Lushington.

El ministro de Inglaterra en Buenos Aires, Mr. Thornton, declaró que Calvo no sería recibido en Londres mientras Paraguay no cumpliese las exigencias inglesas: indemnización a Canstatt y desagravio a Inglaterra «por la falta de respeto» hacia el cónsul Henderson. Pero el pretexto se le escapaba a los interventores: Canstatt estaba ya en libertad y sólo quedaba en pie el acto desmedido de emprenderla a cañonazos con un buque de guerra paraguayo. Ante un juez como el británico la sentencia no parecía dudosa. «No ha de extrañarse la opinión del gringo Thornton — escribía López a Calvo el 20 de junio de 1860 —…

Es la suma de la insolencia decir que Ud. no será recibido mientras no sea indemnizado el oriental traidor Santiago Canstatt… ¿Capitular?… Ni por el valor de un peso, porque no se trata de la cantidad sino de la dignidad del gobierno. Diga Ud. que estamos dispuestos a aceptar la guerra como único medio de defender la paz de una manera honrosa y sólida, sean cuales sean los sacrificios que llegue a importar».[1]

Calvo obró con habilidad. Hizo público en dos periódicos el absurdo incidente, y requirió la opinión de destacados profesores ingleses de derecho de gentes. Naturalmente todas fueron favorables a Paraguay y condenatorias de la actitud de Lushington y Henderson. Era la táctica de Manuel Moreno, ministro de la Confederación Argentina en Londres en 1845. Se destacó una bien llevada campaña de prensa, y algunas voces favorables a López se hicieron oír en el Parlamento británico. A su vez Lushington comunicaba al gobierno que en Humaitá parecían dispuestos a resistir el cruce.

Verdaderamente el juego no valía la candela. Y lord John Russel, jefe del gobierno, creyó mejor no arriesgarse. En abril de 1862, Thornton recibía instrucciones de ir a Asunción para arreglar «el incidente». Lo hizo en forma que significó un triunfo para Paraguay. Reconoció que el gobierno inglés «no se proponía abrogarse el derecho de intervenir en la jurisdicción paraguaya, ni estuvo en su ánimo impedir la ejecución de las leyes de la República», en cuanto a la agresión del *Tacuarí* «fue un acto ajeno al gobierno de S. M. la Reina» realizado por un almirante espontáneamente y bajo su exclusiva responsabilidad. El representante inglés «lo deportaba» y anunciaba que se tomarían medidas contra el jefe naval que así había comprometido a Inglaterra. Era cantar la *palinodia* en forma.

Brasil

El triunfo diplomático paraguayo desagradó en Brasil. Por un momento se había esperado que la escuadra inglesa, junto con la imperial, se impusieran sobre el díscolo don Carlos, como en 1844 se había creído en una posible colaboración brasileña con Inglaterra y Francia en la aventura de la intervención contra Rosas. Pero Inglaterra acababa de demostrar ahora, como antes, que se guiaba por sus propios y exclusivos intereses. No iría a sacarles las castañas del fuego a los brasileños; serían éstos quienes las sacarían — en Paraguay hoy, como en la Argentina de ayer— para los ingleses.

CAPÍTULO 7

INGLATERRA Y BRASIL: LA CUESTIÓN CHRISTIE

Tres beodos y la policía (1862)

Un domingo del otoño de 1862 — exactamente el 17 de junio — , dos oficiales y el capellán del buque de guerra inglés *Fort* llegado a Río de Janeiro, fueron a pasear por el bosque de Tijuca. El día era festivo, el clima maravilloso y larga había sido la navegación desde Inglaterra: los tres marinos se excedieron en la bebida y exteriorizaron exageradamente su alegría motivando que un centinela de color del puesto policial de Tijuca les llamara la atención. Los ingleses no aceptaron la reprimenda y la emprendieron a golpes con el centinela, quien llamó en auxilio a sus compañeros; a poco, la plácida Tijuca era un verdadero campo de batalla, terminada con el apresamiento de los ingleses, capellán inclusive, que fueron mandados a dormir la borrachera en el depósito de contraventores.

Este hecho trivial, semejante a tantos que ocurrían en los puertos donde abundan los marinos alegres y corre generoso el alcohol, iniciaría uno de los incidentes diplomáticos más resonantes entre Inglaterra y Brasil. Era ministro de Gran Bretaña en Río de Janeiro William Bouglas Christie, cuyo carácter áspero y altivo había chocado anteriormente con Carlos Antonio López, cuando el inglés estuvo destinado en Asunción hacia 1860.[1] Tal vez Christie quedó resentido con los *south-americains* desde que López de Paraguay, por no ser menos que la Reina Victoria, lo había recibido sentado y con sombrero puesto. Entonces debió transigir pues no había buques ingleses en el río Paraguay. Pero Brasil estaba abierto a las escuadras británicas, y presentó una agria protesta «por el inaudito atentado contra tres oficiales de la marina de S. M. la Reina», exigiendo: 1.º el castigo del centinela del puesto policial de Tijuca «por agraviar» a los ingleses; 2.º la dimisión del comandante del destacamento policial de Tijuca por apresarlos y, 3.º una censura al Jefe de Policía de Río de Janeiro por tolerar el «agravio».

Era ministro de Negocios Extranjeros, el marqués de Abrantes. Contestó la nota de Christie con la mesura de la diplomacia imperial ante los reclamos ingleses: ambos marinos y el capellán estaban en manifiesto estado de ebriedad y habían sido los promotores del incidente; ninguno de los tres llevaba uniforme; la conducta de la policía había sido la indicada por las circunstancias, y los tres alborotadores —después de pasar una noche en la prevención— quedaron en

libertad. No obstante, el gobierno imperial se apresuraba a «dar las satisfacciones necesarias, a pesar de encontrarse convencido de que el alférez Braz Cupertino do Amaral (comandante policial de Tijuca) no había procedido con intenciones de ofender a la marina de S. M. la Reina de Inglaterra».

No aceptó Christie la satisfacción y exigió el cumplimiento estricto de sus reclamaciones. Las cosas se complicaron con el naufragio de una barcaza mercante inglesa en las costas del Albardón. Christie acusó a los habitantes del litoral de apoderarse de los restos del naufragio exigiendo al gobierno brasileño el reemplazo de 6525 libras esterlinas en que tasaba la carga. Abrantes demostró que la carga había desaparecido con el naufragio y no existía apoderamiento alguno por los habitantes de la costa.

Inglaterra toma «represalias»

No habían dado en Río de Janeiro importancia a los reclamos exagerados de Christie, cuando se presentó en la bahía de Guanabara una escuadra inglesa al mando del almirante Richard Warren y empezó a apoderarse, «en represalias», de navios brasileños.

No era la primera vez que el gobierno británico procedía así con Brasil. En 1850, con el pretexto de reprimir el tráfico de africanos, los cruceros *Cormorant* y *Rifleman* detuvieron y echaron a pique buques brasileños dentro del mar territorial; y aun en Río de Janeiro, un buque de guerra brasileño —no obstante ondear el pabellón imperial y encontrarse su comandante y oficiales de uniforme — sufrió la afrenta de ser detenido y «visitado» por los ingleses para cerciorarse de que los marineros de color de su dotación no eran esclavos traídos de África. Paulino Soares de Souza, ministro de extranjeros en 1850, debió tragarse la ofensa al pabellón brasileño y pasar por alto la invasión del mar territorial y demás atropellados, a causa del estado de relaciones con la Conferencia Argentina que anunciaba la guerra a corto plazo. «Nao podemos arder entre dos fogos» escribía.[2]

¿Qué móvil llevaba a la diplomacia inglesa a arrancar a Brasil esas humillantes sumisiones?.

Era claro el propósito de Palmerston, canciller de Inglaterra en 1850, al provocar la cuestión de los «cruceros»: por una parte, incitaba a Brasil a reprimir el tráfico de africanos, por la otra, se descargaba la capitulación ante Rosas del tratado de Southern: Brasil serviría de desahogo por la achicada con Rosas, y después del incidente «de los cruceros» el Parlamento inglés podía aprobar el

tratado Sourthern-Arana sin rencores ni deudas pendientes con sudamericanos.

Algo semejante ocurrió en junio de 1862. Rusell había tenido que capitular ante Carlos Antonio López por el incidente de «Canstatt», pues Paraguay era invulnerable a una expedición de la marina británica (a no ser que se empleara a fondo, lo que no era el caso). En abril de 1862, Thornton firmaba en Asunción la *reculé* inglesa; en junio Christie promovía el incidente culminando con la presencia de Warren en las aguas de Río de Janeiro. El honor británico en Sudamérica quedaría a salvo pagando Brasil por Paraguay.

Conmoción popular

Los incidentes de los «cruceros» en 1850 habían agitado el ambiente patriótico brasileño, encauzado con habilidad por el ministro Paulino hacia la guerra contra Rosas.[3] Ahora, en 1862, los atropellos de la escuadra de Warren en la bahía de Río de Janeiro volvieron a conmover a los brasileños; hubo manifestaciones callejeras, se apedreó a la legación inglesa y los súbditos británicos fueron invitados a permanecer en sus domicilios como medida de seguridad. Teófilo Ottoni, líder de los *luzias*, tomó en sus manos la dirección del furor popular, la multitud invadió los jardines del palacio imperial de San Cristóbal exigiendo la palabra de don Pedro II: el pacífico emperador no pudo sustraerse al ambiente y pronunció graves palabras: sucumbiría junto con la honra y la dignidad de la Nación.

El estado de la opinión pública no permitía al gabinete *dos velhos* humillarse ante Inglaterra. El ministro del Imperio en Londres, Carvalho Moreira, después barón de Penedo, usó del mismo recurso empleado por Rosas en 1845 y por López en 1860: llevar el incidente al periodismo de Londres y obtener la opinión favorable de los profesores ingleses de derecho de gentes. Pero eso necesitaba tiempo y urgía el retiro de Christie y de Warren para calmar a los brasileños. Llegó a un arreglo provisorio con Rusell: Brasil pagaría la mitad de la suma exigida por Christie (3262 libras 10 chelines), y Christie y Warren serían alejados de Río de Janeiro. El rey Leopoldo de Bélgica, elegido como árbitro, resolvería si había agravios y, en caso afirmativo, su monto.

El acuerdo Moreira-Rusell fue presentado como un triunfo brasileño; el pago de las tres mil y pico de libras se explicó públicamente por «nao convenir a dignidade do Brasil ocupar árbitros em negocios mesquínhos de dinheiros»[4], y los pasaportes se entregaron a Christie como si realmente hubiera sido expulsado.

Las relaciones diplomáticas con Inglaterra quedaron interrumpidas a la espera del fallo del rey de Bélgica. En esas condiciones no le convenía al Imperio tomar una actitud belicosa contra el gobierno oriental del presidente Berro; y las amenazadoras notas de Abrantés reclamando perjuicios, reales o supuestos, de los brasileños en territorio oriental, fueron relegados al olvido por el momento. Tampoco el ejército preparado en las fronteras para invadir la República Oriental, conjuntamente con el general Venancio Flores que vendría desde Buenos Aires, se movería por entonces.

El 18 de junio de 1863, el rey Leopoldo hizo conocer su fallo: no había tales «agravios» de Brasil a Inglaterra y tocaba a éste reanudar relaciones diplomáticas. Ya para entonces Venancio Flores, con la ayuda del mitrismo argentino, se había lanzado a la aventura de derrocar al gobierno de los blancos en el Uruguay.

II

PAVÓN Y EL CHACHO

CAPÍTULO 8

FRANCISCO SOLANO LÓPEZ Y LA UNIDAD ARGENTINA EN 1859

Se prepara la guerra brasileño-paraguaya (1858)

En la situación geográfica de Brasil y Paraguay, de no mediar el apoyo de terceros, el Imperio se estrellaría impotente contra la República: 40 o 50 mil paraguayos, imbatibles en la defensiva ponían a la tierra guaraní fuera de las posibilidades militares brasileñas. Con mayor motivo por accionar Brasil desde lejanas bases y a través de una selva infranqueable. En cuanto a una invasión naval, bastaban los cañones de Humaitá para cerrar el río.

De allí que para Brasil se hiciera imprescindible contar con la Confederación Argentina para llevar una guerra al Paraguay. Paranhos en 1858 había distribuido 300 mil patacones a Urquiza para conseguir libre tránsito por Misiones y la benevolencia del gobierno confederado ante el inminente conflicto. Pero eso era relativo, y tanto el gobierno de Pedro II como el de don Carlos sabían de la disposición de Urquiza para embolsar patacones brasileños y mostrarse, después, reacio al cumplimiento de lo convenido.

Por otra parte Urquiza precisaba tanto o más del apoyo paraguayo que de los patacones brasileños para vencer a sus enemigos de Buenos Aires. Para buscarlos había ido a Asunción en 1859, pretextando una mediación en un conflicto entre Paraguay y Estados Unidos fácilmente solucionado; pero su verdadero objeto era conseguir la alianza de Paraguay en una guerra con Buenos Aires. «Estaré pronto para una alianza con la Confederación Argentina —había respondido López— luego de que Buenos Aires se reincorpore. Antes no».[1] No quería participar directamente en una guerra entre pueblos hermanos; pero prometió facilitar a Urquiza, como agradecimiento a su gestión ante Estados Unidos y a fin de alejarlo de la influencia brasileña, «vapores, oficiales de marina, ingenieros y algo más» para transportar su ejército a través del Paraná.

La guerra argentina de 1859

Ese mismo año 1859 se desencadenó la guerra entre la Confederación y Buenos Aires. El ministro de Relaciones Exteriores de Urquiza —Luis José de la

Peña fue a Asunción a buscar el apoyo prometido por López y *algo más*, porque pidió además de buques a vapor, veinte piezas de artillería y la presencia de una división paraguaya en el ejército confederado, que mandaría el joven general Francisco Solano López. Don Carlos se negó a dar algo más que «cuatro vapores para el pasaje y transporte de tropas y armamentos necesarios en las operaciones sobre Buenos Aires»; que tampoco entregaría en definitiva, y acabó contentando a Urquiza (que se encontraba en inferioridad de condiciones militares ante Buenos Aires) con una mediación a llevarse por Francisco Solano entre ambos bandos beligerantes «por el vivo deseo que le asiste [a don Carlos] de evitar las desgracias y funestos resultados de una guerra entre la Confederación Argentina y la Provincia de Buenos Aires».[2]

Misión de Solano López a la Argentina

El 27 de setiembre (1859) deja Solano Asunción a bordo del vapor paraguayo de guerra *Tacuarí*. Es posible que haya influido en su padre para cambiar la promesa de ayuda guerrera por esa misión de paz. ¿Por qué no ha querido cooperar al aplastamiento de los liberales, dueños de Buenos Aires, a quienes sabe partidarios del Imperio? Tal vez ha buscado ganárselos a la causa del Paraguay, tal vez considera que una Confederación Argentina fuerte y unida es la mejor garantía para la República guaraní contra su amenazador vecino lusitano. O lo ha hecho por un fraternal deseo de poner paz en la familia argentina.

En Buenos Aires resultan inútiles sus gestiones para impedir el choque: el gobernador Alsina y el ministro Vélez Sarsfield ponen trabas y dilaciones a la gestión amistosa. Están seguros de un triunfo militar del ejército de Mitre. Éste, en su avance hacia el arroyo del Medio, ha llegado a la cañada de Cepeda; el saberlo, recuerda que allí fue la derrota de Rondeau por Ramírez el 1.º de febrero de 1820, que desmoronó al Directorio y sentó las bases del federalismo. No se ha de perder la ocasión de pronunciar una frase histórica: «Aquí fue la cuna del caudillismo —dice a sus tropas— , aquí será su tumba». Y no obstante la desventaja de la posición, espera en Cepeda el choque con el ejército confederado de Urquiza. Se produce el 23 de octubre, y resulta a Mitre una derrota aplastante.

Apenas llegada a Buenos Aires la noticia del desastre, Alsina urge a Solano López —27 de octubre— a que «emplee sus laudables esfuerzos por la paz». Corre la versión de que Urquiza entrará a sangre y fuego en la ciudad y entonces el gobernador porteño se acordó del mediador paraguayo. Con premura López se pone en contacto con Urquiza en Arrecifes para «impedir que la bella ciudad de Buenos Aires fuese teatro de una sangrienta lucha entre hijos de una misma

patria».[3] Pero ahora Urquiza no quiere saber de mediaciones «porque la situación militar es diversa». Resulta infatigable la actividad de López entre el 27 de octubre y el 4 de noviembre para convencer a Urquiza. Consigue detenerlo cuando está junto a Buenos Aires, convenciéndolo de que una paz honrosa para los porteños soldaría definitivamente a la Argentina. Apura el nombramiento de delegados, y los reúne con los de Buenos Aires en la chacra de Caseros el 5 de noviembre.

Pacto de la Unión Nacional del 11 de noviembre de 1859

No es nada fácil la gestión de Solano. Mitre, con los restos de su ejército, ha llegado por agua a Buenos Aires y no se ha perdido la oportunidad de colocar otra frase histórica a los absortos porteños: «¡Aquí os traigo intactas vuestras legiones!». Las legiones venían deshechas, pero los porteños creyeron en la frase y se imaginaron victoriosos: sus delegados en la conferencia de Caseros exigieron nada menos que el inmediato retiro del ejército de Urquiza del territorio de la provincia como paso previo a una negociación de paz; por su parte Urquiza quería la cesantía también inmediata de las autoridades provinciales.

Solano evitó la ruptura de las negociaciones asumiendo la jefatura de la conferencia y fijando con energía las bases del arreglo: la esencial (a aceptarse sin discutirse) era la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación; las otras (a convenirse) se referían a la oportunidad y el modo de reformar la Constitución de 1853, la participación porteña en las próximas elecciones nacionales y la situación de los militares porteños que militaban en el ejército de la Confederación.

Penosamente se llevaron las conferencias, desde el 6 transferidas a San José de Flores. Solano entrevistaba a Urquiza en su campamento o corría a conferenciar con el gobierno de Buenos Aires. Hubo un día —el 8— en que todo pareció llevárselo el diablo: Urquiza molesto por los preparativos militares de Mitre dentro de la ciudad, rompió las negociaciones y se preparó a tomar al asalto a Buenos Aires. Costó a Solano calmarlo, como también le costó sujetar a Mitre: finalmente todo quedó arreglado y el 10 se concluía el pacto de unión nacional: Buenos Aires entraba a formar parte de la Confederación, modificaría la constitución nacional y se reservaría su Banco y su ferrocarril. Al día siguiente, el 11, Urquiza lo ratificaba solemnemente.

El Pacto de Unión Nacional, gestionado por Solano López, salvaba a Buenos Aires. Entre grandes festejos, el joven general fue agasajado por provincianos y porteños; Buenos Aires le obsequió un álbum de honor y lo declaró benemérito; Urquiza en su proclama del 11 de noviembre decía: «Ya no hay unitarios ni

federales: hermanos todos… gracias a los esfuerzos por la paz del ilustre Mediador del Paraguay. A él se le debe en gran parte tan fausto resultado. Ninguna demostración de gratitud será demasiada para honrar su amistad. La República Argentina le debe una muestra de aprecio; la ciudad de Buenos Aires le debe una palma».[4]

¿Acaso no comprendió Solano que acababa de salvar en los liberales de Buenos Aires a los futuros enemigos de su patria y de la solidaridad hispanoamericana? Cara pagaría su ingenuidad. Pero si el Mediador no creyó que había trabajado para el diablo, su hermano Benigno que formaba parte de la misión lo receló: «El resultado que ha obtenido la misión paraguaya ha sido coronado del más feliz éxito escribe Benigno a José Berges— el país ha ganado en influencia con aquel acuerdo, pero la Confederación ha perdido, y estamos nosotros expuestos a perder mucho más… Buenos Aires ha firmado porque no podía hacer otra cosa: con ese convenio alejó el peligro que estaba por desmoronarse sobre su cabeza. Pero al celebrar aquel Pacto, ahora lo estamos viendo, en vez de buena fe estaba el miedo en el gobierno de Buenos Aires».[5]

CAPÍTULO 9

PAVÓN Y SUS CONSECUENCIAS

López y la desunión argentina

Como demostración de la gratitud de los liberales porteños, ocurrió el serio incidente con Inglaterra que antes he dicho. Al salir el *Tacuarí* de la rada de Buenos Aires fue cañoneado por los buques de guerra británicos *Buzzard* y *Grapples* por el asunto Canstatt. Inútilmente protestó López ante el Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, Carlos Tejedor, por ese hecho ocurrido en aguas porteñas, frente a Buenos Aires. Tejedor eludió comprometerse con Inglaterra «por desconocer el estado de relaciones entre Gran Bretaña y Paraguay».

López hacia la paz y la unidad de la Argentina a despecho de los poderosos intereses, internos y externos, que hablan trabajado cuidadosamente la desunión. Por eso debió dejar el buque y volverse por tierra a Asunción. Los ingleses hablaban de «represalias» porque en Asunción se procesaba a Canstatt, pero nadie lo tomaba en serio. Francisco Solano sabía el motivo de la inquina británica, y también de la brasileña. En Londres y en Rió de Janeiro se había trabajado mañosa y hábilmente la segregación de Buenos Aires de la Argentina.

Ahora Francisco Solano la había consolidado en interés del Paraguay, pues una Argentina fuerte era la garantía mejor para los estados del Plata contra los imperialismos europeos o americanos. ¿Qué importaban, pues, los cañonazos contra el *Tacuarí* si quedaba en vigencia el Pacto de San José de Flores?

La unión se hace imposible

Pasó el tiempo. Los convencionales de Buenos Aires discutieron y modificaron sin mayor entusiasmo la constitución federal; el Congreso Constituyente *ad hoc* aceptó estas modificaciones en demostración de paz y unidad.

Ocurrieron cosas inverosímiles que volvieron a desatar la lucha. Unos revolucionarios liberales asesinaron en San Juan al gobernador Virasoro, federal; cuando el gobierno central intervino en uso de sus atribuciones, los liberales de

Buenos Aires pusieron el grito en el cielo y anunciaron la guerra.

Al elegirse los diputados de Buenos Aires al Congreso Nacional se empleó inesperadamente la ley provincial de circunscripciones en vez de la ley nacional de circuito único. Por supuesto, como los diputados nacionales se elegían conforme a la ley nacional y no a la provincial, los diplomas fueron rechazados por defecto de forma. Esta pequeñez, perfectamente subsanable con nuevas y correctas elecciones, sería agitada por los diarios liberales de Buenos Aires como una ofensa «provinciana». Y la guerra quedó iniciada.

Presidía la República el doctor Santiago Derqui que pasaba los días durmiendo, ajeno al acontecer político. Sus antecedentes unitarios lo inclinaban al partido liberal, pero le debía la presidencia a Urquiza, y era hombre leal. Los mitristas (Mitre gobernaba Buenos Aires) quisieron tentarlo: Marcos Paz le ofreció consolidarlo en la presidencia, dándole «el poder implícito en el cargo» que hasta entonces no tenía, pues las cosas las manejaba Urquiza desde su palacio San José, *además de gloria imperecedera* y las *bendiciones de los pueblos*[1] siempre que gobernase con los liberales y expulsara a Urquiza. De esta manera los liberales no aparecerían alzándose contra el orden constitucional sino por el contrario apuntalándolo contra un caudillo molesto. Pero Derqui prefirió jugarse con Urquiza.

Como los mitristas no consiguieron a Derqui, buscaron al mismo Urquiza. Correveidiles misteriosos fueron y vinieron del campamento de Mitre al del general de la Confederación. Hubo reuniones secretas «para tratar la paz» en buques anclados en el río.

Pavón

17 de setiembre de 1861. Chocan los ejércitos cerca de la estancia de Palacios junto al arroyo Pavón, jurisdicción de Santa Fe. La caballería porteña se desbanda; ceden la izquierda y la derecha ante el empuje de las cargas federales. Apenas si el centro mantiene una débil resistencia que no puede prolongarse. Mitre toma el camino de San Nicolás, la ruta de los derrotados en la zona (Rondeau en 1820, el mismo Mitre en 1858).[2]

Pero algo ocurre a los victoriosos, pues no coronan su victoria. Inexplicablemente Urquiza también se retira del campo. Lentamente, al tranco de sus caballos, los jinetes entrerrianos se van. Es una retirada con ralentisseur para demostrar que es voluntaria. Inútilmente los generales Benjamín Virasoro y Ricardo López Jordán — en partes de batalla fechada «en el campo de la victoria»

— hacen saber a su jefe el triunfo obtenido.[3] Creen en una equivocación de Urquiza. ¡Si nunca ha habido triundo más completo! Pero Urquiza no solamente sigue su retirada sino que ordena la de todos los suyos. En Rosario se embarca para Diamante con las divisiones entrerrianas. Mitre, detenido en su fuga por el inesperado cariz que tomaban las cosas es invitado gentilmente a recoger los laureles de su primera y única victoria militar.

¿Qué pasó en Pavón?… Es un misterio no aclarado. Solamente pueden hacerse conjeturas: que intervino la masonería fallando el pleito a favor de los liberales y sin que Urquiza pagara las costas (las pagó el país); que un misterioso norteamericano, de apellido Yateman, fue y volvió de uno a otro campamento en un carruaje con inmunidades; que Urquiza desconfiaba de Derqui y prefirió arreglarse con Mitre dejando a salvo su persona, su fortuna y su gobierno en Entre Ríos. Todo puede creerse menos lo que dijo Urquiza en su parte de batalla: que abandonó el campo de lucha «enfermo y disgustado al extremo por el encarnizado combate».[4] ¡Urquiza! ¿El curtido veterano de cien hecatombes con desmayos de niña clorótica…?

Derqui, ingenuamente, intentará la resistencia. El grueso del ejército nacional fue puesto a las órdenes del general Sáa hasta el regreso de Urquiza. Porque cree en la enfermedad de Urquiza, le escribe deseándole «un pronto restablecimiento» y rogándole que «vuelva cuanto antes a ponerse al frente» pues está intacto. Mitre que anunciaba su victoria por el trompeteo de los periódicos porteños no puede moverse de la estancia de Palacios pues no tiene caballada; si Urquiza volviese, en una sola carga daría cuenta de los porteños.

Pero Urquiza no vuelve, no quiere volver. El 27 de octubre, a cuarenta días de la batalla, el inocente de Derqui todavía escribe al sensitivo guerrero interesándose por su enfermedad y rogándole que «tome el mando si su salud se lo permite».[5]

Finalmente Mitre, que no las tiene todas consigo y está desconcertado por la victoria, empieza a moverse de Pavón a Rosario. Cuidadosamente limpia el camino de todo hombre en edad de combatir. Sarmiento, desde Buenos Aires, se lo aconseja al saber la noticia de Pavón: «*no trate de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos*».[6] Aquélla es una guerra social: la victoria estará en la eliminación del pueblo. Agrega Sarmiento en la misma carta: «*Para Urquiza, o Southampton o la horca*».

Ni uno ni otra. Urquiza quedará en Entre Ríos y no perderá una sola de sus vacas. Cuando Derqui se da cuenta de que Urquiza no quiere volver a este lado del

Paraná, opta por eliminarse de la escena. Cree ser el obstáculo para el regreso de Urquiza, y en un buque inglés se va silenciosamente a Montevideo dejando al vicepresidente Pedernera a cargo del gobierno. Por toda la República, de Rosario al Norte, vibra el grito de ¡*Viva Urquiza*! en desafío a los invasores porteños; todos llevan en el pecho la roja divisa partidaria con el dístico *Defendemos la Ley Federal jurada. Son traidores quienes la combaten*. Urquiza tiene a trece provincias a sus órdenes y a un partido que es todo, o casi todo, el país. Tiene el ejército intacto. Se lo espera con impaciencia.

Cañada de Gómez (22 de noviembre)

Pero Urquiza no llega.

Las divisiones mitristas a las órdenes de Flores, Sandes, Paunero, Arredondo, Rivas, entran implacablemente en el interior. Hombre tomado con la divisa punzó es lanceado; si no lleva la divisa es incorporado a los invasores o mandado a un cantón de la frontera a pelear con los indios.

Venancio Flores, que antes fue presidente de la República Oriental por una revolución de los *colorados*, es jefe de la vanguardia de Mitre. Se adelanta a Cañada de Gómez y sorprende, el 22 de noviembre, al grueso del ejército federal que sigue esperando órdenes de Urquiza. Flores pasa a degüello a los más reacios e incorpora a los demás. No se había visto tanta violenta en nuestras guerras civiles que no se distinguieron precisamente por su lenidad; pero esta ocupación porteña del interior colma la medida. Hasta Gelly y Obes, el ministro de guerra de Mitre se estremece al redactar el parte de la hecatombe:

«El suceso de la Cañada de Gómez informa al gobernador delegado Manuel Ocampo es uno de esos hechos de armas que aterrorizan al vencedor… Esto es lo que le pasa al general Flores, y es por ello que no quiere decir detalladamente lo que ha pasado. Hay más de 300 muertos, mientras que por nuestra parte solo hemos tenido dos muertos… Este suceso es la segunda edición de Villamayor, corregida y aumentada…

«Para disimular más la operación confiada al general Flores se le hizo incorporar toda la fuerza de caballería de la División de Córdoba enemiga»[7].

Esa limpieza de criollos que hace el ejército porteño en 1861 y 1862 es la página más negra de nuestra historia, no por desconocida menos real. Hay que «poner al país a un mismo color» eliminando a los federales. Los incorporados por

Flores, de la División de Córdoba, desertan a la primera ocasión y en adelante no habrá más incorporaciones: degüellos, nada más que degüellos. No lo hace Mitre, que no se ensucia las manos con esas cosas; tampoco Paunero: serán Sandes, Flores, Arredondo, Rivas, jefes subalternos. Cabe la disculpa, si es posible, de que ninguno ha nacido en la Argentina; son mercenarios contratados por el mitrismo. Y los degolladores materiales serán italianos, hábiles para la daga si tienen al criollo maniatado o dormido.[8]

Avanza la ola criminal al norte para establecer por todas partes «el reino de la libertad» como dice *La Nación Argentina*, el diario de Mitre. Sarmiento sigue con sus aplausos: «Los gauchos son bípedos implumes de tan infame condición, que no sé que se gana con tratarlos mejor».[9] Los pobres criollos gritan *¡Viva Urquiza!* al morir, apretando la divisa colorada. Seguirá la matanza en Mendoza, San Luis, La Rioja, Córdoba, mientras resuene el *¡Viva Urquiza!* y se vea la roja cinta de la infamia. Que viva Urquiza mientras mueren los federales. Y Urquiza vive. Vive tranquilo en su palacio de San José y en su gobierno de Entre Ríos, porque ha concertado con Mitre que se le deje su hacienda y su gobierno a condición de entregar a los urquicistas. Hace votar a Mitre para presidente de la República a los electores de Entre Ríos.

CAPÍTULO 10

EL CHACHO

La página más negra de la historia argentina en el siglo XIX

«Pavón no es sólo una victoria militar; es un triunfo de la civilización sobre los elementos de guerra de la barbarie», escribe Mitre a su ministro de guerra, Juan Andrés Gelly y Obes, el 22 de diciembre de 1861, a los cinco días de su inesperada victoria; es decir, transcurrido el tiempo necesario para darse cuenta de que Pavón era un triunfo suyo.[1]

Ganaba la civilización con la retirada de Urquiza; en noviembre se estabilizaría con la masacre de Cañada de Gómez.[2]

«Época bravía, inorgánica, feudal, rígida, y frenética la que comentamos escribe Luis Alberto de Herrera, extrañándose del silencio de los vencedores — . No podremos, por cierto, rayos y centellas en la condenación de las enormidades que fueron su natural atributo; pero vosotros, los que os dijérais heraldos de la civilización frente a la barbarie, los que tanto abusásteis del verbo redentor, los que incriminaríais a Solano López y a todos los grandes caudillos, los que tanto pregonásteis las excelencias de la escuela y el derecho, los que, sin cesar, abomináis de Rosas y de su régimen, ¿pudisteis, por ventura, callar sin correr inminente riesgo de pasar por declamadores, por insinceros, ante el sombrío episodio de Cañada de Gómez y sus análogos, ocurridos bajo vuestras banderas…?

«¡Y callásteis y calló la prensa de Buenos Aires, ilustrada y titulada principista; y calló el general Mitre y, a la par suya, enmudeció el partido unitario!»[3].

Tras Cañada de Gómez se desataría una ola de sangre en la Argentina, que no podrá contenerse en el marco de la frontera e irá más allá del Uruguay y del Paraguay. Había que civilizar el Plata aventando «los elementos de la barbarie». Pero no debo adelantar los acontecimientos y quiero detenerme en las consecuencias de ese 22 de noviembre de 1861, donde ha caído bajo el cuchillo de Venancio Flores la oficialidad del ejército federal. Crimen masivo al que seguirán tantos otros. Que tampoco era el primero, pues en Villamayor, años atrás, había sido ejecutado con sus compañeros, por orden de Mitre, el coronel Gerónimo Costa, el de «la espada ruin y mohosa» (como decía Sarmiento) que el capitán

Daguenet se había negado a recibir en octubre de 1838 por su heroica defensa de Martín García.

El encharcamiento de sangre después de Pavón sería atroz; el capítulo más sangriento de la historia argentina, aun comprendidas las crueldades de los colombianos presidenciales de 1827, o las matanzas de gauchos en el gobierno de los militares unitarios de Buenos Aires entre el 1 de diciembre de 1828 y el 24 de agosto de 1829. Más atroz que aquéllas, no solamente por el número de los inmolados y la duración del terror, sino porque entonces hubo un Quiroga o un Rosas que pudieron venir en defensa del pueblo exterminado. En cambio, en 1861, el jefe federal descansaba en su palacio de Entre Ríos asegurado por las promesas de Mitre. Asistía imperturbable al exterminio de sus partidarios mandándoles de cuando en cuando un apoyo verbal, como si fuera condición indispensable para el triunfo mitrista el mito Urquiza.[4]

Años después, Alberdi reflexionaría sobre esa vida que adunaba actos nobles con bajísimas acciones: «Hay dos Urquiza, el que ha hecho Dios, que es el entrerriano, y el que ha hecho a medias su propia avaricia y la avaricia de sus cómplices de Buenos Aires».[5] Para Alberdi, el otro Alberdi, desengañado de tantas cosas en su casi desconocido Grandes y Pequeños Hombres del Plata, las buenas cualidades de Urquiza eran dominadas por su afán de «hacer fortuna»: «¿Para qué ha dado Urquiza tres batallas? —se pregunta—. Caseros para ganar la presidencia, Cepeda para ganar una fortuna, Pavón para asegurarla».[6]

El Chacho

Fue entonces que alzó el Chacho la bandera abandonada por Urquiza. Angel Vicente Peñaloza, brigadier general de la Nación y jefe del III Ejército —llamado «de Cuyo»— vióse envuelto en la defensa de los derechos populares. Invadida Catamarca por las divisiones de Taboada/que talaban a sangre y fuego la campaña, escribe extrañado a éste el 8 de febrero: «¿Por qué hacer una guerra a muerte entre hermanos con hermanos?» contraria a la hidalguía de la raza; no hay objeto, pues la victoria ha sido amplia para los liberales y ¿a qué exterminar a los federales? Teme que las generaciones futuras «imitarán tan pernicioso ejemplo».[7]

La carta es tomada como una provocación. Peñaloza es desposeído de su rango militar, y mientras Taboada penetra en Catamarca, Sandes lo hace en La Rioja y Arredondo en San Juan. Las tropelías se suceden: degüellos, raptos, robos, violaciones, cepos colombianos.[8] En Guaja, domicilio del Chacho, Sandes ordena quemar su casa después de saquearla, Peñaloza se revuelve como un jaguar

herido. No tiene tropas de línea ni armas, pero levanta su enseña y en poco tiempo son cientos, luego miles, quienes lo rodean. Vienen con sus caballos, de monta y de tiro, y una media tijera de esquilar para fabricar la lanza acoplándola a una caña. Toda la tierra, diríase, reunida en Los Llanos a la orden del caudillo. Y empieza sus victoriosas marchas: de La Rioja a Catamarca, de Mendoza a San Luis. La montonera crece al acoplar voluntarios; poco pueden contra sus cargas las tropas del ejército de línea compuesta de enganchados y condenados a servir las armas. Pero el Chacho no pelea para imponerse a los porteños; lo hace para defender a los suyos de las vejaciones. Quiere solamente que los dejen vivir. Busca paz; una paz beneficiosa para todos.

Se la dan. Un primer tratado se firma en San Luis el 23 de abril: se respetará a los «federales» y no habrá más levas para los cantones de fronteras ni exacciones militares ni cepos colombianos ni chinitas mandadas a Buenos Aires. Es un engaño en el que cae con su desbordante buena fe. Apenas retirado de San Luis, el general Rivas recibe orden de perseguirlo y apresarlo. Pero el montonero se le escurre y llega a sus Llanos inexpugnables. Seguirá la guerra.

En los Llanos, Peñaloza es imbatible. Va hasta su cuartel en misión del gobierno nacional el sacerdote Eusebio Bedoya. Llega en nombre de Mitre a ofrecerle otra vez la paz, ahora garantizada por su palabra del ministro del Señor. El Chacho acepta complacidísimo. No habrá más guerra. Se fija *La Banderita*, el 30 de mayo para el cambio solemne de las ratificaciones.

Acude El Chacho con sus tenientes y montonera en correcta formación. También está el ejército nacional. Rodean al doctor Bedoya los jefes mitristas: Rivas, Arredondo, Sandes. José Hernández, el autor de «Martin Fierro», narra la entrega de los prisioneros nacionales tomados por el Chacho: «¿Ustedes dirán si los han tratado bien? —pregunta éste—, ¡Viva el General Peñaloza!, fue la única y entusiasta respuesta». Después el riojano se dirige a los jefes nacionales: «¿Y bien, dónde están los míos?… ¿Por qué no me responden?… ¡Qué! ¿Será cierto lo que se ha dicho? ¿Será verdad que todos han sido fusilados?…». Los jefes de Mitre se mantenían en silencio, humillados; los prisioneros habían sido fusilados sin piedad, como se persigue o se mata a las fieras de los bosques; las mujeres habían sido arrebatadas por los invasores…[9]

De «la guerra de policía» a «la ley marcial»

Sarmiento, director de la guerra, ha convencido a Mitre de la necesidad de exterminar a los criollos. No precisó esforzarse mucho, pero Mitre es hombre que

cuida las formas; de su pluma no ha de salir una frase comprometedora, pero tampoco nada hará para frenar a los suyos. Ha recibido cartas terribles de Sarmiento y ha tolerado, con su silencio, su obra: ya vimos aquella tremenda al conocer el resultado de Pavón («No ahorre sangre de gauchos…»). Ahora le escribe: «Sandes ha marchado a San Luis. Está saltando por llegar a La Rioja y darle una buena tunda al Chacho. ¿Qué regla seguir en esta emergencia? Si va, déjelo ir. Si mata gente, cállese la boca. Son animales bípedos de tan infame condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor».[10]

Mitre se ha convencido, y envía a Sarmiento sus *instrucciones* para la guerra: «Quiero hacer en La Rioja una guerra de policía. Declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacciones; lo que hay que hacer es muy sencillo…»[11].

No lo dice porque quiere ser entendido a medias palabras, hay cosas que no puede escribir. Pero Sarmiento tiene otra pasta y para que todos —Rivas, Sandes, Irrazával, Arredondo— entiendan aquel *sencillo* del presidente de la República, acota la carta de Mitre: «Está establecido en este documento, en derecho, la guerra a muerte. Éste es el derecho de gentes: la guerra civil establece los derechos de los sublevados a ser tratados con las consideraciones debidas al prisionero de guerra… Cuando no se conceden los derechos, entramos en el género de la guerra contra vándalos o piratas… es permitido, entonces, quitarles la vida donde se los encuentre».[12]

En esas palabras hay, no obstante, un homenaje al derecho. Aún se vivía en el siglo XIX y se respetaban las normas. Mitre insinúa y Sarmiento interpreta la aplicación de la ley de los vándalos a los adversarios vencidos o prisioneros en una guerra civil; debe dictar una cátedra para demostrar por qué no tienen derecho de guerra los hombres del Chacho. Un siglo más tarde, en 1956, la «ley marcial» se aplicará en la Argentina —sin retorcerla ni interpretarla ni recurrir a subterfugio alguno— a todo prisionero vencido en una guerra civil. Pero no estoy escribiendo sobre años estúpidamente crueles, de retroceso moral tan manifiesto, sino sobre cosas ocurridas hace un siglo, cuando Mitre y Sarmiento —algo distintos a sus sucesores de 1956— debían explicar con razonamientos especiosos, pero razonamientos al fin, por qué aplicaban la ley marcial a los adversarios políticos vencidos.

Tiempos que el Chacho, con su generosidad criolla, temía llegaran si los «libertadores» de 1861-63 seguían masacrando prisioneros. Y así escribía el 8 de febrero de 1862 al general Antonio Taboada estas palabras que antes he transcripto: «*¿Por qué hacer una guerra a muerte entre hermanos con hermanos?… ¿no*

es de temer que las generaciones futuras nos imitarán tan pernicioso ejemplo?». ¿Imitarán?

Se reinicia la guerra (abril de 1863)

La patética escena de *La Banderita*, al reclamar el Chacho sus prisioneros de guerra fusilados por los jefes del ejército mitrista, gana al comisionado de Mitre, el sacerdote doctor Eusebio Bedoya. Siente asco, al decir de Hernández, por haberse mezclado en una negociación de esa naturaleza.

No es solamente el clérigo. También el general Rivas, el gran enemigo del Chacho, está conmovido. Escribirá a Paunero «que sin el Chacho no hay república posible», pues no es viable asentándola en el terror y la eliminación del adversario. El Chacho es un caudillo, es decir, el jefe de un pueblo que se sentía interpretado por él y lo seguirá a todas partes; es «la república» a mejor título que los liberales de Pavón. Debía transarse con hombres como él si se pretendía hacer obra perdurable.

«Tanto Bedoya como Rivas han quedado prendados del Chacho —escribirá Paunero a Mitre el 17 de junio— y aseguran que es el único y mejor elemento de orden que allí se presenta».[13]

Pero ha quedado en pie el enemigo más formidable del caudillo riojano. Es Sarmiento, gobernador de San Juan y director de la guerra por nombramiento de Mitre. Se indigna por el pacto de La Banderita y se envuelve en un altivo silencio: «Sarmiento está mudo después de los tratados con el Chacho —informa Paunero a Mitre desde Río Tercero el 29 de julio— por que indudablemente quería y quiere que se lo demos colgado en alguna plaza».[14]

Sarmiento hostiliza al Chacho, retirado a su casa solariega de Guaja. Por su orden los orientales Sandes y Arredondo y el chileno Irrazával apresan a quienes suponen amigos del caudillo riojano y los incorporan por la fuerza a los cantones fronterizos después de apoderarse de sus mujeres y arruinar sus propiedades.

Hasta colmar la paciencia del Chacho, que antes del año de *La Banderita* levanta nuevamente el estandarte de la rebelión. Lo hace limpiamente, en forma de carta a Mitre del 16 de abril de 1863 a manera de declaración de guerra: «Los hombres todos, no teniendo más ya que perder que la existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla defendiendo sus libertades, sus leyes y sus más caros intereses atropellados vilmente».[15] Y toma su lanza convocando a

los dispersos federales: «El viejo soldado de la patria — dice su proclama— os llama en nombre de la ley y de la Nación, para combatir y hacer desaparecer los males que aquejan a nuestra tierra».[16]

Olta (8 de noviembre)

Se conmueven los Llanos. De todas partes llegan los lanceros temibles de La Rioja. Los hay veteranos de los tiempos de Facundo y jóvenes, casi niños, que prefieren morir con la tacuara en la mano a aniquilarse en los cantones fronterizos. La voz del Chacho resuena por toda La Rioja y llega a Catamarca, a San Juan, a San Luis, a Córdoba.

De esta última lo llaman, y entra en la ciudad el 14 de junio. Su desfile es triunfante; el pueblo entero de Córdoba, menos los escasos liberales prudentemente encerrados en sus casas, acude a ver al caudillo, gallardo aún en sus setenta años, que cabalga sin sombrero, ceñida la melena blanca con una vincha gaucha. Permanece catorce días en Córdoba durante los cuales el orden y la tranquilidad —dice Gálvez —[17] son una acusación contra Sarmiento que desde San Juan insiste en llamarlo bandolero y predica «una guerra de policía» para exterminio de la montonera.

Se suceden los combates. En *Las Playas* vence Arredondo: el Chacho se retira hacia la falda de los Andes. Rehuye las batallas abiertas donde su desventaja en armas lo pone a merced de las tropas de línea. Prefiere retirarse, retirarse incesantemente; su magnífica caballería le da mejor movilidad que a los enemigos y permite se le junten quienes han escapado a las sierras por la leva forzada de las tropas de línea. La montonera recorre el noreste en una línea zigzagueante imposible de perseguir. De julio a setiembre es dueño indiscutido de todo el oeste. Está en todas partes, pues en todas se lo aguarda. Pero en cinco meses de lucha constante se agota la resistencia de los federales.

Hay un cebo que los tienta: San Juan, la capital del Director de la guerra que menudea sus proclamas llamando *bandido, vándalo, ladrón* al caudillo. Es lugar custodiado por las tropas de línea. No obstante se decide, y con sus últimos mil hombres se lanza sobre la ciudad. Allí lo esperan el oriental Arredondo y el chileno Irrazával con tropas muy superiores (Sandes acaba de morir en Mendoza) cercándolo en *Caucete* los primeros días de octubre. Ha sido una trampa hábilmente preparada. Será el último combate: la montonera se dispersa y el Chacho da orden de esconderse. Cuando los liberales se cansen de buscarlo, reaparecerá con los suyos en el lugar más imprevisto.

Se refugia en Olta en casa de su amigo, Felipe Oros. Los suyos saben donde está, y su mujer y su hijastro lo acompañan. Sarmiento se desespera por saberlo y exige se lo encuentre a toda costa. ¿Es posible mantener el secreto cuando el cepo colombiano desgarra las articulaciones hasta el paroxismo? En noviembre el comandante Ricardo Vera sorprende en Malazán a veinticuatro hombres que fueron de Chacho: «acto continuo se les tomó declaración» dice el escueto parte de Irrazával a Arredondo. Seis murieron pero el séptimo habló. El comandante Vera se entera del refugio del caudillo y lo participa a su superior Irrazával. Sabedor que el Chacho está desarmado y solitario en su escondite, se precipita a la casa de Oros, en Olta; encuentra al caudillo desayunando con su familia que sin hacer resistencia entrega su facón. Poco después vendrá Irrazával advertido por Vera. «¿Quién es el bandido del Chacho?», pregunta: «Yo soy el general Peñaloza, pero no soy un bandido». Irrazával toma una lanza de manos de un soldado y se la clava en el vientre, sin importarle la presencia de su esposa y su hijastro. Sarmiento es avisado enseguida. Según José Hernández dispone los papeles para que la muerte no parezca un asesinato; cambia las partes de Vera e Irrazával, aunque han pasado cuatro días. Da como simultáneos dos hechos distintos —la sorpresa de los veinticuatro montoneros en Malazán y el asalto a la casa de Oros, en Olta — , para hacerlo aparecer «al titulado general de la Nación» como muerto en una refriega «tomándose también dieciocho prisioneros; hubo seis muertos, incluso dos capitanes, también se tomó prisionera a la mujer del Chacho y a un hijo adoptivo».[18]

La cabeza del Chacho quedó expuesta en una pica en la plaza de Olta. El 18 Sarmiento escribe a Mitre: «… he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses».[19]

III

LA GUERRA EN LA REPUBLICA ORIENTAL

CAPÍTULO 11

ANTECEDENTES DE LA POLÍTICA ORIENTAL

Los blancos en el gobierno

Los blancos orientales equivalen a los federales occidentales, como los colorados a los unitarios. Esta comparación vale solamente en general pues la presencia de un fuerte caudillo Fructuoso Rivera— tiñó al coloradísimo uruguayo de un cierto sabor criollo ausente del unitarismo argentino.

El origen de los colorados estuvo en la Gran Familia de los Obes, núcleo central de la oligarquía montevideana (Lucas Obes y sus innumerables parientes los Herrera y Obes, Pacheco y Obes, Ellauri, Gelly, etc.) que aceptaron, y medraron con el dominio portugués entre 1820 y 1825 siendo sostenidos por los invasores. Contra esa oligarquía estuvo la casi totalidad de la sociedad oriental, desde el viejo patriciado al pueblo artiguista. En 1830 la Gran Familia buscó un caudillo de prestigio, pero de escasos escrúpulos (también había andado con los portugueses) para ponerlo en la primera presidencia de la nueva república, evitando que la ocupase su enemigo el general Juan Antonio Lavalleja, héroe de los Treinta y Tres. Fue así que Fructuoso Rivera llegó al gobierno, con Lucas Obes como Ministro de Hacienda.

En 1835, Manuel Oribe es presidente, Rivera y la Gran Familia rompen con él, y Lavalleja lo apoya, quedan delineados los dos clásicos partidos orientales subsistentes hasta hoy. En 1838 Rivera con los colorados —y la ayuda de los interventores franceses y el dinero brasileño— desaloja a Oribe de la presidencia. Rosas no reconoce esta intervención foránea y se niega a considerar a Rivera como legítimo gobernante uruguayo: en sus documentos da a Oribe el título de «presidente legal». Los blancos entrelazan su política con los federales argentinos mientras los colorados lo hacen con los interventores extranjeros y los unitarios.

En 1842 empieza el sitio de Montevideo. La plaza se hace fuerte por el apoyo extranjero traducido en subvenciones que permiten mantener mercenarios, comprar en Brasil esclavos como soldados y poseer buenos armamentos.[1] Fructuoso Rivera, derrotado en *Arroyo Grande* por Oribe y después en *India Muerta* por Urquiza, es despreciado por los doctores colorados: no había necesidad de un caudillo rural porque la Defensa estaba asegurada por los interventores franceses.

Lo expulsaron de Montevideo y no tardará en quedar preso en una fortaleza brasileña.

En 1851 capitula Oribe ante Urquiza. Éste, no obstante su pronunciamiento y su alianza interesada con Brasil, simpatiza con los blancos. «No hay vencedores ni vencidos» es la fórmula de Pantanoso del 8 de octubre. Se convocaría a elecciones de diputados y senadores, que formaban la Asamblea Nacional encargada constitucionalmente de elegir al Presidente de la República. Los blancos eran la inmensa mayoría del país tanto en calidad como en cantidad; lo reconocería en 1851 el Enviado imperial Honorio Hermeto Carneiro Leão:

«O *Partido Branco* informa reservadamente a su gobierno el 15 de noviembre é incontestáveimeme ó mais numeroso, é ao mesmo tempo ó mas rico de individuos que poseem una meia instrucão».

«A necessidade de transigir com o *Partido Branco* agrega en confidencial del 16 é filha das críticas circunstancias do pays. Porqué infelizmente o Partido que defendiú a praca de Montevidéu contra as forcas reunidas de Rosas é Oribe representa urna diminuta fraccão, não se contando com os estrangeiros».[2]

De allí que la mayoría, de los diputados y senadores elegidos en el comicio del 30 de noviembre de 1851 pertenecieran al partido blanco. Importaba poco el color de los asambleístas, porque tanto Brasil como Urquiza se habían puesto de acuerdo en el general Garzón para la presidencia. Garzón, *blanco* desteñido, estaba comprometido a cumplir los famosos tratados de Río de Janeiro por los cuales se entregaba a Brasil media República Oriental y se establecía el protectorado en la otra media.[3] Su nombre sería impuesto *manu militari* a los senadores y diputados elegidos ese 30 de noviembre de 1851.

Pero ocurre algo inesperado. Garzón, enfermo desde el comienzo de la campaña contra Rosas, muere el 1 de diciembre, el día siguiente de las elecciones. Urquiza y Honorio, de común acuerdo, resuelven entonces que Manuel Herrera y Obes, ministro de la Defensa y *colorado*, era el mejor candidato para cumplir los tratados.[4] Se indicó su nombre a los asambleístas, que dieron la callada por respuesta; pero, en silencio, los blancos trabajaron una brecha entre Urquiza y Honorio a fin de salvar su país del oprobio de los tratados. Llegó el día de la elección del presidente —30 de marzo— y su inesperado resultado fue: Juan Francisco Giró (blanco) 35 votos; Manuel Herrera y Obes (colorado) ninguno. «Tudo se desvaneciú como fumo», informará ese día Honorio a su gobierno. Y se echó a los diablos por haber confiado en Urquiza y en Herrera y Obes.[5]

Juan Francisco Giró asumió la presidencia. Gallarda pero inútilmente, quiso

oponerse al cumplimiento de los tratados de Río de Janeiro. Creyó en Urquiza y se apoyó en él para resistir al Imperio. Pero Urquiza, después de alentar su resistencia, se arregló con Brasil y abandonó a los orientales.[6] El 13 de mayo el gobierno de Giró, falto del apoyo argentino, debió cumplir la entrega convenida por Lamas en Río de Janeiro.

Los tratados de Rió de Janeiro (octubre de 1851)

Me he ocupado con anterioridad de estos tratados. Pero debo recordarlos para la comprensión de la política brasileña en el Estado Oriental que produciría en 1864 la intervención defensora del Paraguay, y al año siguiente la guerra de la Triple Alianza.

Esos cinco tratados son una vergüenza diplomática. En el de *límites* se ceden las Misiones Orientales a Brasil (Urquiza por una «garantía de cumplimiento» del 15 de mayo de 1852, renunció a los derechos argentinos) y se adjudica al Imperio la plena propiedad de la zona norte del Chuy, la laguna Mirim y el río Yaguarón; en el de *alianza* se «garantiza la nacionalidad oriental» con el derecho de intervención militar brasileña en los conflictos internos uruguayos; en el de *subsidios* se le entrega dinero al gobierno de la Defensa, que sería reembolsado por el gobierno constitucional al 6% anual, y mientras no se pagase la deuda Brasil intervendría las finanzas uruguayas «para mejor asegurar la reconstrucción del Estado Oriental»; por el de *comercio y navegación*, los estancieros brasileños con propiedades en el Estado Oriental no pagarían impuestos por la explotación de sus haciendas y quedaban exentos de milicias, contribuciones y requisiciones mili tares, sería común la navegación del Plata y del Uruguay (que no eran limítrofes) no así la de aguas limítrofes (laguna Mirim y río Yaguarón) que serían exclusivamente brasileñas, la isla Martín García «sería neutralizada» en caso de quedar uruguaya; por el tratado de extradición además de la devolución de criminales se hacía la de esclavos brasileños fugados al territorio oriental, entregados a simple requisición y sin trámites engorrosos; los esclavos no perdían su condición por el hecho de pisar territorio oriental no obstante encontrarse abolida la esclavitud en él, y podrían los estancieros brasileños tener en sus estancias uruguayas los esclavos que quisieran con el régimen servil que les pluguiese.

Así eran los tratados de Río de Janeiro, firmados el 12 de octubre de 1851 por Andrés Lamas, y los representantes imperiales. Impuestos al gobierno de Giró, no obstante haberlos concertado un régimen de facto y sin jurisdicción más allá de la ciudad de Montevideo, el presidente oriental abandonado por Urquiza no tuvo más remedio que cumplirlos el 15 de mayo de 1852. El representante argentino,

Luis José de la Peña, dio la «garantía de cumplimiento» el 15 de mayo.

No estaba ya Rosas en Palermo para defender la soberanía e integridad de los pueblos hispanoamericanos.

Intervención brasileña en la política oriental

Fue constante la intervención brasileña en la política oriental: el *protectorado* (como lo llama claramente el tratado de «alianza») era un dominio virtual, financiero y político del Imperio, La *Cisplatina* otra vez, aunque guardando las formas para no atraerse la enemistad de Inglaterra.

En 1852 se convenía que los blancos nacionalistas fueran desalojados del gobierno por los colorados brasileñistas. Honorio Hermeto, en connivencia con el general colorado César Díaz (que en *prenda de unión* había aceptado de Giró el ministerio de guerra) preparó un golpe militar contra el gobierno blanco, postergado por el cumplimiento que inmediatamente debió hacer el Presidente de los tratados.[7]

Pero la revolución acabaría por estallar el 18 de julio de 1853, dominando los cuerpos de línea de oficialidad colorada a las milicias populares de preferencias blancas. Pero no pudo mantenerse un gobierno íntegramente colorado; se transigió por un triunvirato de Lavalleja, Rivera y el General colorado Venancio Flores. Al año siguiente habían muerto los ancianos Lavalleja y Rivera, y Flores quedará como jefe único.

No pudo permanecer Flores: en 1856 debió escapar de Montevideo y asilarse en Buenos Aires, donde Mitre —hijo de orientales colorados y que había actuado en la Defensa —lo dió de alta en el ejército de Buenos Aires junto con los jefes y oficiales de su partido. Convocadas elecciones de asambleístas ese año, triunfaría, pese a la presión imperial, el candidato «conciliado» Gabriel Antonio Pereira, antiguo colorado que se rodeó de blancos. No podía dejar de cumplir los tratados de Río de Janeiro: el Estado Oriental, débil y pequeño, no estaba en condiciones de sacudirla tutela de su formidable e imperial vecino. Solamente podría hacerlo con la ayuda de sus hermanos de más allá del Plata, pero a Buenos Aires la gobernaban los liberales argentinos, antiguos unitarios, de manifiestas y públicas simpatías por los colorados y Brasil. Es cierto que también estaba la Confederación Argentina de las trece provincias restantes que respondían a la influencia de Urquiza, y Urquiza como federal manifestaba simpatías hacia los blancos. Pero… era Urquiza.

Había otra posibilidad: la República del Paraguay, que se expresaba por las notas de su presidente Carlos Antonio López y sobre todo por las de su ministro de guerra Francisco Solano López, como la campeona de los países hispanoamericanos contra la prepotencia imperial. El papel que había tenido la Argentina durante el gobierno de Rosas, parecía asumirlo la rica y fuerte tierra guaraní. Hacia ella elevaban sus esperanzas los descorazonados orientales.

CAPÍTULO 12

LA REPÚBLICA ORIENTAL EN 1863

Bernardo Berro, presidente (1860)

En 1860 asume la presidencia oriental Bernardo Berro. No obstante su militancia blanca, por su gusto quisiera terminar con las luchas que desangran al Plata. ¿No será posible entenderse de una buena vez? Dicta una amplia amnistía y reincorpora al ejército a los colorados excluidos. Pero éstos (Flores, Sandes, Paunero, Arredondo, Aguilar y tantos más) prefieren formar en el ejército porteño de Mitre, que al fin y al cabo es tan «colorado» como ellos: «Yo general —escribía Flores a Mitre el 16-8-59— , he venido a Buenos Aires porque he creído que la causa que sostiene su gobierno es la misma que sostuvo Montevideo el 43».[1]

Berro intenta, por la habilidad de sus diplomáticos (Juan José de Herrera y Cándido Juanicó) restablecer la perdida soberanía oriental, pero nada puede contra Brasil, que esgrime los tratados de 1851. Ni siquiera se le permite cambiar al Encargado de Negocios en Río de Janeiro, donde debe continuar Andrés Lamas, el gestor de los tratados. Lamas, para Nabuco, «era el único amigo sincero del Brasil en el Uruguay».

En la guerra de 1861 entre Buenos Aires y la Confederación, Berro permaneció neutral. Tal vez esperaba, con ingenuidad, que los liberales argentinos olvidarían el pasado, tal vez creyó en las promesas amistosas que le hizo llegar Mitre por Francisco Pico en junio de 1861. Contra la opinión de sus amigos, prohibió la injerencia de los blancos a favor de sus amigos federales. Dice Luis Alberto Herrera que «donde se hubiese inclinado el gobierno oriental, allí estaba la victoria».[2] No lo hizo, y bien caro la pagaría su país, su partido y su persona.

«No olvide, general, a los orientales proscriptos» (1861)

En cambio, los colorados se jugaron con los liberales argentinos: Juan Carlos Gómez en la prensa, Flores, Sandes y los militares en el ejército.

Después de Pavón, Flores, jefe de la vanguardia de Mitre, recuerda a éste sus obligaciones con los colorados. Pavón no había sido solamente victoria de los

liberales contra los federales; también de la «causa de la libertad» contra los «elementos de la tiranía» en las dos orillas del Plata. Desde las costas del Paraná escribe a Mitre el 20 de octubre de 1861;

«Convencido de que el triunfo de Pavón va a asegurar la paz futura de Buenos Aires y su engrandecimiento, como el de toda la República, me tomo la libertad de hacerle un recuerdo, cual es el que no olvide a los orientales que, proscriptos de su patria, desean volver a ella, dándonos participación en los destinos políticos. Pertenezco a un gran circulo de mis amigos políticos para los que tengo que llenar deberes muy sagrados…»[3].

Contesta Mitre desde Rosario el 24:

«Nada más natural que usted, en representación de los orientales que nos han ayudado a alcanzar el triunfo, me recuerde en esta ocasión que no olvide a los proscriptos… Usted sabe, general, que mi corazón pertenece a usted y a sus compañeros como amigo, como antiguo compañero de armas y como correligionario político»[4].

En esta correspondencia de octubre de 1861 ve Quesada el origen de la invasión de 1863, causante del incendio donde vendría a envolverse el Paraguay.[5] No comparte su opinión Efraín Cardozo, para quien «sólo solicitaba Flores por entonces la intercesión de Mitre ante el gobierno de Montevideo para el retorno de los proscriptos con amplias garantías».[6] No lo creo así, pues ya había una seria amnistía de Berro para las garantías que supone Cardozo; además Flores *pide participación en los destinos públicos* que solamente podría lograrse por una revolución apoyada desde el exterior. Lo que Mitre acepta alborozado *como correligionario político*.

Flores empezó desde entonces sus preparativos para invadir el territorio oriental. Su plan, expuesto a Mitre en carta del 11 de diciembre, era ocupar Entre Ríos para eliminar a Urquiza. De allí invadir la República Oriental.

«Yo conozco mucho aquel país [Entre Ríos], y a más tengo al coronel Caraballo, Aguilar y muchos otros oficiales subalternos y, sobre todo, que el general Urquiza ya está desprestigiado y no tiene con qué resistir»[7].

Ignoraba Flores el acuerdo de Urquiza con Mitre que había dado precisamente la victoria en Pavón, y dejado acéfala la resistencia federal en el interior. No he encontrado la respuesta de Mitre a esta carta de Flores, presumiblemente destruida; puede suponerse su contestación negativa a la variante «Entre Ríos» de la *operación Oriental*, pues Flores fue a Buenos Aires a

preparar directamente la invasión de su país. El 17 de enero (1862) pide su baja del ejército porteño con el curioso fundamento de que «su salud declina cada día que pasa» mientras escribía a sus partidarios en la República Oriental «que estuvieran preparados».[8]

Mitre ha escrito a Berro después de Pavón para «agradecerle su irreprochable actitud y ofrecerle su amistosa reciprocidad». El ingenuo presidente oriental proclama la buena fe de Mitre en el Mensaje a la Asamblea Oriental del 15 de febrero; pero enseguida le llegaron noticias precisas de la actitud de Flores y de sus concomitancias con el gobierno argentino. Alarmado, requiere en marzo de Mitre por el cónsul oriental Mariano Espina, una explicación satisfactoria. Mitre le dice:

«…que ningún compromiso había contraído con los emigrados orientales tendientes a la perturbación del orden de su patria… que propenderá por todos los medios a su alcance, dentro de la órbita de lo legal, y empleando también su influencia particular con sus amigos, a que no se turbe la paz de la República Oriental».[9]

«¡Amigo!, no le crea una palabra a Mitre» (1862)

Los preparativos de Flores seguían a la luz del día, pero el presidente Berro creía en Mitre. Esto alarma a Carlos Antonio López, presidente del Paraguay (moriría en setiembre de ese año), que en marzo de 1862 pregunta al Encargado de Negocios de la República Oriental, Juan José de Herrera, por las expresiones de Berro:

«Díjome —dice el informe de Herrera— haber oído que había el señor Berro presentado su mensaje, muy bueno, pero que le dijera si era cierto algo que le habían afirmado, contenido en él, y que él se resistió a creer. Y era que aquel documento contenía un párrafo en que el señor Berro declaraba que, creyendo en las protestas de amistad y de respeto del general Mitre, tenía plena confianza y depositaba fe en que ese general no atentaría contra el Estado Oriental… que a él [a López] le había parecido increíble que el señor Berro tuviera fe en los hombres anarquistas de Buenos Aires, y que esa fe la basara en protestas dadas precisamente por el principal de esos anarquistas. Que no le creyera nada el señor Berro; que él [López] estaba en situación de poderle dar este consejo de amigo; que los anarquistas dicen una cosa y hacen otra, que ya fue así la vez pasada cuando el desgraciado general Díaz invadió el Estado Oriental ayudado e impulsado por Buenos Aires en medio y simultáneamente de las protestas de Alsina… que lo

mismo habría de volver a suceder cualquier día en que a Mitre le pareciera oportuno; que, naturalmente, Mitre aparecería en desacuerdo con Flores aparentando precisamente que ese desacuerdo es causado por la resistencia de Mitre a coadyuvar pretensiones de invasión del caudillo oriental, pero que todo eso no es más que una estratagema. Que mientras interese a Mitre y a sus aliados entretener con esas promesas falaces a los orientales, así lo harán, pero que era pueril depositar fe en ellos. Que Flores ha de ir al Estado Oriental día más o día menos, y que lo iba a hacer sin decir "*allá voy*" (estas palabras las dijo S.E. en portugués)».[10]

«Asombra la exactitud del vaticinio», acota Luis Alberto de Herrera: «La mirada del primer López penetra hasta el fondo de la tragedia que se prepara».[11]

Alertado por Carlos Antonio López, Berro manda a Buenos Aires al Dr. Octavio Lapido en misión especial, Los aprontes de Flores son públicos y la prensa mitrista ha empezado a propagar la «Cruzada Libertadora». En octubre Lapido entrevista a Mitre: éste le asegura que los preparativos de Flores eran por la guerra del Chacho, y no había pasado por la cabeza de nadie perturbar a la República Oriental. Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores, evacúa el 12 de noviembre una indéntica consulta de Lapido:

«El gobierno argentino no tiene motivo ninguno para participar de los temores que expresa la nota del Comisionado Especial, que cree destituida de fundamento. Pero que en todo caso debe contar el gobierno oriental con que el argentino ha de cumplir los deberes que la ley de las naciones le impone, mucho más entre gobiernos que cultivan relaciones de amistad».[12]

Agrega Mitre a Lapido que, en caso de sospecharse una actitud de Flores contra «el gobierno amigo del señor Berro» no vacilaría en internarlos (a Flores y a sus oficiales) en Azul, lejos de la costa.[13]

Tres días después Lapido entrega a Mitre una carta de Flores al coronel uruguayo Manuel Carabajal incitándolo «a tomar parte en la próxima revolución que preparo».[14] Mitre da la callada por respuesta; en su nombre Elizalde le contestó que «los proyectos y trabajos del general Flores no tenían base ni contaban con medio ninguno en la Argentina».[15] Pero no lo interna en Azul, y Flores seguirá con sus preparativos.

Quien no se quedaría sería Lapido, que da por concluida su misión y regresa a Montevideo. Es que se aglomeraban nubes por el lado de Brasil.

Brasil se dispone a ocupar la República Oriental

El desplazamiento de los blancos por los colorados también se había preparado en el Imperio vecino, y Mitre y Flores eran simples instrumentos de voluntades imperiales. Pretextando —eterno pretexto— las «vejaciones» sufridas por los propietarios brasileños de estancias uruguayas sin atender a la condición de «minoría privilegiada» que les daban los tratados de 1851 (exención de requisiciones, de impuestos, derecho a usar y abusar de esclavos, de comerciar a través de la frontera, etc.), apenas conocida la noticia de Pavón, el ejército imperial se dispone a ocupar la República Oriental. El movimiento de Flores era sólo una operación auxiliar de otra mayor.

Puede saberse este propósito (cuyo cumplimiento se retardarla por complicaciones internacionales de Brasil) por la afirmación del diplomático inglés W. D. Christie en su libro *Notes in Brasilian Question*, transcripta por Nabuco.[16]

«Esto es lo que escribía el Marqués de Abrantes en diciembre de 1862:… "estaba el ejército brasileño para cruzar la frontera y ejercer las represarlias contra Montevideo, cuando el señor Carvalho Moreira recibió orden de protestar, y protestó, contra represalias inglesas en aguas del Brasil…"»

Abrantés era ministro de Negocios Extranjeros del gabinete Olinda, iniciado el 30 de mayo de 1862. El grave incidente diplomático anglo-brasileño denominado *cuestión Christie*, al que me he referido antes, ocurrió en junio de ese año; en diciembre Carvalho Moreira, ministro de Brasil en Inglaterra recibiría órdenes de protestar contra la actitud agresiva del almirante británico Warren que detenía buques brasileños en la entrada de los puertos del Imperio. El gravísimo problema hizo que el Brasil diese marcha atrás, a la espera de mejor oportunidad, en su proyectada ocupación de la República Oriental.

Mitre y Flores lanzados en la aventura, la cumplirían. Si no se contaba por el momento con el ejército de línea brasileño había la seguridad de las milicias riograndenses reunidas en la frontera a principios de 1863.[17]

La invasión era pública en abril de 1863. Todos sabían que «día más, día menos», Flores iría con los hombres y las armas reunidos en Buenos Aires y en Brasil, a la vista de todo el mundo, a libertar en beneficio brasileño al Estado Oriental. Todos lo sabían, menos Mitre, que seguía protestando su inocencia.

CAPITULO 13

EL MISTERIO DE LA INVASIÓN DE FLORES EN 1863

La incógnita del 19 de abril de 1863

Al amanecer del 19 de abril de 1863, Venancio Flores, general del ejército mitrista en la Argentina y jefe del partido colorado en el Uruguay, subrepticiamente desembarcaba con mucho dinero y tres acompañantes al sur del Rincón de las Gallinas, en la República Oriental. Lo esperaban allí con caballos frescos; a todo galope tomó hacia el nordeste, eludiendo las poblaciones y los caminos reales; atravesó el departamento Paysandú para encontrarse al día siguiente en el paso de la Laguna, sobre el Arapey, con partidas armadas llegadas de Corrientes, Rió Grande y algunos departamentos orientales.

Empezaba una guerra civil. Pero esta vez sería algo más que una contienda entre colorados y blancos para disputarse la preeminencia política de sus fracciones a cargas de lanza. Ese 19 de abril se prendería la chispa de un incendio donde vendrían a quemarse Brasil y la Argentina en apoyo de Flores, y Paraguay en socorro del gobierno legal. Los cuatro hombres llegados de Buenos Aires al Rincón de las Gallinas en las brumas de un amanecer iniciarían una masacre que costaría cientos de miles de vidas y el aniquilamiento de la más próspera república sudamericana.

Flores la llamó «cruzada libertadora» —tomó como bandera una cruz con fondo colorado— porque pretextó un minúsculo incidente que había tenido el presidente Berro con el cabildo eclesiástico de Montevideo. El autor de la hecatombre de Cañada de Gómez afiliado a la masonería venía a defender la religión atropellada por el circunspecto Bernardo Berro.

¿Inició Flores la invasión por su cuenta, como se ha dicho y repetido, y todo lo que vino después fue una imprevisible consecuencia dispuesta por el destino? ¿O sus pasos habían sido arreglados por Mitre y el gabinete de Brasil para quitar el gobierno a los blancos orientales?

Es la incógnita que trataré de despejar.

Planteo del problema

En la República Oriental gobernaba Bernardo P. Berro, del partido blanco, tradicionalmente unido al partido federal argentino, y también tradicionalmente opuesto a la injerencia brasileña.

En la Argentina era presidente Bartolomé Mitre, del partido liberal (nueva designación del unitario). Había vencido en Pavón a Urquiza, e impuesto la cucarda celeste en toda la república con la fuerza de los escuadrones del ejército de línea. Pero en 1863 el interior todavía rechazaba la imposición liberal (aún no había sido asesinado el Chacho) y en Entre Ríos mantenía Urquiza (tal vez fue la condición para abandonar a sus amigos) el gobierno y el comando de sus milicias, las mejores y más fuertes de todo el país.

En Paraguay acaba de asumir Francisco Solano López. Los paraguayos simpatizaban con los federales argentinos y blancos orientales y eran decididos adversarios de quienes llamaban *anarquistas* (los porteños) y *macacos* (los imperiales).

En Brasil gobernaba el ministerio *dos Velhos*, caracterizado por su política prepotente contra los blancos de la República Oriental. Una ejército estaba en la frontera en 1862, preparado a franquearla en represalia de reales o supuestos agravios a residentes brasileños en territorio uruguayo; la «cuestión *Christie*» con Inglaterra había postergado este paso.

Primera hipótesis: Flores obró por su cuenta

Es la opinión corriente en la historiografía oficial argentina y brasileña: entre nosotros la sostiene el diario *La Nación*, de Buenos Aires, y el grupo de historiadores académicos. Según ella, Mitre y los suyos fueron sorprendidos por la fuga de Flores y no tuvieron parte en la revolución de los colorados. Se basan en las siguientes pruebas documentales.

1.º) Rufino de Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores de Mitre, en carta pública del 21 de diciembre de 1869 producida en una famosa polémica sobre las causas de la guerra del Paraguay, si bien dice considerar «las más noble y la más santa de las revoluciones, la del general Flores» y «celebré su triunfo como uno de los acontecimientos provindenciales para la felicidad de los pueblos del Plata y la consolidación de la paz bajo gobiernos libres», descarta en ella una participación del gobierno argentino y aun el conocimiento de los propósitos de Flores.

«La invasión del general Flores —dice— no podía ni imaginarse siquiera. Fue un acto de desesperación inspirado por la Providencia[1] y que sólo protegido por ella pudo tener el éxito feliz que tuvo.

«Fuimos sorprendidos por esta noticia en el Rosario adonde habíamos ido con el general Mitre y el señor doctor Rawson (ministro de interior) a la inauguración del camino de fierro a Córdoba».

2.º) Descartando la injerencia del mitrismo, el entonces diario oficial *La Nación Argentina*, publicó el 12 de abril de 1865 una carta de Flores a Mitre del 16 de marzo de 1863, escrita pues en Buenos Aires en víspera de embarcarse, que probaría la oposición de Mitre a la invasión:

«Hoy me entrego a mi destino —escribe Flores— lanzándome al suelo de la patria para combatir a los déspotas, autores y factores del bárbaro asesinato de Quinteros.

«Desde que se negó usted a hacer por la emigración oriental lo menos que a su nombre podía yo exigir —obtener del gobierno de Montevideo la ampliación de la ley de amnistía, y que prestase usted su garantía moral respecto de su cumplimiento—, no quedaba otro remedio que el de recurrir a las armas para conquistar nuestros derechos arrebatados por actos arbitrarios…

«Pongo por testigo el cielo que al acometer esta empresa no abrigo ninguna ambición personal; y aunque me parece ya oírle decir que es descabellada la intento na, sin desconocer ni negar los riesgos y las vicisitudes a que está expuesta, confío mucho en que la Providencia la coronará con el triunfo…

«Persuádase, general y amigo, que cualquiera que sea la suerte que la incierta fortuna me depare en la justificada lucha que voy a presidir, las justas quejas que abrigo a su respecto no serán suficientes para entibiar la sincera amistad que le profeso».

3.º) El ministro de Guerra de Mitre, Juan Andrés Gelly y Obes, que había quedado en Buenos Aires participaba el 19 de abril al presidente, ausente en Rosario, la desaparición de Flores, Sus términos lo muestran oponiéndose a la invasión:

«Desde ya creo que el tal guaso de Flores nos va a traer una complicación muy seria con su invasión, pues si no le dan en la cabeza pronto y llega a tomar cuerpo su plan, el taita de Entre Ríos ha de auxiliar a los suyos como mejor pueda, y de ahí el embarazo para nosotros, ¡Pobre partido de principios el que encabeza

don Venancio!».

4.º) La noticia de la invasión de Flores fue dada por *La Nación Argentina* en términos que parecen descartar un conocimiento previo:

«Se confirma la noticia de haber desembarcado el domingo el general Flores en el Estado Oriental… El designio del general Flores ha sido llevado con tanto secreto que nadie entre nosotros lo ha traducido… Nadie ha visto ni mencionado siquiera nada que se parezca a una tentativa de invasión… El gobierno no podía impedirlo… No está en sus manos atacar la libertad de las personas para impedirles el derecho que tienen de trasladarse de un punto a otro».

Segunda hipótesis: Flores obró de acuerdo con Mitre

¿Traducen la verdad esas tres cartas y el suelto de *La Nación Argentina*? Se ha negado su sinceridad porque:

1.º) Flores era general del ejército argentino, como eran militares del escalafón sus acompañantes los coroneles Aguilar y Caravallo y mayor Arroyo. Los tres primeros solicitaron sus bajas a principios de 1863; que debieron, por lo menos, hacer sospechar al ministro de Guerra sus propósitos.

2.º) El comisionado Lapido del presidente Berro, había demostrado a Mitre y Elizalde las intenciones revolucionarias de Flores; entre otras pruebas acompañaba una carta de puño y letra al coronel Manduca Carvajal invitándolo a la revolución.

3.º) Flores y sus compañeros no escaparon subrepticiamente de Buenos Aires; lo hicieron en pleno día, embarcándose en el buque de guerra Caaguazú de la armada argentina, puesto a su disposición por el ministro de Guerra y Marina.

4.º) El ministro Gelly y Obes acompañó el 16 hasta el muelle de pasajeros a los revolucionarios; por lo tanto, su carta del 19 a Mitre fue «fabricada para las circunstancias».

5.º) Mitre estaba en Buenos Aires al producirse el embarque, pues partió a Rosario el viernes 17 de abril, es decir, al día siguiente de embarcarse Flores. Si se «enteró de ésta en el Rosario», como diría su ministro de Relaciones Exteriores, será porque su ministro de Guerra y Marina no lo informaba.

6.º) El cura Ereño, corresponsal de Urquiza, escribe a éste el 24: «El intermediario para arreglar la invasión ha sido el señor Lezama [José Gregorio], El

día 15 tuvieron Mitre y Flores su última conferencia en la casa del dicho Lezama para que el 16 partiera Flores, como así tuvo lugar, habiendo recibido de manos de Lezama 6 000 onzas de oro por pronta providencia y con ley abierta para librar contra la casa Lezama las cantidades que precisase».[2]

José Gregorio Lezama era un fuerte comerciante. Abona la veracidad de la información de Ereño, que Mitre estaba en Buenos Aires el 15 de abril y Flores llevó consigo 6 000 onzas de oro para los primeros gastos de guerra.

Tercera hipótesis: Flores y Brasil estaban de acuerdo con los ministros de Mitre, a espaldas del general.

Mármol, interfiriendo en la polémica entre Mitre y Juan Carlos Gómez de 1869 (sobre las causas de la guerra del Paraguay) escribió el 14 de diciembre, bajo las iniciales XX:

«Al presidente Mitre no repugnaba menos la invasión de Flores que a don Pedro II. Pero el presidente Mitre no tuvo cerca de si sino un solo hombre que alentase su honrado pensamiento de neutralidad [José Mármol], pero este hombre nada podía contra las maniobras de los secretarios de Estado.

«La disyuntiva para Mitre era ésta: o pedir a sus cinco ministros la renuncia, destituir a todos los empleados de la Capitanía del Puerto y hacer saber a sus empleados militares que él era el general en jefe de su ejército, y al pueblo de Buenos Aires que el presidente de la República es el encargado de las relaciones exteriores de su país… o cerrar los ojos y dejar que fuese de aquí todo lo necesario para hacer más divertido el metralleo brasilero.

«En protección de ese Partido Colorado vinieron los brasileros. Fue ese Partido Colorado quien arrastró a los Elizalde y a los Gelly en el gobierno y a los Lezama. Obligado, Martínez y qué se yo cuántos otros en el pueblo, a llevar a los elementos oficiales a formar en las Tilas de la ya establecida alianza entre colorado e imperíales».

La tentativa de Mármol para defender la buena fe de Mitre, cargando la responsabilidad sobre sus ministros y partidarios, fue la única posible ante el cúmulo de hechos probatorios de la participación del mitrismo que se publicaron en 1869. La prueba documental preparada por los interesados como expresión de inocencia y las protestas de su buena fe que habría sorprendido Flores, no podían engañar en 1869. Mármol en defensa de Mitre planteó el dilema en sus exactos

términos: o Mitre en 1863 se hizo el tonto para engañar a los orientales, o realmente era un tonto a quien engañaban sus colaboradores. Su convicción de la honestidad del general lo llevó al término segundo.

«Calumnias de los mitristas…»

Con o sin participación directa de su jefe, la invasión de Flores en 1863 se hizo con la complicidad del mitrismo. Fue un secreto a voces antes y después de ocurrida. Antes de 1863 la actitud mitrista no había engañado a nadie; en marzo de 1862, Carlos Antonio López, que no tenía sobre Mitre la misma opinión que Mármol, decía a Juan José de Herrera las palabras que he transcripto antes.

El gobierno oriental protestó el 25 de abril por la invasión de Flores desde territorio argentino protegida «por reuniones en la provincia argentina de Corrientes y de la brasileña de Rió Grande», El Encargado de Negocios de Brasil contestó el 29 «não ter conhecimiento désses fatos»; el gobierno de Mitre, protestando su inocencia en la escapada de Flores y su ignorancia de los aprestos bélicos realizados en su territorio, argumentaba en nota firmada por Elizalde: «Si el general Flores, al salir de este país, tenía la intención de ir al República Oriental, no le tocaba en ese caso al gobierno ni indagarlo ni impedirlo».

A la vista de todo el mundo se formó en Buenos Aires un comité de ayuda a la *cruzada libertadora oriental*. El diario *Tribuna* lo apoyaba el 25 de abril con estas palabras:

«Los partidos orientales y los partidos argentinos son idénticos en sus propósitos, los mismos en sus principios, iguales en sus luchas. El Partido Colorado es el partido de la libertad de la República Argentina, como el Partido Blanco es el partido de la tiranía de aquí».

Celebróse el 1º de julio un acto público en Buenos Aires para juntar fondos. Allí habló Pastor S. Obligado:

«Esta [la causa de Flores] no es causa extranjera. Es el partido unitario en su lucha eterna contra la mazorca, cuyo espíritu trasmigró a Montevideo… Lo que deseamos para esos hermanos es la libertad: un triunfo más completo que, como entre nosotros, no deje en pie ni un Chacho ni un Urquiza…».

Mientras el Buenos Aires del mitrismo exultaba eufórico por ayudar a Flores, desde Paraguay Francisco Solano se esforzaba, contra la opinión que había

dado su padre el año anterior, en creer en la inocencia de Mitre:

«Flores, que hasta hace muy poco sirvió con notable denuedo en el ejército de Buenos Aires —decía el 16 de mayo el *Semanario de Avisos y Conocimientos Útiles*, de Asunción, órgano del gobierno— ha comprometido la neutralidad del Estado que lo hospedaba…»[3].

CAPITULO 14

LA «CRUZADA LIBERTADORA»

«Neutralidad» bien entendida

El 19 de abril de 1825 Lavalleja y Oribe con los 33 orientales iniciaban desde La Agraciada la liberación oriental de la ocupación brasileña; el 19 de abril de 1863 Venancio Flores, desembarcado cerca de La Agraciada, comenzaba su Cruzada Libertadora destinada a afirmar la injerencia brasileña en el Estado Oriental. La invasión de Flores, empezaba en momentos inoportunos al Imperio y al mitrismo; el Imperio por la ruptura de relaciones con Inglaterra debido a la cuestión *Christie*; para el mitrismo porque todavía alentaba el Chacho en las provincias del noroeste y su alarido de guerra resonaba por los Llanos. Hubiera sido más conveniente esperar; la situación inglesa con Brasil no podía prolongarse indefinidamente, y el Chacho, más tarde o más temprano caería atravesado por la lanza de algún mercenario de la libertad. Si Mitre, como dicen los mitristas, fue sorprendido en abril de 1863 por la escapada de Flores, no es menos cierto que hasta diciembre de 1862, alentó sus propósitos. Pero en diciembre de 1862, había un ejército brasileño en la frontera dispuesto a invadir «por represalias» la República Oriental, y el Chacho parecía inquietado por la paz de La Banderita del 30 de mayo.

Flores se «adelantó» o hizo adelantar los planes de su correligionario y amigo con dinero, armas y transportes, facilitados por el trompeterío de la prensa liberal porteña que, después de Pavón, por uno de esos misterios de la «libertad» era de toda la prensa porteña. Una vez asentado el invasor en su campamento del *Paso de la Laguna*, se le incorporaron partidas de Corrientes (donde gobernaban los mitristas) y de la provincia brasileña de Río Grande; muchas armas, municiones e implementos de guerra salieron libremente del puerto de Buenos Aires con destino al ejército revolucionario.

Sin perjuicio de la «neutralidad». Porque la palabra neutralidad no se mezquinaba en los periódicos oficiales o en los documentos del gobierno argentino. El mitrismo era neutral, absolutamente neutral en una contienda entre orientales; solamente por calumnias podía decirse otra cosa: «en cualquier momento en que el gobierno argentino tenga conocimiento de cualquier hecho que pueda comprometer la neutralidad que se ha propuesto y que desea guardar, ha de tomar las medidas necesarias para impedirlo» se irritaba Elizalde, ministro de

Relaciones Exteriores de Mitre ante las reclamaciones del gobierno de Berro. No importaba que Andrés Lamas, amontonara *hechos*: en tal día se embarcaron por Buenos Aires tantos hombres armados, en tal otro salieron con destino incierto varios cajones de armas y municiones. «Nada tiene que hacer el gobierno argentino —contestaba Elizalde— con los hombres que hayan salido o puedan salir de la República; si entre ellos hay alguno que busca la incorporación al general Flores, sólo al gobierno oriental le toca impedirlo… El señor Lamas [representante oriental en Buenos Aires] denuncia que se han comprado armas; pero el señor Lamas sabe que en la República Argentina es libre el comercio de armas y no podría impedirse que se sacasen las que quieran exportarse, siendo de acción del gobierno oriental vigilar que no vayan a puntos ocupados por fuerzas del señor general Venancio Flores».[1]

Prepotencia mitrista

El 1 de junio el buque de guerra oriental *Villa del Salto* se dirigió a Fray Bentos porque se habría denunciado que en un vapor argentino —también llamado *Salto*— llegarían sables, municiones, uniformes y monturas destinadas al ejército revolucionario. Efectivamente, el contrabando de guerra quedó demostrado.

No fueron Herrera o Lamas los indignados, sino Elizalde: «La violencia contraria a todo derecho ejercida por el vapor de guerra oriental contra un paquete comercial argentino», clama en una nota de protesta contra las autoridades orientales. Exige a éstas, ofendidísimo, *inmediatas reparaciones, vindicar el ultraje, castigar el delito, acordar las indemnizaciones*, etc. Herrera, ministro de Relaciones Exteriores de Berro, se limita a pasarle copia del sumario: el capitán del *Salto* argentino, confesaba que las armas y municiones habían sido embarcadas en Buenos Aires y eran de pertenencia del gobierno argentino.

Elizalde quedó en descubierto. Pero no se inmutó. Por respuesta dio un ultimátum, exigiendo «inmediatamente» el castigo del capitán del *Salto* oriental, su pública degradación, el desagravio al pabellón argentino «por el inaudito atropello cometido» y como fin de fiesta que la mercadería fuese restituida al *Salto* argentino para ser llevada a su destino. Herrera quiso llamarlo a la cordura. El apoderamiento de un contrabando de guerra en aguas orientales no podía ser un «agravio al pabellón argentino» y el capitán del buque oriental había procedido dentro de sus deberes a incautarse de armas e implementos destinados a combatir a su gobierno. Invitó al arbitraje de una tercera potencia. Pero ni Mitre ni Elizalde quisieron el arbitraje que «era inadecuado», dijo este último. Insistieron en las

«reparaciones» humillantes, o en su defecto «se tomarán medidas coercitivas para vindicar el ultraje».

Era el 15 de junio. El 22 la escuadra mitrista, al acecho cerca de Martín García, se apoderó del buque de guerra oriental *General Artigas* que llevaba tropas para reforzar los ejércitos gubernistas del norte, y bloqueó la entrada del Uruguay para cortar las comunicaciones entre Montevideo y los puertos sobre este río. Bloqueado el Uruguay, y ayudado Flores por contigentes y armas salidos de Buenos Aires a la luz del día, el triunfo de los revolucionarios no era dudoso. El caudillo insurgente aprovechó la situación para batir a los gubernistas en *Las Cañas* (25 de julio).

No se encontraba en condiciones el gobierno oriental de contestar por medio de la fuerza a los actos de prepotencia de Mitre. Ni tampoco quería polemizar con un adversario tan carente de fe; ni siquiera insistió en un rompimiento de relaciones diplomáticas, donde Herrera encontraba la sola protesta posible.

Dirigió sus miradas al Norte. Allí estaba el Paraguay.

El Tacuarí (noviembre)

Consumado el atropello del *General Artigas* Juan José de Herrera mandó un agente —Octavio Lapido— a Asunción. Los momentos son gravísimos. Flores estaba ayudado a cara descubierta; en el parlamento brasileño se habrían oído expresiones que no dejaban dudas sobre la posición y el papel del Imperio. Estaba claro que entre imperiales y mitristas iban a poner en la República Oriental un gobierno de sus convenencias, mejor dicho, de las conveniencias brasileñas, pues el mitrismo jugaba el papel de una fuerza de choque. Los diarios de Río de Janeiro, como los de Buenos Aires, hablaban del triunfo de la civilización contra la barbarie: por supuesto con equilibrios de dialéctica para presentar como «bárbaros» a caballeros del carácter de Bernardo Berro, Juan José Herrera, Florentino Castellanos, Eduardo Acevedo, Octavio Lapido, crema y nata de la cultura montevideana, y conferir la defensa de la «civilización» a Venancio Flores, Fausto Aguilar, Francisco Caraballo y otros espadones de su calaña. Pero el papel aguantaba todo.

En julio se encuentra Lapido en Asunción. López conocía perfectamente las cosas y las intenciones, pues sus servicios informativos en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro eran excelentes; quizá tan buenos como los del Imperio. No dudaba que tras el mitrismo estuviera Brasil. Lapido habló de alianza

«para la mutua seguridad de nuestra independencia y soberanía» , de equilibrio continental del desarme de Martín García, de la necesidad de que los 25 ó 30 000 hombres equipados de Paraguay fueran a detener la prepotencia de Mitre.

Pero López no quiso comprometerse. Tenía la esperanza de que Mitre reflexionase antes de llevar más lejos las cosas; una alianza oriental-paraguaya significaría la guerra si Mitre persistía en su política agresiva. ¿Podía Mitre asumir la responsabilidad de una lucha necesariamente atroz, y donde ni la Argentina ni su partido ganarían nada? ¿Podía encontrarse cegado hasta ese extremo? Quiso agotar los medios pacíficos: hacer saber a Mitre que en el juego de Berro obraba la carta paraguaya. Pero sin jugarla. Si no se habían vuelto locos en Buenos Aires, no habría necesidad de hacerlo.

El 6 de setiembre, el ministro de Extranjeros paraguayo, José Bergés, pide a Elizalde que dé «amistosas explicaciones» por la intromisión mitrista en las costas orientales. Paraguay dejaba su «espléndido aislamiento» de medio siglo. El argentino contesta el 2 de octubre:

«He visto (en la nota paraguaya] una prueba más de amistad y benevolencia del F.xcmo. Señor Presidente del Paraguay, y la estima… tanto más cuando es una ocasión de disipar las negras nubes. El gobierno argentino quiere la paz, para sí y para sus vecinos… Hizo cuanto pudo para evitar la guerra que aflige a la República Oriental, y cuando estalló guardó la más estricta neutralidad… Solamente… por consejos mal inspirados el gobierno oriental le ha hecho acusaciones injustas… que el juicio recto y mesurado del Excmo. Presidente del Paraguay… no tomará en cuenta. Bajo la seguridad más firme niega cuanto le imputa el gobierno oriental».

Contesta López por pluma de Bergés. La respuesta argentina no le ha satisfecho: Paraguay había pedido «amistosas» explicaciones sobre hechos concretos que detallaba, violatorios de la neutralidad que Elizalde no le daba. Insiste, pues, en una explicación a cada uno de los cargos. Elizalde calla.

López escribe directamente a Mitre el 20 de octubre y le manda la carta con el buque de guerra *Tacuarí*, que después debería estacionarse en Montevideo en actitud protectora. La carta es firme: «estoy persuadido de que arribaremos a un arreglo amistoso fundado en la equidad y la justicia». También trae el *Tacuarí* una nota del ministro Bergés con acusaciones de la parcialidad mitrista: el buque de guerra argentino Pampero había llevado un contingente militar para unirse a Flores; en el puerto de Buenos Aires y en son de guerra embarcaron dos expediciones: una conducida por un tal Rebollo y otra por un señor Conde aparentemente destinadas a la revolución oriental. ¿Era eso cierto o no? «Sucesos

tan desgraciados —dice la nota paraguaya— han llamado seriamente la atención al gobierno»; sin embargo Bergés «esperaba muy con fiadamente que se darían las explicaciones que desvanecerían la impresión de estos sucesos». El 28 de octubre el *Tacuarí* ancla en Montevideo con la bandera de guerra paraguaya ondeando al viento del Plata, después de dejar la carta de López y la nota de Bergés en Buenos Aires.

Pero ya Andrés Lamas, con un golpe en la espalda de su gobierno, había firmado con Elizalde el protocolo del *22 de octubre* renunciando la República Oriental a la ayuda paraguaya como veremos después. No obstante, a Mitre le llenó de prevenciones la presencia del *Tacuarí* en aguas del Plata; no había entrado en su imaginación la posibilidad de una guerra con el pacífico Paraguay. El 31 de diciembre Elizalde contesta la nota oficial de Bergés: «Son infundadas e injustas las quejas del gobierno oriental de las cuales se ha hecho eco el paraguayo»; los orientales trataban solamente de perturbar las buenas relaciones de paraguayos y argentinos. No levanta un solo cargo, ni se queja por la presencia del *Tacuarí*. El 2 de enero (1864), contestando la carta particular de López, Mitre le dirá que no comprende porqué el presidente paraguayo ha enviado al *Tacuarí* con bandera de guerra, puesto que se halla «a la cabeza de un pueblo tranquilo y laborioso que se va engrandeciendo con la paz… estimado por todos los vecinos que cultivan con él relaciones proficuas de comercio… V.E. es el *Leopoldo*[2] de esta regiones, cuyos vapores suben y bajan los rios superiores enarbolando la bandera pacifica del comercio cuya posición será tanto más alta y respetada cuando más se normalice ese modo de ser entre estos países».[3]

Tampoco reclama por su presencia. Es que las cosas no pintaban bien por el lado de Entre Ríos, y los brasileños demoraban en invadir la República Oriental. Sin ellos, Flores no podía consolidar su revolución.

CAPITULO 15

URQUIZA

Entre Ríos ante la invasión de Flores

Fuera de la oligarquía porteña y algunos circuios liberales del interior (el de Corrientes era el más considerable), la opinión argentina se manifestó estruendosa contra la invasión de Flores y no dudó del apoyo mitrista. Un terrible y jocoso brindis del cura entrerriano Ereño, fue repetido por la prensa: «El deseo más vehemente que me agita en estos momentos es el de ver degollados a todos los porteños, asegurándoles empero que llevaré mi humanidad a hacerles responsos por mi cuenta». (*Tribuna*, 31 de mayo de 1863). Aún en Buenos Aires, a causa de ser el partido federal la incontestable mayoría no obstante encontrarse excluido de los padrones electorales, la ayuda mitrista para el derrocamiento del gobierno oriental encontraba resistencias.

Una cosa era el país real y otra el legal. La República de 1863, *pavonizada* por los regimientos de linea y la defección de Urquiza, parece al desprevenido lector de periódicos de esa época de una unanimidad varsoviana. Salvo Entre Ríos donde los diarios, y no todos, expresan el sentimiento federal, era difícil encontrar alguna hoja antimitrista en Buenos Aires o en el interior. Diríase que la armonía entre los argentinos era completa: apenas una que otra noticia aislada sobre *montoneros, bárbaros, hordas chachistas*, daban cuenta de otra realidad impermeable a la prensa liberal.

El mismo Urquiza, que tanto había hecho temblar a Buenos Aires, estaba a principios de 1863 manso, tranquilo y contemporizador. Aunque la opinión de su comprovincianos era, lógicamente antimitrista, acababa de hacer votar por Mitre a los entrerrianos en la elección presidencial de 1862. No quería que nada lo turbase en el disfrute tranquilo de su gobierno y su patrimonio. No obstante era todavía el jefe del federalismo, el gobernador de la provincia más federal de la Argentina. Pese a la evidencia trasuntada en Pavón y tantas otras cosas, los federales confiaban en la reacción de Urquiza. Como Derqui después de la retirada incomprensible, se negaban a creer en una defección del ídolo: seguramente había «desensillado hasta que aclare»; esperando que su instinto gaucho le señalase el momento para irse contra Buenos Aires y barrer el mitrismo.

El Chacho, durante su segundo y último levantamiento, le escribió: «No nos falta sino que usted monte a caballo para concluir definitivamente la obra de reconquistar nuestros derechos y libertades». Pero la carta fue sospechosamente a poder de Mitre, que la publicó en *La Nación Argentina* del 1 de julio de 1863.

Recelos de Urquiza

Urquiza tenía intactas sus milicias, las mejor disciplinadas y armadas del país.

Hacia marzo de 1863 una noticia había desconcertado al general. Desde Pavón su convenio tácito con Mitre se había cumplido; pero el mitrismo —ya en la presidencia de su jefe — tomaba medidas sospechosas. El ministro del Interior, Rawson, acababa de dejar en Santa Fe y Córdoba importantes armamentos; dijo que para acabar con el Chacho, pero podían ser para combatir a Urquiza. Las agresiones de la prensa porteña, hasta entonces silenciadas, recrudecieron en forma alarmante: el 31 de mayo, *Tribuna* lo volvió a llamar *asesino* como si se estuviera en los tiempos anteriores a Pavón.

Tal vez era por lo del Chacho. Urquiza explicó a Mitre, que nada tenía que ver con el Chacho, cuyo levantamiento ha condenado públicamente: «Si mi nombre era explotado para darle autoridad o prestigio, esto se hacía sin mi conocimiento ni aprobación» le escribe el 27 de junio, agregando: «jamás he otorgado ni otorgaré mi aprobación a los movimientos sediciosos que tienden a perturbar la paz, alterar el orden, menoscabar la autoridad general e impedir que el país disfrute de los beneficios que le garanten instituciones protectoras». La *paz* mitrista, el *orden* mitrista y las *instituciones* mitristas tenían su mejor puntal en el jefe de los federales. Pero allí, del otro lado del Paraná, seguían los armamentos traídos por Rawson. Urquiza ya ha servido al mitrismo; ha entregado a los federales del interior y ha hecho votar a Entre Ríos por Mitre; ahora el mitrismo podía desalojarlo de su gobierno y de sus propiedades. Receloso Urquiza, al tiempo de escribir la carta anterior a Mitre, se pone en contacto con los blancos orientales y con los paraguayos: manda a Montevideo al senador Moreno, y recibe en San José al oriental Vázquez Sagastume a quien expresa sus simpatías por el presidente Berro en sus conflictos con Mitre; y se dirige por una persona de su confianza al cónsul paraguayo en Paraná, José Rufo Caminos, para llevar un urgente y secreto pedido a López. La persona *de su confianza* era el santafesino José Caminos, sobrino del cónsul. El mensaje:

«El general se empeña en que por el primer vapor salga Ud. para el

Paraguay, y haciendo valer toda su influencia ante el presidente López, trabaje para que el doctor Lapido (representante de Berro en Asunción) establezca y afiance un tratado de alianza ofensivo y defensivo.

«Si este pacto se realiza, el general tendrá de la República Oriental todos los elementos que necesite de dinero y armas para ponerse al frente de un gran pronunciamiento que dé por resultado la separación definitiva de Buenos Aires de las demás provincias, de manera de resolver de acuerdo con Paraguay todas las cuestiones del Río de la Plata. En treinta o cuarenta días terminaría la campaña… El general cuenta con la voluntad de las potencias para reconocer al nuevo Gobierno de las trece provincias.

«Me ha encargado de que diga a usted que él aborrece y habrá de aborrecer por siempre a los porteños, y que era llegado el caso de separarnos de ellos para toda la vida».[1]

¿Una nueva disgregación argentina?

No sería la primera vez que Urquiza trabajaba por una fragmentación de la Argentina. Antes quiso separar la Mesopotamia: ahora llevarse consigo las trece provincias interiores.

Como el cargo es grave, debo hacer concluyente la prueba:

1.º) En 1846, Urquiza buscó con el tratado de Alcaraz (concluido con Madariaga, gobernador de Corrientes), la formación de una *República independiente* comprensiva de Entre Ríos y Corrientes. La correspondencia de Herrera y Obes, entre otros, lo demuestra. Escribe éste a Andrés Lamas el 29-2-1848: «Recomiendo a usted mucho la insistencia de que el Paraná sea el límite de la República Argentina, y que para obtenerlo asuma el Brasil la iniciativa en los próximos arreglos. Urquiza, téngalo usted por cierto, acepta desde luego la proposición. Este arreglo era la base del convenio de Alcaraz, yo se lo garanto a usted».[2]

2.º) En 1851, al tiempo de unirse Urquiza a Brasil en la guerra contra la Confederación Argentina, no había dejado de lado su viejo sueño. Carneiro Leão, comisionado brasileño en Montevideo para dirigir la guerra, informa a su gobierno en *nota reservada* del 10 de noviembre de 1851: que Urquiza en caso de no poder vencer a Rosas «pretende ao menos tornar Entre Ríos é Corrientes independientes de Buenos Aires».[3]

3.º) Producida la revolución del 11 de setiembre de 1852, de Buenos Aires contra Urquiza, que por un momento amenazó extenderse a toda la República, trabajó otra vez la independencia de la Mesopotamia. Su ministro de Relaciones Exteriores, de la Peña, escribe a Santiago Derqui, comisionado argentino en el Paraguay, el 14 de setiembre, para que tantee las disposiciones de Carlos Antonio López a reconocer esa independencia: «aislándose el señor Director [Urquiza] completamente de todas [las provincias] y estrechando la alianza con esa República [Paraguay], podría llegarse el caso de declararse completamente independientes Entre Ríos y Corrientes y constituirse en una Nación».[4] Pujol, gobernador de Corrientes, está de acuerdo con Urquiza y escribe a éste en ese sentido. No tengo la carta de Pujol, pero la respuesta de Urquiza del 19 de octubre es elocuente: «Estoy enteramente conforme con sus ideas de que nuestras dos provincias pueden formar por sí solas un Estado que marcharía aceleradamente a su prosperidad».[5]

La contrarrevolución de Lagos del 1 de diciembre de 1852 salvó de una desagregación a la Argentina. Urquiza apoyado en Lagos, creyó que podía recuperar Buenos Aires. Si bien no lo consiguió, pudo dominar las otras provincias.

4.º) En 1861, cuando Pavón, entregó el país al partido liberal siempre que se lo dejase gozar del gobierno de Entre Ríos y de su fortuna personal. Pero dos años después, suponiéndose engañado, buscó el apoyo de Francisco Solano López para segregar el interior de Buenos Aires. Al tiempo de dirigirse el mensaje a López por intermedio del cónsul paraguayo Camino, el general Benjamín Virasoro, debo suponer con la aprobación de Urquiza, escribía al Chacho el 30 de junio, sin conocer su derrota ocurrida dos días antes en Las Playas:

«Siendo un hecho como se ve ya el pronunciamiento del Capitán General contra el poder opresor de los porteños… preciso fuese que el general Peñaloza de nuevo se pusiese en acción.

«Una nueva proclama tomando por base la separación de Buenos Aires, a tiempo de abrir nuevamente sus operaciones, sería convenentísimo».[6]

Pero el Chacho, afortunadamente, para su gloria, ya se había levantado sin buscar en sus propósitos ni mencionar en su proclama la disgregación de la Argentina.

«¡Hum! ¡Mi compadre desconfía!…»

El mensaje verbal de Urquiza a López no corrió buena suerte. El cónsul Caminos no creía en Urquiza, hasta el punto de escribir en sus cartas al canciller José Bergés: «Cuesta hasta repugnancia traer su nombre [el de Urquiza] en una misiva entre amigos».[7] No era el mejor mensajero para postular ante López una alianza con el gobernador de Entre Ríos.

La verdad es que Urquiza estaba en 1863 muy desprestigiado, salvo ante la masa federal que lo mantenía como un mito. Los dirigentes del interior le inculpaban la retirada de Pavón, su inercia ante las masacres y su alianza, por lo menos aparente, con Mitre; los liberales recordaban su condición de caudillo federal, sus matanzas en el *Potrero de Vences* y el susto de *Cepeda*. Ni dentro ni fuera del país nadie le creía una palabra. No obstante, en cumplimiento de su deber, el cónsul Caminos se embarcó para Asunción el 25 de julio con su mensaje.

López, tampoco creía mucho en una promesa verbal de Urquiza. Mandóle responder por Caminos que «esperaba de él algún acto serio que lo hiciera salir de la situación dudosa en que se había colocado ante el gobierno del general Mitre». Efraín Cardoso supone con fundamento «que López deseaba que Urquiza se pronunciara contra Buenos Aires, aunque no con propósitos separatistas», pues «la desintegración argentina contrariaba antiguas ideas de López: el mantenimiento de la unidad argentina era, a su juicio, condición del equilibrio en el Río de la Plata y garantía de la independencia del Paraguay».[8]

Francisco Solano seguía siendo el hombre de 1859, que hizo la unidad argentina en el pacto del 11 de noviembre. La gran garantía contra Brasil e Inglaterra para los pequeños países de origen español de la cuenca del Plata, era una República Argentina fuerte y consciente de su destino. Desde luego que no era así la Argentina del mitrismo; pero Mitre y los suyos eran contingencias que pasarían tarde o temprano.

López sabía que Urquiza era hombre de decidirse exclusivamente por sus conveniencias personales, y suponía que su «apertura» traída por Caminos era sólo para negociar con Mitre su impunidad en Entre Ríos.

«Nada creo del general Urquiza —decía Evaristo Carriego a Ricardo López Jordán el 13 de junio—, pero todo lo espero de la santidad de nuestra causa».[9] Pues los jefes federales, entre ellos el santafecino Telmo López y el hijo de Urquiza, Waldino, ardían por correr a las cuchillas orientales donde se jugaba la suerte del Plata. El agente paraguayo Juan José Brizuela, recogiendo la impresión de los entrerrianos sobre una nacionalidad independiente de Buenos Aires, como la había postulado Urquiza, escribía a Bergés: «La considero una utopia, permitiéndome creer que se ha querido sorprender la buena fe de Su Excelencia».[10]

De allí la respuesta de López a Urquiza. Primero pronunciarse contra Buenos Aires, después haremos la alianza. El entrerriano comentó: *¡Hum! ¡Mi compadre desconfía!*…[11]

CAPITULO 16

URQUIZA CONTRA ENTRE RÍOS

«Urquiza no podrá resistir el jadear de los pueblos…»

Cuando se supo que Paraguay había pedido explicaciones a Mitre por el apoyo a Flores y su agresión al gobierno oriental, una ola de entusiasmo tomó a los federales argentinos. Aún no había sido despachado el buque de guerra paraguayo Tacuarí a Buenos Aires y Montevideo, pero la noticia de que López impediría la interferencia mitrista levantó los ánimos caídos después de Pavón.

Waldino Urquiza, hijo del general, después de pedir en vano «un pronunciamiento federal» a su padre, resolvió irse mas allá del Uruguay y ayudar a los blancos. El 5 de setiembre escribe a Ricardo López Jordán:

«Con agrado te participo que el 9 del corriente sin falta paso al otro lado a castigar a los salvajes unitarios antes que tomen cuerpo y se nos quieran venir sobre nosotros. Comprendo que mi presencia en el Estado Oriental conviene cuanto antes, por la moral que de hecho deducirán los porteños unitarios y el bandido de Flores; así es que he abreviado mi marcha para entonces»[1].

Acompañaron al hijo del gobernador, el coronel santafecino Telmo López, que combatiría después en la guerra de la Triple Alianza del lado paraguayo, y varios jefes, oficiales y hombres de tropa. Cruzan el Uruguay llevados por el mismo espíritu federal que les hizo combatir en Cepeda y Pavón. El 14 dan a publicidad, ya en la banda oriental una proclama:

«Venimos por nuestra voluntad a combatir al infame invasor Venancio Flores y sus hordas de bandoleros alimentados y sostenidos por el oro de nuestros encarnizados enemigos los porteños unitarios.

«…Sabemos que el gobierno de Entre Ríos aconseja la abstención en esta lucha, Pero ¿cómo permitir que enemigos feroces se armen aquí en acecho de nuestro porvenir?

«Días más, y el mismo general Urquiza no podrá resistir al jadear de los pueblos que le gritan: ¡Qué hacéis! ¿Por qué dejáis que nos asesinen?»[2].

Poco antes del cruce de Waldino y los suyos, el periódico *El Pueblo Entrerriana* dirigía un brillante llamado al gobernador:

«El general Urquiza… no puede permanecer indiferente por más tiempo y, como siempre, sabrá conducir sus hijos invencibles al combate…

«Dicen que el general Mitre intervendría en ese caso a Entre Ríos… ¡Pobre gobierno de la Nación, especie de hermafrodita impotente para el bien, que se para en puntas de pie para encararse con gigantes! ¿A que no interviene Entre Ríos? ¿A que no manda a Paunero con sus tropas de linea? Eso queda para los pueblos débiles y moribundos del interior que duermen la oscura noche del cautiverio.

«Sepa la *Democracia*, [periódico entrerriano favorable a Mitre] y sepa el gobierno de la República que el pueblo de Entre Ríos está decidido a arrojar a balazos al primero que ose pisar el suelo glorioso… Sepa que cuando llegue ese caso, la política floja y sin firmeza del general Urquiza se ha de estrellar con la barrera insuperable de la voluntad del pueblo. Sepa que aquí todos contribuyen a enviar contingentes de fuerza al gobierno oriental y que se espera con ansia la oportunidad de concluir con los farsantes que están jugando con fuego al lado de la mina del odio de los pueblos".[3]

El 29 de setiembre el santafecino José Caminos, al transmitir a Urquiza los informes traídos de Asunción por su tío, el cónsul José Rufo Caminos, le dice:

«Toca ahora a V.E. ponerse de pie en nombre de la salvación de las provincias, otra vez mártires de la bárbara dominación de Buenos Aires, Una palabra de V.E. dirigida a los pueblos en ese sentido, será más que suficiente para cambiar instantáneamente el estado vergonzoso que soportan».[4]

Pronunciamientos populares

La proclama de Waldino y las incitaciones de *El Pueblo Entrerriano*, fueron contestadas por *La Nación Argentina*, el diario oficial, en un artículo que parecía de propósito para indignar a los entrerrianos:

«Sólo le queda [a Entre Ríos] unos pocos cañones sin un artillero, unos pocos je fes y oficiales inválidos, y los habitantes guardias nacionales jóvenes que no son sol dados, tiendo los viejos casi todos inválidos. No tiene soldados, no tiene jefes, no tiene parque, no tiene recursos; y tiene Urquiza en contra de si los inconvenientes de una larga familia y un poder inmenso nacional que lo

anonadarla.

«El poder del general Urquiza está en la imaginación de los que recuerdan lo que fue y que no se detienen a ver las cosas con calma».[5]

Un pequeño triunfo de Waldino contra una partida florista, y un articulo de *La Nación* subestimando la resistencia de Entre Rios a una intervención nacional, fue causa de estarse al borde de una guerra civil. A fines de setiembre, estalló una asonada en Victoria a los gritos de «*¡Muera Mitre!*» «*¡Mueran los salvajes unitarios!*»; el único funcionario nacional de la localidad, el Encargado de Correos, fue obligado a abandonar el pueblo «por no quererse mitristas». El 27 ocurrió otra algarada en Paraná, contada por Evaristo Carriego al comandante de Nogoyá, coronel Manuel Navarro.

«La noche que se recibió aquí la noticia del triunfo sobre Flores, hubo serenata. Los *mueras* contra Mitre y contra los salvajes unitarios no cesaron un momento.

«Esto se desborda. En vano trata el general Urquiza de comprimir el espíritu público. Entre Ríos es un torrente que dentro de poco no habrá fuerza que lo contenga».[6]

En manifestación recorren las calles los habitantes de Paraná; llegan al consulado de Paraguay donde vivan «a la República aliada y a su esclarecido gobierno»; el cónsul José Rufo Camino agradece, aunque con prudencia hace votos «por la paz interna de la República Argentina». Al día siguiente *El Litoral*, diario de Carriego, da cuenta de la exaltación de los ánimos;

«Ricos y pobres, estancieros y comerciantes, mujeres y niños, todo el mundo quiere la guerra. El sufrimiento está agotado por todas partes. La paz es una ignominia, es una vergüenza y es un crimen. Al amparo de ella los salvajes unitarios han saqueado al país y lo han cubierto de luto, de desolación y de sangre. Los pueblos argentinos claman venganza. Esta venganza va a tener lugar al fin».[7]

Un hecho más grave pasa en Nogoyá. El coronel Manuel Navarro ya había advertido el 1 de octubre a Urquiza del estado de ánimo de la población; «No tiene V.E. una idea de lo mucho que se ha festejado la noticia del triunfo de Waldino; todo el pueblo en masa salió de serenata; gritaron mil vivas a V.E. y mil mueras a sus enemigos».[8] Y el 5, llevado por su entusiasmo el bravo Navarro, no obstante su condición de subordinado de Urquiza, dolido por el artículo de *La Nación* lanzó una proclama desconociendo «la autoridad presidencial» y hasta el grado militar de Mitre.

«Estamos convencidos —dice la proclama firmada por Navarro y otros jefes de Nogoyá— que mientras Mitre y su partido se hallen al frente de los destinos de la República, no habrá para ésta sino calamidades y sacrificios. Al frente de nuestros valientes aceptamos el reto que se nos dirige, para probar a los salvajes unitarios lo que son los salvajes de Entre Ríos, y estamos seguros de que la lección será terrible».[9]

El grito de Nogoyá encontraría eco en los jefes y oficiales de Paraná; desde el 9 de octubre tampoco Mitre sería considerado ni general, ni presidente de la Nación:

«No reconocemos en don Bartolomé Mitre el representante legal de la República, y por consiguiente le negamos desde hoy para adelante nuestra obediencia como Jefes y Oficiales del Ejército Nacional».[10]

Entre Ríos estaba en pie de guerra y se anunciaba el «pronunciamiento» para el 23 de octubre, aniversario de Cepeda. Pero faltaba la voz del Jefe.

«El gobierno nacional puede estar seguro de la lealtad del gobierno de la provincia» (octubre)

Nada trasluce la esfinge del palacio San José. El 21 de octubre, Urquiza recibe la primera carta de su hijo Waldino explicándole su cruce al Uruguay: «Lo hice con la conciencia de que Flores es la vanguardia de los salvajes unitarios porteños». Nada contesta.

Pero si no sale una palabra de la boca de Urquiza, tampoco reprueba los «pronunciamientos» de sus comandantes de Nogoyá y Paraná, ni castiga la expulsión del mitrista de Victoria. Está a la espera que Mitre le garantice su apoyo para conservar sus estancias y su gobierno local. Pero pasa el tiempo y nada trasluce tampoco el Presidente de la República.

Las cosas maduran por el lado de Brasil: en el Imperio lo conocían bien a Urquiza y sabían el lenguaje que le placía. El poderoso barón de Mauá, alarmado por los estrépitos guerreros de Entre Ríos, le escribe el 1 de octubre:

«Perfectamente al tanto de los grandes sucesos que se proyectan en el Río de la Plata en combinación con el Paraguay, permítame V. E. que haga un llamado a su elevada razón, a su acrisolado patriotismo, el sentimiento del bien y de lo justo que predominan en el corazón de V E. V E. el más rico propietario de estos países,

y digan lo que digan sus enemigos, la mayor influencia personal en la República Argentina, está más que ningún otro ciudadano interesado en la paz. En vez de dar oídos a elementos disolventes que desean pescar en aguas turbias, y procuran la influencia de V. E. para sus fines, póngase V. E. con resolución y firmeza al frente de la idea de paz a todo trance. Crea V. E. que semejante actitud elevará su nombre, aumentará su prestigio, etc., etc… a más de consultar visiblemente sus verdaderos intereses».[11]

No bastaba con un llamado a su elevada razón y acrisolado patriotismo; Mauá tomó el vapor para Entre Ríos y fue al palacio San José acompañado de Benjamín Victorica, yerno de Urquiza. Allí, según Cardozo «no le fue difícil descubrir los resortes que debía tocar para obtener el apaciguamiento que buscaba». El resultado fue fructífero para Urquiza; un empréstito a la provincia, la promesa de un subsidio nacional dado por Mitre y… algo más. Ese «algo más» va por cuenta de *La Nación Argentina*: «Se dice también que el barón de Mauá informa el corresponsal de *La Nación* en Concepción del Uruguay — ha hecho arreglos particulares con el general Urquiza, supliéndole los fondos que necesita para sus negocios particulares».[12] Lo cierto es que el banquero brasileño puede escribir a Mitre que estaba en condiciones de «asegurar la paz en la República Argentina».[13]

Llegan el empréstito, el subsidio y —de creerse a *La Nación*— los fondos que necesitaba el general para sus negocios particulares, y las cosas empiezan a cambiar en Entre Ríos. *Uruguay*, órgano oficial de Urquiza, desaprueba y desautoriza los sucesos de Victoria, Nogoyá y Paraná que llama «actos contrarios a la política proclamada por el gobierno de la provincia». Consideraba que el coronel Navarro y demás firmantes de los manifiestos contra Mitre «no tenían mayor responsabilidad», y terminaba asegurando que…

«… la política que siga el general Urquiza es la única que ha de prevalecer en Entre Ríos, y esa gritería desenfrenada que no puede aprobar, cae en el ridículo, y sólo pueden darle valor los que deseen explotar los males de un conflicto.

«El gobierno nacional, seguro de la lealtad del gobierno de la provincia, no mirará en esos actos, sino desahogos individuales sin importancia alguna política» (nº del 7 de octubre).[14]

No obstante la certidumbre sobre las causas de la defección de Urquiza que iban adquiriendo los jefes entrerrianos —López Jordán, Manuel Navarro, Evaristo Carriego, etc.—, todavía era grande el prestigio de su nombre en la masa: «El general Urquiza no ha dicho aún *es la hora* —escribe el cura Ereño a Montevideo el 18 de octubre— sólo entonces toda la provincia estará de pie».

«La tormenta anunciada para el día 23, aniversario de Cepeda, quedó en nada. El pronunciamiento abortó, y está visto que el general Urquiza tiene aún poder para contener la revuelta»,[15], escribe el cónsul paraguayo Brizuela al ministro Bergés desde Montevideo.

IV

LA ALIANZA BRASILEÑO-MITRISTA

CAPITULO 17

INTERVENCIÓN BRASILEÑA EN LA GUERRA ORIENTAL

El protocolo Lamas - Elizalde (20 de octubre)

En 1863, Andrés Lamas era Encargado de negocios del Uruguay en la Argentina. No encuentra otra explicación la presencia de un hombre semejante en esos momentos y en la Legación en Buenos Aires (pues Lamas era un *brasileñista* consumado, instrumento del imperio para los inicuos tratados de 1851, que arrebataron media república Oriental e impusieron el protectorado brasileño en la otra media) que el hecho de ser el asesor jurídico del barón de Mauá el magnate de las finanzas en Sudamérica. Al presidente Berro y a su ministro Herrera les convenía tener de su parte a Mauá, cuyas expresiones a favor de la paz eran conocidas, o tal vez creyeron que la vinculación personal de Lamas con Mitre obraría en beneficio de la República Oriental. En ambos casos se equivocaron de medio a medio.

Andrés Lamas tenía un concepto particular del patriotismo. En Buenos Aires en 1863 habría de hacer lo mismo que en Río de Janeiro entre 1847 y 1862; obrar por sus intereses partidarios y personales dejando de lado aquellos de la patria representada. En 1850, en Río de Janeiro, mostraba al ministro Paulino las notas reservadas en su gobierno; en Buenos Aires, trece años después haría lo mismo con el gobierno mitrista en conflicto con su país.

En octubre la reacción de los federales entrerrianos y la actitud de Solano López al protestar por la injerencia en la guerra oriental, y disponer, por las dudas, la presencia del *Tacuarí* en el Plata, pusieron un compás de espera a los arrestos bélicos del gobierno de Buenos Aires. Era necesario urgir la ayuda brasileña. Flores hablase lanzado a la guerra contando con la invasión correlativa de un ejército brasileño, pero las derivaciones del enojoso asunto Christie hablan detenido los Impetus del gabinete *dos velhos*. Ése debió de ser el propósito del protocolo Lamas-Elizalde firmado en Buenos Aires el 20 de octubre para resolver el «incidente» de la ayuda mitrista a Flores y el apresamiento del *General Artigas*. Ambos diplomáticos convenían un «aquí no ha pasado nada» guardándose la República Oriental la afrenta y quedando el mitrismo absuelto bajo las conocidas e indispensables protestas de «estricta neutralidad, derecho de terceras potencias» y otras frases del léxico de Elizalde. Un árbitro entendería a las futuras diferencias entre ambos.

¿Acaso Paraguay, cuyo celo por la libre determinación de los pueblos de Hispanoamérica acababa de demostrarse? ¿Otra república hermana? ¿O el gobierno de un país europeo sin intereses en América?

No. El árbitro sería Pedro II del Brasil, un jefe de Estado con interés en el triunfo de Flores y abatimiento del gobierno blanco. «*¿Está acaso loco el señor Lamas?*», fue el solo comentario del presidente Berro al conocer la enormidad, mientras el ministro Herrera modificaba el protocolo proponiendo como árbitro conjunto al Paraguay.[1] Pero el hecho estaba consumado. Lamas hizo saber que una marcha atrás, aun una simple modificación, serla tomada como agravio por los susceptibles brasileños.

Así, en el momento mismo de materializarse la ayuda paraguaya, una hábil pero alevosa jugada de ajedrez lo anulaba. Solano López ordenó el retiro del *Tacuarí* y quedó a la expectativa.

Los ducados del Plata

Las elecciones brasileñas de 1863 dieron el triunfo al partido liberal. Al reunirse el parlamento en enero de 1864, el gabinete *dos velhos* fue reemplazado por un ministerio liberal con la jefatura de Zaccharías Goes Vasconcellos, donde João Pardo Días Vieira tuvo a su cargo Negocios Extranjeros: será llamado el gabinete de «*la intervención*».

Los liberales brasileños eran abiertamente intervencionistas; tal vez más entusiasta el ala izquierda dirigida por Teófilo Ottoni, de Minas Geraes, y más moderada la derecha que reconocía por jefe a José Antonio Saraiva (el gabinete Zaccharlas era una transacción de ambas). Pero las dos fracciones del liberalismo coincidían en llevar adelante la política de engrandecimiento territorial y hegemonía continental iniciada por los conservadores en la guerra de 1851 y el triunfo de Caseros, Ottoni lamentaba en la Cámara de Diputados que Brasil no tuviese un Cavour para incorporar al Imperio los *ducados del Plata* (Buenos Aires y Montevideo), primer paso, a su juicio, de la unidad sudamericana bajo Pedro II, lograda como la unidad italiana bajo Víctor Manuel II.[2]

Al iniciarse el gabinete liberal se presentó en Rió de Janeiro el veterano general riograndense João Felipe Netto, Es aliado de Flores y había remontado el ejército de éste con peones y esclavos de sus estancias; la guerra era un buen negocio que en gran parte consistía en arrearse vacas de las estancias orientales. Netto viene a poner los naipes boca arriba. Si no se ayuda francamente a Flores, la

«cruzada libertadora» corre el riesgo de una derrota perjudicial a los intereses de Rió Grande. ¡Que tuvieran cuidado los hombres de la Cortel Si Brasil no ayudaba a la revolución, los riograndenses lo harían abiertamente, aun separándose del Imperio, No era una amenaza en vano, pues Netto allá en su juventud cuando servía a las órdenes de Bento Gonçalves, había sido precisamente quien proclamó en 1836 la *República Independiente de Rió Grande* mantenida hasta 1845.

La amenaza cayó en terreno propicio. Brasil necesitaba una acción heroica para olvidar el infortunio de los cruceros ingleses en plena bahía de Guanabara. La esperanza de alcanzar los «ducados del Plata» de Ottoni, la necesidad de lavarse la afrenta dejada por los ingleses, la certidumbre de tener al mitrismo argentino a sus órdenes (para eso Mitre mandó en marzo a Mármol a Río de Janeiro), la seguridad de que Urquiza mediante alguna ayuda pecuniaria frenarla los impulsos de los federales, la creencia de que Paraguay no se arrojaría a una guerra contra Brasil, el mitrismo y el florismo unidos y, finalmente, la posibilidad de emanciparse Rió Grande si el Imperio no tomaba una actitud decidida; todo eso llevó al gabinete liberal de Zaccharlas a la política intervencionista de 1864,

El 5 de abril de 1864

El 14 de marzo el ministro de marina brasileño hablaba en la Cámara, entre aplausos delirantes, de la «necesidad de tener una fuerte flota brasileña en presencia de las condiciones intranquilas del Río de la Plata».[3] El 5 de abril el diputado Ferreira Da Veiga interpelaba al ministerio de Extranjero «sobre medidas para proteger el honor y la vida de los brasileños en la República Oriental». Narra Horton Box, valiéndose del libro de Helio Lobo (*Antes da Guerra. A Missão Saraiva*), las palabras del interpelante sobre los saqueos cometidos en la guerra «subrayadas por los gritos de horror de un auditorio febrilmente excitado».[4] (Inútilmente razonará después en el Senado Silveira da Motta la inexsitencia de agravios, porque los saqueos narrados por Da Veiga habían sido hechos por Flores y sus aliados riograndenses, advirtiendo que «ese salto en las tinieblas podría llevar a una guerra con Paraguay»). En la Cámara se oyeron ese 5 de abril voces guerreras que sonaron como fanfarrias: «*prestigio brasileño, hegemonía continental, nuestro triunfo de Caseros, ducados del Plata…*». Quedó resuelto un ultimátum a Montevideo para exigir un desagravio: «Castigo de los criminales, destitución de los policías, indemnización a los brasileños perjudicados, libertad de los prisioneros de guerra» y, Finalmente, una palinodia cantada por el gobierno oriental «condenando públicamente los atentados y escándalos» cometidos por los suyos. Con eso el honor de los brasileños, agraviado por Christie, quedaba otra vez inmaculado. Si no se satisfacían a la letra, se tomarían «represalias»; iría la escuadra al Plata y

cruzaría el ejército la frontera.

José Antonio Saraiva, líder de la fracción moderada de los liberales, será el encargado de llevar el *ultimátum*. Es decir, de llevar la guerra, pues ni el gobierno oriental ni gobierno de país alguno podía rebajarse a cumplir esas exigencias. Llegó a Montevideo el 6 de mayo; el 20 arribaba la escuadra comandada por el almirante barón de Tamandaré.

Situación oriental

Era grave la posición del gobierno blanco a la llegada de Saraiva y Tamandaré. Por falta de caballada no podía alcanzar a Flores y la guerra se hacía interminable. Paraguay estaba retraído después de la desconsideración del protocolo Lamas-Elizalde, y existía una discrepancia interna en el partido gobernante. El Presidente Berro había concluido su cuatrenio el 1 de marzo, y no se consiguió acuerdo para elegir reemplazante. Interinamente ocupaba la presidencia el titular del Senado, Atanasio de la Cruz Aguirre, manteniendo a Herrera en el ministerio de Relaciones Exteriores.

Además se acababa de desvanecer otra esperanza. Los entrerrianos en su inmensa mayoría clamaban desde 1863 por la guerra contra el mitrismo, que no había estallado por Urquiza. Pero éste terminaba su período de gobierno en mayo de 1864, y el candidato de toda la provincia y al parecer del mismo Urquiza, era Ricardo López Jordán, abiertamente federal e intervencionista. Tenía la mayoría o unanimidad en la Legislatura y se descartaba que los «compromisarios» (integrantes con los legisladores del colegio electoral) a elegirse en los primeros días de abril votarían a su favor, nadie dudaba de la consagración de López Jordán, cuando inesperadamente Urquiza la trabaría: consiguió comprometer contra López Jordán algunos diputados e intervino fraudulentamente en la elección de los «compromisarios». Logrado un colegio electoral manejable, hizo gobernador a su ministro José Domínguez, que en todo le estaba sometido. ¿Fue indicación de Mitre? Lo daría a entender la carta de Urquiza a Mitre el 7 de abril: «Tengo el gusto de participar a V. E. que los candidatos apoyados por mí para electores de gobernador han obtenido una entusiasta e inmensa mayoría contra una oposición compuesta de algunos amigos disidentes y de todos los malos elementos que hay en la provincia. Quiero decir que ha triunfado el principio de orden, de legalidad y de *adhesión a la autoridad nacional* que forma la base de mi política indeclinable». Y al darle cuenta, el 30 de abril, de la asunción de José Domínguez, agrega: «Es mi actual Ministro. Cuenta con todo el apoyo de mi influencia. V. E. contará en él un cooperador decidido».[5]

El gobierno de los blancos orientales quedaba cada vez más aislado.

CAPITULO 18

PARAGUAY EN DEFENSA DE LA REPÚBLICA HERMANA

Amenaza paraguaya

Saraiva llegó a Montevideo el 6 de mayo de 1864. Tras él anclaba la escuadra del barón de Tamandaré «encargada de las represalias».

Deberá postergar su cometido. Vistas desde Montevideo las cosas no eran tan sencillas como en Río de Janeiro. El barón de Mauá, el brasileño más conocedor de la política y los hombres del Plata, acababa de llamar «indefinida, dudosa, irreflexiva e inconsecuente» la actitud del parlamento. Para satisfacer a los caudillos republicanos de Río Grande, aliados de Flores, el Imperio podría encontrarse al borde de una guerra con Paraguay.

Una guerra, y seria. En Río de Janeiro descartaban ligeramente la belicosidad paraguaya, pero se oía ruido de armas en la república guaraní. Francisco Solano López había ordenado en febrero, la conscripción general y más de 60 mil hombres se instruían: 30 000 en el campamento de Cerro León y otros 30 000 en Asunción, Encarnación, Humaitá y Concepción. ¡Jamás se había visto en Sudamérica ejército semejante! ¿No era el momento de poner un «hasta aquí» a la política iniciada en Caseros? La madurada opinión de Mauá era prudentemente pacifista: no creía que lo de López fueran meras amenazas y Brasil se vería envuelto en una guerra costosa y duradera si tocaba la autonomía oriental. ¿Dónde estaría la Argentina entonces? Es cierto que el presidente Mitre estaba con Brasil y Flores recibía ayuda de Buenos Aires, pero ¿acaso Mitre era el pueblo argentino?, ¿era siquiera el partido liberal argentino que andaba matándose en los atrios entre *crudos y cocidos*? ¿No quedaría Mitre prudentemente neutral cuidando sus intereses políticos amenazados por la desunión de los suyos y el desborde paraguayista del partido federal? ¿No se pondría a la postre, llevado por el clamor de su pueblo, junto a sus hermanos de raza contra los odiados *macacos*?

Saraiva cambia su posición (12 al 14 de mayo)

El Comisionado Imperial dejó en una gaveta sus frenéticas instrucciones y

fue a saludar amistosamente el 12, seis días después de su arribo, al presidente Aguirre. Habló de la «nobleza de sentimientos del emperador que no cesa de hacer votos por la paz y la prosperidad de la república Oriental», desconcertando a los demás diplomáticos que no se explicaban la presencia de la escuadra de Tamandaré si el Comisionado venía a echar flores. Treinta años después, en 1894, Saraiva confesaría a Joaquín Nabuco su cambio forzado de 1864: «Mi misión en Montevideo habría sido un error… dejé por completo las órdenes del gobierno del Brasil para tratar sólo la paz del gobierno oriental con Flores, preparando por este medio las alianzas del Brasil contra el Paraguay, lo que conseguí…»[1].

Es cierto que en mayo abandonó las órdenes guerreras de su gobierno porque comprendió la imprudencia de un paso semejante ante los preparativos paraguayos. Pero «las alianzas contra el Paraguay», se iniciarían más tarde —en junio— por otra voluntad que no fue la suya. En mayo Saraiva no quería la guerra contra el Paraguay, ni sin alianza ni con alianza; su correspondencia y sus actitudes lo demuestran. Solamente quiso sacar a Brasil del compromiso donde lo habían metido las apetencia riograndenses, la política expansionista de los liberales y el frenesí patriótico lastimado por los cruceros ingleses. En junio, cuando Inglaterra le traería en bandeja de plata la alianza argentina, no habría de rechazarla, por creer que bastaría para aquietar al Paraguay; aún en setiembre no creía en una guerra con los paraguayos cuando todo lo indicaba. Sería el primer sorprendido cuando se produjo.

El 18 presenta a Herrera las «reclamaciones» ahora acarameladas con frases dulces y protestas de amistad. El *ultimátum* se ha convertido en una simple nota de rutina entre gobiernos vecinos: enumera sesenta y tres transgresiones cometidas en doce años por la policía oriental contra los residentes brasileños fronterizos; llama, es cierto, «procederes inhumanos» las extralimitaciones policíacas pero la frase parece intercalada para contentar el belicismo de su gabinete. Pues fuera de ella todo es dulzura. A Herrera le será fácil contestar el 24 y hasta permitirse alguna ironía: cuarenta mil brasileños «sujetos a nuestros proceres inhumanos por doce años han producido sólo sesenta y tres reclamaciones»; salían a cinco por año en una población fronteriza turbulenta y en medio de guerras civiles. Para demostrar que en todas partes se cuecen habas, le acompaña una lista de cuarenta y ocho reclamaciones de los 20 ó 30 orientales residentes en Brasil contra las autoridades brasileñas.[2]

Saraiva contestó por fórmula. Allí dejaría las cosas; no iría más lejos para terminar el asunto. Así lo pide a su gobierno, aduciendo «motivos graves». El gabinete Zaccharías, posiblemente alertado por el barón de Mauá, manifestó su confianza en el comisionado.

Mister Thornton (4 a 18 de junio)

Aparece ahora el verdadero autor del drama; el hombre que desde bastidores empujará la guerra detenida por la gallarda actitud de López y la prudente de Saraiva. Es el ministro inglés en Buenos Aires, Edward Thornton. Como todos los diplomáticos ingleses es enemigo del Paraguay, que cierra sus ríos a la libre navegación británica, se permite tener hornos de fundición, no consume los tejidos de Manchester ni necesita del capital o del apoyo inglés. A fin de cuentas acaba de humillar al gobierno de la reina en la malhadada cuestión *Canstatt* en la que Thornton debió prosternarse en nombre de S. M. ante el viejo López. Por eso no le gusta Paraguay; el 6 de setiembre de ese año, escribe a Russell: «La gran mayoría del pueblo paraguayo es suficientemente ignorante como para creer que no hay país alguno tan poderoso y feliz como el Paraguay y que este pueblo ha recibido la bendición de tener un Presidente digno de toda adoración».[3]

Thornton se siente decepcionado por el giro de la reclamación de Saraiva; había esperado de la belicosidad brasileña que surgiera la guerra porque sabía perfectamente —es ministro concurrente en Asunción al tiempo de serlo en Buenos Aires— la resolución de López de jugarse en la defensa de la autonomía oriental. Y ahora ese vacilante Saraiva se guardaba el ultimátum en la faltriquera. No. El buscaría el modo de arrastrarlo a la guerra. El 31 de mayo invita a comer en la Legación inglesa de Buenos Aires al joven ministro de Relaciones Exteriores argentino, Rufino de Elizalde, y le sugiere un viaje a Montevideo para solucionar el entredicho con el gobierno oriental y de paso «entenderse con Saraiva»; esto último es el verdadero objeto. Ese entendimiento darla ánimo al apocado comisionado de Pedro II. Todo lo demás: intervención brasileño-argentina, abierta o encubierta a favor de Flores, guerra de Paraguay contra Brasil y la Argentina en favor del gobierno oriental, sería una consecuencia encadenada del entendimiento de Elizalde con Saraiva. Por supuesto eso no lo dijo al joven canciller argentino, ni había para qué decírselo.

Elizalde acepta entusiasmado la idea de intervenir en la mediación con un político de la talla y el renombre de Saraiva. Al día siguiente, 1 de junio, Thornton ve a Mitre; sabe hablarle su lenguaje y le explica las «altas conveniencias americanas de pacificar al Uruguay», que Mitre, con su retórica, encuentra que «pondrá muy en alto el nombre argentino». Una acción conjunta con los *brasileros* le traía el recuerdo de los tiempos juveniles y heroicos de Caseros. Solamente desconfiaba de la falta de experiencia de su ministro, pero Mr. Thornton se comidió a pilotearlo por pura simpatía personal. El 5 de junio el inglés embarca en la cañonera británica *Tritón* a Elizalde y al ubicuo Andrés Lamas, siempre

dispuesto a servir a todos los gobiernos menos al suyo, que para algo podría utilizar en Montevideo. Iban aparentemente a poner en paz la República Oriental, pero ya arreglaría las cosas para que no la hubiese y Brasil y la Argentina quedasen enfrentados a Paraguay. Conviniera o no conviniera a los intereses argentinos y brasileños, quisiéranlo o no sus gobiernos, habría guerra con Paraguay.

Saraiva aceptó el obsequio del canciller argentino que le trajo Thornton a Montevideo; pero como no es Elizalde ni Mitre quiere saber qué se trae el inglés bajo la levita. ¡Oh, nada más que la paz y el deseo de ayudar a Saraiva en su difícil posición! Una alianza argentino-brasileña frenaría los impulsos del Paraguay, y entonces el comisionado podría presentar su ultimátum en la confianza de que las «represalias» brasileñas no traerían consecuencias. El brasileño desconfía, pero el regalo de una alianza argentina por mano inglesa no es para desdeñar. Herrera recibe a los «pacificadores». Por supuesto no se opone a una mediación. El 10 entrega las bases: desarme, amnistía, reincorporación de los sublevados al escalafón militar, elecciones libres. Thornton pide que Andrés Lamas y Florentino Castellanos representen al gobierno en los arreglos. Herrera tuerce el gesto, pero no puede oponerse; aquél es la gran figura diplomática oriental y tiene prestigio en el continente y en Inglaterra; éste, hombre sin posición partidaria es el mejor jurista de Montevideo. Pero Castellanos es el abogado de las empresas inglesas en Montevideo, y Lamas… es Lamas. Herrera, por ser grato a Thornton o por el renombre de ambos propuestos, cae en la ingenuidad de conferirles la representación.

En las Puntas del Rosario (18 de junio)

Es tal la euforia de Thornton por el aspecto que iba tomando su intromisión, que no oculta indiscretamente a Maillefer, encargado francés en Montevideo, su verdadero propósito de alejar la paz imponiendo condiciones inaceptables al gobierno «aun a riesgo de una revolución de la que Mr. Thornton habla tranquilamente».[4] Nada le importan las bases de Herrera: él traerá desde el campa mentó de Flores otras conformadas por Lamas y Castellanos y con las firmas de Elizalde y Saraiva. Pero de tal índole que Aguirre y Herrera no podrán aceptarlas. De ese rechazo saldrá la intervención conjunta de Brasil y la Argentina a favor de Flores y por lo tanto la guerra con el Paraguay. O él dejará de llamarse Edward Thornton.

Es frígido el invierno de 1864 y el viaje de los comisionados en ocho lúgubres carruajes a través de terrenos inundados y estancias asoladas por la guerra, resulta largo y fatigoso. Dan el 18 con Flores en las *Puntas del Rosario*: el

caudillo se extraña de la presencia de Elizalde trayéndole en el pico la simbólica rama de olivo, porque acaba de recibir de Buenos Aires un importante refuerzo de infantería, municiones y dos cañones (cuenta Maillefer). Pero no se trata de la paz, precisamente. Las bases de Herrera son dejadas de lado y Thornton anota las exigencias de Flores: reconocimiento de los ascensos y grados militares distribuidos por él, aun a extranjeros, no habría cuentas de lo apañado en receptorías por los libertadores, sus gastos tendrían el carácter de una deuda nacional. Finalmente «el caballeresco libertador» —la ironía es de Maillefer— pide cuatro millones para disponerlos a su arbitrio.[5] A Thornton le parece excesivo y contenta al caudillo dándole 500 000 pesos. De todos modos el gobierno rechazaría el arreglo. Firman el «compromiso», Flores como jefe revolucionario y Lamas y Castellanos por el gobierno *ad-referendum*, pues han extralimitado sus instrucciones. Y los tres mediadores como garantes; el argentino lo hace con la inconciencia mitrista de sus consecuencias, el brasileño porque significa la alianza argentina si Paraguay se ponía pesado. En 1894, Saraiva dirá —para quien quiera leerlo— en la mencionada carta a Nabuco que la Triple Alianza «no surgió después» de la «*agresión*» paraguaya a la Argentina en abril del 65, sino en las Puntas del Rosario en junio del 64. Su carta dice bien claro que «dichas alianzas [Argentina, Brasil y Flores contra el Paraguay] empezaron el día en que el ministro argentino y el brasileño conferenciaron con Flores en las *Puntas del Rosario* (18 de junio de 1864) y no el día en que Octaviano y yo, como Ministros de Estado, firmamos el pacto [1 de mayo de 1865]»«.[6] Más claro, agua.

Lamas y Castellanos han suscripto *ad-referendum*, pero de cualquier de cualquier manera han suscripto. La comedia tiene la seriedad de un convenio formal entre el gobierno y los revolucionarios con la garantía de Brasil y la Argentina y la presencia del ministro inglés que bendice la boda y se prepara a engullirse el clásico pavo.

CAPITULO 19

NO HABRÁ GUERRA DEL PARAGUAY

En Montevideo, a fines de junio de 1864

Era tan grande el deseo de paz del presidente Aguirre y de la población que, inesperadamente, fueron aceptadas la duras exigencias del «convenio». ¿Si solamente pudiera conseguirse una rebaja en los pesos a entregar a Flores y cierta discreción en los grados militares que distribuiría entre los revolucionarios? La aceptación desconcierta a Thornton y al «petulante» Elizalde (el epíteto es de Maillefer), convertido en amanuense del ministro inglés. Tal vez Saraiva fue el único en alegrarse sinceramente. La noticia trasciende a la calle y es festejada con regocijo; solamente una fracción de los blancos tenazmente belicosos —los amapolas encabezados por Antonio de las Carreras—, ponen reparos a una capitulación que regala tanto a los rebeldes: distribuir dinero y grados militares «a bandidos y aventureros, muchos de ellos extranjeros, que serían fusilados sin merced ni escrúpulos si pudieran prenderlos y no estuvieran protegidos por la diplomacia de tres gobiernos», como escribe el sagaz Maillefer,[1] era demasiado. Pero Aguirre se ingenia para mostrar la inconveniencia de un rechazo: es cierto que se concedía mucho, pero también se lograba una paz sólida afirmada por Inglaterra, Brasil y la Argentina. Tomar por la calle del medio esperando el apoyo de Paraguay sería muy patriótico, pero significaba la guerra contra Brasil y la Argentina apoyadas en Inglaterra. Una guerra donde, no obstante la posible diligencia paraguaya, la víctima inmediata y necesaria sería la República Oriental.

También algunos colorados se regocijan por la paz. No todos son floristas: el grupo intelectual de los *conservadores* —crema y nata de) partido— temía más al agreste caudillo que al gobierno civil y responsable de Aguirre y Herrera. Entre ellos repetían una frase oída por Castellanos a Flores en las Puntas del Rosario: apenas entrara en Montevideo, si los intelectuales pretendían aprovechar su triunfo, se vería obligado a fusilar una media docena de esos horribles doctorcitos".[2]

Nuevas exigencias (30 de junio a 3 de julio)

Thornton y Elizalde vuelven el 30 de junio a entrevistarse con Flores, ahora a 25 leguas de Montevideo. Herrera cree que se proponen desarmar a los revolucionarios y sugerirles que moderasen los pesos y los grados; pero llevan otra cosa en las petacas. Saraiva no los acompaña porque el brasileño estaba postrado por la inclemencia del invierno montevideano «indisposición muy oportuna para eximirlo», comenta Maillefer sospechando que no quiso tomar parte en la comedia.[3] Tampoco fueron Lamas y Castellanos, ya innecesarios, pues no había más «convenio» a firmar.

Volvieron el inglés y su ladero con algo desconcertante. Flores ahora quiere que el gobierno oriental deje de ser gobierno; no hace caso a su palabra y a su firma en las Puntas del Rosario y exige el ministerio de guerra para él o, por lo menos, un nuevo gabinete donde participarían sus amigos. Si no, no habría paz. Eso no estaba en el «convenio», pero Elizalde aseguró que había una carta particular de Flores a Aguirre escrita en las Puntas del Rosario donde el caudillo *sugería* «la organización de un nuevo ministerio que secundando la política de paz que iniciamos, aquiete los espíritus». ¡Si lo sabría, pues él mismo la había redactado! Pero tampoco esa sugerencia podía tomarse como un arreglo, ni en ella se decía nada de darle carteras a Flores o a los revolucionarios. Una paz con concesiones, pase, pero una capitulación de ninguna manera. Pero los «pacificadores» parecen de acuerdo con Flores, y Aguirre debe suicidarse o indisponerse con ellos. Pide tiempo para conversar con los amigos.

Thornton, descompuesto de ira, visita al cuerpo diplomático para conseguir su apoyo tergiversando las cosas. Aguirre no quería cumplir un «compromiso» y era el único responsable de la continuación de la guerra.

«¡Ahí se ve la lealtad de los blancos —dice Maillefer —, pero se los forzará, si es necesario, mediante una intervención armada de la República Argentina y el Brasil».[4] El inglés no oculta sus títeres. Pero un gabinete de los revolucionarios es inaceptable y los amapolas recobran popularidad. La prensa de Montevideo cambia de tono: la paz se ha hundido cuando ya parecía lograda y la culpa la tiene la nueva exigencia avalada por los extranjeros. Comenta Maillefer: «Circularon rumores siniestros; el partido blanco no se rendiría sin combatir; la Guardia Nacional iba a pronunciarse».[5] El 3 de julio, el perspicaz Elizalde avisa a Flores que «no habría arreglo» —informa Maillefer— pues, aunque el presidente no ha dicho su última palabra, se descarta que se acepte la imposición de un ministerio enemigo.

Habrá guerra (5 a 7 de julio)

Aguirre queda acongojado: concedió hasta lo imposible por la paz y ésta se desvanecía de manera inexplicable. Bien: ir más allá de lo imposible. Cambiará el ministerio para contentar a los mediadores, aunque no confiaba en su buena fe después del episodio de la carta. Pero agotará las posibilidades de arreglo. Los ministros, Herrera entre ellos, renuncian; Thornton, Saraiva y Elizalde visitan el 5 al presidente y le traen la lista de sus nuevos ministros, todos colorados menos el doctor Castellanos, independiente, pero vinculado a los intereses británicos. Aguirre dice que si los aceptara, se expondría a una revolución «intramuros» de su propio partido que es mayoría evidente en la República. No debía preocuparse por eso: Elizalde le ofrece un ejército argentino «que iría a buscar a Buenos Aires»; Saraiva, las divisiones brasileñas acampadas en la frontera;[6] Thornton, el auxilio moral de Inglaterra.

Aguirre es fervoroso blanco y quiere caer con los suyos, además es un patriota y le repugna la intervención de tres extranjeros en cosas que exceden los buenos oficios. Pide cuarenta y ocho horas de plazo y esa noche —5 de julio— invita al Fuerte de Montevideo (casa de gobierno) a los notables de uno y otro partido: les expone la situación y pide consejo. Las horas son dramáticas para la pequeña patria. Andrés Lamas se pronuncia ¡no habría de hacerlo!, por la aceptación del ministerio impuesto «y ofrece al señor Aguirre, contra las probables resistencias del partido blanco, la asistencia militar del Brasil».[7] Aguirre, que ya ha oído una oferta igual de boca más autorizada, descarta la idea de quedarse en el gobierno con el apoyo extranjero y un gabinete enemigo. Algunos no encuentran otra solución que sucumbir con las armas en la mano; pero se resuelve, dificultosamente, ensayar una última tentativa. Tal vez los mediadores se conformasen con otro ministerio más o menos incoloro. La inquietud gana la calle. La tarde del 6 se improvisa una manifestación hasta la casa del presidente exigiéndole su palabra; Aguirre promete «no hacer ninguna concesión perjudicial a la dignidad e independencia de la República».[8]

El 7, vencido el plazo, ofrece a los mediadores el ministerio: colorados *conservadores*, menos el de guerra —Leandro Gómez— , que será blanco, mientras existan partidas armadas de Flores. Los mediadores rechazan altivamente: o un gabinete *florista* o sigue la guerra; ahora con la intervención de Brasil y la Argentina «desairadas en sus propósitos de pacificación». Esa tarde el presidente recibe tres notas idénticas de los tres mediadores dando por concluidos sus «buenos oficios». A la noche, Thornton embarca a Elizalde y a Lamas en la *Tritón* y vuelve con ellos a Buenos Aires: no importa que Lamas fuera funcionario oriental y estuviese a cargo de una misión: había perdido todo pudor y «se marchó incorporado a la comitiva del enemigo», dice Luis Alberto de Herrera.[9] Será destituido violentamente por «deserción a los deberes que el honor y el mismo carácter de que estaba investido le imponían».

Saraiva se irá al día siguiente en un buque brasileño después de decirle a Aguirre «que iba a entenderse con el general Mitre sobre las eventualidades que pudieran producirse».[10] El eterno pacifista escribe a Río de Janeiro obsesionado por Paraguay: «creo que la cuestión de la paz sólo la resolveremos en Buenos Aires… me parece de suma conveniencia inspirar la mayor confianza al general Mitre. Sin alianza todo se malogrará. Con la alianza de Buenos Aires, todo nos será fácil».[11] Pero las cosas estaban bien preparadas en la capital del Imperio: Mauá había sido llamado por Rothschild a Londres y su voz alertadora no se oía en el palacio de San Cristóbal. ¿Casualidad?

La sola esperanza está en Paraguay (julio, agosto)

Herrera vuelve al ministerio después del fracaso de la mediación y despacha con urgencia al entusiasta Antonio de las Carreras —jefe de los amapolas— a Asunción para traer la palabra definitiva del general López. Sus instrucciones fechadas el 14 de julio son elocuentes:

«El inesperado desenlace que han tenido los sucesos de estos últimos días ha creado una situación de peligro inmediato para nuestro país. Situación que, si no es dominada prontamente, puede convertirse en una conflagración en el Plata. Usted lleva encargo directo de dar todas las explicaciones necesarias respecto a la actual situación… Debe tenerse en cuenta que el Brasil y la República Argentina tratan conjuntamente de ponerse de acuerdo para asumir una actitud alarmante en relación con este país.

«En tal situación de extrema gravedad, este gobierno necesita saber definitiva mente cuál es el género de apoyo que debe esperar inmediatamente del gobierno del Paraguay, y cuál es el auxilio que, llegado el caso de obrar, estaría el mismo gobierno resuelto a prestarle… ya no puede dudar el Paraguay del posible sino existente, acuerdo del Brasil con la República Argentina…

«Usted tratará, en la comisión que va a desempeñar cerca del presidente López, de inclinar definitivamente sus resoluciones en el sentido indicado… nuestro deseo seria que, producido un ataque contra el Estado Oriental, Paraguay operase, ya sin más espera, sobre territorios limítrofes argentinos y brasileños simultáneamente con el envío de fuerzas al Plata que pudiesen operar de acuerdo y en concierto con las orientales.

«Lleva usted, doctor Carreras, encargo especial de concentrar toda su atención y su esfuerzo inteligente».[12]

En los primeros días de agosto, Carreras está en Asunción. Halla a López interiorizado de todo y dispuesto a cruzar las pretensiones brasileñas. Lamenta que la Argentina se encuentre gobernada por Mitre. Hace una distinción entre el pueblo argentino y el gobierno de los vencedores de Pavón; sabe que el pueblo no acompañará a Mitre en el apoyo al Imperio. Y dice clara y terminantemente a Carreras que si las amenazas brasileñas cristalizaran, Paraguay sabría cumplir su deber aunque Mitre respaldase a los agresores. Le muestra el campamento de Cerro León, donde 30 mil jóvenes reciben instrucción militar; también los cañones forjados en el arsenal que defienden Humaitá, entre ellos el gigante *Cristiano*.

Habrá guerra del Paraguay.

CAPITULO 20

¿QUIÉN EMPEZÓ LA GUERRA?

La gran polémica de 1869

Los brasileños no confesaron jamás, o no quisieron confesar, la mano oculta que les trajo la alianza de la Argentina, les abrió la trampa de la invasión de la República Oriental y les acarreó, en consecuencia, la desastrosa güera en Paraguay. Quisieron engañarse suponiendo que la empezaron ellos para coronar su política de hegemonía en el Plata iniciada en Caseros. No por mucho tiempo: sus finanzas arruinadas, su población servil diezmada y el escaso y limitado provecho sacado de la guerra, les mostrarían en breve que precisamente en los esteros paraguayos se cerró el período brillantemente empezado el 3 de febrero de 1852. Sobre los orígenes de la guerra no se hicieron misterios: treinta años después, Saraiva confesaba que la alianza con la Argentina concertada en el campamento de Flores en las. Puntas del Rosario el 18 de junio de 1864, fue el hecho que movió a Brasil a invadir la República Oriental y acarreó la reacción de Paraguay.

En cambio los argentinos no supieron nunca por qué fueron a la guerra. En 1869 polemizaron en la prensa de Buenos Aires, Mitre y el oriental Juan Carlos Gómez sobre los ignorados orígenes de esa lucha iniciada cuatro años atrás y que aun no había terminado. Se encontraban ante el cuadro de una generación sacrificada en Tuyutí, Boquerón y Curupayty, un desastre económico y financiero, un pueblo masacrado en su casi totalidad y la posibilidad de pelear con Brasil para disputarle el triste despojo del vencido ¿cómo se habría llegado a ese desastre? Ni quien fue Presidente de la República y general de los ejércitos aliados, ni el brillante periodista oriental, ni ninguno de los demás que intervinieron en la polémica —Mármol, Mariano Varela, Elizalde, Héctor Varela— demostraron que sabían cómo empezaron las cosas. Gómez, alimentado a frases heroicas, se preguntaba por qué se buscó la alianza con el Imperio para combatir a una tiranía (pues creía que la *guerra santa contra las tiranías* había sido el propósito de la hecatombe); Mitre, exculpándose de la hecatombe, entiende que «los argentinos no han ido al Paraguay a derribar una tiranía, aunque por accidente ése sea uno de los fecundos resultados de su victoria. Han ido a vengar una «ofensa gratuita», «reivindicar» [*sic*] la libre navegación de los ríos y «reconquistar» nuestras fronteras, siendo un hecho fortuito que encontrasen en los esteros paraguayos a los brasileños entregados al mismo menester». Mármol advierte que la guerra fue una

consecuencia de la alianza con Brasil y no la alianza de la guerra, pues el «agravio» paraguayo contra la Argentina se produjo un año después del entendimiento argentino-brasileño. Elizalde rectifica: la fecha de la alianza es el 1 de mayo de 1865 y el «agravio”» el 13 de abril. Mármol aclara que ésa será la fecha del documento, pero la alianza o entendimiento existía de hecho desde 1864, como a Elizalde debe constarle porque era ministro de Relaciones Exteriores en ese tiempo, y a él le consta perfectamente porque era ministro de la Argentina en Brasil. Mitre exhibe toda su vida pública para demostrar su patriotismo y sus aciertos. Gómez exhibe también la suya… Nadie se entiende ni hace falta. Nadie supo cómo empezó la guerra del Paraguay ni por qué se hizo la triple alianza con Brasil y Flores.[1] Los títeres no saben que representan movidos por hilos ocultos.

¿Por qué Inglaterra quería la guerra del Paraguay?

Si Thornton empujó la guerra, no quisieron los ingleses que ésta llegase al extremo de la hecatombe. Una expedición bélica que destruyese las fortificaciones de Humaitá, los altos hornos de Ibicuy, la fundición de Asunción, estableciese un gobierno democrático y abriese Paraguay a las mercaderías de Manchester y al capital británico, bastaba a su propósito. No contaron con el heroísmo de los paraguayos. Cuando las cosas se extremaron en 1867, quisieron los diplomáticos ingleses llegar a una «paz honrosa» con el exilio de Francisco Solano y los correspondientes tratados de amistad, comercio y navegación con Inglaterra. López renunció a salvarse a ese precio.

El Paraguay de López era un escándalo en América. Un país bastándose a sí mismo, que nada traía de Inglaterra y se permitía detener a los hijos de ingleses, como en el caso Canstatt con el pretexto de infringir las leyes del país, debería necesaria y urgentemente ponerse a la altura de la Argentina de Mitre. Como la *Home Fleet* se veía trabada por los cañones de Humaitá para dar a los —paraguayos la consabida lección de urbanidad, quedaba la tarea a cargo de los vecinos.

Hay un documento elocuente de Thornton dirigido al *Foreign Office* desde Asunción el 6 de setiembre de 1864. Describe con sombríos colores la *tiranía* paraguaya cuyos serenos asunceños se permitían detenerlo por la noche para exigirle papeles de identidad y formularle preguntas irritantes. Se indigna su puritanismo de la liviandad de las costumbres, porque oye a los jóvenes jactarse con impudor de sus «vicios e inmoralidad». ¡Cómo no encontrarse esa tierra dejada de la mano de Dios protestante si el tirano empezaba por dar el mal ejemplo con «una tal Mrs. Lynch (inglesa para mayor irritación)». Termina su informe el pudibundo representante de la victoriana Majestad, que acaba de anudar en junio

de ese año la alianza de Brasil con la Argentina, haciendo bandera de la libertad comercial y el recato de las costumbres a ese pueblo tan falto de sensibilidad «que se siente feliz con su tiranía y se cree el igual de los más poderosos».[2]

Retengamos la fecha del informe: 6 de setiembre de 1864. Antes de dos meses Paraguay estará en guerra con Brasil, antes de seis con la Argentina. La semilla sembrada por Thornton en Montevideo y Buenos Aires daba sus frutos promisorios. Y en pocos años no habría en Paraguay tarifas aduaneras, ni hornos de fundición, ni cañones en Humaitá, ni serenos preguntones, ni paraguayos pecadores, ni ríos clausurados al libre comercio, ni dictadura.

Ni tampoco Paraguay.

CAPITULO 21

LA ALIANZA DEL IMPERIO Y EL PARTIDO MITRISTA

El ministro inglés en los acuerdos del gabinete argentino (julio)

Al día siguiente (8 de julio) de hacerlo el *Tritón* con Thornton, Elizalde y Lamas, zarpa Saraiva hacia Buenos Aires «a entenderse con el general Mitre sobre las eventualidades que pudieran producirse»[1] como informa a Aguirre. Metido en las redes de la diplomacia inglesa, el brasileño comprendió —después del fracaso de la «pacificación» — que no podía demorar el *ultimatum* pendiente desde el mes de abril. Lo había retenido por la posición belicosa de Paraguay, pero ahora Inglaterra acababa de poner en el juego de Brasil nada menos que la carta decisiva de una alianza con la Argentina mitrista. Esta alianza (creía sinceramente Saraiva) sería el factor decisivo de la paz, pues más que coraje temerario habría en Solano López si aceptase una guerra contra ambos aliados. Saraiva ignoraba lo sobradamente conocido por Thornton: que en defensa de la soberanía hispanoamericana, Solano estaba dispuesto a jugarse contra el Imperio, contra Inglaterra y contra el mundo entero.

Saraiva llegó a Buenos Aires el 10 y pidió audiencia a Mitre; se le concede para el 11 «con el gabinete en pleno», dada la importancia de su visita. Acude a la casa de gobierno y no es poca su sorpresa al encontrarse junto al Presidente argentino y sus cinco ministros a Thornton como asesor del gobierno. Los momentos eran graves para guardar apariencias, y Eduardo Thornton estaba sentado entre Mitre y Elizalde, en la mesa compartida por Rawson, Gelly y Obes, Vélez Sársfield y Eduardo Costa.[2]

El brasileño habla de una intervención conjunta argentino-brasileña en la República Oriental para deponer a los blancos y presidir «elecciones libres» que dieran el gobierno a Flores. Elizalde está de acuerdo; Vélez Sársfield, ministro de Hacienda, objeta con la situación exhausta del tesoro; Rawson ministro del Interior, expone la tensión interna entre los liberales intervencionistas y los federales antiintervencionistas que podría provocar el pronunciamiento de algunas provincias, sobre todo Entre Ríos, en favor del gobierno oriental.

Habla Mitre. Descarta el apoyo moral del gobierno argentino a la empresa brasileña, pero no encuentra modo de cristalizar un apoyo material por las

dificultades expuestas. Vuelve a usar la palabra Saraiva. Al Imperio le bastaba con ese apoyo «moral»; había propuesto la intervención conjunta para cubrir las formas diplomáticas, pero si la Argentina, garante junto con Brasil de la independencia oriental por el tratado de 1828, aceptaba y aún apoyaba moralmente la sola intervención brasileña en el Uruguay, el propósito buscado se conseguía ampliamente. Eso sí: el gobierno argentino debería expresar claramente ese «apoyo moral».

Se discute la forma, y queda resuelto que sería un «consentimiento» de la Argentina a las «represalias» del Imperio contra el gobierno oriental. Estas «represalias» podían llegar a la ocupación de los territorios al norte del Río Negro.[3] En ningún momento se habla de una posible guerra contra el Paraguay. Tal vez a nadie, fuera de Thornton, se le ocurrió que Paraguay defendería la soberanía oriental.

Ultimátum brasileño (4 de agosto)

Saraiva dió a conocer a su gobierno el consentimiento mitrista a las «represalias». En su respuesta —21 de julio— el gabinete de Zaccharías le ordenó presentar inmediatamente el *ultimatum* al gobierno oriental.

El 31 de julio llega a Buenos Aires el *Onorevole Signove Barbolani*, ministro de Cerdeña en Montevideo, que viene seriamente a reiniciar la gestión pacifista fracasada. Ha hablado con el agónico Aguirre que está conforme con cualquier transacción «honrosa» y Barbolani ha creído encontrarla en la formación de un gabinete apolítico. Muy sorprendido oye a Saraiva «que era demasiado tarde» para paños tibios, y a Thornton y a Elizalde rechazar de plano «las nuevas intrigas de Aguirre».[4] Comprende el italiano su desairada posición, y se esfuma.

Saraiva vuelve a Montevideo: el 4 de agosto presenta su famoso y diferido *ultimatum*. Sonaba como una fanfarria de guerra: en tono sarcástico («plenamente justificado» comenta el inglés Horton Box[5]) exige dentro de los seis días una amplia reparación y satisfacción del gobierno oriental por presuntos agravios «sufridos en los últimos doce años por los súdbitos brasileños dentro del territorio oriental»; en caso contrario las fuerzas militares y navales brasileñas procederían a tomar represalias «que, como V. Excia. lo sabe, no son actos de guerra»; solamente de prepotencia de los fuertes contra los débiles.

Pero el gabinete de Aguirre no va a quedar impasible ante los desmanes de los fuertes; en acuerdo de ministros se ordena la devolución de la nota «por

indigna de quedar en los archivos orientales», y Herrera propone a Saraiva, el 9, someter los «agravios» al arbitraje de una tercera potencia. Al día siguiente Saraiva responde con el «*vos sos más*» de devolver a su vez la nota de Herrera, e inmediatamente se vuelve a Buenos Aires; le habían entrado dudas sobre la buena fe mitrista.

La tregua de hecho mantenida entre los revolucionarios de Flores y las tropas gubernistas se rompe el 4, al tiempo de presentar Saraiva su ultimátum. Flores se apodera por asalto de Florida. Una ferocidad hasta entonces ausente en la guerra, parece invadirle. Diríase vuelto a Cañada de Gómez en 1861 masacrando argentinos federales: hace fusilar al comandante de la plaza rendida, Párraga, con seis oficiales, «y permitió otros actos de barbarie o de saqueo», comenta Maillefer acotando en español, «*se ha vuelto un tigre*».[6]

Saraiva deja a Tamandaré a cargo de las negociaciones de Montevideo; y el almirante —la opinión es del inglés Horton Box[7]— «se comportó como sus congéneres marinos cuando se los inviste de una autoridad esencialmente política». Empezó a los cañonazos.

Protocolo Saraiva - Elizalde (22 de agosto)

Saraiva ha ido a Buenos Aires pues quiere «protocolizar» la prometida ayuda mitrista. Parecen haberle entrado dudas, y no se contenta ahora con la vaga y verbal promesa del 11 de julio: antes de meterse en unas represalias contra el gobierno de Montevideo que podían terminar en una guerra contra el de Asunción, quiere formalizar la alianza con la Argentina.

Convence fácilmente a Mitre (seguramente anduvo Thornton en ello) en dejar escritas y firmadas las promesas verbales. Así se hace el 22 de agosto en un documento de redacción mitrista: «En interés de mantener la Independencia, Integridad territorial y Soberanía de la República Oriental del Uruguay» (con mayúscula para mayor solemnidad), la Argentina «garante de esa Integridad, Independencia y Soberanía» (se repiten las mayúsculas) deja manos libres a Brasil para «proceder contra la Nación Oriental, como proceden todas las naciones en caso de desinteligencias», (para invadirla, ocuparla, saquearla y destruirla «sin mengua de la Independencia, Integridad y Soberanía»). El mitrismo salvaba las formas con las mayúsculas del protocolo, y Saraiva ataba a la Argentina a la suerte de Brasil.

Empiezan los cañonazos (26 de agosto)

El comisionado brasileño esperaba el efecto que el ultimátum del 4 de agosto habría producido en Asunción («El Paraguay [informa Maillefer a París el 14 de agosto] es la tabla de salvación del partido blanco, el espantapájaros de sus adversarios, el principal objetivo de la coalición porteño—brasileña y el árbitro de la situación»), cuando le llegó la noticia de que el impetuoso Tamandaré había abierto el fuego. El 26 su buque —el *Ivahy*— toma a cañonazos al buquecillo de guerra oriental *Villa del Salto*, que traía socorros a la población de Mercedes, sitiada por Flores; el *Ivahy* invade aguas argentinas en persecución del *Salto*, que debe refugiarse en el puerto más o menos neutral de Concepción del Uruguay. Flores aprovecha el momento para apoderarse de Mercedes y seguir con su terrorismo.

Al saberse el 29 en Montevideo la agresión se entregan los pasaportes al ministro residente brasileño Alves Loureiro «con intimación de usarlo dentro de las 24 horas». Hay manifestaciones populares en las calles, y algunas banderas brasileñas son quemadas en la plaza Independencia. El 30, el gobierno oriental casa las patentes de cónsules brasileños «considerando el estado de guerra existente» y ordena sacar los escudos y banderas imperiales de sus edificios «que sólo podían ser mirados como un ultraje».[8]

Herrera, que inútilmente había querido la paz, deja el ministerio reemplazándole el 7, Antonio de las Carreras, llegado de Asunción. Será ministro único, «de guerra». «El odio hacia Brasil agudiza y sostiene el valor de este pueblo espartano», comenta Maillefer a su gobierno.[9] El argentino Juan Sáa, el famoso Lanza Seca, que había hecho retroceder en Cepeda y Pavón a Flores, es nombrado Comandante del Cuerpo de Reserva al que deben incorporarse los varones de 16 a 60 años.

La suerte de las armas salta bruscamente para el lado de «los soldados de la ley»: el mismo 7 el *Villa del Salto* sale de Concepción del Uruguay y gallardamente cruza entre tres cañoneras brasileñas defendiéndose con el fuego de su único cañón y la fusilería de sus tripulantes: llega a Paysandú, descarga su material de guerra, y por orden del jefe de la plaza —el dentro de poco legendario Leandro Góme — se hunde gallardamente antes de rendirse. Boletines, diarios, petardos y cohetes celebran en Montevideo el rasgo de heroísmo.

El mismo 7 de setiembre, Saraiva desde Buenos Aires ordena al ejército de Mena Barreto, acantonado en la frontera, que cruce la línea y ocupe los departamentos orientales de Cerro Largo, Salto y Paysandú, en poder de los blancos. Hubiera querido esperar la actitud paraguaya, pero los ímpetus de Tamandaré lo obligaban a asir el toro por las astas.

Paraguay advierte (30 de agosto)

No sabía Saraiva el 7 de setiembre que Paraguay ya había tomado cartas en el juego. El 30 de agosto por nota del ministro Bergés al representante brasileño Vianna de Lima, hacía saber a Brasil breve y enérgicamente que, en conocimiento del ultimátum a Uruguay del 4, «Paraguay juzgará cualquier ocupación de territorio oriental… como atentatorio al equilibrio de los Estados del Plata descargándose desde luego, de toda responsabilidad de las ulterioridades». Era, pues, la guerra; la tan temida guerra con Paraguay si seguían pues, las «represalias». Treinta años más tarde dirá Saraiva que no creyó en esta guerra después de trascender el acuerdo con la Argentina que obligaría a Solano López a combatir contra dos enemigos formidables. Tampoco el jefe de gabinete —Zaccharías de Goes Monteiro— creyó en una guerra contra Paraguay. En el parlamento dirá dos años más tarde —sesión del 4 de agosto de 1866— que «él no había soñado un solo momento con que Paraguay intervendría en el caso de que Brasil apelase a la fuerza para imponer sus exigencias en el Uruguay».[10]

El fantasma acababa de plasmarse. Allí estaba Paraguay con su joven presidente, sus temibles cañones, sus 60 mil soldados y su temple heroico para defender la libre determinación oriental. El 31 de agosto dimite el gabinete de Zaccharías. Con precipitación se embarca Saraiva hacia Río de Janeiro: ¿se estará a tiempo de dar contraorden a la invasión de Mena Barreto? En Buenos Aires los mitristas recién parecen advertir el peligro. Comenta Maillefer a su gobierno: «Los diarios de Mitre, que antes exhortaban a los comandantes brasileños a que pasaran la frontera y se apoderasen de las ciudades orientales para luego entregarlas al poder de los colorados; los mismos diarios, después de las declaraciones del Paraguay, insisten en la necesidad de mantener a su país sobre la base de la neutralidad armada y aislarse al acercarse las llamas».[11]

CAPITULO 22

PARAGUAY EN GUERRA CON BRASIL

Brasil inicia la invasión de la República Oriental (octubre)

El 26 de agosto, como dijimos, la escuadra brasileña cañoneaba, en las aguas argentinas del río Uruguay, al buquecillo de guerra oriental *Villa del Salto*, que se refugia en Concepción del Uruguay por la desproporción de su armamento —un solo cañón— con sus fuertes agresores. Pero el coronel Leandro Gómez, jefe de Paysandú, ordena arrostrar el combate a su capitán, un bravo español nacionalizado, de apellido Tudorí:

«Salgan para Mercedes conduciendo los auxilios para su guarnición, o embarcándola y trayéndola a Paysandú si fuese necesario.

«Si en el trayecto fuese atacádo por la escuadra brasileña, tiene que salvar el pabellón de la patria. En caso de pérdida total por superioridad de los buques enemigos, embicará en la costa y prenderá fuego al vapor. La bandera de la patria que usted ha adoptado como suya es hija del glorioso pabellón español que supo batirse sostenido por sus hijos en cien combates gloriosos. ¡Bien camarada! ¡Fuego, y si es necesario morir, nunca lo haría usted con más gloria!».[1]

El *Villa del Salto* afronta a tres cañoneras que lo deshacen materialmente. No obstante desembarca su material y tripulación en Paysandú. Inmediatamente Tudorí ordena incendiarlo para que los despojos no caigan en poder de los imperiales.

Fue el primer acto de guerra. Tras él se produjo la ruptura de relaciones del gobierno oriental con el Brasil y la quema de las banderas brasileñas en la plaza Independencia de Montevideo que he narrado. En seguida, el 7 de setiembre, la orden del comisionado imperial Saraiva al general Mena Barreto de atravesar la frontera e invadir los departamentos de los orientales, al norte del río Negro.

Al día siguiente de cursar esa orden —8 de setiembre— le llegan a Saraiva dos noticias desconcertantes: Paraguay había notificado con fecha 30 de agosto al ministro brasileño en Asunción que —en el caso de tomarse «represalias» contra la República Oriental—, «hacía responsables de sus consecuencias al gobierno del Imperio». Es decir que el cañoneo del 26 de agosto y la orden de Saraiva del 7 de

setiembre, traían irremediablemente la guerra con los paraguayos. La otra noticia, grave en esos momentos, era la dimisión del gabinete Zaccharías ocurrida al día siguiente, el 31 de agosto, de la nota paraguaya.

Saraiva quiere detener el alud si aún estuviera a tiempo. En Río de Janeiro no habían creído en una actitud gallarda de Solano López, pero ahora se encontraban ante la evidencia de una guerra. ¿Sería posible contener a los belicosos ríograndenses, dándoles contraorden de no invadir?… Váse a Río de Janeiro a hablar con el nuevo gabinete presidido por Francisco José de Furtado, liberal pacifista pero inmovilizado por fuerzas superiores. El emperador no cree posible esa contraorden después del cañoneo de Tamandaré y las escenas ocurridas en Montevideo. La exaltación de los ríograndenses es grande y tal vez se levantaran contra el Imperio si no se les daba ocasión de correr una «california» por las estancias uruguayas. Además, una gravísima crisis bancaria y económica, con cárácterísticas de pánico, ha estallado en Brasil en esta primera quincena de setiembre: «la más espantosa crisis que jamás haya experimentado el Brasil —informa Mr. Morgan, cónsul inglésen Río—, la consecuencia inmediata amenaza ser una bancarrota universal».[2] Furtado, constreñido a capear el temporal financiero, descuida el otro. Y en el Río de la Plata Tamandaré, dueño de la situación por la ausencia de Saraiva, resuelve el problema a su criterio: en los primeros días de octubre apura a Mena Barreto a cruzar la frontera.

El 12 los primeros soldados imperiales trasponen la línea divisoria; el 16 un regimiento brasileño ocupa la villa de Melo, capital del departamento oriental de Cerro Largo, e iza en su ayuntamiento la bandera del emperador.

Impresión en la Argentina

La nueva estremece a los argentinos de Jujuy a Buenos Aires. Inútilmente explica *La Nación Argentina* de Mitre, la «justa actitud y noble propósito» del Brasil obligado a recurrir a represalias por el desaire del gobierno oriental. En Buenos Aires, Miguel Navarro Viola (que luego escribirá su brillante *Atrás el Imperio*) y Carlos Guido Spano levantan la voz de la solidaridad rioplatense; no tardarán en editar *La América* junto con Agustín de Vedia en defensa de las soberanías hispanoamericanas contra el gobierno esclavócrata (así llaman al de Mitre) convertido en auxiliar menor del Brasil. *El Litoral* de Evaristo Carriego y *El Argentino* de José Hernández, en Paraná, claman que ha llegado la hora de unirse a los paraguayos en la inminente guerra; lo mismo predican Francisco F. Fernández y Olegario Andrade desde Concepción del Uruguay, *El Independiente* de Juan José Soto en Corrientes, *La Capital* de Oviedo Lagos en Rosario y casi todos los diarios y

hojas periodísticas del interior.

¿Podrá Urquiza frenar otra vez la voluntad de sus correligionarios y paisanos? Porque ya no es cuestión de «federales o liberales» en el interior de la república, pues la invasión brasileña ha indignado a todos por igual: en Corrientes y Santa Fe donde gobierna el liberalismo desde Pavón, sus gobernadores —Manuel Lagraña y Patricio Cullen— no parecen de los menos enojados. Tampoco Adolfo Alsina y los jóvenes liberales *crudos* de Buenos Aires ocultan su oposición vehemente a la política oficial: en una interpelación a Elizalde en la cámara de diputados nacionales, Alsina ha dicho «el gobierno argentino con su mediación en las cosas orientales ha empezado a trenzar la soga con que tal vez se nos ahorque… lo más impropio e impolítico que ha podido hacer el gobierno argentino es ir a mediar en la República Oriental».[3]

La libertad contra la tiranía

Mitre, a quien según frase repetida entonces «los brasileños habían enseñado a tragar amargo y escupir dulce», encuentra el vacío de su defensa de la «democracia coronada», como llama desde *La Nación Argentina* al Imperio aristocrático y esclavista. Pero hábil para orientar la propaganda cambia el rumbo de su prédica: callará la agresión brasileña para dirigir sus baterías exclusivamente contra Solano López. Ha encontrado un filón en la palabra *tiranía* y no ha de desaprovecharlo: alza su voz por los «paraguayos libres que gimen bajo el tirano» a quien llama el *Atila de América*, e invita a una cruzada libertadora para concluir con «esta última vergüenza del continente». La misma mano que firmara en 1865 la masacre de Villamayor, aprobara en 1861 la hecatombe de Cañada de Gómez y justificara en 1863 el asesinato del Chacho y las matanzas de La Rioja, redacta inflamados editoriales sobre la *Libertad* y la *Humanidad* contra la *Tiranía*. Ha bastado que el presidente paraguayo se dispusiera a cruzar los propósitos brasileños para encontrar que quien lo salvara en 1859 con el Pacto de Unión y al que llamó el «Leopoldo de estas regiones» cuando lo creyó en 1863 propicio a un entendimiento, era un tirano indigno de gobernar un pueblo americano y a quien se hacía necesario eliminar.

Urquiza se decide

El 22 de octubre, Vázquez Sagastume, ministro oriental en Asunción, recibe una carta de Antonio de las Carreras desde Montevideo y le dice que…

«…en Entre Ríos el pronunciamiento es universal y el mismo general Urquiza se expresa ya públicamente contra Mitre y Brasil diciendo que si el ejército de éste invade nuestro territorio, es preciso pasar con todo lo que haya y salvar la independencia de la República».[4]

Para entonces se sabe en Asunción la invasión brasileña. Sagastume —debe descontarse que por sugestión de López— destaca ese mismo día al santafecino José de Caminos con una importantísima misión verbal a llevar ante Urquiza: le propone el «pronunciamiento» contra Buenos Aires, seguido de una triple alianza con Paraguay y el gobierno blanco de Montevideo.

Como en vísperas de Caseros, Urquiza entretiene en octubre de 1864 a muchos comisionados confidenciales que le sugieren pronunciamientos. Su posición ahora, como entonces, lo hacía el árbitro de la inminente guerra; del lado que se inclinase estaría la victoria. Es cierto que ya no estaba de Comandante en Jefe del Ejército de la Confederación como en 1851, pero en cambio, pese a las ocurrencias de Pavón, es el mito indiscutible del Partido Federal. Su «pronunciamiento» no sería ahora militar sino político, y no ocurriría en una guerra entre su patria y Brasil. Haciéndose eco del clamor de la gran mayoría de los argentinos arrojaría de Buenos Aires el círculo que apoyaba la política del Imperio. El sentimiento de casi toda la República, la voluntad unánime de sus comprovincianos y sus íntimos, lo impulsaban a enfrentar a Brasil. El gran culpable de la preponderancia brasileña en el Plata parecía doce años después ser llamado a convertirse en instrumento que la contuviera dentro de sus límites seculares. La mancha de Caseros sería borrada por el mismo Urquiza.

José de Caminos vuelve a Asunción el 8 de noviembre rebosante de alegría. Antes de entrevistarse con López, que se encuentra en el campamento de Cerro León y explicarle el plan verbal que trae, escribe el ministro Bergés que Urquiza ha manisfestado ser «su *vanguardia* [la de López] con Entre Ríos y Corrientes, que serán su *baluarte* mientras él influya en el país, y que los porteños no tocarán de las provincias, ni un solo hombre para expediciones al Paraguay, como no lo harán tampoco de Entre Ríos y Corrientes».[5]

Puede conocerse el plan sometido por Urquiza a López valiéndose de Caminos por la carta de López a Urquiza del 26 de febrero de 1865[6]: 1.º) el jefe del Partido Federal haría una expresión pública de solidaridad con los paraguayos y orientales y exigiría a Mitre el libre tránsito por territorio argentino del ejército de López; 2.º) rechazada, como era de descontarse, esta exigencia por Mitre, Urquiza se «pronunciaría» y con el Partido Federal «se pondría de parte del Paraguay combatiendo la política de Mitre».[7]

Paraguay inicia hostilidades (12 de noviembre)

Si esta proposición de Urquiza fuese sincera, Aguirre y López tenían ganada la guerra y no había para qué demorar las hostilidades. Lo malo es que, ahora, Solano López quiere creerla sincera.

Cuatro días después de la llegada de Caminos de Entre Ríos, cruza frente a Asunción el vapor brasileño *Marquez de Olinda* de la línea de Río de Janeiro a Corumbá; lleva a su bordo al nuevo presidente del Matto Grosso, Carneiro de Campos, con hombres y material de guerra a fin de reforzar las defensas del alto Paraguay. El 12, López, desde su campamento de Cerro León, ordena al *Tacuarí* su apresamiento, que el buque de guerra paraguayo cumple al día siguiente cincuenta leguas al norte de Asunción. El vapor brasileño es incautado, así como el material de guerra; los tripulantes —Carneiro Campos inclusive— son retenidos como «prisioneros de guerra». El ministro brasileño en Asunción, Vianna de Lima, protesta por el «insólito hecho», y Bergés responde con ironía que Paraguay obraba con el mismo derecho del ejercido por Brasil al ocupar territorio oriental.

Es la guerra. Vianna de Lima pide y obtiene sus pasaportes. El *Marquez de Olinda* es armado para reforzar la escuadra paraguaya destinada a invadir Matto Grosso. Los contingentes de Cerro León reciben órdenes de escalonarse en las fronteras del Sur; se anuncia que cruzarán el Paraná, con anuencia o sin anuencia del gobierno de Mitre, a fin de liberar de brasileños la República Oriental.

Silva Paranhos (diciembre)

La iniciación de las hostilidades por Paraguay causa el explicable alborozo en Montevideo. Hay mítines populares frente a la casa del agente paraguayo Brizuela, y manifestaciones que recorren las calles llevando estrelazadas las banderas oriental y paraguaya. El ministro de las Carreras informa con optimismo «que treinta y cinco mil paraguayos están en marcha para atravesar la estrecha banda de la provincia argentina de Corrientes que los separa del Uruguay; Corrientes ya ha sido ganada para la causa, así como Entre Ríos y el general Urquiza».[8]

En Río de Janeiro cunde el desconcierto. Pese a los informes de Saraiva y a los alertas que Mauá no ha dejado de hacer en su correspondencia desde Londres, nadie había tomado en serio la amenaza paraguaya. La guerra sorprende

desprevenido al gabinete Furtado; no hay ejército en pie para oponerse al de López, la crisis económica es gravísima, y se corre el peligro de que la opinión, casi unánime de los argentinos, arrastre a Mitre a no cumplir sus compromisos. En ningún momento más oportuno pudo López asestar un golpe.

Furtado recurre al mejor diplomático brasileño, José María Paranhos, vizconde de Río Branco: El brasileño que más conoce a Urquiza, desde que en 1851 fue al Plata a gestionar la caída de Rosas como secretario del marqués de Paraná. Le da amplios poderes para conducir las operaciones políticas y militares y le recomienda, sobre todo, la cooperación clara, positiva y pública del gobierno argentino comprometido con Brasil en el protocolo Saraiva-Elizalde.

Paranhos llega a Buenos Aires el 2 de diciembre. Encuentra difíciles las cosas: «Flores —al decir de Box — se veía acosado en forma súbita y totalmente inesperada, de un ataque de conciencia… conocía el odio que se acumulaba contra el Brasil en todos los países del Río de la Plata y temía comprometerse».[9] También Mitre, impresionado por el rumbo de la opinión, buscaba retirar su apuesta con el codo negándose a mandar un solo regimiento argentino a la otra Banda en ayuda de las tropas de Mena Barreto. Hasta *La Nación Argentina*, tan brasileñista desde octubre y noviembre, había callado sus cotidianas alabanzas al Imperio y sus ataques al «*tirano López*». Ante Flores —la frase es de Box— Paranhos debió ponerse «látigo en mano»: no era tiempo de escrúpulos fraternos ni hora de pensar en «la independencia nacional».[10] Con Mitre sería más amable: le ofreció el comando supremo de la guerra contra el Paraguay, halagando sus pretensiones de estratega que las constantes y graves derrotas nunca le habían hecho olvidar. Por el momento —y supongo un melancólico forcejeo de Mitre— debió sacarle el aprovisionamiento de bombas de la escuadra de Tamandaré en el arsenal de Buenos Aires para destruir a Leandro Gómez fortificado en Paysandú, y que la isla de Martín García sirviese de base de operaciones navales a los brasileños. También a sus indicaciones debió deberse que *La Nación Argentina* retomase en diciembre el estruendo de la propaganda brasileñista y antiparaguayista con un violento editorial del 14 titulado «*El Atila de América*».

Solucionados los problemas de Flores y Mitre, el hábil brasileño aborda el de Urquiza. Nadie lo conoce como él: lo había tratado en 1851 en Montevideo y en Gualeguaychú al convenirse la alianza contra Rosas; más tarde en Palermo, cuando Urquiza se negaba a entregar al Imperio el premio por Caseros; finalmente en Paraná y en San José en 1857 al gestionar su apoyo contra un posible conflicto con Paraguay. En todos esos momentos Urquiza había cedido ante sus convincentes razones. Paranhos sabía hablar a cada uno su lenguaje y demasiado bien conocía el gustado por Urquiza. Solamente que el ex presidente de 1864 no era el caudillo insurgente de 1851; debería moverse con tacto, sin ofender su probidad.

CAPITULO 23

¡HEROICA PAYSANDÚ!

Empieza el sitio (6 de setiembre)

El 20 de octubre, a bordo del *Recife*, buque insignia de la escuadra brasileña, y en aguas de la barra de Santa Lucía, Venancio Flores se había comprometido con el almirante Tamandaré a «atender las reclamaciones del gobierno imperial» y a combinar sus movimientos militares con los de la escuadra y los del ejército de Brasil. La reacción producida en toda América por la entrada del ejército brasileño en la República Oriental hizo que el caudillo buscara vanamente zafarse del compromiso. Al fin y al cabo se trataba de su patria, y se creyó obligado a expresar escrúpulos nacionalistas que, lógicamente, alarmaron a Tamandaré. Pero Silva Paranhos, comisionado para dirigir las operaciones militares y diplomáticas en el Plata, llegará a tiempo el 2 de diciembre: debió «mostrar el látigo a don Venancio», según la gráfica expresión de Horton Box, pues consiguió que los escrúpulos de Flores cesaran.

Thornton averiguó de Paranhos sus propósitos —¡no habría de hacerlo!— y el brasileño fue explícito; convenía no ocultar el juego a Inglaterra. «Se debe tomar a Paysandú —dijo al ministro inglés, y éste informa a Lord Russel el 26 de diciembre de 1864— y se debe enviar a Montevideo una fuerza abrumadora… esto era indispensable para el honor y la seguridad del gobierno brasileño… en presencia de la actitud asumida por la República del Paraguay».[1]

La escuadra de Tamandaré fue despachada a Paysandú. En la madrugada del 6 de diciembre empezará la agonía, la heroica y trágica agonía de la ciudad blanca. Flores ha concentrado sus fuerzas en los alrededores —ha tomado Salto el 28 de noviembre sin combatir— y se le han sumado las milicias riograndenses. Casi diez mil hombres, contra un puñado de ochocientos que tiene Leandro Gómez; la desproporción numérica corre pareja con la desigualdad de armamentos: los *sanduceros* apenas si tienen unos cañoncitos lisos que no pueden alcanzar a la escuadra; sus carabinas son pocas y las municiones reducidas. Pero son ochocientos dispuestos a morir, y por lo tanto a matar.

Flores intima rendición a Gómez: lo hace responsable «con su vida» de la sangre que pueda derramarse si no se entrega dentro de seis horas. El coronel

oriental responde que se entregará «cuando sucumba». Empieza el ataque, feroz, despiadado, que la artillería de Tamandaré apoya con un incesante bombardeo. Paysandú es ciudad abierta, y por un momento los atacantes se apoderan de los suburbios, pues Gómez ha dado orden de concentrarse en la plaza y transformar los edificios de ladrillos del centro en «baluartes». La bandera oriental —hoy se encuentra en un museo de Montevideo en homenaje al heroísmo— es izada en lo alto de la iglesia.

Tres días dura el ataque y el bombardeo. Paysandú parece una inmensa hoguera desde la costa argentina, donde miles de entrerrianos asisten indignados al espectáculo de una escuadra brasileña enfilando sus cañones contra una población casi inerme. Flores incendia las casas que consigue tomar, pero los defensores logran apagar el fuego y expulsar a los invasores; toda la población civil —Paysandú era la más poblada ciudad uruguaya después de Montevideo— está aglomerada en la plaza, donde, si no libres de la metralla imperial, quedan por lo menos a cubierto de las llamas. Durante tres días, casa por casa de la ciudad es defendida en una lucha inverosímil. El 8 parece amainar el ataque; el 9, Flores se retira; el 10, cesa el cañoneo de la escuadra porque se han agotado las municiones. Paysandú está deshecha; pero ha resistido.

Montevideo se entusiasma: «Las campanas tocan a vuelo y el Fuerte dispara una salva de 21 cañonazos en honor de los defensores de Paysandú, quienes desde la madrugada del 6 sostienen valientemente la lucha contra las fuerzas combinada de Flores y del almirante Tamadaré», escribe el 11 Maillefer a su gobierno. Por un decreto de Aguirre, Gómez es promovido a general y los restos de su guarnición (ha perdido 200 hombres, entre muertos y heridos) es declarada «benemérita de la patria en grado heroico».

Otra ola semejante corre por la Argentina; la «heroica Paysandú» es festejada en todos los tonos. Guido y Spano deja en Buenos Aires sus poesías para irse a la ciudad sitiada; encuentra en Concepción del Uruguay a José Hernández, que ha cerrado su periódico con igual propósito, pues ha pasado el tiempo de las palabras; Rafael, su hermano, ha conseguido burlar la escuadra brasileña y ya combate a las órdenes de Leandro Gómez. Concepción del Uruguay hierve de gente que llega de todos lados de la Argentina para dar su sangre por la causa de Paysandú, que saben es la vieja causa de la Patria. Pero no pueden burlar el bloqueo y se quedan en la orilla argentina mordiéndose los puños de impotencia. ¿Si Urquiza se decidiera? Entonces tendrían armas y dirección. El cura Ereño, de la parroquia de Concepción, lo incita con su entusiasmo de antiguo capellán de Oribe; Leandro Gómez escribe a Urquiza el 11: «Estoy llorando, señor general, de rabia y de desesperación a presencia de los crímenes tan atroces que se perpetran bajo la capa de la libertad y la civilización». Pero la esfinge del palacio San José

queda inmutable; aún no ha llegado su hora, la hora prometida a Solano López en noviembre.

Bombas mitristas contra Paysandú

El cese del bombardeo del 10 y el retiro de los atacantes no es más que una etapa. La lucha recomenzará a los pocos días. Pero la escuadra carece de municiones, y se esperan refuerzos brasileños para seguir ametrallando.

Paranhos insiste en la caída de Paysandú: debe borrarse el «frente» sur antes de llegar los paraguayos. Apresura la marcha del ejército brasileño de Mena Barreto, que viene de Cerro Largo; ya están en el cerco de las milicias de Río Grande a las órdenes de Netto. Se concentrará contra Paysandú una formidable coalición de fuerzas.

Tamandaré ha agotado su provisión de bombas en las jornadas del 6 al 9; Silva Paranhos las obtiene del arsenal de Buenos Aires, pues no hay tiempo de hacerlas venir del Brasil.[2] Aprovechando la breve tregua, el comandante de la corbeta francesa *Decidée*, enviada con buques de otras nacionalidades a las inmediaciones de Paysandú, obtiene de los combatientes la evacuación de las familias. Pero éstas no quieren alejarse: quedan en la isla argentina después llamada «de la Caridad», frente a la población sitiada. Es que todo el mundo, y los habitantes más que nadie, creen que Paysandú no puede resistir, informa Maillefer.

No es solamente una lección de heroísmo lo que se propone dar Leandro Gómez y sus jefes, Lucas Píriz, Aberastury, Larravide, Estomba, Hernández, Braga y tantos otros argentinos y orientales desde entonces legendarios; no es solamente un acto bello pero inútil. La defensa de Paysandú tiene su objetivo militar, y por eso Paranhos apura desde Buenos Aires a Tamandaré y a Mena Barreto. Se espera el «pronunciamiento» de Urquiza, anunciado por momentos, se espera al ejército paraguayo que, según los informes, ya debió haber cruzado las Misiones argentinas. Además el ejército blanco de Montevideo, puede llegar a tiempo para batir a Flores y levantar el sitio. En ese caso —comenta Maifeller— ¿quién sabe dónde se detendrá la derrota?

Quema pública de los tratados de Rió de Janeiro (18 de diciembre)

Advenidas las municiones desde el arsenal de Buenos Aires, Tamandaré reinicia el bombardeo el 14 con desesperación, con rabia, contra la pequeña ciudad inexpugnable que no tiene defensas y donde un puñado de hombres osa resistir al Imperio.

En Montevideo el ministro de las Carreras realiza un acto simbólico para demostrar que la República Oriental de ahora es distinta de la de 1851 que capituló con Andrés Lamas los inicuos tratados de Río de Janeiro. Esta guerra es de liberación y nada subsistirá del oprobio de otros tiempos. Por decreto del 14 de diciembre ordena la destrucción pública y solemne por el fuego de los cinco tratados «inicuos» del 12 de octubre de 1851.[3] El domingo 18 de diciembre, en un estrado construido en el centro de la plaza Independencia, ante el presidente Aguirre, el estado mayor y una muchedumbre compacta que vocifera vivas al Paraguay, a Urquiza, a la independencia oriental y a los defensores de Paysandú, y correspondientes mueras a los *macacos y traidores*, son incinerados los documentos «por mano del verdugo» a los compases del Himno Nacional. Por lo menos, ese día la República Oriental es plenamente soberana. «No estoy seguro de que exista un verdugo en Montevideo, pues las ejecuciones capitales se hacen por medio de la mosquetería —informa Maillefer—, pero dejo subsistir este término característico empleado por todos los diarios». Y añade conmovido el buen francés: ‘‘En suma, es un hermoso espectáculo la resistencia de este pequeño país a los ataques combinados de sus malvados vecinos y de la revolución mantenida por agentes a su sueldo’’.[4]

Una venta de caballos (31 de diciembre)

El 20, Lucas Píriz ensaya una salida y logra expulsar a Flores y a Netto a cuatro leguas de Paysandú. Pero ya están a la vista los regimientos de Mena Barreto, y el 22 vuelve a cercarse la ciudad. El bravo Píriz (argentino, nativo de Concepción del Uruguay) obtiene como premio el ascenso a general: poco podrá gozarlo. El comandante Braga escribe a Entre Ríos: «La voluntad de todos es morir antes que consentir que manchen este pueblo con su planta inmunda el imperialista Flores y demás canalla brasileña».

Se acercan las últimas horas. El *Ivahy* trae más municiones de Buenos Aires, generosamente provistas por los arsenales de Mitre, aunque éste lo negará. Hay varios días de tregua mientras se prepara el asalto definitivo. El 29 deliberan en San Francisco (a legua y media de la ciudad) Barreto, Tamandaré, Netto y Flores: sus efectivos son casi veinte veces superiores a los escasos seiscientos hombres, cansados y heridos, que quedan a Leandro Gómez; sus armas, infinitamente

mejores; sus municiones, abundantísimas. Va a darse la batalla final, fijada para las cuatro horas veinte minutos del 31 de diciembre. Tamandaré quiere que el año nuevo encuentre a la bandera brasileña en la cúpula de la iglesia donde todavía luce la oriental. «Todo Entre Ríos —comenta Julio Victorica— muchos correntinos y gran número de porteños asisten desde la costa argentina a aquel terrible espectáculo… La contemplación paciente de semejante cuadro era insorpotable. Entre Ríos ardía indignado ante el sacrificio de un pueblo hermano, consumado por nación extraña. El general Urquiza no sabía ya cómo contener a los que no esperaban sino una señal para ir en auxilio de tanto infortunio».[5]

Despliega frente a Paysandú el ejército imperial. João Propicio Mena Barreto, su general, dispone los efectivos para la acción definitiva; el bravo José Antonio Correia da Cámara (que andando el tiempo mataría a Solano López en Cerro Corá y recibirá por eso el título viril de *vizconde de Pelotas*) desembarca cuatro cañones de la escuadra para bombardear por tierra a los «baluartes». Perdidos entre los imperiales aparecen los 600 jinetes de Flores, pues la deserción ha diezmado a los *cruzados*. Un gran hombre de armas del ejército de João Propicio no tomará parte en la acción: es Manuel Osorio, el futuro Marqués de Erval y jefe de la caballería. Debe cumplir un cometido de suma importancia por orden de Silva Paranhos: entrevistar a Urquiza en el palacio de San José para comprarle 30 000 caballos, prácticamente todos los de Entre Ríos, al precio extraordinariamente generoso de 13 patacones cada uno.[6] Una operación que totaliza la exorbitante suma de 390 000 patacones, casi los 400 000 que le dieron a Urquiza en 1851 para guerrear contra Rosas.[7]

Al tiempo de empezar el asalto definitivo de Paysandú, ante el horror y la furia de su pueblo que asiste impotente a la masacre desde la orilla argentina, y la expectativa de todo el mundo que espera de un momento a otro su anunciado «pronunciamiento» para liberar a los *sanduceros*, Urquiza trata con Osorio el precio de venta de la caballada destinada a combatir, precisamente, a los brasileños. «Correspondía esta adquisición traduzco al brasileño Pandía Calógeras— al desarme del posible adversario, pues los entrerrianos, óptimos y admirables jinetes, no formaban sino pobre infantería. Y de esta manera Urquiza fue anulado como valor combatiente».[8]

Ignorante de los éxitos comerciales de Urquiza, llueven sobre éste peticiones de todas partes, incitándole a la acción y clamando órdenes. Solano López espera desde noviembre con un ejército en la frontera el «pronunciamiento» prometido por Urquiza que le permitiría cruzar el territorio argentino y llegar en pocas jornadas a Paysandú. En momentos de desarrollarse el último y definitivo ataque a la ciudad, y de concluirse el negocio de los 30 000 caballos —1 de enero— el ingenuo presidente paraguayo escribe a su ministro en París, Cándido Barreiro:

«Dentro de pocos días el general Urquiza debe tomar una actitud decidida, no siendo posible que continúe como hasta aquí»[9].

Comenta Pandiá Calógeras la absurda actitud de Urquiza olvidando por un negocio de caballos a Paysandú, a los blancos orientales, a los entrerrianos, a los federales argentinos y a los paraguayos —finalmente— que quedarían solos en la patriada. Lo comenta con duras frases que prefiero dejar en su lengua:

«Não existía em Urquiza o estofo de um homem de Estado: não passava de um «condottiere»…».

para seguir más adelante:

«…permaneceu inativo por tanto. De fato, assimm éle traía a todos. Cuida ao Brasil o tornar inofensivo. Urquiza, embora inmensamente rico tinha pela fortuna amor inmoderado: o general Osorio, o futuro marqués de Erval conhecía Ihe o fraço e deliberou servir déle».[10]

Mientras João Propicio, Tamandaré y Pelotas empezaban el 31 de diciembre la «batalla de las 56 horas» que acabaría por hacerlos dueños de Paysandú, Osorio ganaba río por medio otra batalla —la de «los 30 000 caballos»—, más fácil quizás y menos gloriosa, pero más decisiva para la causa del Imperio.

CAPITULO 24

LA LECCIÓN DE PAYSANDÚ

La epopeya (2 de enero de 1865)

Las 4.20 del amanecer del 31 de diciembre fue la hora señalada por los sitiadores de Paysandú para el ataque definitivo. Vomitan fuego los cañones de la escuadra imperial, ahora copiosamente aprovisionados con metralla argentina. Por los cuatro puntos cardinales inician el avance los regimientos de João Propicio; el 3.º de infantería brasileño consigue adueñarse de las trincheras de la Aduana y marcha a la plaza. Sale Píriz del «baluarte de la ley» (un edificio de ladrillos transformado en fortaleza) y con treinta y cuatro hombres carga a la bayoneta: una carga que quedará legendaria, porque el regimiento imperial se repliega y los *sanduceros* recobran la Aduana. Pero Píriz, flamante general oriental, ha pagado con la vida la hazaña; tomaría el mando de la maltrecha trinchera el coronel Azambuya.

Se han acabado los fulminantes. Lucas Gómez ordena recoger los fósforos que pueden encontrarse mientras el bombardeo se intensifica: ya hay trescientos *sanduceros* fuera de combate y apenas si resisten de pie otros trescientos. En el diario «de la defensa y sitio de Paysandú», que alguien tiene tiempo de escribir a lápiz, se anotan los dramáticos momentos de ese fin de año: «Todos los soldados tienen el hombro derecho hinchado de tanto hacer fuego, hasta el punto de que algunos cambian de mano el fusil» —escribe su incógnito redactor en la noche de año nuevo—, «La mitad de la guarnición ha quedado fuera de combate y por falta de gente no es posible enterrar a nuestros queridos muertos. ¡Duerman en paz al pie de los débiles y arruinados muros que con tanta valentía defendieron! ¿Cuántos les seguiremos mañana?… Pero morir por la patria es gloria. Somos dignos hijos de Artigas y de los Treinta y Tres. Nuestra sangre no ha degenerado…»[1].

Llega la noche; noche de año nuevo. Todavía flamea en lo alto de la iglesia la bandera oriental, iluminada por los resplandores de los incendios y el estallido de las granadas. No se ha cumplido el deseo de Tamandaré de iniciar 1865 con el pabellón imperial en lo alto de Paysandú. Pero, ¿hasta cuándo podrá resistir ese diezmado número de héroes? Se calculan en 4000 las bombas arrojadas por la escuadra desde la mañana anterior, y seguirán sucediéndose toda la noche. Se

espera el ataque definitivo para el amanecer. No se produce, pero recrudece el bombardeo, contestado por los defensores con sus débiles fusiles. Aquello es una carnicería sin objeto, pues la metralleta imperial aniquila a los *sanduceros* que esperan ansiosamente la llegada de Urquiza, que está a pocas leguas de distancia. A mediodía muere Azambuya; al atardecer Leandro Gómez convoca a junta de oficiales. Alguno —Larravide entre ellos— opina que debe combatirse hasta morir; pero aquello no es combate sino una masacre que el cansancio de 30 horas hacen insufrible. Predomina la idea de pedir una tregua para enterrar a los muertos. Gómez redacta la petición y la envía por un prisionero florista que no regresa; llega la noche y sigue el metralleo, que ya no puede contestarse porque se acabaron las municiones.

Al amanecer del 2, Gómez manda otro parlamentario reiterando la solicitud de tregua al tiempo de izar en los «baluartes» banderas de parlamento. Cesa el fuego mientras deliberan los jefes enemigos. Llega la respuesta: «Después de la obstinada resistencia hecha por la guarnición de su mando, sin esperanza alguna de salvación, no puede hacerse lugar a la tregua que V.S. solicita en su nota de ayer, que acabamos de recibir, no obstante los derechos de guerra que invoca… Ríndase con la guarnición de su mando en calidad de prisionero de guerra en cuya condición serán tratados con las consideraciones debidas, única proposición que podemos hacerle».

Al tiempo de traerse la nota, desborda el 3.º de Infantería brasileño la escasa defensa de las trincheras. Nunca se ha explicado satisfactoriamente esta violación de las leyes de guerra: mueren el coronel Raña y el comandante Ribero defendiendo las brechas. El coronel brasileño Oliveira Bello llega hasta donde se encuentra Gómez firmando la contestación a la nota aliada; le intima rendición, y el general entrega su espada. Junto a él están sus jefes Federico Fernández, Juan Braga, Eduviges Acuña y Francisco Figueroa; todos se rinden al coronel brasileño bajo fe de ser «tratados con las consideraciones debidas a prisioneros de guerra». Sale Oliveira Bello con los vencidos y en la calle encuentra al comandante florista Belén[2] que con 30 hombres reclama a los prisioneros. El brasileño se niega. A poco llega el florista Gregorio Suárez, alias *Goyo Jeta*, que en nombre de Flores exige la entrega. Oliveira Bello consulta con Gómez, quien muy tranquilo —extraordinariamente tranquilo, anota en su parte el brasileño— le dice: «Prefiero ser prisionero de mis conciudadanos». «Comandante —ordena entonces *Goyo Jeta* a Belén— , hágase cargo de esos hombres». Echa a andar la partida unos pasos hasta la casa de la familia Ribero: «Aquí nomás», resuelve Belén, y contra el portal del huerto fusila a los prisioneros. Leandro Gómez da por sí mismo la voz de fuego. Tras las descargas, la soldadesca se arroja sobre ellos, que aún se mueven entre los estertores de la muerte; un miserable — Eleuterio Mujica— se inclina sobre el general todavía vivo y le descarna la pera; después lo desnuda y lo cose a

puñaladas, ejemplo que será imitado por los demás con las otras víctimas. Esa noche, Mujica, en el transporte argentino *Guardia Nacional*, hará bromas macabras mostrando la pera de Leandro Gómez, «pasándola como pincel por la cara de varias personas que se encontraban a bordo».[3]

El asesinato de Gómez y su Estado mayor será la señal para el desborde. Por las abiertas brechas de las trincheras se ha llenado la plaza de sitiadores que cazan, inclementes, a los vencidos. Inútilmente los jefes brasileños tratan de detener la masacre; a puñaladas y a tiros, son muertos los últimos defensores, que a falta de armas se defienden a cascotazos. Entre ellos, el capitán Eusebio Benavídez, mal herido y desangrándose, desde unas ruinas tendrá a raya a los asesinos a pedradas. Acabará muerto y su cadáver mutilado.

«El engaño y la felonía juegan su papel en las últimas escenas de este drama de valor, de sangre y de crímenes», escribe uno de los pocos sobrevivientes, el comandante Federico Aberastury, al redactar el parte de la derrota. Los jefes brasileños se mostraron compungidos de «semelhantes atentados que tanto deslustran a victoria que obtivemos en Paysandú».[4]

Impresión en la Argentina

El final de Paysandú extrema la tensión existente. ¡Hasta cuándo! No había dudas sobre las intenciones del Imperio y la suerte que cabría a los vencidos. El bravo coronel entrerriano Manuel Navarro —el mismo del «pronunciamiento» antimitrista de Nogoyá en 1863— , escribe indignado a Urquiza:

«Mi querido general:

«Acabamos de saber con profundo sentimiento la toma de Paysandú y la muerte de sus principales jefes.

«Los atentados y crímenes que cada día cometen los infames brasileros nos llenan de coraje y sólo ansiamos el momento de vengar la sangre de los mártires de Paysandú.

«Los amigos creemos y esperamos que V. E. no podrá mirar con calma los bárbaros crímenes de los brasileros».[5]

Guido Spano, José Hernández, Olegario Andrade, Francisco Fernández y tantos más, han contemplado impotentes desde la otra orilla la inmolación de Paysandú. Su fervor federal —como dice Fermín Chávez—[6] estalla en artículos,

poesías e inflamados discursos, aunque «ya no es hora de la pluma» repite el futuro autor de *Martín Fierro* cuyo hermano Rafael ha sido uno de los pocos salvados —muy mal herido— de la hecatombe.

Andrade escribe su «*Invocación a Paysandú*»:

«¡Sombra de Paysandú! ¡Sombra gigante que veías los despojos de la gloria!

Urna de las reliquias del martirio.

¡Espectro vengador!

¡Sombra de Paysandú! ¡Lecho de muerte donde la libertad cayó violada!

¡Altar de los supremos sacrificios!

¡Yo te vengo a evocar!…»

En Buenos Aires, hasta la liberalísima *Tribuna* de los Varela no ha podido dejar de conmoverse por el heroísmo de Paysandú. En un artículo del 2 de enero, Héctor Varela hace el elogio del coraje de Leandro Gómez; le contesta *La Nación Argentina* el 3, por pluma del mismo Mitre:

«La gran cuestión para nosotros no es saber si Leandro Gómez le tiene miedo a las balas. Es saber lo que mejor conviene a la Libertad y a la Civilización en el Río de la Plata. Quiroga, el Chacho, López Quebracho, el frayle Aldao eran hombres muy valientes. ¿Qué ha dado su valor a la civilización de los pueblos argentinos?»

En Paraguay, Francisco Solano López sigue a la espera del «pronunciamiento» de Urquiza, demorado de manera inexplicable. De haber ocurrido, su ejército escalonado en la frontera habría llegado en pocas jornadas hasta el mismo Paysandú y desbaratado a los sitiadores. El 1 de enero el presidente paraguayo esperaba ese «pronunciamiento», como lo da a entender su carta a Cándido Barreiro, de esa fecha —transcripta en el capitulo anterior— : «Dentro de pocos días el general Urquiza debe tomar una actitud decidida, no siendo posible que continúe como hasta aquí».[7]

El 14 de enero, como el silencio de Urquiza sigue, Solano López se decide a

solicitar oficialmente al gobierno el paso por el territorio argentino, pues aún se cree a tiempo de salvar Montevideo. Sabe perfectamente que la llegada de los contingentes paraguayos a Entre Ríos arrastrarían a todo el pueblo a sumarse a los defensores de los orientales, y Urquiza «no podría resistir ese clamor». Además, Mitre no puede negar ese tránsito sin revelar su parcialidad: la escuadra brasileña está en aguas argentinas, y desde ellas ha bombardeado a Paysandú con metralla entregada por el gobierno.

Pero también están en Buenos Aires el comisionado brasileño José María de Silva Paranhos y el ministro inglés Edward Thornton.

CAPITULO 25

LA DEFECCIÓN DE URQUIZA

El cruce por territorio argentino

Urquiza había pedido el tránsito del ejército paraguayo por la Argentina en carta a Mitre del 29 del diciembre (1864), conforme a lo convenido con Solano López:

«Esperaba con deseo de manifestación… de que V. E. no se separarla por intereses extraños, por aspiraciones de gloria, por ventajas pasajeras, de la linea de conducta que estaba marcada al Gobierno por los antecedentes del país, por su decoro, por su situación y sus grandes convicciones…

«Las provincias de Entre Ríos y Corrientes son, como V. E. lo comprende bien, las más interesadas en la conservación de la paz en la emergencia funesta entre Brasil y Paraguay… Nada importarla el tránsito libre e inocente de ambos por los territorios despoblados de las Misiones… El interés que pudiera envolver su prohibición no puede compararse a los males que nos echaríamos encima si por eso nos acarreáramos una alianza que el país no acepta y que nos haría el primer actor y el paciente de la lucha».[1]

Mitre contesta, el 9 de enero (1865), rechazando, como era presumible, el tránsito del ejército paraguayo que iría a combatir en la República Oriental. Ya se había producido la visita de Osorio a Urquiza y la calda de Paysandú:

«He expresado la debida atención a las opiniones de V. E. presentadas con la franqueza que debe reinar entre leales amigos cuando se trata de asuntos que interesan al bien general…

«Pero yo no estarla satisfecho de mi mismo, ni creerla obrar en el sentido del honor y de la dignidad del país si consintiera en su menoscabo tolerando el paso por territorio argentino de uno u otro de los beligerantes…

«… No podrán suponer que permaneciésemos impasibles a tal afrenta, ni que el país pudiese ver con indiferencia un hecho que deshonraría al pueblo argentino…»[2].

Pasa el tiempo, y Urquiza no se pronuncia a pesar de su promesa. Entonces Solano López solicita oficialmente el tránsito por territorio argentino, que produciría la esperada repulsa del gobierno de Mitre, y por lo tanto, obligaría al «pronunciamiento» de Urquiza. Por nota del 14 de enero solicita el pase de sus ejércitos para combatir a los brasileños que ocupan la República Oriental.

«El gobierno del Paraguay espera que el argentino consentirá sin dificultad a esta solicitud, protestando desde luego que se efectuará todo tránsito sin gravamen del vecindario y con todas las consideraciones debidas a las autoridades argentinas…».

Cita el antecedente de 1855, cuando tanto Buenos Aires como la Confederación permitieron el cruce de la escuadra brasileña hacia Paraguay con intenciones agresivas: «después de este precedente —sigue la nota paraguaya— que no es lícito mirar con indiferencia, el Gobierno Imperial no puede considerarse ofendido a la concesión que se solicita».[3]

Luis Caminos fue encargado de llevar con urgencia la nota a Buenos Aires. Debió embarcarse en el vapor inglés *Ranger*, pero inesperadamente su capitán —también inglés— se negó a transportarlo por razones nunca aclaradas, y que hacen presumir una interferencia británica. Caminos queda demorado en Asunción porque no había posibilidad de aparejar un buque paraguayo por la iniciada invasión al Matto Grosso brasileño. Solamente llegará a Buenos Aires el 5 de febrero y entrega la nota el 6; ya el ejército brasileño se acercaba a Montevideo. El presidente Aguirre había renunciado y se tramitaba la rendición de la capital oriental.

La respuesta de Elizalde es del 9 de febrero. Niega el permiso «fiel a sus intereses de neutral y consultado los intereses de la Nación», y además porque «no es absolutamente necesario, no hay motivo imperioso que lo haga forzoso e indispensable» ya que entre Paraguay y Brasil había una amplia zona fronteriza donde cruzar las armas. No se trataba de un lance de honor, sino de salvar a Montevideo de los imperiales.

Rechaza el precedente de 1855 porque «lo que se acordó entonces puede negarlo ahora». Insinúa el libre tránsito fluvial:

«Puede acordarse por agua a los beligerantes, sean o no ribereños, de los ríos que van a pasar y aun no mediando tratados que lo concedan, sin que por eso tenga que dar forzosamente el tránsito terrestre».[4]

Por nota de la misma fecha, Elizalde pedía explicaciones a los paraguayos

por los movimientos de sus tropas cerca de la frontera, y solicitaba se aclarase el rumor «que se hace circular de que este ejército viene en marcha para pasar por territorio argentino en operaciones contra Brasil y su aliado el brigadier Flores, jefe de la revolución Oriental».[5]

El diligente Thornton no quedó ajeno a la nota argentina (tal vez fue su inspirador). Debió convencer a Elizalde de que la negativa del tránsito terrestre favorable a los paraguayos y el permiso del tránsito fluvial conveniente a los brasileños no acarrearía una guerra contra Paraguay. Todo lo contrario: Solano López quedaría agradecido por esa negativa que le permitiría desligarse de su compromiso con los orientales. La ingenuidad mitrista rayaba en el delirio, pues Thornton envió inmediatamente a Londres la respuesta argentina, agregándole un sugerente comentario:

«El señor Elizalde parecía apenas poder formarse opinión acerca de la actitud que el gobierno paraguayo decidiría asumir cuando llegar hasta él la negativa del gobierno argentino a su petición, pero estaba más bien dispuesto a pensar que el gobierno paraguayo se complacería en invocarla como una excusa para no ayudar a sus aliados de Montevideo».[6]

Parcialidad, mitrista

Mientras Elizalde y Mitre protestaban su neutralidad en la guerra y basándose en ella permitían el tránsito fluvial de la escuadra brasileña, pero negaban el terrestre al ejército paraguayo, eran de otra naturaleza las instrucciones que daban al gobernador de Corrientes, Manuel I. Lagraña. El 20 de diciembre (1864), Elizalde había escrito para quitar a Lagraña su entusiasmo paraguayista:

«Nuestras simpatías no pueden ni deben ser durante esta guerra (Paraguay y República Oriental contra Brasil) por los que de un momento a otro puedan ser nuestros enemigos declarados.

«La cuestión ha de concluir trágicamente para el gobierno de Montevideo y para el de Paraguay, y antes de poco tiempo…»[7].

El 30 le da instrucciones sobre el trato de los «agentes» brasileños en Corrientes; curiosas para ser formuladas por el ministro de un país «neutral»:

«Los agentes del Brasil en ésa pueden necesitar enviar algunos oficios a sus superiores en ésta. *Le ruego los dirija a mi nombre* por expreso, sin pérdida de

momento. Si hay algo urgente disponga al *Espigador* (buque argentino). Los agentes quedan prevenidos de ocurrir a V.».[8]

El ministro argentino se constituía en agente de los agentes brasileños. Como dice *El Semanario* de Asunción al comentar esta carta reservada —caída en poder de los paraguayos al entrar el mes de abril en Corrientes— «¿Qué más puede exigirse para probar la parcialidad inicua de ese gobierno con las pretensiones de Brasil? Por esa carta llegamos a saber que el Brasil tenía agentes en Corrientes, agentes que conocía el gobierno argentino y a quienes no solamente conocía, sino que le merecían toda solicitud, hasta… ocultar su correspondencia bajo el nombre del ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina».[9]

En Corrientes se redactaba un periódico —*El Independiente*, de Juan José Soto — que, como casi todos los periódicos de Entre Ríos y algunos de Buenos Aires, se permitía ser *paraguayista* en la guerra contra Brasil. Mitre, el mismo Mitre de la «libertad de prensa», da, el 20 de diciembre (1864), instrucciones a Lagraña en *carta reservada*, que desgraciadamente caerá poco después en poder de Solano López:

«Han llegado hasta mí noticias que en esa ciudad se ha establecido un periódico cuya tendencia es la de justificar y ganarle prosélitos al Presidente López del Para guay en la lucha que parece va a empeñarse con el Brasil en defensa del partido blanco de Montevideo… Creo que esta prédica opuesta a nuestros intereses, a nuestra actualidad, ha de despertar el celo de nuestros enemigos en Corrientes. Para que no logren aquéllos extraviar la opinión, conviene mucho que V. por su par te haga todo lo posible en ese sentido, pues no es justo ni político que en nuestro propio país se alcen alabanzas y se trate de bonificar una administración como la de Paraguay, presidida por el señor López».[10]

«Si me provocan, lo llevaré todo por delante» (febrero)

Solano López mandó a Urquiza una copia de su nota del 14 de enero solicitando el tránsito terrestre, que fue contestada como hemos visto otorgándole el tránsito fluvial. De acuerdo a lo ofrecido por el mismo Urquiza, era la ocasión de éste para «pronunciarse» contra el régimen mitrista. Pero Urquiza acababa de embolsar los 390 mil patacones brasileños y entregado a Osorio sus 30 mil caballos: estaba por lo tanto de a pie y no podía hacer la guerra. Por lo tanto, se zafó de su promesa: el 9 de febrero mandó a la Asunción al joven Julio Victorica con un pliego para López, entregado el 25. No se conoce su contenido porque Urquiza juzgó prudente no copiarlo y el original se perdió en la guerra del 65 con la mayor parte del archivo de López. Solamente podemos suponer lo que decía, por los recuerdos

de Victorica, la respuesta de López a Urquiza, obrante en el archivo de éste y las cartas de López a Cándido Barreiro, su representante en Europa.

Dice Victorica que al leer López la nota de Urquiza, dijo «alzando el tono: *¡Entonces, si me provocan, me lo llevaré todo por delante!* Así concluimos».[11]

«He recibido la estimable de V. E., fecha 23 de enero, conducida por don Julio Victorica —dice la respuesta de López a Urquiza del 26 de febrero— y seguidamente la del 8 de éste acusando recibo de mis anteriores del 14 del pasado y del 1 de febrero. Ambas me han causado una penosa impresión, *en cuanto ellas importan una contradición de las seguridades que espontáneamente V. E. quiso ofrecerme* sobre la neutralidad del gobierno argentino en la lucha entre Paraguay y Brasil, y de que el tránsito de fuerzas paraguayas por alguna parte del territorio argentino no importaría un *casus belli*, no teniendo el gobierno argentino pretexto alguno para negar ese tránsito, y que si llegara a suceder S. E. *se pondría de parte de Paraguay combatiendo la política del general Mitre*, para cuyo fin ha pedido la copia de la solicitud de tránsito y su contestación en caso negativo».[12]

El mismo día —26 de febrero— López escribía a Cándido Barreiro, su representante en París:

«El caso [la guerra contra la Argentina] está próximo a suceder, y aunque no contamos todavía con ningún disidente porque el general Urquiza ha faltado a sus espontáneos ofrecimientos, si la guerra se hace inevitable con ese país, contando con la decisión y entusiasmo de mis compañeros espero llegar a buen fin».[13]

La bandera de Caseros

Imposibilitado Urquiza de combatir por la venta de sus caballos a los brasileños, se retiraría de la lucha. «A Urquiza —dice Carlos Pereyra a este propósito— no había que presentarle situación que exigiera grandeza de alma».[14] Sin embargo, no podía quedar del todo abierto con López por lo que pudiera ocurrir: bien sabía que los entrerrianos se irían tras el paraguayo a combatir a Brasil, si López llegaba a cruzar la provincia en marcha a Montevideo. El 23 de enero escribe a Mitre expresando sus «recelos por una odiosa alianza»; [15] el 27 éste le contesta:

«Me parece entrever en su carta el pensamiento de que todo es preferible a la alianza con el Brasil que V. E. califica de odiosa… No puedo olvidar que esa alianza ha sido gloriosa y útil a nuestra patria cuando V. E. en una época

memorable hizo al país uno de sus grandes servicios».[16]

Tras el recuerdo oportuno de Caseros, asegura a Urquiza que, si las provincias del interior tomaban el lado paraguayista, «con una sola provincia (Buenos Aires) que acompañe al gobierno nacional, le basta y sobra para hacer respetar sus derechos».

Molestado por lo de Caseros, responde el ex-Libertador el 8 de febrero:

«He calificado de odiosa la alianza con el Brasil, porque así lo es para el país, porque tal es el sentimiento general que V. E. tiene ocasión de apreciar también. Si no lo fue el año 51 en otra situación y con un grande fin, lo es hoy indudablemente»; le agrega que «no quiere ni imaginar siquiera que con una provincia sola marchase V. E.… Yo quiero ver al gobierno de V. E. rodeado del pueblo todo de la Nación. Y, por lo tanto, muy lejos de la alianza brasileña».[17]

Mitre insiste el 17: «Aunque no me siguiera más que una provincia con ella dejaría bien puesto el nombre y el honor argentino».[18] El 23, Urquiza, que ya ha formalizado la venta de los caballos y librado el giro por los 390 mil patacones, y acaba de despachar a Victorica para Asunción, disculpándose con López, escribe a Mitre: «De acuerdo con V. E. en esa política salvadora, firme en el propósito de cooperar a la nacional que V. E. encabeza y de la que ha sido decidido sostenedor…».[19]

Mitre agradece que Urquiza esté del lado brasileño. Cuando se formaliza la guerra contra Paraguay, le escribe:

«Nos toca combatir de nuevo bajo la bandera [la imperial] que reunió en Caseros a *todos* los argentinos. Me congratulo por ello».[20]

CAPITULO 26

TERMINA LA GUERRA EN LA REPÚBLICA ORIENTAL

Paraguay se apodera de Matto Grosso (diciembre de 1864)

Empezada la guerra por Paraguay a Brasil en noviembre de 1864, el objetivo militar de los paraguayos —que además era la causa de la guerra— tenía que consistir en la liberación de la República Oriental. Pero esto quedaba condicionado al tránsito del ejército por el territorio, desierto entonces, de las Misiones argentinas.

Mientras tanto Solano López dispone el apoderamiento de la provincia brasileña de Matto Grosso. En vísperas de Navidad (el 24 de diciembre de 1864) zarpa de Asunción una escuadra de cinco vapores —entre ellos el brasileño *Márquez de Olinda*, tomado en noviembre y convertido en buque de guerra paraguayo— acompañada por varias embarcaciones menores que transportaban 3500 hombres de infantería y 12 cañones. Simultáneamente con esta expedición, mandada por el general Barrios y destinada a apoderarse de los puertos y fuertes brasileños del Alto Paraguay, salía de Concepción por tierra otra columna al mando del coronel Resquín de 2500 jinetes y un batallón de infantería con el mismo objetivo.

Corta fue la campaña del Matto Grosso, pues la provincia imperial no estaba preparada para afrontar la invasión. Nadie había creído en la posibilidad de una guerra y la declaración de noviembre de 1864 tomó desprevenidos a los gobernantes. La toma del fuerte de Coimbra que custodiaba la entrada de la provincia (defendido valerosamente por el coronel Portocarrero, promovido a *barón de Forte Coimbra*), fue el episodio bélico más destacado. Los paraguayos quedaron victoriosos y les sería fácil ocupar la ciudad de Corumbá y los fuertes menores de Miranda, Albuquerque y Dourados. Después de dejar en ellos pequeñas guarniciones, Barrios volvió a Asunción trayendo cantidad de ganado vacuno, y las armas y municiones de los defensores.

Algunos han criticado esta expedición, juzgando inútil y peligroso distraerse en los momentos iniciales del conflicto con una operación secundaria. El cargo no es consistente: en primer lugar los soldados enviados al Norte no pasaron de 8 mil; los preparados en la costa del Paraná para cuando Mitre o Urquiza les permitieran

cruzar por el territorio argentino e ir en defensa de Montevideo, superaban 20 000. Además la pertenencia del Matto Grosso era una vieja ambición de los paraguayos, ya que había sido de los españoles desde el tratado de Tordesillas hasta que la ocuparon, contra todo derecho, los *bandeirantes* en el siglo XVII. Si bien España reconoció la posesión portuguesa, entusiasmaba a los paraguayos la esperanza de recuperarla. Por otra parte Matto Grosso permitiría a Paraguay abastecerse de carne si las comunicaciones con Corrientes quedaban cortadas en una guerra por el sur. Y finalmente es posible que López haya pensado en detener la marcha de João Propicio contra Montevideo por la necesidad brasileña de defender su propio territorio antes de ocupar el ajeno.

Esta eventualidad no se produjo. «Primero apoderarse de Montevideo, después recuperar Matto Grosso», fue la voz de orden de Silva Paranhos al ejército brasileño en operaciones frente a Paysandú. Montevideo daría a los brasileños el dominio del Plata, y significaba que Mitre no podría evadirse de la alianza imperial. Otra cosa ocurriría si se abandonaba la ocupación de la República Oriental.

Marcha contra Montevideo (enero, febrero de 1865)

La caída de Paysandú el 2 de enero y el fusilamiento de Leandro Gómez, no amilanó a los orientales. Cuenta Maillefer que «el cañón de los funerales resonó (el 4 de enero) cada media hora; una proclama presidencial declaró que la República «estaba de duelo»».

El argentino Juan Sáa, puesto a la cabeza de las milicias blancas, había sido obstaculizado para acudir en ayuda de Leandro Gómez; Maillefer supone que por envidia. Intentará defender la capital cavando trincheras y disponiéndose a resistir un asedio: la ciudad se puso en «estado de sitio», los cafés y tiendas se cerraron al toque de queda, un vasco de apellido Garragorri funde y raya veinte cañones.

«¿Es en serio todo eso en el fondo? —se pregunta Maillefer—. ¿Se decidirán los paraguayos a franquear el Paraná. Corrientes y el Uruguay? ¿Será Sáa mejor obedecido? ¿Y la juventud dorada «blanquilla» no se verá desbordada por quienes seguramente preparan una explosión interior para corresponder al ataque de Flores y los brasileños…?».[1]

Silva Paranhos desde Buenos Aires y el alto comando militar brasileño en la Banda Oriental (João Propicio, Tamandaré, Osorio) preparan el ataque contra Montevideo. Se acumula la escuadra imperial que amenaza con un bombardeo

más cruento que el ocurrido en Paysandú. Los ministros extranjeros disponen la evacuación de su connacionales (la mayoría de la población). El ejército brasileño avanza lenta pero inexorablemente. Sáa cuenta con 7 u 8 mil guardias nacionales sin instrucción ni armamento para resistir 20 000 veteranos perfectamente armados.

Una inesperada «diversión» ocurre, que hace detener por un momento el avance imperial: las montoneras blancas de Muniz, Muñoz y Aparicio, que se mantenían en el Norte, invaden Brasil cruzando la frontera de Rió Grande. Están cortadas de Montevideo y se han negado a rendirse. Ocupan las poblaciones fronterizas proclamando la liberación de los esclavos, noticia que corre como pólvora por las *senzalas* de africanos; no son pocos los negros que escapan de la servidumbre y se unen a sus libertadores. Pero Silva Paranhos exige que primero se tome a Montevideo, y después se vaya a Rió Grande a defender las «instituciones peculiares de Brasil».

A mediados de enero circula por la capital oriental la noticia de sublevaciones en la Argentina; otro de los rumores que han llegado y seguirán llegando para alentar la resistencia. Maillefer lo recoge con demasiado optimismo:

«El aspecto de Montevideo se vuelve día a día más temible —informa el 28 de enero— con las conquistas positivas de los paraguayos en Matto Grosso, con su marcha aún dudosa contra Rió Grande, con el estado interior del Imperio, con la sublevación de los esclavos provocada por las divisiones orientales de Muñoz y Aparicio, y las esperadas divisiones de la Confederación Argentina, esto mantiene el entusiasmo de la juventud montevideana».

Montevideo capitula (20 de febrero)

El 15 de febrero debe elegir el Senado a su presidente, y algunos blancos pacifistas ven en el desplazamiento de Aguirre la oportunidad de elegir a alguien que evitase el bombardeo e hiciere la paz a cualquier costa. No es el pensamiento de la juventud amapola que reconoce la jefatura del ministro Carreras, y quiere resistir a todo trance e inmolarse con el ejemplo de Leandro Gómez si fuere necesario. Llegan noticias alentadoras de triunfos en Rió Grande de Basilio Muñoz, Timoteo Aparicio y Justino Muniz, y el espíritu de resistencia se retempla. Una bandera imperial confiscada por el primero es «arrastrada por las calles con más entusiasmo que decoro», se lamenta Maillefer que a pesar de admirar el espíritu oriental, desea la capitulación para impedir los horrores del bombardeo.[2]

Interviene el ministro inglés Letsson para conseguir de Aguirre su retiro del gobierno. No deja de comentar Maillefer que «el Brasil se ha introducido tan resueltamente en esta vía (la guerra) tan desastrosa para todos y para sí, porque cuenta con la tolerancia británica y el apoyo de sus almirantes».[3] En cambio un buque de guerra norteamericano —el *Onward*— de estación en Montevideo, «parece hacer poco caso del bloqueo y se asocia de buen grado a las demostraciones antibrasileñas». Es que los norteamericanos, que todavía siguen en plena guerra de secesión, simpatizan con la causa de la «liberación de los esclavos».[4]

Inútil y tardíamente Aguirre manda a Europa y Estados Unidos a Cándido Juanicó para postular la causa oriental; Letsson triunfa y el 15 de febrero —por escaso margen— el Senado elige presidente a Tomás Villalba, «pacifista». No obstante la resistencia de Juan José de Herrera, designado otra vez ministro de Relaciones Exteriores, Villalba envía al colorado Manuel Herrera y Obes a tratar con Paranhos la capitulación de Montevideo. Es instructivo que la capitulación de Montevideo no fuera deseada por los jefes brasileños, porque hubiera significado el reconocimiento de Flores como jefe de los orientales, mientras su toma violenta haría a João Propicio y a Tamandaré los dueños de la ciudad. En lugar de enarbolar la bandera oriental con la cruz colorada de los «cruzados libertadores», sería la insignia del Imperio la que se alzaría en lo alto de la fortaleza. ¿Y cuándo se bajaría?

Paranhos resolvió la «capitulación», lo que habría de costarle la desgracia con Pedro II y su relevo como jefe de la misión en el Plata. Para contentar a los jefes brasileños se dispuso que el 20 de febrero, aniversario de Ituzaingó, el documento quedaría firmado y las tropas de Flores junto con las imperiales entrarían triunfantes en la ciudad. Era el desquite de Ituzaingó contra los orientales; contra los argentinos ya había ocurrido el 20 de febrero de 1852 al entrar en triunfo los brasileños en Buenos Aires después de Caseros.[5]

Venancio Flores entró a la ciudad, que estuvo en silencio impresionante, el día de Ituzaingó. De inmediato, como «gobernador provisorio», consideró que la República Oriental estaba en guerra contra Paraguay, que precisamente en defensa de los orientales se habían lanzado contra el Imperio.

Tomás Villalba, por haber evitado el bombardeo de la ciudad, fue premiado por el comercio con un riquísimo álbum.

V

LA GUERRA CONTRA EL PARAGUAY

CAPITULO 27

CÓMO SE INVENTA UNA AGRESIÓN

El Congreso Paraguayo declara la guerra al «actual gobierno argentino» (18 de marzo)

Desde el 15 de febrero, López ha convocado al Congreso Nacional paraguayo (formado por doscientos diputados) que se reunió a mediados de marzo. Escuchó el mensaje de López, aprobó las medidas tomadas en la guerra contra Brasil, dio al presidente el grado de *Mariscal de los Ejércitos Patrios* y confirmó la creación de la *Orden del Mérito* establecida poco antes. El 17 de marzo la comisión presentó un informe sobre la denegatoria del tránsito por el gobierno argentino.

«El gobierno argentino —dice este informe— nos deniega el paso terrestre y concede el fluvial, porque las fuerzas navales del Imperio, siendo superiores a las nuestras, impedirán hacer uso de tal concesión. Si la relación de las cosas estuvieran en sentido inverso, es lícito suponer que el gobierno argentino nos denegaría también el tránsito fluvial, pidiendo explicaciones sobre la preparación y equipo de nuestra escuadra».[1]

Hace consideraciones sobre la actitud del gobierno de Mitre, alarmado porque los paraguayos preparan, encontrándose en estado de guerra con Brasil, sus propias tropas en su propio territorio; mientras nada objetan a la ocupación brasileña de la República Oriental.

«El gobierno argentino debiera ayudarnos en la guerra que nos hace el Brasil rompiendo el equilibrio del Plata; porque cuando hay una Nación inquieta y maligna dispuesta siempre a dañar a las demás, poniéndoles estorbos o suscitándoles disensiones intestinas, todas las otras [del Plata] tienen derecho a reunirse para reprimirla y reducirla a la imposibilidad de hacer mal».[2]

Y terminaba:

«La comisión piensa, entonces, que si una guerra sobreviniese con la República Argentina, con motivo del tránsito de nuestro ejército por nuestro territorio de Misiones, o por el suyo, no es la guerra, sino, simplemente, la defensa

de la paz y de nuestra propia conservación».[3]

Al criterio de la comisión, esa guerra sería el resultado de «las maquinaciones de los porteños… porque lejos está la mente de esta comisión al confundir al pueblo argentino con esa fracción demagógica de Buenos Aires».[4]

Sometido el informe al Congreso, éste —al día siguiente, 18 de marzo— lo aprobó y autorizó por ley al presidente de la República *a declarar la guerra al actual gobierno de la República Argentina*. Al día siguiente, López promulgó la declaración que fue publicada en *El Semanario* el 23.

El gobierno argentino oculta la declaración de guerra

La inmensa mayoría de los argentinos era partidaria de Paraguay en una guerra contra Brasil en defensa de la libre determinación de los estados del Plata. Solamente una minoría (los liberales *mitristas* de Buenos Aires) querían enredar a la República en la alianza con el Imperio. Para arrastrar a los argentinos a luchar contra Paraguay, había que adobar las cosas. A eso se consagró la diplomacia mitrista entre marzo y abril de 1865. Era necesario:

1.º Presentar la guerra como una lucha de la «libertad contra la tiranía», palabras qué siempre rindieron buenos frutos.

2.° Ocultar la declaración de guerra paraguaya, y cuando llegasen las noticias de las primeras operaciones bélicas, presentarlas como *una inicua agresión del Atila de América, que ambicionaba conquistar a la Argentina y había ofendido en plena paz su pabellón*.

La declaración de guerra paraguaya había sido pública, pero los representantes argentinos en Asunción no se enteraron. A lo menos, el gobierno argentino no lo informó a la prensa. Y aunque actos de esta naturaleza no se notifican al enemigo, el ministro paraguayo Bergés lo hizo: el 29 de marzo dirigió una nota a Elizalde comunicándole lo resuelto por la ley del Congreso del 18; además lo notificó el 3 de abril al Cónsul paraguayo en Buenos Aires, Félix Egusquiza (con funciones de Encargado de Negocios).[5] Esta última comunicación fue entregada por el general Robles en Humaitá al teniente Cipriano Ayala el mismo 3 de abril, quien siguió viaje inmediatamente hacia Buenos Aires.[6]

Tan pública era la declaración de guerra, que Ayala —partiendo de Humaitá en el buque paraguayo *Jejuí*— creyó mejor trasbordar en Corrientes al vapor inglés

Esmeralda que zarpaba a Rosario: el trasbordo se realizó a las dos horas de arribado el *Jejuí*, que volvió enseguida a Asunción. Ayala llegó a Rosario y allí tomó el vapor *Pavón*, argentino, que lo dejó el 8 en la rada de Buenos Aires. Tanto en Corrientes, como en Paraná y Rosario, informó a los Cónsules de su país de la declaración de guerra; el mismo día de su llegada dejó la comunicación a Egusquiza, embarcándose apresuradamente de regreso al día siguiente, 9, en el *Pavón* para alcanzar en Rosario al *Esmeralda* y seguir en éste a Asunción. Por lo tanto —fuera de los posibles informes oficiales llevados por los agentes argentinos desde Paraguay, y los particulares de la misma procedencia— en Buenos Aires se sabía «oficialmente» el 8 de abril de 1865 que Paraguay había declarado la guerra «al gobierno argentino».[7]

Sin embargo, el gobierno de Mitre no se dio por enterado… Fue el único en no enterarse, pues todo el mundo supo ese 8 la declaración de guerra paraguaya. Transcribo el informe de Thornton a su gobierno del 12 de abril:

«Desde el mediodía del 8 del corriente, ha circulado el rumor en esta ciudad de que el gobierno paraguayo, había declarado la guerra a la República Argentina. Esta noticia derivó del hecho de que ese día llegó de Asunción un mensajero para el agente paraguayo en ésta, señor Egusquiza».[8]

Thornton entrevistó a Mitre y a Elizalde para confirmar el rumor. Al principio lo negaron, «pero ahora —dice el inglés el 8— le dan crédito. El segundo [Elizalde] me dijo ayer [11 de abril] que un amigo suyo había visto una copia de la nota del gobierno paraguayo que contiene la declaración de guerra».[9]

Para disculparse de ignorar esa declaración, Elizalde dirá después que Egusquiza la ocultó para especular en la bolsa con la baja de los títulos nacionales. Pero la documentación británica demuestra que Elizalde por lo menos el 11, tenía conocimiento de la nota paraguaya. Los diarios porteños callaron unánimes, como a una voz de orden, tan-importante noticia; ni siquiera la dieron como «rumor». No obstante en el interior se supo. El 17 el ministro Rawson, desde Córdoba, escribe a Mitre: «… se me ha comunicado una carta en que se da la noticia positiva de que el 3 del corriente el gobierno del Paraguay ha declarado la guerra a la República Argentina, y que las primeras hostilidades se harían sin demora sobre la provincia de Corrientes por tierra y por agua».[10]

Cómo se prepara una «agresión»

Ayala no pudo volver a Asunción; a la altura de Goya el *Esmeralda* en que

viajaba obedeció (sin protesta alguna) una orden de detenerse de las autoridades argentinas: se le confiscó unos armamentos que transportaban a Paraguay, y Ayala fue detenido y rigurosamente incomunicado. Traído a Buenos Aires, donde llegó el 17, será apresado como «espía del enemigo, enviado cerca de sus agentes con comisión de su gobierno después de declarada la guerra», dirá en 1867 la acusación del Fiscal (en el proceso «por espionaje» que se le siguió), reconociendo el hecho de la declaración anterior de la guerra, negada por el gobierno de Mitre. La incomunicación de Ayala se prolongó mucho tiempo, y su prisión duró hasta 1869 cuando ya no gobernaba Mitre y no importaba lo que dijese el prisionero. Su larga detención e incomunicación lo habían derrumbado física y moralmente: en 1869 «trabajaba de albañil en uno de los barrios del sud de la ciudad de Buenos Aires». [11]

No sólo el gobierno mitrista ocultó la declaración de guerra sino que preparó la «agresión». Estaba informado, como lo sabía el ministro Rawson, que los paraguayos iniciarían las hostilidades apoderándose por tierra y agua de Corrientes donde contaban con la gran simpatía de la población. Había en su puerto un pequeño buque de guerra en reparaciones —el *Gualeguay*— en estado tan rematadamente deplorable que se lo había destinados al transporte de caballos; no tenía cañones y en esos momentos no se encontraba en condiciones de navegar. Nadie se extrañó de que el gobierno lo dejase amarrado a la barranca pues no podía tentar la condición paraguaya; pero en cambio los argentinos se asombraron de que, no obstante la inminente invasión, otro buque de guerra, el *25 de Mayo*, anclara en el puerto, pues por su escasa combatividad (era un buquecillo mercante armado en guerra) no podía defender a Corrientes”.[12]

Ambos buques fueron apresados por cinco navíos de guerra paraguayos el 13 de abril. No hubo lucha. Al día siguiente, 14, los paraguayos ocupaban con toda tranquilidad Corrientes. Él hecho del apresamiento del *Gualeguay* y del *25 de Mayo*, sabido en Buenos Aires el 16 (dos días tardó en conocerse), fue presentado estruendosamente como «una agresión en plena paz, que obligaba al honor argentino». Los diarios mitristas batieron el parche y los mismos antimitristas se les acoplaron por lo que entendieron «un agravio al pabellón nacional». Hubo manifestaciones patrióticas en Buenos Aires, y Mitre reclamado por los manifestantes, pronunció desde la ventana de su casa en la calle San Martín, las históricas palabras: «En 24 horas a los cuarteles, en quince días en Corrientes, en tres meses ¡en Asunción!». A esa hora —como veremos— ya tenía preparado el tratado de alianza con el Brasil.

Urquiza, indignado o aparentando indignarse por el «cobarde atentado», se ofreció a Mitre escribiéndole sin ironía: «Ha llegado el momento en que las palabras deben hacer lugar a los hechos. Nos toca combatir de nuevo bajo la

bandera [la brasileña] que reunió en Caseros a *todos [sic]* los argentinos».[13]

CAPITULO 28

EL TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA (MAYO DE 1865)

Octaviano

Para reemplazar a Paranhos, caído en desgracia por la capitulación de Montevideo, llegó a Buenos Aires el 11 de marzo el consejero Francisco Octaviano de Almeida Rosa, uno de los prohombres del partido liberal brasileño. Su misión era idéntica a la de Paranhos: conseguir «por todos los medios» la alianza argentina contra Paraguay, y dirigir desde Buenos Aires, con plenos poderes, las operaciones guerreras.

Las intrigas de los agentes brasileños en Buenos Aires, que derramaban dinero a manos llenas —dice Horton Box—[1] dieron óptimos frutos con la «agresión paraguaya» del 13 de abril. Paraguay no aparecía declarando la guerra «al actual gobierno argentino» (como lo había hecho el 8 de marzo) por su cooperación con los brasileños al negar el tránsito terrestre y su parcialidad en la guerra paraguayo-brasileña. Ahora había un *casus belli*, una «agresión» que podía agitarse patrióticamente y confundiría a algunos argentinos, aun a los más enconados antimitristas. Por supuesto también a los extranjeros residentes en Buenos Aires; el diario inglés *Standard* decía en editorial del 8 de abril:

«El elemento extranjero es de gran influencia, y ahora se ha pronunciado unánimemente en favor del presidente Mitre y de la causa argentina. Si Buenos Aires hubiera declarado primero la guerra, el caso hubiera sido exactamente inverso. Pero López ha infringido todos los usos de las naciones civilizadas al tomar la flota e invadir el territorio argentino antes de toda declaración de guerra.

«El presidente Mitre es un mimado de la buena fortuna, porque nada pudo hacerlo más popular que la coyuntura presente».

Octaviano, tal vez el artífice de la «agresión», tenía estudiado el convenio de alianza a hacerse «por el Imperio de Brasil, la República Argentina y la República Oriental». Esta última no había sido agredida sino, por lo contrario, defendida por el Paraguay, pero Venancio Flores debía a Brasil el favor de encontrarse en el gobierno de Montevideo.

Entre el 20 de abril y el 24, Octaviano y Mitre discutieron las cláusulas de la

alianza. No se tomaron el trabajo de consultar a los orientales; cuando todo estuviese concluido le pondrían una pluma en la mano al solícito Canciller de Flores —el Dr. Carlos de Castro—, señalándole el lugar de la rúbrica. «Pocas veces —dice el brasileño Nabuco— se ha realizado tan apresuradamente un acto internacional de esa importancia»;[2] habría que remontarse al tratado del 29 de mayo de 1851 con Urquiza.

El 1 de mayo, tal vez para festejar el 14.º aniversario del pronunciamiento que salvó al Imperio en 1851, Octaviano, De Castro y Rufino Elizalde firmaron en Buenos Aires el tratado de alianza «que permanecería secreto» dadas sus comprometedoras cláusulas. El 24 el manso Congreso mitrista lo ratificó a libro cerrado en sesiones reservadísimas. En la Banda Oriental no hubo necesidad de ratificaciones porque el de Flores era un gobierno de hecho, y en Brasil bastó con el «estampado en secreto» del sello Imperial. «*¡El tratado es secreto, la sesión es secreta, sólo la vergüenza es pública!*» diría en 1866, al divulgarse el texto por una indiscreción interesada de Inglaterra, el diario porteño *La América*, de Miguel Navarro Viola y Carlos Guido Spano.

La «triple infamia»

Los aliados se obligaban «a respetar la independencia, soberanía e integridad del Paraguay», dice el art. 8.º. Diríase un párrafo de Mitre, si no se tuviera la certeza de haber sido Octaviano su redactor. A continuación se establecen como objetivos de guerra:

a) Quitarle a Paraguay la soberanía de sus ríos (art. 11.º);

b) Cargar a lo que quedase de Paraguay con la deuda de guerra (art. 14.º);

c) Repartirse entre Brasil y Argentina —para «evitar las discusiones que traen consigo las cuestiones de límites»— una inmensa cantidad de territorio en litigio, o exclusivamente paraguayo (art. 16.º).

Y sigue el convenio:

«Debiendo comenzar las hostilidades en el territorio de la República Argentina —art. 3.º— o en la parte colindante del territorio paraguayo, el mando y la dirección de los ejércitos aliados quedan a cargo del Presidente de la República Argentina, general don Bartolomé Mitre», como se lo había prometido Silva Paranhos desde octubre del 64. Por el 6.º «no se depondrían las armas hasta no

deponer al presidente López». Si los paraguayos no lo deponían, la guerra seguiría hasta la extenuación.

Por el 7.º «no haciéndose esta guerra contra el pueblo del Paraguay, los aliados podían admitir en una Legión Paraguaya a todos los ciudadanos de esa Nación» que aspirasen a combatir la tiranía de su gobierno con la ayuda de los enemigos de su patria. Esta *Legión Paraguaya* —¡maravillosa previsión! — , estaba formándose en Buenos Aires desde el año anterior.

En el 16.º que establecía «para evitar discusiones futuras» los despojos del vencido, Brasil se regalaba sus exorbitantes pretensiones fronterizas (hasta el río Apa por el lado del río Paraguay, y el Igurey por el Paraná) mientras Mitre se comía todo el Chaco paraguayo hasta la Bahía Negra, (que no disputaba la Argentina sino Bolivia).

Era una trampa tendida por Octaviano a Mitre, donde éste vino a enredarse. Y menos mal que no se metió en mayores honduras, porque la correspondencia de Octaviano con su gobierno demuestra que quería retener «lo que quedase del Paraguay» después del zarpazo brasileño para convertirlo en provincia Argentina.[3] Claro que las pretensiones de Mitre eran para el papel y solamente como cebo para la alianza y trampa para después de firmarla, porque Brasil no iba a permitir, y menos apañar, un engrandecimiento territorial de la Argentina. Una cosa era firmar un convenio antes de una guerra, y otra distinta cumplirlo después de la guerra.

Imperialismo mitrista

Rosas había soñado con una federación de los pueblos del Plata y alguna vez expuso un «sistema americano» que englobara en una alianza perpetua a los países surgidos del tronco español. Consecuente con ello, se opuso a la subdivisión de la herencia española, tanto al no reconocer la independencia declarada en 1842 por Paraguay, como al impedir la República de la Mesopotamia preparada en 1845 por los interventores anglo-franceses, y concertada virtualmente en 1846 por Urquiza y Madariaga en el tratado de Alcaraz.

No era el suyo un *imperialismo*. No avanzó un paso contra Paraguay, limitándose a esperar que el buen juicio de los paraguayos los llevase a rectificar su separación del tronco común; tampoco lo hizo contra el Estado Oriental, cuya autonomía mantuvo celosamente no obstante su gravitación sobre el presidente Oribe. Es que Rosas, hombre de realidades y político de largos alcances, sabía que

nada estable se consigue por la fuerza. Solamente con el alejamiento de las potencias no españolas (Brasil, Inglaterra y Francia) que contribuyeron a dividir a América y mediante una política clara, limpia y elevada podrían volver a unirse las partes dispersas. De la misma manera que había construido la Confederación Argentina quitando los recelos de las provincias hacia Buenos Aires y manteniéndoles su plena autonomía interior, podría conseguirse —por propia voluntad, que no por imposición— la Federación Americana. Por eso en marzo de 1843 rechazó —y llamó «trampa que se nos quiere tender»— el proyecto de tratado de alianza con Brasil, por el que se dejaba a la República Oriental bajo su influencia siempre que ayudase al Imperio a reconquistar Río Grande. Los hombres de estado de Brasil creyeron que Rosas se iba a enredar en una guerra de conquista contra los orientales, que si podía darle un triunfo momentáneo, alejaría para siempre la posibilidad de reconstruir la Patria Grande.

Una trampa semejante a la eludida por Rosas en 1843 (y que demostró a los gobernantes brasileños la peligrosidad de un político como Rosas al frente de la Confederación Argentina),[4] fue la urdida en mayo de 1865 por Octaviano al poco avisado Mitre. El espléndido obsequio de Paraguay sería difícil de digerir, aun después de una extenuadora derrota paraguaya. Y entonces llegaría la ocasión para el Imperio de encontrar la simpatía del pueblo guaraní presentándose como defensor de su independencia. Pero Mitre y su ministro Elizalde —esto no lo sabía Octaviano— tenían el asesoramiento del ministro inglés Thornton, cuidadosamente informado de las negociaciones de la alianza «rigurosamente secreta».[5] Y se desprende de la correspondencia del inglés con Russell, que fue éste quien evitó el traspié mitrista.

Mientras Mitre y Elizalde informaban a Thornton, río por medio Carlos de Castro lo hacía «con las reservas consiguientes» al respresentante de Inglaterra en Montevideo, William Letsson. Russel tuvo por lo tanto en Londres, al mismo tiempo, dos copias auténticas del tratado secreto para hacerlas valer en su momento. Este momento llegó al año siguiente —1866— cuando la guerra había destruido el poder bélico de Paraguay; e Inglaterra que sólo aspiraba a la libre navegación y al libre comercio, quiso hacer la paz. Rusell publicó el «tratado secreto», poniendo con ese acto contra los triples aliados la opinión entera de Europa y América y aun a los mismos legionarios paraguayos que disolvieron su Legión. Indignados los imperiales por la magnitud de la indiscreción, inquirieron de Rusell el nombre de su informante, y éste para salvar a Mitre que todavía podía serle útil, sacrificó al pobre señor De Castro.[6] Brasil exigió su inmolación, que Flores se apuró, desde luego, a cumplir.

Pero si Mitre no aceptó «los restos del Paraguay», se quedó —en el papel— con todo el Chaco paraguayo hasta Bahía Negra. Posiblemente Thornton no reparó

en esto; porque el regalo era y resultó indigerible, y sólo sirvió para enconar los ánimos de los sobrevivientes paraguayos contra la Argentina y acercarlos a Brasil, que después de aniquilar a Paraguay aparecería como un salvador.

CAPITULO 29

FALTA DE ENTUSIASMO BÉLICO

Ocupación de Corrientes

El 14 de abril el general paraguayo Wenceslao Robles ocupó Corrientes «sin encontrar resistencia alguna».[1] El gobernador Lagraña la había abandonado por no estar en condiciones de resistir la fuerte masa bélica paraguaya, pues el de Robles era un ejército impresionante para esos tiempos: 14 000 infantes, 6000 soldados de caballería y un regimiento de artillería montada con 30 piezas de campaña.

Los paraguayos no fueron recibidos en Corrientes como invasores. Robles trató de mantener la disciplina de sus tropas y advirtió a la población que la guerra era contra Mitre «auxiliar de los brasileños», y no contra el pueblo argentino. Tres correntinos de representación —Víctor Silvero, Teodoro Gauna y Sinforoso Cáceres —, tuvieron a su cargo, por nombramiento del consejo municipal de la ciudad y reconocido por Robles, la administración de la zona ocupada. Los tres eran nativos y vecinos de Corrientes, con una brillante foja de servicios: Teodoro Gauna había sido muchos años ministro, y su firma refrendaba el «pronunciamiento» de Virasoro contra Rosas en 1855.

Víctor Silvero, amigo personal de Solano López, tuvo ocasión de explicar los motivos que lo llevaron a aceptar el puesto, porque fue sometido a juicio por «alta traición» después de la guerra. Diría que antes de aceptar el cargo viajó a Asunción a conversar con López y éste le habría dicho:

«Va a entrarse en las operaciones que ha estado demorándolas demasiado el general Urquiza. No está en los propósitos de mi gobierno esperar la guerra del Brasil en el territorio de la República, por muy ventajosa que ella fuera. Allá donde tiene ensangrentado entre sus garras al Estado Oriental, allá donde está despedazando la soberanía de ese Estado Oriental, es allá donde está señalado el campo de las batallas, y es allá donde el gobierno de la República debe concurrir con sus ejércitos… pero promedia la República Argentina que con su territorio separa a los combatientes. El gobierno del general Mitre ha negado el permiso solicitado, y por esto favorece importantemente al gobierno imperial… El gobierno del general Mitre sabe que en la actividad de las operaciones del ejército y la

armada para guayos sobre el enemigo común, está la seguridad del éxito.

«Sin la alianza del gobierno del general Mitre, el Brasil no hubiera osado agredir jamás la soberanía del Estado Oriental, y con la alianza del gobierno del general Mitre, hoy el gobierno imperial lo amenaza todo».[2]

Como Silvero compartía ese pensamiento, en la convicción de «que el pueblo argentino nada debía temer, pues la guerra no era contra el pueblo sino contra sus usurpadores», y previa seguridad de López de respetarse la soberanía de los argentinos y la propiedad privada y los derechos individuales de los correntinos, aceptó formar parte de la Junta gubernativa.

Ésta declaró a Mitre «traidor e indigno del acatamiento y obediencia de los pueblos». Con la perspectiva de los años no puede disculparse el acto de Silvero y sus compañeros. Pero era tal la impopularidad de la guerra que gran parte de los correntinos (prácticamente la totalidad), acataron a la Junta y no vieron un enemigo en el ejército paraguayo, Silvero juzgado por el delito de traición a la patria, sería absuelto de culpa y cargo por la justicia. Los otros dos triunviros morirían, como tantos otros (de las Carreras, Telmo López) en las terribles etapas finales de la guerra.

Los contingentes

No obstante la premura de la proclama inicial de Mitre, el 16 de abril, («En 24 horas a los cuarteles, en 3 semanas en Corrientes, en 3 meses en Asunción»), sólo a fines de mayo y principios de junio dictaría el congreso argentino las leyes militares para formar el ejército nacional. Estaría integrado por los 10 000 soldados de línea existentes (algunos enganchados, y condenados a «servir las armas» la mayor parte), y 25 000 «guardias nacionales». Formaban la *Guardia Nacional*, técnicamente, toda la población masculina en aptitud de llevar armas, comprendida entre los 17 y 45 ó 50 años (según fueran casados o solteros). De entre ellos, cada provincia sacaría los «*contingentes*» proporcionales a su población. Si no encontrase voluntarios podría recurrir a «enganches», es decir, a la contrata de «guardia nacional» mediante paga.

No anduvieron bien los voluntarios. Fuera de algunos entusiastas jóvenes liberales de Buenos Aires, que se alistaron desde la primera hora para combatir *la tiranía*, lo cierto es que no hubo, entre los 184 478 guardias nacionales de todo el país quienes quisieron —como voluntarios o enganchados— cubrir los «contingentes». Los gobernadores de provincias — mitristas en su casi totalidad—

mandaron voluntarios que se escapaban cuando tenían posibilidad de hacerlo. Emilio Mitre, encargado del «contingente» de Córdoba, escribe el 12 de julio que envía a «los voluntarios atados codo con codo»;[3] Julio Campos, gobernador porteño impuesto a La Rioja tras el asesinato del Chacho, informa a Mitre el 12 de mayo: «Es muy difícil sacar hombres de la provincia en "contingentes" para el litoral, porque es tal el pánico que les inspira el "contingente", que a la sola noticia que iba a sacarse, se han ganado a las sierras y no será chica la hazaña si consigo que salgan»;[4] el 23 de junio el mismo Campos escribe «la sola palabra "contingente" basta para introducir la alarma y despoblar pueblos enteros».[5] Los voluntarios de Córdoba y Salta se sublevaron al llegar a Rosario apenas les quitaron las maneas. El gobernador Maubecin, de Catamarca, encargaba 200 pares de grillos para el contingente de su provincia.

¿Cobardía, acaso? Eran criollos acostumbrados a la guerra, que habían luchado en Cepeda y Pavón o bajo las órdenes del Chacho. No desertaban por miedo, como lo demostrarían dentro de poco alzándose en armas contra Mitre a las órdenes de Felipe Varela o de Sáa. Simplemente no querían ir a esa guerra.

Urquiza y el ejército de vanguardia

Urquiza, ya definitivamente unido a Mitre, fue encargado de dirigir las operaciones en Entre Ríos y Corrientes. Convocó las bravas milicias entrerrianas en el campamento de Calá, pero el llamado no encontró eco.

«Usted nos llama para combatir al Paraguay, —le escribe López Jordán—. Nunca, general; ése es nuestro amigo. Llámenos para pelear a porteños y brasileros. Estamos prontos. Ésos son nuestros enemigos. Olmos todavía los cañones de Paysandú. Estoy seguro del verdadero sentimiento del pueblo entrerriano».[6]

Algunos jefes departamentales llamaban a la tropa, con engaño (se le dijo que la guerra era contra Buenos Aires); otros ni se preocupaban de hacerlo. El 29 de abril, el general mitrista Paunero, informa a Mitre: «La división Victoria se niega a marchar, y se cree que también la de Gualeguay». Mientras tanto, Urquiza ha ido a Buenos Aires a abrazarse con Mitre: «Este abrazo histórico —comenta Ramón J. Cárcano— es el último con el que la cultura argentina cierra en el país el período de la anarquía gaucha».[7] Pero faltaban todavía algunos episodios para cerrar esa *anarquía*.

Finalmente se consiguen juntar 8000 hombres en Calá. El 14 de mayo

Urquiza se mueve con ellos hacia el norte. Va a su lado, como ayudante, un hombre del cual tendremos ocasión de ocuparnos: es catamarqueño, teniente coronel y se llama Felipe Varela. El 12 acampa el ejército a 5 leguas de Concordia, luego lo hace en Basualdo.

«La fidelidad a la alianza brasileña»

Mientras tanto, los paraguayos de Robles ocupan la ribera del Paraná hasta Empedrado. Otro cuerpo de 11 000 hombres a las órdenes del teniente coronel Estigarribia cruza la frontera en Itapúa y marcha hacia la provincia brasileña de Rió Grande: el 10 de junio se apodera de São Borja y sigue hacia el sur. Río Uruguay por medio, avanza también hacia el sur por el territorio argentino un pequeño contingente que comanda el mayor Duarte. Aparentemente, la ciudad de Corrientes ha quedado desguarnecida y la situación será aprovechada con audacia por el general argentino Paunero para intentar un golpe de mano. Transportado y apoyado en la escuadra brasileña del almirante Barroso, desembarca al sur de Corrientes el 24 de mayo, y el 25 aprovecha la fiesta patria para atacar la ciudad defendida por mil soldados paraguayos. Para mantenerse en la plaza, descontaba Paunero la ayuda de la población, pero no ocurrió nada de eso; debió replegarse por la apatía o franca hostilidad de los correntinos. El 26 el coronel Charlone, uno de los atacantes, explica al Ministro de Guerra Gelly y Obes la indiferencia, si no el franco paraguayismo de los correntinos.

«La operación de guerra que venimos haciendo está lejos de responder a las creencias que abrigan en Buenos Aires. La ciudad de Corrientes, y aun todo el país, no tiene el entusiasmo que se cree en Buenos Aires, y por el contrario no hay espontaneidad ni amistad seria hacia nosotros».[8]

Llegan noticias a Buenos Aires de que algo anda mal en los 8000 hombres de Urquiza acampados en Basualdo. Algunos se han pasado a los paraguayos —entre los cuales combate desde la iniciación de las hostilidades el coronel argentino Telmo López—, pero a los más le repugna luchar contra la bandera de su patria aunque sea llevada por Mitre. Tampoco quieren hacerlo contra Paraguay en favor de Brasil. Inútilmente Urquiza los proclama, recordándoles la gloria de Caseros y la alianza de 1851 con los brasileños. El solo en entusiasmarse parece haber sido Octaviano de Almeida Rosa que dirige a Urquiza, Caballero de la Orden Imperial de Cristo desde la batalla del 3 de febrero de 1852, una agradecida nota por mantener «la fidelidad de su corazón a la alianza brasileña”.[9]

Bajo tan deplorables auspicios se iniciaba en mayo y junio de 1865, la guerra

contra Paraguay.

CAPITULO 30

LOS DESBANDES ENTRERRIANOS

La ofensiva paraguaya

La habilidad brasileña había captado a Urquiza, y con eso había ganado la guerra. Paraguay, reducido a sus solas fuerzas necesariamente tenía que estrellarse contra la alianza de sus poderosos vecinos. De allí la explicable alegría de los brasileños ante la actitud de Urquiza, y la nota que le pasó el 21 de abril el ministro Octaviano «en nombre de S.M. el emperador»: «Que acaba de confirmar el justo concepto en que tiene a V.E. el gobierno de Su Majestad…», «la proclama dirigida por V.E. a los soldados de Caseros prueba, no sólo las virtudes cívicas de V.E. sino la fildelidad de su corazón a la alianza brasileña de 1851».[1]

Mitre designa a Urquiza *Jefe del Ejército de Vanguardia*, encargado de contener la invasión de Robles que avanza hacia Goya. Fuera de los ocho mil entrerrianos acuartelados en Basualdo, el Ejército de Vanguardia posee las tropas enviadas desde Buenos Aires a las órdenes de Paunero y los pocos jinetes que siguen al gobernador correntino Lagraña. Pero, tiene el apoyo de la escuadra brasileña, adueñada del Paraná y que acaba de facilitar la breve reconquista de Corrientes por Paunero entre el 25 y el 26 de mayo.

La diplomacia brasileña e inglesa habían logrado la derrota de Paraguay antes de combatir. No era posible un triunfo paraguayo contra los recursos combinados de Brasil y la Argentina, y menos en una guerra ofensiva. La naturaleza del soldado paraguayo se prestaba más para la defensa de su suelo que para operaciones a

gran distancia. Carlos Pereyra considera que lanzarse a la ofensiva con dos grandes ejércitos, obrando uno sobre el Paraná y el otro sobre el Uruguay, fue un gravísimo error táctico de López.[2] Pero tampoco una guerra exclusivamente defensiva habría significado necesariamente la victoria; los paraguayos agonizarían (como ocurrió) en una desesperada y extenuante defensa.

El Mariscal López inició la ofensiva porque tenía su ejército preparado, mientras sus enemigos empezaban penosamente la conjunción de los suyos. Era un golpe arriesgadísimo; pero solamente con riesgo y suerte podía lograrse el triunfo.

Si Robles completaba la ocupación de la Mesopotamia, era posible que Urquiza abandonase su brasileñismo de conveniencia y volviese a su primitivo plan de ponerse a la cabeza del partido federal argentino y derrocar a Mitre. Si Estigarribia llegaba a la República Oriental y la liberaba de brasileños, los blancos retornarían al gobierno de Montevideo. La guerra convertiríase entonces en una Triple Alianza contra Brasil, que éste no podría resistir en el frente demasiado turbulento de Rió Grande.

Era la sola oportunidad, y a ella se arrojó el Mariscal. Tenía una posibilidad contra diez, es cierto, pero las circunstancias lo obligaban a tomar el riesgo. Si la audaz ofensiva fracasaba, pasaría entonces a la defensiva donde las eventualidades de un triunfo por agotamiento de los adversarios eran prácticamente nulas.

Riachuelo (11 de junio)

La guerra ofensiva se perdió en la batalla naval de *Riachuelo* frente a Corrientes. Todo lo que vino después (intrigas de Urquiza con Robles, aniquilamiento de la columna de Duarte en Yatay, capitulación de Estigarribia en Uruguayana) fue consecuencia de haber perdido los paraguayos el río.

La disparidad de las fuerzas navales entre paraguayos y brasileños, obligó a los primeros a protegerse en el Paso de la Patria donde el almirante Barroso, con buen tino, no se atrevió a buscarlos, no obstante las órdenes de Paunero. Pero no podían los paraguayos sin riesgo para el ejército de Robles dejar el Paraná, de Corrientes al sur, bajo el control de la escuadra brasileña. El Mariscal concibió entonces el plan audacísimo de sorprender en su fondeadero del Riachuelo cerca de Corrientes, a la escuadra brasileña.

Preparó cuidadosamente la operación que sabía decisiva. Concentró los vapores paraguayos de guerra en Humaitá donde fueron reforzados sus armamentos, mientras dispuso con sigilo en la costa correntina una batería de 22 cañones y dos mil tiradores de infantería. Al anochecer del 10 de junio partieron, a las órdenes del comandante Pedro Ignacio Meza, los buques paraguayos: eran ocho vapores (de madera en su mayoría), con 40 cañones y 2500 hombres dispuestos al abordaje. Barroso tenía nueve acorazados con 59 cañones y 2000 tripulantes.

La mala suerte impidió la sorpresa fijada para las dos de la madrugada del 11. Una avería del buque insignia paraguayo retardó la marcha, y ya era día claro a la vista de los buques brasileños. Aunque en esas condiciones el abordaje se hacía

difícil, Meza se arrojó contra los buques imperiales protegido por el fuego de las baterías de tierra. El denuedo de los guaraníes desconcertó a los imperiales por un momento, y los paraguayos consiguieron acercarse al acorazado brasileño *Parahyba* e iniciar el abordaje; otro acorazado brasileño, el *Jequitinhonha*, encallado al querer escapar, fue puesto fuera de combate por las baterías de tierra. Pero el valor paraguayo acabó por estrellarse contra la superioridad brasileña; Barroso reaccionó y con su nave almirante —el *Amazonas*— armado de un fuerte espolón de acero, embistió a los buques de madera. Consiguió hundir a tres, mientras los demás quedaban averiados por los cañones imperiales de mayor alcance y poder.

Ocho horas duró la batalla. Meza, herido de muerte, ordenó la retirada cuando todo el sacrificio era inútil. Pudo irse con los sobrevivientes, porque los acorazados brasileños no estaban en condiciones de perseguirlos. Fue para los paraguayos una derrota, una derrota gloriosísima, pero el Paraná quedó desde entonces en poder de los imperiales y no habrá ofensiva posible.

El avance de Robles ha debido detenerse; López le ordena el 18 de junio permanecer en Empedrado, en protección del ejército de Estigarribia, que marchaba por el río Uruguay. Le llegan a Robles proposiciones de Urquiza para «pronunciarse» con sus 22 000 hombres contra la *tiranía* de López. ¿No tenía el mayor núcleo de fuerzas con que contaba su país?; una palabra suya bastaría para que la guerra declarada contra López y no contra Paraguay, acabase gloriosamente en un abrazo de fraternidad entre «el libertador de Paraguay con Mitre, Urquiza y Pedro II».[3] Robles no era de la pasta supuesta por Urquiza y mandó la correspondencia a López. No quiso traicionar a su patria, pero la posibilidad le costó la destitución y la vida. Poco después, lo reemplazaría el general Resquín.

Basualdo (noche del 23 de junio)

Tras la victoria brasileña de Riachuelo, Mitre se embarcó en Buenos Aires (17 de junio) para dirigir desde Concordia las operaciones. Allí se concentraron los efectivos aliados. El 24 ordenó a Urquiza, que seguía en Basualdo, avanzase sobre el río Corrientes a fin de no perder contacto con los paraguayos. El mismo día, Osorio, con los 15 000 brasileños que ocupaban la República Oriental, cruzó el Uruguay y llegó a Concordia.

El 3 de julio Urquiza va a entrevistar a Mitre. Los entrerrianos, que de mala gana habían obedecido a su general, creen en un abandono. Como un reguero de pólvora corre la noticia por el campamento de Basualdo; «Compañeros: el Capitán General se ha ido a su casa y es necesario que nosotros también nos vayamos. No

sean tontos; no se dejen engañar».[4] se repiten los milicianos. Inútilmente los jefes —el general Ricardo López Jordán, los coroneles Manuel Navarro, Domingo Hereñú y Manuel Caravallo — tratan de contener la desbandada. Se oyen gritos «¡Viva Urquiza y muera Mitre!». Imitando el aullido de los zorros, los nogoyaceros y victorianos van dando de carpa en carpa la señal de la deserción y buena parte de las divisiones se desbandan.

La noticia llega a Urquiza a la madrugada en la estancia de Gregorio Castro, donde ha hecho noche en su viaje a Concordia. Monta rápidamente, pero su presencia es inútil: cerca de 3000 entrerrianos han dejado el campamento, y los restantes parecen resueltos a imitarlos. Urquiza ordena fusilamientos y proclama que «la patria exige ir a la guerra»; todavía su prestigio es grande, pero no detiene la desbandada que seguirá en las noches siguientes. Hasta el 7 de julio, en que para mantener su vacilante autoridad, licencia todo el campamento. Hará una nueva convocatoria en el *Yuquerí*, pero la tarea resulta difícil. López Jordán desde Paraná le escribe el 31 de julio «que la gente se reunirá donde V.E. ordene pero no quieren ir para arriba»;[5] el coronel Juan Luis González escribe el 19 de setiembre «que si esta marcha no es contra Mitre, ellos (los entrerrianos) no salen de sus departamentos».[6]

Toledo (8 de noviembre)

Con esfuerzo Urquiza reúne en Yuquerí 6000 hombres; ha recorrido los departamentos y los ha hecho recorrer por gente de su confianza a fin de levantar un contingente aceptable. El 8 de noviembre llega con los nuevos voluntarios de infantería, pues ha vendido sus caballos a Brasil, a las márgenes del arroyo Toledo; la división Gualeguaychú inicia el desbande en masa, seguida por todas las demás. No han esperado esta vez la ausencia de Urquiza, y nadie, ni el mismo Capitán General en persona, puede impedir la resolución de «no ir para arriba» y menos de a pie. «Esta vez se trata de una rebelión abierta contra toda orden de don Justo, cuya energía de esa noche nada pudo hacer contra la actitud decidida de los soldados antiliberales», dice Chávez.[7]

La furia de Urquiza es tremenda. Ordena el fusilamiento de los desertores que fuesen habidos. Numerosos entrerrianos se unen a los paraguayos o cruzan a refugiarse en el territorio oriental.

Se ha disuelto el *Ejército de Vanguardia*. Urquiza quedará en su palacio de San José; no ha podido cumplir un rol militar en la guerra contra los paraguayos, ni se encontrará después de Basualdo en condiciones de seguir la intriga iniciada

ante Robles. En cambio desempeñará una función comercial: sus establecimientos proveerán la carne consumida durante la guerra por los ejércitos aliados.

CAPITULO 31

FRACASO DE LA OFENSIVA PARAGUAYA

Yatay (12 de agosto)

Estigarribia había entrado en territorio brasileño el mismo 11 de junio en que la escuadra paraguaya era derrotada en Riachuelo. Cruzó el Uruguay y se apoderó de São Borja, donde —en cumplimiento de las primeras órdenes de López — se dispuso seguir su marcha por la orilla brasileña del río, mientras el mayor Duarte lo hacía por la izquierda con una pequeña columna. Siguió su marcha, seguido de cerca por las milicias riograndenses de Canabarro, superiores en número a las tropas paraguayas, hasta apoderarse de Uruguayana, sobre el río Uruguay, el 5 de agosto. De allí, según las órdenes de López, debería marchar sobre Alegrete, en el interior de Rió Grande, donde se organizaba el ejército brasileño, e intentar desbaratarlo. Mientras tanto, el mayor Duarte con su columna de 3000 hombres, le cuidaría la espalda en Paso de los Libres, frente a Uruguayana.

Era una operación suicida y resultó un suicidio. Ya se habían concentrado en Concordia fuerzas aliadas superiores a los 5000 y pico de hombres que tenía Estigarribia en Uruguayana y a los 3000 de Duarte en Paso de los Libres. El 17 de agosto, Venancio Flores, con 10 200 hombres y 32 piezas de artillería, se lanzó contra Duarte. Éste, resuelto a sacrificarse, lo esperó en *Yatay*, la desigual batalla resultó una carnicería de paraguayos: 1700 muertos, 300 heridos y 1200 prisioneros.

Pedro II en el teatro de la guerra

El desastre de la columna de Duarte obligó a Estigarribia a quedarse en Uruguayana, donde las milicias de Canabarro (8000 jinetes) no tardaron en cercarlo. Flores con los vencedores de Yatay, cruzó el río y completó el cerco. Por su exclusiva cuenta (pues ni él ni nadie obedecería las órdenes del General en Jefe) ofrecerá a Estigarribia condiciones para una capitulación: libre salida para él y sus oficiales con los honores de guerra y libertad para irse donde quisiere; solamente la tropa sería capturada. En caso contrario, procedería al cañoneo de la ciudad. Pero Estigarribia se negó con una frase heroica tomada de sus lecturas de Herodoto:

«Mejor, el humo de los cañones nos dará sombra».[1]

Se reúne alrededor de Uruguayana un ejército aliado formidable. Mucho ha costado juntarlo porque tampoco los brasileños del norte parecen entusiasmados con la guerra. Para afirmar el entusiasmo va a Rió Grande el emperador. El 16 de julio se encuentra en Porto Alegre, donde no tarda en reunírsele el Conde d'Eu, su yerno; desde Río de Janeiro el ministro Nabuco escribe a Ferraz, ministro de guerra, que está con el emperador en Rió Grande:

«Ahí va nuestro príncipe imperial, Dios lo ayude… Luchamos con grandes dificultades para reunir gente para el ejército… El reclutamiento (del Norte) da poco todavía y la «Guardia Nacional» se esquiva. Hemos de emplear, sin embargo, todos los medios, aun los extraordinarios, para conseguir el fin».[2]

El problema del mando en jefe

No obstante su superioridad en hombres y recursos, todo parece anárquico en el campó de los sitiadores. ¿Quién manda en el sitio? Por otra parte están las milicias riograndenses de David Canabarro, por otra las tropas regulares brasileñas de Manuel Márquez de Souza (hecho barón de Porto Alegre después de su actuación en Caseros), y finalmente el ejército de Venancio Flores. Nadie se entiende con nadie: Flores no quiere obedecer a los *macacos* y, fuerte con su triunfo de Yatay, quiere hacer de Uruguayana una segunda Paysandú: ha intimado la capitulación amenazando con el cañoneo, pero los imperiales —tan dóciles para bombardear una ciudad oriental— se resisten a hacerlo con una brasileña.

Inútilmente Tamandaré conferencia con los tres jefes el 3 de agosto, e inútilmente se hace una intimación a Estigarribia. Entre los paraguayos encerrados en Uruguayana ha empezado el hambre, pero no por eso parecen dispuestos a entregarse. Por lo tanto, el conflicto entre los aliados se mantiene. Tamandaré marcha hacia Concordia para traer a Mitre que podría, tal vez, convencer al impetuoso Flores; al fin y al cabo es el general en jefe por disposición del tratado de alianza. A su vez, Márquez de Souza despacha un correo para apurar el arribo de Pedro II, que está en Porto Alegre. El 10 de setiembre llega Mitre, con su inseparable Thornton; el 11, el emperador, con el conde d'Eu.

Mitre es el general en jefe, pero a los brasileños no les gusta dejarse mandar por un *castelhano* y menos en su tierra. El tratado de la Triple Alianza ordena su jefatura, pero todos saben que había sido un cebo para que dejase sus últimos escrúpulos e hiciera entrar a la Argentina en la guerra. Además, como lo dice el

vizconde de Jequintinhonha: «¿Quién pensaría que la Triple Alianza habría de hacerse para defensa de nuestra soberanía e integridad?»[3]. A ningún brasileño se le había ocurrido que Mitre podía mandar en jefe en territorio de Brasil. Si lo habían traído a Uruguayana era para que entrase en razón a Flores, y no para quitarle el mando a Márquez de Souza, «muito mais general que o Mitre».

Fue Pedro II quien convenció a Mitre. Pero antes precedió una visita de Thornton a don Pedro en su tienda de campaña. Las relaciones diplomáticas entre el Imperio e Inglaterra estaban rotas desde la cuestión de Christie en 1862, y esa visita las reanudaría. Mitre sirve de intermediario entre el monarca y el diplomático, y hace, orgulloso de su gran papel internacional, las presentaciones de rigor. Después, Thornton se encierra con Pedro II, luego Mitre es invitado a entrar en la carpa imperial. Pedro II y Thornton le ofrecen una transición que en nada perjudica a su gloria, más bien la realza; sería siempre el Comandante en Jefe de los ejércitos aliados, pero el mando efectivo de las operaciones contra Uruguayana lo tendría Márquez de Souza por «delegación». El «general en jefe» acepta la solución imperial. El 13 firman el emperador, Mitre, Flores y los jefes brasileños el plan de guerra: el 18 se haría el ataque general, combinadas las tropas de tierra con la escuadra de Tamandaré; previamente Ferraz, ministro de guerra brasileño, intimaría caballerosamente la rendición de Estigarribia.

Rendición de Uruguayana (18 de setiembre)

Pese a la abrumadora superioridad enemiga, Estigarribia rechazaba con ironía la propuesta de rendirse a los «libertadores de su patria»:

«Si VV.EE. (decía a los jefes aliados) se muestran tan celosos por dar libertad al pueblo paraguayo, ¿por qué no empiezan por dar libertad a los infelices negros del Brasil, que componen la mayor parte de la población, y gimen en el más duro y espantoso cautiverio para enriquecer y estar en la ociosidad a algunos de cientos de grandes del Imperio?»[4].

Después de las frases heroicas de Estigarribia, todos creen que Uruguayana será otra Paysandú y la destrucción del ejército paraguayo se haría a costa de una cruentísimo ataque. El ejemplo de Leandro Gómez estaba presente; parece que va a repetirse en el mismo año y en las mismas márgenes del Uruguay.

De allí la sorpresa y la alegría, con que los aliados reciben la respuesta de Estigarribia a la intimación que personalmente le ha hecho Ferraz. Acepta entregar la totalidad de su armamento, y aun permitir que los oficiales orientales de su

ejército fuesen entregados como prisioneros de guerra a Brasil; solamente habría libertad para él y los oficiales paraguayos con la sola condición de que no podrían regresar al Paraguay. Ese 18 de agosto, el desmedrado ejército paraguayo, diezmado por el hambre y la peste, último resto de los 12 000 soldados reunidos en Itapúa, desfiló ante los vencedores para deponer las armas. Entre la heroicidad de vender cara su vida y la capitulación que la salvaba, Estigarribia había elegido esta última. No puede criticárselo estrictamente, dado que su sacrificio habría sido heroico pero inútil y no puede exigirse a todos la pasta de los héroes. Pero fue la excepción entre los paraguayos.

Estigarribia se salvó y pudo pasar el resto de su vida en Río de Janeiro en seguridad y oscuridad. Pero las armas paraguayas que rindiera sirvieron para combatir contra Paraguay, y las tropas fueron incorporadas por la fuerza a los regimientos argentinos y orientales para hacerlas luchar contra sus propios hermanos, o repartidas como esclavos entre los jefes brasileños.[5]

CAPITULO 32

MITRE Y LA CONDUCCIÓN MILITAR

La guerra y la esclavitud

A los «libertadores» brasileños no les preocupaba la esclavitud del Brasil. Por el contrario: se valían de la guerra para aumentar el número de sus esclavos con los prisioneros paraguayos. Esta afirmación está confesada por el mismo Mitre que escribió al vicepresidente Marcos Paz el 4 de octubre de 1865:

«Nuestro lote de prisioneros en Uruguayana fue de poco de más de 1400. Extrañará a Ud. el número, que debiera ser más; pero la razón es que por parte de la caballería brasileña hubo en el día de la rendición tal robo de prisioneros, que por lo menos arrebataron 800 a 1000 de ellos, lo que muestra a usted el desorden de esa tropa, la falta de energía de sus jefes y la corrupción de esa gente, pues los robaron para esclavos; hasta hoy mismo andan robando y comprando prisioneros del otro lado.

«El comandante Guimaraes, jefe de una brigada brasileña, escandalizado de este tráfico indigno, me decía el otro día que en las calles de Uruguayana tenía que andar diciendo que no era paraguayo para que no lo robasen».[1]

Prisioneros paraguayo que cayese en poder de los brasileños iba a trabajar en los cafetales con la marca de hierro de la esclavitud. Reconozcamos que no tenía mejor suerte si tocaba a jefes uruguayos y aun a algunos argentinos, pues éstos le cambiaban el uniforme y lo ponían a pelear contra su misma patria. He transcripto las palabras del coronel oriental León de Palleja, lamentando repartir sus prisioneros de guerra paraguayos con el general argentino Paunero «para aumentar sus batallones». Tampoco el general argentino Garmendia le gustó ese proceder: «Hay algo de bárbaro y deprimente en este acto inaudito de castigar a uno a que haga fuego contra su bandera: es un hecho sin ejemplo».[2]

¿Podía Mitre hacer otra cosa? Si no hubiera consentido la incorporación de los prisioneros paraguayos a los contingentes argentinos y orientales, raleados por la deserción, su actitud habría contrastado indiscretamente con la de sus aliados brasileños que los tomaban para esclavos. Si la presencia del emperador lo obligaba a consentir —como general en jefe— la tremenda barbarie de apropiarse de los prisioneros como esclavos, por lo menos debería ponerse a su nivel haciendo

de los suyos combatientes forzados. Sin perjuicio de desahogarse su conciencia en sus cartas privadas.

No nos escandalicemos mucho con la conducta de los brasileños hacia sus prisioneros paraguayos. En Uruguayana no hicimos esclavos como en Caseros, donde Urquiza se llevó a Entre Ríos (¿no los habrá vendido después al Brasil?) a 700 prisioneros de color, que eran hombres libres, para enseñarles lo que era la libertad conseguida contra la tiranía el 3 de febrero de 1852.[3]

Volviendo a los atropellos cometidos en Uruguayana, fueron tantos y tales que Solano López, no obstante el estado de guerra, protestó con energía contra «la inhumana crueldad» de reducir a esclavos a los paraguayos o incorporarlos por fuerza a los ejércitos enemigos de su patria. Mitre, como siempre negó; negó con vehemencia y con retóricas protestas de pudor ofendido.

«Lejos de obligar a los prisioneros a ingresar violentamente a las filas del ejército aliado —dice a López en nota del 25 de noviembre de 1865— o de tratárselos con rigor, han sido tratados todos ellos no solamente con humanidad, sino con benevolencia, habiendo sido muchos de ellos puestos en completa libertad».[4]

Pehuajó (30 de enero de 1866)

Rendido Estigarribia en Uruguayana, López ordenó el repliegue de todos los ejércitos paraguayos. Haría la guerra defensiva, la dura lucha sosteniendo palmo a palmo el suelo natal.

Contra la opinión de Mitre, el ejército aliado quedó dividido en dos cuerpos. Uno al mando de Mitre iniciaría la invasión a Paraguay por Paso de la Patria; otro —exclusivamente brasileño— quedaría en el alto Paraná bajo la jefatura de Márquez de Souza.

Antes de cruzar por el Paso de la Patria, Mitre hizo una extraña operación en la costa correntina; digo extraña, porque mandó combatir a enemigos cuyo número no conocía y con armamento que ignoraba a la *División de Guardias Nacionales de Infantería*, formada por gauchos reclutados en la campaña de Buenos Aires, «que hubieran sido excelentes soldados de caballería, pero que costaba mucho hacerlos infantes». Esta División, dirigida por el general Conesa y compuesta de 1751 hombres de tropa, fue estrellada contra un fuerte contingente paraguayo guarecido en un monte. Aquéllos, por la desproporción de armamentos, resultó una

carnicería de gauchos, que Mitre — acampado a poca distancia— no se preocupó en socorrer: «¡Cómo sería el lance de desigual —comenta Carlos D'Amico en 1890 — cuando la división tuvo fuera de combate el 75 por ciento, cuando con las armas que se usaban la regla era del 8 ó 10 por ciento en los hechos de armas más sangrientos!… ¡Cómo sería, que tuvieron que hacer de oficiales los sargentos, porque la mayor parte de aquéllos estaba fuera de combate!»[5].

Pehuajó fue un crimen, calificaba D'Amico ese combate. Nadie quiso creer en una impericia de Mitre, sino en el propósito deliberado de aniquilar a los gauchos y a sus oficiales —entre ellos Dardo Rocha, milagrosamente ileso en la masacre , que eran enemigos políticos suyos: «La prensa de Buenos Aires dijo entonces — sigue D'Amico— que Mitre habría querido deshacerse de numerosos e influyentes enemigos políticos, mandando a esa división a tan peligrosa acción de guerra, en vez de una división de línea. Y permaneciendo en inexplicable inacción todo el día, a pesar del fuego alarmante que se oía en el campamento».[6]

No es posible una conducta semejante, y la apreciación anterior corre exclusivamente por cuenta del ex-gobernador de Buenos Aires que la formula. Tengámoslo como una impericia, una tremenda y trágica impericia, como muchas otras que habría de cometer Mitre en esa guerra jalonada de sangrientos errores. En Pehuajó hubo un número impresionante de muertos argentinos sin que los paraguayos tuvieran mayores bajas y sin haberse obtenido beneficio alguno en la posición. Mitre, para descargarse de esa hecatombe (que no sería la única ni la mayor producida bajo sus órdenes) le echó la culpa a los muertos y moribundos del combate. En su orden del día, después de felicitar a los sobrevivientes enviados al matadero, les recomienda que «en los futuros combates sean menos pródigos de su ardor generoso y de su valor fogoso». «Como si encontrarse sin sospecharlo — dice D'Amico— con un enemigo en posiciones formidables fuera ser pródigo en valor o verse obligado a luchar todo un día porque el general en jefe no manda refuerzos fuera ser pródigo en ardor. ¿Qué quería que hicieran esos pobres soldados mandados al sacrificio? ¿Qué huyeran para cubrirse de vergüenza? ¿Que levantaran las culatas para traicionar la bandera que se les había confiado?»[7]

«Um homem que todo poderá ser menos general…»

Penosa, muy penosamente, se desenvuelve el cruce del Paraná. El terreno de la otra orilla está formado por esteros de los cuales emergen, a manera de islas, los potreros secos de *Tuyuty* y *Paso Pucú*. Inexplicablemente para Mitre, López ha concentrado sus fuerzas en este último sitio, dejándole libre el avance al primero. No quiere creer que podrá ser una trampa, no obstante las advertencias de sus

compañeros de armas. Todo su propósito en esos primeros meses de 1866 está en ocupar Tuyuty. Ni se le ocurre —como planean los brasileños— una operación envolvente por el Chaco, que conduciría por mejor terreno hasta Asunción.

Ha pasado más de un año desde la iniciación de la guerra, y los diarios porteños, transcurrido el primer momento de entusiasmo bélico, empiezan a burlarse de su frase «en seis meses en Asunción». Para descargarse, Mitre escribe dolorido al vicepresidente Marcos Paz:

«¿Quién no sabe que los traidores alentaron al Paraguay a declararnos la guerra? Si la mitad de Corrientes no hubiera traicionado la causa nacional armándose en favor del enemigo; si Entre Ríos no se hubiere sublevado dos veces; si casi todos los contingentes incompletos de las provincias no se hubieran sublevado al venir a cumplir con su deber; si una opinión simpática al enemigo no hubiera alentado la traición, ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya?»[8].

No puede darse confesión más acabada de la impopularidad de la guerra. Contradiciendo sus proclamas henchidas de entusiasmo y retórica, acepta en carta particular que por lo menos la mitad de Corrientes, todo Entre Ríos y casi todo el interior «traicionaban la guerra». Buenos Aires, gobernada por su partido, no podía hacerlo y de allí exclusivamente llegaban contingentes de «voluntarios» que morirían heroica o inútilmente como en Pehuajó.

Las virtudes estratégicas de Mitre empiezan a desconcertar a los jefes aliados. «Yo no sé qué será de nosotros» escribe Venancio

Flores a su esposa el 3 de marzo, al día siguiente de un contraste que había costado «perder casi totalmente la División Oriental, y de veras que si a la crítica situación en que estamos se agrega la constante apatía del general Mitre, bien puede suceder que yendo por lana salgamos trasquilados».[9]

El error de López en esta etapa de la guerra estuvo en replegar el grueso de sus tropas a Paso Pucú para arriesgar el todo por el todo en una sola batalla (que habría de ser en Tuyuty, según su plan). Una sola batalla puede ganarse o perderse por causas ajenas al mando en jefe o la calidad de las tropas, como sucedería precisamente en Tuyuty. López suponía condiciones militares a Mitre, por lo menos dignas del prestigio pregonado en *La Nación Argentina*. Cuando se dio cuenta, después de Curupayty, con qué clase de estratega tenía que habérselas, era tarde para ganar la guerra. También los brasileños habían comprendido los puntos que calzaba el General en Jefe; poco menos que exigirían más tarde su reemplazo por el duque de Caxias para que la guerra tuviese fin.

El duque sabía perfectamente quién era Mitre, aunque por discreción brasileña no lo dijo en voz alta. Pero lo escribió a su gobierno. Sus cartas fueron publicadas en 1902, al conmemorarse el centenario del ilustre guerrero, y forman el cuaderno de cargos más graves contra las condiciones militares de Mitre. En una de ellas (del 20 de setiembre de 1867) Caxias imploraba su relevo para no servir sus desconcertantes órdenes: «*¿Mas eu que fico fazendo aquí as ordens de um homem que todo poderá ser menos general?*»[10]. En otra, de poco después: «*Cada vez estou mais persuadido de que o Mitre não quer acabar a guerra… creio que ele todo poderá ser menos general*».[11]

En 1902, al publicarse esas cartas, Mitre vivía aún. Desde *La Nación*, dolido por esa mancha sobre su prestigio, debatirá con el muerto sobre la conducción militar. Le dirá indignado a Caxias: «quien jamás tuvo la iniciativa ni siquiera la idea de ningún plan de operaciones nunca hubiera imaginado que falsificara la historia… si a alguno cuadra esta acusación es a él mismo [a Caxias], negando los títulos de general a quien daba lecciones militares…»[12] «¡Qué lejos estamos de los héroes de la llíada!», comenta Luis Alberto de Herrera.

CAPITULO 33

LA GUERRA EN PARAGUAY

Tuyuty (24 de mayo)

En las pantanosas márgenes de la orilla paraguaya del Paraná emerge el campo de *Tuyuty* a la manera de una isla entre un mar de esteros y pantanos. Solano López, al concentrar sus fuerzas al norte —en *Paso Pucú*— se lo brindaba a Mitre, porque su plan estaba en encerrar allí a los ejércitos aliados para vencerlos en una batalla definitiva. Grave error, pues teniendo frente suyo a un general como Mitre, no debió emplearse en una sola batalla, siempre aleatoria, sino desgastar al adversario en una lucha larga. Pero Solano López aún no sabía quién era Mitre.

Su plan consistía en encerrar a los aliados en la ratonera de Tuyuty y batirlos por los cuatro puntos cardinales. El teniente coronel José Eduvigis Díaz (futuro general y héroe de Curupayty) simuló en *Estero Bellaco*, con 5000 hombres, una defensa de la entrada de Tuyuty (2 de mayo): por sorpresa cayó sobre las avanzadas aliadas, tomándoles cuatro cañones a los brasileños, que arrastraría en triunfo al campamento de Paso-Pucú. Ese movimiento engañó a Mitre, que ordenó la ocupación de Tuyuty (20 de marzo). Debió ser lo esperado por López que cuatro días después ordena descolgarse en Tuyuty por el norte, sur, este y oeste, a todos los efectivos de su ejército.

López buscaba en una sola batalla la decisión de la guerra. Con 25 000 hombres se lanzó contra 39 000 aliados (21 000 brasileños, 16 000 argentinos y 2000 orientales). Pero, el movimiento no fue

bien coordinado, y el retardo de la derecha paraguaya mandada por el general Barrios, cuya misión era envolver a los aliados por retaguardia, malogró la sorpresa. No obstante, los paraguayos estuvieron al borde de una victoria que hubiera sido desastrosa para los aliados; pero finalmente debieron replegarse por los estragos que les hizo la artillería brasileña. Se fueron dejando un número impresionante de caídos: 5000 muertos según el parte paraguayo. 7000 en el aliado; y una cantidad igual de heridos. La suma de muertos y heridos aliados fueron: 4000 según ellos, 8000 para los paraguayos.

Tuyuty fue la batalla más sangrienta habida hasta ese momento en América

del Sud; entre 13 000 y 15 000 muertos en sus cinco horas de combate. «Nos salvó de la derrota —se ve obligado a confesar Mitre— la sabía providencia del general Osorio (jefe de la división brasileña), que mandó colocar en una posición estratégica a la artillería imperial del coronel Emilio Luis Mallet».[1] Allí se hundió toda la posibilidad de triunfo paraguayo. Pero el desconcierto de Mitre impedirá a los aliados aprovechar el triunfo. Si ese 24 de mayo Mitre hubiera tenido conciencia de una victoria, habría ordenado la inmediata marcha hacia Paso-Pucú: López que se había jugado el todo por el todo, no estaba en condiciones de oponerle resistencia. Pero Mitre no sabía —como en Pavón si había ganado o perdido, y resolvió quedarse en Tuyuty hasta esperar lo que hiciera López. Esta demora habría de pagarse cara; fue un triunfo malogrado —«la victoria sin cabeza»— que engendraría la molicie y la indisciplina entre los triunfadores. Nadie mejor que el argentino Francisco Seeber ha descripto la situación difícil del campamento después del triunfo:

«Hay una anarquía descomunal; cada cuerpo maniobra según el capricho y la inteligencia de su jefe. El coronel Chenault dice que somos una montonera con música y podría agregar también que con mala música. A los paraguayos prisioneros los hacemos pelear en nuestras filas; yo mismo tengo uno de asistente»[2].

Las costumbres bélicas contraídas en Uruguayana no se habían perdido: prisionero que caía en poder de los aliados, o iba a sus filas como *voluntario de la libertad* o a los cafetales como esclavo.

La guerra estaba ganada, pero se tardarían cuatro años en acabarla. Los brasileños, que atribuían el triunfo a Osorio, se quejaban de que Mitre retardase las operaciones. Después de Tuyuty no quiso dejar el campamento, hasta que el 2.° Ejército brasileño al mando de Márquez de Souza, fuerte de 12 000 hombres, que se preparaba a entrar en Paraguay por la frontera brasileña, no viniera a reunírseles en su campo. Pero después, tampoco quiso salir esperando más refuerzos. Márquez de Souza y Osorio se opusieron a Mitre (ambos proponían marchar contra Paso-Pucú y de allí a Asunción), pero el General en Jefe era el General en Jefe. Osorio acabó por pedir su reemplazo; el mariscal Polidoro da Fonseca Quintanilla Sordão lo sucedió. Mucho nombre y mucho grado.

No solamente quedó inmovilizado el ejército aliado en Tuyuty, pese a su victoria. Tampoco la escuadra brasileña, no obstante su triunfo en Riachuelo, avanzaba por el río Paraguay hacia su objetivo preciso de Humaitá. Una picardía paraguaya detenía a los buques del intrépido Tamandaré: una hilera de damajuanas tendidas de costa a costa, que el almirante suponía que eran minas.[3]

Boquerón (16 a 18 de julio)

Aquí se produce un episodio ingrato: el tratado de la Triple Alianza es publicado en su texto íntegro por los diarios de todo el mundo a principios de mayo, y la guerra se hace tremendamente impopular.[4]

Ante la publicación del tratado, López reacciona con violencia. Ya no con un gran movimiento que inexorablemente sería barrido por la superior artillería imperial, sino por pequeños golpes en los vados de los esteros que rodeaban a Tuyuty. Los más importantes se libraron desde las trincheras paraguayas del *Sauce o Boquerón*, lo que movió a Mitre a ordenar su toma.

Fue un desastre. Contra el *Boquerón* defendido por José Eduvigis Díaz que ya se perfila como el estratega paraguayo de la guerra, se estrellaron sucesivamente la 4.a división brasileña con el mariscal Polidoro a la cabeza, la 2.a división Buenos Aires (la sufrida 2.a de Buenos Aires, reconstruida después de haber sido diezmada en Pehuajó en enero), el ejército del general Emilio Mitre y, finalmente, la división Oriental con Flores a la cabeza. Se hubieran ido estrellando todos los cuerpos aliados, si Flores, desobedeciendo a Mitre, no hubiese ordenado la retirada. Cinco mil hombres de los aliados quedaron junto al *Boquerón*; más de los confesados en Tuyuty. Tal vez no todo estuviese perdido para los paraguayos.

Entrevista de Yatayty Corá (12 de setiembre)

La guerra se prolongaba sin ventaja para nadie: Mitre no había salido en setiembre de Tuyuty, y la derrota de Boquerón parecía postergar otra ofensiva. Pero López no estaba en condiciones de ganar la guerra después de la hecatombe sufrida el 24 de mayo. Y la animosidad de todo el mundo había sido lanzada por Inglaterra contra los aliados, al publicar el tratado.

¿Por qué se peleaba, al fin y al cabo? Paraguay había salido gallardamente en defensa de la República Oriental, atacada por Brasil, pero ya hacía tiempo que no existía la República Oriental. ¿No sería posible encontrar una manera de concluir «sin vencedores ni vencidos»? El 11 de setiembre López envía un mensaje a Mitre invitándole a conferenciar «en nuestras líneas»; Mitre acepta y fija *Yatayty Corá* para la entrevista a las nueve de la mañana. En dicha hora y sitio se encuentran las escoltas de ambos presidentes, a cuarenta metros de distancia echan pie en tierra y se adelantan, estrechándose las manos. López vestía uniforme de

mariscal, Mitre un desconcertante traje de guerra: levita negra y chambergo, con una espada al flanco. Estaba delgado y macilento, tal vez por las preocupaciones bélicas de Boquerón: «tenía cierta semejanza con don Quijote», comentará el coronel Thompson.

—Siento, general —habría dicho López—, conocerlo tan tarde.

—Ya nos tratamos el año 61, cuando usted me hizo el honor de visitarme en Buenos Aires.

—Cierto. Pero entonces usted me habló de libros y no de política.[5]

La entrevista fue cordial. López propone la paz: no se conocen los términos exactos de su propuesta que se llevó a la tumba y Mitre no la reveló jamás. Pero como se acababa de conocer el tratado de la Triple Alianza, no cuesta suponer que López pedía la paz con la sola condición de no cumplirse el despojo. Las conversaciones se demoraron cinco horas y Mitre quedó «en consultar con los gobiernos». Un momento se acercó Venancio Flores atraído por la curiosidad de conocer al mariscal. No le va bien: López lo trata con deferencia, fiero sin reconocerlo como Jefe de Estado; lo consideraba un instrumento de Brasil y el gran culpable de la guerra. En vez de Flores, López pide la presencia de Polidoro, jefe de la división brasileña; pero éste se niega con altivez: «Las instrucciones de Su Majestad —habría dicho— me ordenan librar batalla con *ese hombre*; no tengo instrucciones para tratar con él ni para entablar relaciones sociales». Finalmente López y Mitre se despiden después de beber una copa de coñac y obsequiarse sus látigos como recuerdos. López redactará el protocolo de la entrevista, cuya copia deja a Mitre: habría ido «para encontrar medios conciliatorios e igualmente honorables para todos los beligerantes, para ver si la sangre vertida hasta aquí no puede considerarse como suficiente para lavar las mutuas querellas, poniendo término a la guerra más sangrienta de América… S.E. el general Mitre, limitándose a oír, contestó que se remitirá a su gobierno y a la decisión de sus aliados, con arreglo a sus compromisos».

López quería terminar la cuestión en forma caballeresca, a la manera de un duelo donde la sangre vertida lavaba igualmente la honra de los contendientes. Pero estaba de por medio el tratado de la Tripe Alianza que exigía seguir la guerra hasta acabar con Paraguay. ¿Acaso Brasil e Inglaterra tendrían otra ocasión igual para demoler la fortaleza de Humaitá?

El 14 Mitre escribe a López lo hablado con Polidoro sobre la propuesta paraguaya: «Hemos convenido… referido todo a la decisión de los respectivos gobiernos, sin hacer modificación alguna de la situación de los beligerantes». El

mismo día contesta a López: «Nada me ha detenido ante la idea de ofrecer de mi parte la última tentativa de conciliación que ponga término al torrente de sangre que vertemos en la presente guerra, y me asiste la satisfacción de haber dado así la más alta prueba de patriotismo para mi país, de consideración para los enemigos que lo combaten y de humanidad para el mundo imparcial que nos contempla».

No era la presencia tísica de López en el gobierno el inconveniente para la paz: el mariscal había ido a Yatayty-Corá con su renuncia en el bolsillo. No quería ser un obstáculo para el fin de la tragedia. Pero, eso sí, exigía, como única condición, que el inicuo tratado de alianza no se cumpliese y Paraguay no Se encontrara repartido entre los vencedores. Dice Carlos Pereyra que «el Presidente de Paraguay volvió de la entrevista de Yatayty-Corá trayendo un título para exigir el sacrificio de sus soldados. No se batirían en defensa del poder o de los errores del presidente López. La intransigencia de Mitre era la prueba de que los paraguayos se batían por su patria, en el sentido más alto de la expresión».[6]

Lo demostrarían a los diez días en Curupayty.

Curupayty (22 de setiembre)

No obstante la promesa del 14 de Mitre a López de no «hacer modificación alguna en la situación de los beligerantes», el General en Jefe de los aliados dispuso el inmediato asalto a la formidable posición fortificada de Curupayty. Tal vez lo movió la emulación hacia Márquez de Souza, que con sus 12 000 brasileños había tomado el 3 de setiembre el vecino campo fortificado de Curuzú. Si Curuzú estaba en poder de Márquez de Souza, Curupayty sería de Mitre.

Preparó su plan. El mismo día de prometer armisticio a López, Mitre desembarcaba en Curuzú, al oeste de Curupayty, con 9 000 soldados argentinos: la flor y nata del ejército. Junto con los 8 000 de Márquez de Souza tomarían en un paseo militar el campo atrincherado, acercándose a la poderosa fortaleza de Humaitá. Para mayor seguridad, el 17 —día fijado para el ataque— Polidoro y Venancio Flores vendrían de Tuyuty a cooperar en la batalla. También la escuadra brasileña ayudaría con un constante cañoneo.

De toda la guerra, es ésta la primera batalla planeada por Mitre, y también la primera (y única) dirigida por él. Desgraciadamente para el historial de Mitre, López no había creído en su promesa de armisticio del 14 y estaba alerta. En Curupayty destinó a su mejor hombre de guerra, el general Díaz, vencedor de *Estero Bellaco* y *Boquerón*, que había preparado en poco tiempo la defensa del

campo: cortando árboles (abatíes) que, dispuestos con sus enormes raíces para afuera ocultarían sus 49 bocas de fuego. Y con siete batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería esperaba el ataque.

No se dio la batalla el 17 por la lluvia, prolongada hasta el 20. Cesada ésta el 22, Mitre ordenó el ataque a la bayoneta a las fortificaciones, ante la estupefacción de Márquez de Souza, porque el terreno estaba convertido en un pantano. No obstante, el leal guerrero acató la insensata orden. En cuatro columnas se lanzaron los 17 000 argentinos y brasileños por un campo fangoso llevando la bayoneta en posición de ataque, mientras los 49 cañones paraguayos ocultos entre los abatíes hacían estragos en los atacantes.

Todo anduvo mal. Tamandaré que había prometido «descangalhar tudo isso em duas horas», disparaba con excesiva elevación sus tiros, que no caían en las trincheras paraguayas; Polidoro y Flores se detuvieron a «churrasquear» y no llegaron a tiempo. Mientras tanto, los infantes argentinos y brasileños, calados de barro, chapoteaban sirviendo de blanco a los paraguayos. Mientras Mitre, poseído de una embriaguez heroica, ordenaba avanzar, avanzar siempre. Hasta que Márquez de Souza, muy respetuosa pero firmemente, le advirtió que aquello iba a ser la derrota *mais grave de esta guerra*, y de seguirse el heroico avance morirían todos los atacantes sin tocar las trincheras paraguayas. Consiguió dar el toque de retirada.

«Cuando Mitre se encontró con esa defensa [las trincheras paraguayas protegidas por árboles], no se le ocurrió nada —dice D'Amico— y mandó atacar con ataque franco, a pesar de saber, dice en su parte, que esa posición era intomable cargándola a pecho descubierto. El resultado no podía ser dudoso. Los soldados argentinos sembraron el campo de cadáveres, llegaron a la zanja, soportaron un momento el fuego a boca de jarro de los paraguayos que ellos no veían y tuvieron que retroceder sembrando otra vez de cadáveres el campo de batalla».[7]

Diez mil muertos argentinos y brasileños quedaron tendidos en el fangal frente a Curupayty. Las bajas paraguayas fueron exactamente de 92.

El emperador debió gestionar amistosamente de Mitre que volviese a su país porque revolucionarios «paraguayistas» se habían hecho dueños de las provincias del oeste: la montonera volvía a galopar por los llanos de La Rioja como en los tiempos de Facundo o los más recientes del Chacho enarbolando como bandera la alianza con Paraguay para combatir a Mitre.

Nunca se supo si fue por este motivo o por alejarlo de los campos de batalla

que le llegó a Mitre la insinuación de su licencia. Tomó el mando el duque de Caxias. Debió reponer al ejército de su tremenda derrota: catorce meses quedará inactivo.

VI

LAS MONTONERAS

CAPITULO 34

¡BASTA DE GUERRA AL PARAGUAY!

Estado interno de la Argentina durante la guerra

La retirada voluntaria de Urquiza en Pavón, las atrocidades cometidas por el mitrismo en el interior, la muerte del Chacho, la invasión de Venancio Flores con ayuda de Mitre a la República Oriental, fueron los capítulos iniciales de la guerra del Paraguay. Los federales comprendieron que en los esteros del Paraguay se jugaba también su destino y, no obstante la propaganda mitrista que la disfrazaba de *nacional*, la guerra contra Paraguay era enormemente impopular.

En 1865 fueron los *contingentes* de voluntarios que se sublevaban apenas les sacaban las maneas, o se sentían libres de los encargados de custodiarlos hasta las fronteras: en 1866 el desastre de conducción de la guerra había obligado a retirar de las provincias los batallones de línea que cuidaban la «libertad»; porque los batallones de línea no habían sido enviados, sino en mínima parte, a los campos de batalla. La guerra se hacía con los guardias nacionales no sublevados, y los prisioneros de guerra paraguayos. Con las tropas de linea, más disciplinadas, el mitrismo protegía a sus gobernadores contra los gobernados.

Pero la guerra se prolongaba. Pese al optimismo de la frase «en seis meses en Asunción», a los dos años, no obstante la superioridad numérica y de armamentos de los aliados, éstos no habían penetrado veinte leguas en territorio paraguayo, y a costa de muchas pérdidas. Los paraguayos defendían cada palmo con un heroísmo desesperado. Los argentinos y brasileños los emulaban: cada batalla costaba decenas de miles de vidas sin resultado apreciable. Eso obliga a distraer tropas de línea de las provincias para cubrir las bajas y por eso fue posible la gran insurrección federal de 1866-67.

A todo eso se sumó la peste. Llegó con los contingentes brasileños que iban a la guerra el *vómito negro* o *fiebre amarilla*. La guerra del Paraguay se manifestaba en las calles de Buenos Aires y Rosario en la forma arbitraria, cruel, solapada de la terrible endemia brasileña; no fue la única importada por los *cambás*; también llegaría el cólera a fines de 1867. Quienes pudieron, escaparon de las ciudades. «Sólo Mitre ha podido hacer perecer a tanto argentino —escribía Ignacio Gómez a Alberdi—… no se pregunta quién murió sino quién vive… causa lástima salir a la

calle… Dios no tiene misericordia de nosotros, no sé qué será de muchas familias, ya se está huyendo al campo de miedo a la viruela negra».[1]

Repercusión de la publicación del tratado

Una sensación de podredumbre, de estar vendidos baratos a Brasil por un gobierno inepto o inescrupuloso, de vergüenza por el destino de la patria, llenó a casi todos los argentinos cuando se conocieron las cláusulas del tratado de la *triple infamia*. No se hacía ésta para abatir tiranías ni dar libertad de navegación, ni imponer a los paraguayos una constitución liberal. Ésas habían sido frases para tontos. Se hacía para repartirse Paraguay como otra Polonia. Un pedazo del viejo virreinato, una provincia que había sido argentina, era entregada como despojo de la guerra.

En los números del 5 y 6 de mayo *La América* publicó el texto íntegro del tratado «secreto». «Nos hierve la sangre de indignación ante tanto servilismo», clamó Navarro Viola; «El *Libro Azul* de una monarquía egoísta viene a advertir a la democracia dormida que la venden por treinta dineros» escribía Alberdi desde París; «es una obra de cinismo y de abyección», decía *El Pueblo* del 9 de mayo, comprendiendo en ese momento la magnitud de la alianza, «trama paciente y prolijamente urdida por el imperio». *El Paraná* denunció en varias notas, empezadas el 29 de junio, que la agresión de Corrientes fue preparada por el gobierno. No era solamente la prensa: Adolfo Alsina, gobernador de Buenos Aires, a fuer de político de olfato no quiso quedarse fuera del clamor popular y diría en un mensaje a la legislatura: «La guerra bárbara, carnicera y funesta, y la llamo así porque nos encontramos atados a ella por un tratado también funesto… sus cláusulas parecen calculadas para que la guerra pueda prolongarse hasta que la República caiga exánime y desangrada»; y en el congreso, Félix Frías denunciaba a propósito del tratado que en el asunto oriental «la neutralidad nos prescribía no soplar el fuego e impedir que se extendiera a este lado de las fronteras… no fue ésa nuestra conducta… la neutralidad no fue cierta, a pesar de haberla prometido el gobierno argentino. El fuego de la sedición fue atizado por nosotros».

Y sobre tal terreno, llegó la noticia del desastre de Curupayty: «desastre brutal que reveló la incapacidad del general en jefe a quien solamente por su parte oficial lo hubiera debido fusilar un consejo de guerra», escribía Martín Piñeiro a Sarmiento dándole la noticia de la muerte de su hijo Dominguito en ese ataque. Urquiza creyó que las cosas cambiaban, y con asombro de todos ofreció una gran fiesta en su palacio San José, aparentemente festejando la derrota de Mitre. El vestido de su esposa «bordado de oro y brillantes estaba calculado en 160 000

pesos» escribe Ignacio Gómez a Alberdi; en la sala, junto con la bandera de Entre Ríos estaban la paraguaya, la oriental y la argentina. ¿Qué era eso? Victorica mirándolas preguntó a Urquiza «*¿Es tiempo señor?*». Y Urquiza contestó en voz alta: «*Lo digo fuerte: me gusta ese acomodo*».

Repercusión de Curupayty

La noticia del desastre de Curupayty, corrió con velocidad por toda la República. Pese a las tergiversaciones del parte oficial y al ocultamiento del número de bajas aliadas (se dieron solamente mil, de las diez mil ocurridas), todos leyeron entre líneas la verdad del desastre. Pasó entonces algo asombroso: aunque fue una derrota y la sangre vertida era argentina, sólo *La Nación Argentina*, el diario de Mitre, y otros de su tendencia, la sintieron como tal. Muchos se alegraron y aplaudieron abiertamente el triunfo y la causa del Paraguay; a la expresión de «*traidores*» que les lanzó el mitrismo, contestaron que la traición a la Patria estuvo en el tratado que nos había puesto a las órdenes del Imperio vecino. Osaban discutir en sus periódicos o en sus folletos que aquélla no era una guerra nacional. Miguel Navarro Viola escribe en Buenos Aires su folleto *Atrás el Imperio*, Carlos Guido y Spano juzga en *El Gobierno y la Alianza* que «la alianza es de los gobiernos, no de los pueblos», Olegario Andrade da a luz *Las dos políticas*, y en un folleto anónimo (tal vez debido a Juan José Soto) se ponen desde Concordia Los misterios de la alianza al alcance de los pueblos. En enero de 1867, El Eco de Entre Ríos, periódico de Paraná, se atreve a elogiar el nombramiento de Telmo López de general del ejército paraguayo, en cuyas filas combatía desde la iniciación de las hostilidades como lo había hecho antes en el ejército oriental contra Flores y los brasileños.

«Estamos seguros de que Telmo López —decía *El Eco*— este hermano en Dios y en la democracia, en el elevado puesto que hoy ocupa sabrá colocarse a la altura de sus antecedentes y corresponder con brillo a la confianza del gobierno paraguayo y a las legítimas esperanzas que amigos tenemos depositadas en él.

«¡Fe y adelante, joven guerrero! Que el día del triunfo del Paraguay no está lejano, y la hora de la redención de nuestra patria se acerca ya!».[2]

Día del triunfo, hora de la redención, hermano en Dios y en la democracia. ¿Estamos aliados a Paraguay? Rawson ordenó el cierre de cuatro periódicos entrerrianos: *El Porvenir* y *El Pueblo* de Gualeguaychú, *El Paraná* y naturalmente *El Eco*, de Paraná, porque «han tomado una dirección incompatible con el orden nacional y con los deberes que al gobierno nacional incumben en épocas como la

presente».[3]

Revolución de los «colorados en Mendoza» (9 de noviembre de 1866)

El 8 de noviembre se acuartelaba en Mendoza un contingente de 280 voluntarios para llevarlos a Paraguay a fin de cubrir las bajas de Curupayty. A las dos y media de la mañana del 9 se sublevaron al grito clásico de ¡*Mueran los salvajes unitarios*! Los gendarmes mandados por el gobernador Melitón Arroyo a contenerlos, hicieron causa común con los sublevados: abrieron las puertas de la cárcel a muchos federales prisioneros, entre ellos al coronel puntano Carlos Juan Rodríguez y al revoltoso clérigo salteño Emilio Castro Boedo.[4] El gobernador escapa a San Rafael.

La fuerza de línea resulta impotente para dominar a la ciudad en efervescencia. De Chile llegan emigrados federales: entre ellos Juan Sáa que después de la caída de Montevideo en febrero de 1865 había emigrado a España, y de ahí llegado a Chile en octubre; lo acompaña su hermano el coronel Felipe. El sanjuanino Juan de Dios Videla se lanza sobre su provincia y derrota a las fuerzas nacionales mandadas por el coronel Julio Campos en la *Rinconada de Pocito* (5 de enero de 1867). Al día siguiente la montonera de Videla entra en San Juan al grito de *¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!*;[5] el 31 de enero Juan Sáa toma San Luis después de derrotar a la caballería de Paunero en la Pampa del Portezuelo; el 7 de enero se fuga de la cárcel de Córdoba, con la evidente complicidad de las autoridades, el famoso guerrillero riojano Aurelio Zalazar que invade los llanos con su temible montonera. El gobernador de La Rioja, Guillermo San Román, llama a Irrazával para ponerlo al frente de sus tropas, pero éstas se niegan a recibir órdenes del asesino del Chacho y el 2 de febrero se sublevan y corren al gobernador y a Irrazával, Zalazar entra en triunfo a la ciudad. Desde diciembre Felipe Varela, jefe aparente de la revuelta, se encuentra en Jáchal.

La rebelión se ha extendido con la rapidez del relámpago. Hay montoneros en Catamarca que derrotan en Tinogasta a un regimiento nacional. La inquietud se deja sentir por Tucumán, Salta y Santiago en ese verano de 1867 que amenaza incendiar toda la república. En Entre Ríos se descubren cartas comprometedoras para Urquiza; ¿dejará esta vez su retiro, y se pondrá al frente de su partido que lo reclama? Todo Entre Ríos se lo pide, de Santa Fe lo llaman los enemigos del gobernador liberal Nicasio Oroño, en Corrientes el gobernador federal Evaristo López espera sus órdenes. En Córdoba, el gobernador Luque ha facilitado hombres y armas a Sáa y Zalazar.

Alarmado el vicepresidente Paz pide la concurrencia del ejército de Operaciones, Mitre desprende sus mejores tropas, al famoso 6.º de Infantería, con Luis María Campos, el 7.º, con Julio Argentino Roca, y la división Buenos Aires de Conesa, y ordena a sus gobernadores leales (Oroño de Santa Fe, Navarro de Catamarca y Taboada de Santiago) la integración de milicias que serán armadas por Buenos Aires. Pero no bastan esas medidas y el 9 de febrero —en buena parte incitado por los brasileños que desean alejarlo de Paraguay— deja el campamento de Tuyuty y regresa río abajo.

El Quijote de los Andes

Alto, enjuto, de mirada penetrante, severa prestancia y cuidados modales, Felipe Varela era el tipo de hidalgo manchego que todavía se conserva en las viejas provincias del interior. Se parecía a don Quijote en algo más que la apariencia física. Este catamarqueño —había nacido en Valle Viejo—[6] arraigado en Guandacol, era capaz de dejar todo, la estancia, el ama, la sobrina, los consejos prudentes del cura y los razonamientos cuerdos del barbero, para echarse al campo con la lanza en la mano y el yelmo de Mambrino en la cabeza. Fue lo que hizo en 1866 frisando los 50 años, edad de andanzas y caballerías. Pero a diferencia de su tatarabuelo manchego, el don Quijote de los Andes no tendría la sola ayuda de su escudero.

Varela era estanciero en Guandacol y coronel de la Nación graduado en la escuela del Chacho; había intervenido junto a Peñaloza en las sublevaciones de 1862 y 1863, para pasar después a Entre Ríos como edecán de Urquiza. Don Justo lo tuvo a su lado al producirse los desbandes de Basualdo y Toledo. Al palpar la impupularidad de la guerra, se fue a Chile: allí presenció el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española de Méndez Nuñez y supo con indignación que Mitre había negado el apoyo pedido por Chile y Perú. Si no bastara la evidencia de la guerra contra Paraguay, ahí encontró la prueba del antiamericanismo del gobierno argentino.

Cuando llegó a saber el texto del tratado de la alianza, no lo pensó dos veces. Dio orden de que vendieran su estancia, y con el producto compró unos pocos fusiles Einfield y dos cañoncitos (*los bocones*, los llamó) del desecho militar chileno. Equipó unos cuantos exiliados argentinos[7] y con ellos se lanzó a través de la cordillera. Como la plata no le daba para contratar artilleros los bocones apuntarían al tanteo, pero Varela no reparaba en esas cosas. Eso sí, para amenizar el tránsito de la cordillera y acompañar las cargas que habrían de darse, llevó consigo una banda de musicantes chilenos. En diciembre de 1866, después de

deshacer una fuerza nacional en *Nacimiento*, llegó a Jáchal. Fue recibido con gran entusiasmo, y repartió su ardorosa proclama revolucionaria:

«¡Argentinos!: El pabellón de mayo que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las ineptas y febrinas manos del caudillo Mitre, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero Bellaco, Tuyuty, Curuzú y Curupayty. Nuestra Nación, tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada en glorias, ha sido humillada como una esclava, quedando empeñada en más de cien millones y comprometido su alto nombre a la vez que sus grandes destinos por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño, que después de la derrota de Cepeda lagrimeando juró respetarla.

«Tal es el odio que aquellos fraticidas porteños tienen a los provincianos, que muchos de nuestros pueblos han sido desolados, saqueados y asesinados por los aleves puñales de los degolladores de oficio: Sarmiento, Sandes, Paunero, Campos, Irrazával y otros varios dignos de Mitre.

«¡Basta de víctimas inmoladas al capricho de mandones sin ley, sin corazón, sin conciencia! ¡Cincuenta mil víctimas inmoladas sin causa justificable dan testimonio flagrante de la triste e insoportable situación que atravesamos y que es tiempo de contener!

«¡Abajo los infractores de la ley! ¡Abajo los traidores de la Patria! ¡Abajo los mercaderes de las cruces de Uruguayana, a precio de oro, de lágrimas y de sangre argentina y oriental!

«Nuestro programa es la práctica estricta de la constitución jurada, del orden común, la paz y la amistad con el Paraguay, y la unión con las demás repúblicas americanas.

«¡Compatriotas nacionalistas! El campo de la lid nos mostrará el enemigo. Allí los invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro jefe y amigo. FELIPE VARELA».[8]

La llegada de la pequeña montonera de Varela —no pasaba de doscientos— con sus dos bocones y su banda de música, corrió por todo el contrafuerte andino. Cientos y cientos de gauchos de San Juan, de La Rioja, de Catamarca, hasta de Tucumán y Santiago, tomaron la lanza custodiada sacramentalmente en un rincón del rancho; ensillaron el mejor caballo y con otro de la brida fueron a Jáchal. Había llegado el momento de vengar la muerte del Chacho. En febrero el «ejército» de Varela tenía 4000 guerrilleros.

Por todos los pueblos del oeste debió correr la cuarteta recogida por Alfonso Carrizo en su cancionero riojano:

«De Chile salió Varela,

y vino a su patria hermosa,

aquí ha de morir peleando

por Vicente Peñaloza».

CAPITULO 35

FELIPE VARELA, EL QUIJOTE DE LOS ANDES

La montonera de Jáchal

Lo ocurrido en el verano de 1866-67 no obedeció a un plan meditado ni a ninguna estrategia militar o política.

En marzo, cuatro provincias —Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja— están en poder de los federales; Córdoba sólo espera la ocasión para pronunciarse; Entre Ríos y Corrientes «se salen de la vaina» y aguardan las esperadas órdenes de Urquiza; los federales de Santa Fe (la inmensa mayoría) planean la deposición del gobernador Oroño; lo mismo ocurre en Salta, Jujuy, Tucumán y Catamarca con los opositores al mitrismo. Hasta Santiago del Estero, el feudo de los liberales Taboada, da señales de inquietud. Sólo falta Buenos Aires, cuna y nervio del mitrismo; pero los crudos que gobiernan la provincia con Adolfo Alsina desde mayo de 1866 parecen más dispuestos a entenderse con el interior que apoyar a Mitre. El endeble edificio armado en Pavón está por derrumbarse.

Varela en su campamento de Jáchal ha levantado bandera de enganche mientras espera el anunciado y tantas veces diferido «pronunciamiento» de Urquiza. Los doscientos llegados de Chile son cuatro mil en marzo; tienen solamente cien carabinas, pero las suplen con improvisadas lanzas. Mientras se esperan las órdenes de don Justo, los músicos chilenos traídos por Varela distraen los ocios con la zamacueca: tal vez no lo hicieran con perfección, tal vez la tierra argentina hizo más lánguidos sus compases; lo cierto es que allí, en esa primavera de 1866 en los fogones de Jáchal e hija de la zamacueca chilena, nacerá la *zamba cuyana*, rápidamente extendida por el oeste argentino.

«¡Viva el General Varela

por ser un jefe de honor!

¡Que vivan sus oficiales!

¡Viva la Federación!

La República Argentina

siempre ha sido hostilizada
porque quienes gobernaban
con mala fe caminaban.
Ahora que viene encima
levantada su bandera,
la gloria y la primavera
florecen por los caminos,
gritemos los argentinos:
¡Viva el General Varela!».

Tal vez en Jáchal los guitarristas improvisarían las décimas recogidas por Carrizo en sus *Cancioneros*:

«Los hombres que han gobernado
no son los inteligentes,
pues al que bien se ha portado
lo han mandado al contingente.
Nada vale ser prudente
y amigable en la ocasión,
el pobre con más razón
porque ni razones tiene.
Hoy Varela nos conviene
por ser un jefe de honor».[1]

Felipe Varela y los historiadores coloniales

«Este caudillo tan ignorante como funesto —decía en 1900 el historiador Dávila— había logrado fanatizar a las masas. Toda la chusma se le presentó montada en su cabalgadura propia o arrebatada a sus respectivos dueños». La repulsa a las montoneras ha sido una de las constantes más repetidas de los historiógrafos del coloniaje. Hoy, aunque la incomprensión se mantiene en los institutos oficiales, libros de texto escolares y periódicos de familia, han aventado las viejas imposturas los escritores riojanos o catamarqueños (Dardo de la Vega Díaz, Bazán, Ramón Rosa Olmos y muchos más) que se ocuparon de la atrayente personalidad de Varela y la verdad de su guerra de montoneras en 1866.

Por eso llama la atención alguna voz aislada y condenatoria que por el vehículo de algún diario de familia volcara hace poco antiguos resentimientos e infundios sobre Varela. Se le atribuye, entre otras imputaciones sin base documental la nacionalidad chilena por la desdichada circunstancia, para el autor del artículo, de ignorar el sitio de su nacimiento: se desechan sin más las afirmaciones de los investigadores, «pues el doctor Gaspar Taboada, descendiente del vencedor del Pozo de Vargas, nada afirma sobre la nacionalidad de Varela». Por lo tanto, «sólo nos queda recurrir a la tradición que le atribuye un origen chileno».[2] ¡Curioso método histórico!

Confieso ignorar esa «tradición», que en todo caso chocaría con la auténtica tradición oral recogida por Carrizo en sus cantares populares de La Rioja («De Chile salió Varela / y vino a *su patria hermosa*»). Pero en cambio sé que Varela era argentino, de vieja familia arraigada en Huaycama, departamento de Valle Viejo en Catamarca. En Huaycama nació Felipe Varela, hijo de Javier Varela, caudillo federal catamarqueño de límpida actuación; luego se radicaría en Guandacol (La Rioja), donde formó su familia y tuvo propiedades. A las órdenes de Castillo combate en la Coalición del Norte, para actuar después bajo el mando del Chacho. Era jefe de policía de La Rioja en 1862; más tarde teniente coronel en la revolución del Chacho; y en 1865 sirve en Entre Ríos a las órdenes de Urquiza obteniendo allí, posiblemente, el grado de coronel.[3]

«Obedecía [Varela] —sigue ese estudio— acaso a secretas directivas [del gobierno chileno], y acaudillando hordas se dio a devastar campos y ciudades, asaltando establecimientos, robando hacienda y, a menudo, hasta perpetrando asesinatos… en su proclama llama *tirano* ¡¡a Mitre generalísimo de la Triple Alianza!!… en horas que se jugaba en tierra el destino nacional, y [Mitre], superando inconvenientes sin cuento, combatía ya sobre campos del Paraguay para vengar el honor ultrajado de la Argentina». Aclaro que no era la guerra de montoneras una misión de la *Salvation Army*, y habría en ella tropelías como ocurre

siempre, y más en las guerrillas de tropas irregulares. Pero la culpa debe recaer en quienes «devastaron, asaltaron, robaron y asesinaron» con sus jefes extranjeros Irrazával, Iseas, Paunero, (éstos sí irrevocablemente extranjeros) a las poblaciones del interior después de Pavón. La última defensa de los perseguidos fueron las desesperadas guerras de montoneras entre 1862 y 1870. Y los documentos no prueban que en la insurrección de Varela en 1866-67 se cometieran demasías alentadas por el caudillo. Todo lo contrario: Varela reprimía con pena de muerte los robos de los suyos; y no hay noticia de que aplicase a sus prisioneros el degüello, el cepo colombiano o les despellejara la planta de los pies, método corriente en los extranjeros «nacionales». Sus actos muestran un jefe caballeresco e hidalgo, adjetivos que no podrían aplicarse a quienes «aplaudieron precisamente por su forma» el asesinato a lanzazos del Chacho ya rendido y prisionero, y dispusieron la exhibición de su cabeza en lo alto de la pica de Olta como trofeo de aquella «guerra de policía».

«La historia para juzgar debe tener dos orejas» decía Rosas desde Southampton. No es buen método histórico recoger los infundios de los vencedores y los partes publicados en «*La Nación Argentina*» , para distribuir con ellos las valoraciones o condenas morales. El mismo día —21 de noviembre de 1867 — que Varela daba un bando en Tilcara castigando los robos con la pena capital,[4] el gobernador mitrista de Salta, Sixto Ovejero, denunciaba al vicepresidente Marcos Paz, la conducta de las tropas mitristas mandadas por Taboada que: «se han lanzado sobre las fronteras de esta provincia, no a prestarle protección, sino a saquear y robar, como lo hacen dondequiera que pisan».[5]

San Ignacio (1 de abril)

Pasaban los meses sin que llegase a Jáchal la noticia del pronunciamiento de Urquiza. El 4 de marzo, Varela adelanta una montonera con Eustaquio Medina, (éste sí era chileno) con el objeto de sublevar al Norte: vence al ex-gobernador de Catamarca, Melitón Córdoba, en *Tinogasta*, al tiempo que Varela, con el grueso de la tropas, busca reunirse en Chilecito con Aurelio Zalazar y en Salta con Aniceto Latorre.

Mitre había llegado a Rosario abandonando, con alegría no disimulada por los brasileños, la conducción de la guerra de la Triple Alianza. Paunero permanecía en Río Cuarto, atento a San Luis dominada por los Sáa y a Córdoba donde Simón Luengo —inspector de milicias— incitaba al gobernador Luque a salir de su complaciente neutralidad y tomar parte más decidida en la revolución federal.

Por un momento Mitre quiso ponerse al frente del ejército nacional, pero el recuerdo de Sierra Chica, Cepeda y Curupayty prevaleció en el estado mayor porteño y consiguieron disuadirlo. Se dispuso el armamento de los ejércitos del *Oeste* (Paunero), *Noroeste* (Taboada) y *Norte* (Navarro), que operarían desde Río Cuarto y Catamarca contra los revolucionarios. Mientras el ministro de Guerra y Marina, Julián Martínez, esperaba aquietar a Córdoba con su presencia.

La vanguardia del ejército del *Oeste*, mandado por Arredondo, consiguió batir a Sáa en el paso de San Ignacio sobre el río Quinto; la derrota deshizo totalmente a los colorados cuyanos. Quedaba solamente en pie la montonera de Varela que se dirigía de Chi-lecito a Salta, tratando de juntarse con el general salteño Aniceto Latorre pronunciado por los federales.

El Pozo de Vargas (10 de abril)

Taboada con el ejército del *Noroeste* considerablemente reforzado con una excelente infantería y artillería, entró a La Rioja en los primeros días de abril aprovechando la ausencia de Zalazar en Los Llanos. Obligó a Varela a volver al Sur para librar la capital de la provincia de los *nacionales*. Al frente de los batallones de su montonera iban sus famosos capitanes, Santos Guayama, Severo Chumbita, Eustaquio Medina y Sebastián Elizondo. El 9 de abril, en plena marcha, Varela invitó caballerescamente a Taboada «a decidir la suerte y el derecho de ambos ejércitos» en un combate fuera de la ciudad «a fin de evitar que esa sociedad infeliz sea víctima de los horrores consiguientes de la guerra, y el teatro de los excesos que ni yo ni V. S. podremos evitar». El *bandolero de los mitristas*, Taboada, debía señalar el sitio de la medieval liza «por lo menos a tres leguas del éjido».

El general de los nacionales coloca su ejército en el Pozo de Vargas, camino de La Rioja a Catamarca, por donde venía la monto ñera. El sitio fue elegido con habilidad porque los federales llegarían a mediodía del 10, fatigados y sedientos por una marcha cansadora. Taboada les dejará el jagüel de Vargas como cebo, disimulando en su torno los cañones y rifles: sus soldados eran menos que los de Varela, pero la superioridad de armamentos y posición le daba las ventajas. Varela no debió arriesgar a sus guerrilleros en una batalla frontal con desigualdad de armas y con su caballería fatigada; pero estaba en juego la reconquista de La Rioja y no lo pensó mucho. Con razón pudo proclamar a sus tropas el general mitrista como dice la tradición: ¡*Si no gano esta guerra, no cargo espada*!

Ocurriría lo previsto. La montonera se arrojó sedienta sobre el pozo, y fue recibida por el fuego de los *nacionales*. En torno al jagüel de Vargas se riñó la

batalla más sangrienta de nuestras guerras civiles; entre mediodía y el anochecer se sucedieron las cargas contra la imbatible posición de los artilleros y rifleros de Taboada. Los inútiles «bocones» fueron dejados de lado, y los montoneros al compás de su *zamba* heroica (que apropiada por los vencedores se llamaría desde entonces *zamba de Vargas*) se estrellaron con sus lanzas contra los parapetos enemigos. Tiempo después, en los altos de sus marchas, los sobrevivientes cantarían en sus fogones la «otra letra» de la zamba de Vargas:

«Los nacionales vienen.

¡Pozo de Vargas!

Tienen fusiles y

tienen las uñas largas.

¡Lanzas contra fusiles!

¡Pobre Varela!

¡Qué bien pelean sus tropas

en la humareda!».

Siete horas disputan encarnizadamente la victoria imposible. Varela, siempre el primero en cargar, cayó con su caballo agotado junto al pozo. Ocurrió entonces otro episodio de leyenda en esa guerra romancesca. Una de las tantas mujeres que seguía a los federales —y hacían de enfermeras, cantineras, amantes, o cargaban la lanza cuando las cosas apretaban— se arrojó con su caballo en medio de la refriega para salvar al jefe. Se llamaba Dolores Díaz y le decían *La Tigra*. En ancas de *La Tigra* el viejo caudillo escapó a la muerte.

Al atardecer de ese día de otoño se dieron las últimas y desesperadas cargas. Con ese desastre se hundía toda esperanza federal. Apenas con un puñado de sobrevivientes, Varela dio orden de retirada: «¡*Otra cosa seria armas iguales*!» dice la letra riojana de la zamba de Vargas que fueron sus palabras de despecho al volver bridas.

La retirada se hizo en orden: no estaba tampoco Taboada en condiciones de perseguir a los vencidos. Pero del ejército formado en Jáchal, apenas quedaban ciento ochenta hombres la noche de ese trágico 10 de abril de 1867: se habían perdido casi todos los efectivos, los «bocones» y la banda de música.[6]

Pero quedó Felipe Varela en ancas de *La Tigra*, y la guerra no ha concluido.[7]

CAPITULO 36

EL FINAL DE LAS MONTONERAS

Revolución federal en Córdoba (16 de agosto de 1867)

Las victorias de los ejércitos nacionales en San Ignacio y Pozo de Vargas (el 1 y 10 de abril de 1867) contra los federales fueron agitadas por la prensa mitrista como la imposición definitiva de la «*libertad*» contra la «*barbarie*». Es cierto que Sáa y Videla habían sido destruidos en San Ignacio y los restos de sus tropas se apretaban en los pasos de la cordillera para escapar a la venganza; pero todavía quedaba Felipe Varela con un puñado de sobrevivientes a su alrededor y un corazón más grande que los Andes en el pecho.

Ocurre, después, el gesto tardío de Simón Luengo en Córdoba. Gobernaoa la provincia el doctor Mateo Luque, federal y simpatizante con la revolución, a la que había ayudado bajo cuerda. Pero Luque quiere pronunciarse abiertamente sin recibir órdenes de Urquiza y ha acatado —en apariencia— al ministro de Guerra, Julián Martínez, instalado en Córdoba desde el mes de enero. Ha facilitado contingentes a Paunero, pero los tiene comprometidos a sublevarse y apresar al jefe mitrista si Urquiza, como jefe del partido federal, se decide a pronunciarse. Antes de la derrota de San Ignacio, Felipe Sáa escribía a Carlos Juan Rodríguez en Mendoza, el 27 de enero:

«Si ha llegado a tu conocimiento el decreto del gobierno de Córdoba [de convocatoria de contingentes], no te alarmes porque esas fuerzas serán las que darán el último golpe, si es que [Paunero] sale del lazo que le tenemos tendido. La situación de él es desesperante: en sus mismas fuerzas tiene sus principales enemigos. Te adjunto la que dirige Paunero a Marcos Paz [vicepresidente en ejercicio de la República] tomadas ayer 22. Por ellas verás que todo lo espera de Córdoba, sin conocer el infeliz que esa provincia le es del todo adversa. Por eso es que te repito que no te alarmes del gobierno cordobés sobre movilización de fuerzas, etc.»[1].

Los contingentes cordobeses, reclutados en apariencia para combatir la revolución, daban vítores que alarmaban al ministro de Guerra: «¡Vivan los generales Varela y Sáa! ¡Muera Mitre! ¡Mueran los porteños! ¡Viva el Paraguay!». El gobernador Luque se los explicaba por el estado de conmoción de la masa

popular, pero habrían de cesar apenas los «voluntarios» fueran incorporados al ejército de Paunero. El 16 de febrero los gritos arrecian más que nunca y algunos entusiastas tirotearon a los jefes y oficiales que los instruían.

En abril llega a Córdoba la noticia de las derrotas de San Ignacio y Pozo de Vargas. Todo parece perdido, y el gobernador Luque hace manifestaciones de lealtad a Mitre. Explica a sus correligionarios —entre ellos a Luengo, inspector general de milicias provinciales— que se encuentra obligado a proceder así por cuanto «el general [Urquiza] no ha dispuesto la revolución». El 15 de agosto deja la ciudad, invitado por Mitre a ir a Buenos Aires.[2]

Luengo, que tenía pocas esperanzas en Urquiza, no quiere que los milicianos cordobeses se incorporen al ejército mitrista. Al día siguiente, 16 de agosto, proclama a los «voluntarios» y a la cabeza de ellos aprisiona al gobernador delegado, Carlos Rojas, al ministro de guerra, Martínez, y al juez federal, doctor Laspiur. Asume la gobernación de Córdoba y desconoce la autoridad nacional de Mitre.

Poco durará la revolución de Córdoba: Nicasio Oroño, gobernador de Santa Fe, avanza contra la ciudad mediterránea al frente de 2800 hombres de infantería y caballería, mientras el general Conesa, con la división Buenos Aires se mueve desde Villa Nueva. El gobernador Luque desautoriza a Luengo que debe capitular el 28 de agosto ante Conesa.[3]

Felipe Varela en Jáchal (abril a julio)

El Quijote de los Andes no ha terminado la lucha. Tras la derrota de Vargas ha marchado a Jáchal donde los nacionales acaban de fusilar al gobernador federal de San Juan, coronel José Bernardo Molina, y a su jefe de policía, coronel José María Belomo, apresados al escapar a Chile. El 21 de abril, entre el repique de las campanas y el júbilo de los jachaleros, los 180 hombres de Varela entran en Jáchal poniendo en fuga a Francisco Aguilar, jefe mitrista.

Varela aumenta sus fuerzas. Pero jaqueado por tres ejércitos mitristas —Paunero, Taboada y Navarro— debe dejar la villa escondiéndose en la cordillera. Allí es imbatible porque conoce palma a palmo la tierra fragosa, mientras las divisiones nacionales no encuentran baqueanos para guiarlos. Ninguno sabe dónde se esconde la montonera que puede caer por sorpresa en los puntos más inesperados. Eso le ocurre a Paunero en *Las Bateas*, el 5 de junio, y once días después —nadie ha sabido jamás por qué escondidas sendas cordilleranas hizo la

travesía— Varela desbarata más allá de la quebrada de *Miranda* al coronel José María Linares. Como un puma perseguido por los cazadores, Varela se desliza entre sus enemigos en movimientos rapidísimos. No se sabe dónde está: si en Guandacol, en Jáchal, en Chilecito, o ha ganado la puna de Atacama, entonces perteneciente a Bolivia. Diríase que al mismo tiempo está en todas partes: desde Antofagasta escribe al general salteño Aniceto Latorre el mismo 16 de agosto de la revolución de Luengo en Córdoba, para invitarlo a plegarse a los revolucionarios: «El poder del enemigo no está fuerte; con un pequeño esfuerzo de los hijos de la patria todavía se salvará nuestro país».

Toma de Salta (10 de octubre)

Mientras Taboada lo busca por La Rioja (que estuvo once días de junio en poder del legendario Aurelio Zalazar, el invisible jefe de Chilecito), Paunero se rehace de su derrota en San Juan y Navarro lo cree en Catamarca. Varela inesperadamente baja de la cordillera frente a Salta con mil guerrilleros. Esquiva las divisiones de Navarro que corren a barrerle el paso, y al galope se dirige contra la ciudad. Se encuentra frente a ella el 10 de octubre. «Al ir a aquella ciudad [Salta] —escribe Varela— no me llevó el ánimo de ir a apoderarme de un pueblo sin objeto alguno, no. Marchaba en busca de pertrechos bélicos porque era todo cuanto necesitaba para triunfar de los enemigos que me amenazaban, y obtener una posición ventajosa sobre el poder de Mitre».[4]

Mucho y malo se ha escrito de la toma de Salta por Varela. Los cronistas oficiales se han desatado con los habituales adjetivos, y una información sumaria del gobierno provincial dejó constancia de los horrores del combate y el saqueo consiguiente. Pero un análisis imparcial permite restar mucho.

Por lo pronto Varela no fue el culpable del combate. La ciudad no estaba en condiciones de resistirle cuando se supo la inminente llegada de la montonera. El gobernador, Sixto Ovejero, dispuso la resistencia armando a la clase principal, «pues el enemigo que halaga siempre a las masas… encuentra prosélitos entre quienes no abrigan un corazón honrado».[5] Consiguió reunir trescientos «vecinos honrados» que ordenó en barricadas y trincheras alrededor de la ciudad. Como el ejército de Navarro estaba cerca, Ovejero creyó que Varela no se atrevería a atacar; con mayor razón, por cuanto los fusiles de la montonera no pasaban de 40, mientras los defensores tenían 225 entre escopetas y rifles.

Ovejero valoró demasiado el poder de los fusiles. A la invitación de Varela para dejarle entrar «dentro de una hora» en la ciudad para tomar los seis cañones y

los fusiles que había en ella «en servicio de la libertad de mi patria, y deseoso de evitar a la población la desastrosa consecuencia de la guerra», mandó responder gallardamente con una descarga de los rifleros. El montonero ordenó el ataque y a punta de lanza los federales se cargaron la resistencia que escasamente pudo sostener cuarenta minutos, tras los cuales el gobernador y los dispersos buscaron el asilo del templo de San Francisco.[6] Cerca de 300 caídos dieron cuenta del disputado combate.

Saqueo de Salta

El parte del jefe de Estado Mayor de la plaza, J. Martín Leguizamón, los informes del gobernador Ovejero y el sumario instruido después de la retirada de los montoneros, son tremendos capítulos de cargo contra Varela. En ellos se ha basado la leyenda.

«Lo que vino después [de la toma de la ciudad] —dice Leguizamón—, es el caso más espantoso: las sombras de la muerte cubrieron este infortunado pueblo por espacio de más de una hora. Nada respetó el enemigo: templos, oficinas públicas, casas de negocios y de particulares fueron saqueados y hollados bárbaramente del modo más espantoso y feroz».[7] «Ya no era posible resistir más —escribe Ovejero a Buenos Aires—, y una a una fueron cayendo todas [las trincheras] en poder del enemigo, que ocupó la plaza en el mismo momento, salvándose nuestros valientes con fuegos de retirada hasta que consiguieron introducirse en el convento de San Francisco, donde habríamos sido víctimas de su ferocidad, como lo fueron otros en las calles a no mediar los religiosos ante la insaciable rapacidad de estos bandidos… Una hora escasa han ocupado la capital, y los estragos y saqueos que en ella han perpetrado rayan en los límites de lo imposible».[8] En el sumario declaran vecinos y comerciantes por saqueos de los negocios y violaciones de domicilios.

Pongamos un poco de criterio al apreciar estos documentos. Como lo reconocen Leguizamón y Ovejero, Salta estuvo «solamente una hora» en poder de los federales, y en ese tiempo no pueden cometerse muchos desmanes. En el expediente, los vecinos y comerciantes declaran «de oídas», y solamente uno atestigua el saqueo de su propia tienda: dice que le llevaron «un caballo», lo que no parece un desmán «que raye en los límites de lo imposible». Miguel Tedín contó en 1918 sus recuerdos juveniles de la entrada de los montoneros: se encontraba en la casa de la señora Güemes de Estrada «cuando se presentó un soldado de aspecto feroz armado de una carabina y pidió dinero. No me mate que soy la hija del general Güemes, le dijo la dueña de la casa. Este nombre pareció impresionarle, y

bajando el arma le pidió que le entregara un par de botas, lo que realizó la señora».[9] ¡Notable saqueador, que se impresiona con un nombre histórico y sale pidiendo un par de botas!

En cuanto a las violaciones de templos, son figuras literarias de Leguizamón, porque no ocurrieron: el gobernador Ovejero dice haberse asilado en San Francisco, donde fue defendido por «los religiosos ante la insaciable rapacidad de estos bandidos». ¡Curiosos bandidos, impotentes ante la puerta de un convento defendida por las palabras de unos frailes! Nadie entró en San Francisco, ni en iglesia alguna. Varela había ordenado el apresamiento de Ovejero «como responsable de la sangre vertida», y al saber que el gobernador y los defensores de la ciudad estaban refugiados en el convento, y los frailes se negaban a entregarlos a los federales, mandó llamar a éstos a su campamento de la Cruz —no entró a la ciudad— para explicarles que el asilo eclesiástico no amparaba a los guerreros vencidos, ni se podían esconder allí las armas salvadas de la derrota. Como los frailes no se dieran por convencidos,

Varela se desahogó «diciéndoles muchas barbaridades». Pero nada más: los devolvió al convento y ordenó a los suyos que respetaran el recinto.[10]

Fuera del apoderamieto de algunos fusiles —menos los escondidos por los defensores en San Francisco, con evidente violación de las leyes de guerra— y el apresamiento de los seis cañones de la plaza, no parece que el decantado saqueo pasase de algunos caballos, unas botas y artículos alimenticios. Si hubo otros latrocinios, los saqueados olvidaron hacerlos constar en el sumario. Solamente se traduce en él que hubo un gran susto de todos —pues se esperaban asesinatos, violaciones e incendios— , y ese temor creó la leyenda de las atrocidades.

Apenas retirados los cañones, Varela ordenó el repliegue; Navarro estaba cerca, y había sido en las propias barbas del general mitrista que el montonero se había apoderado de Salta. Esa misma noche llegó Navarro a Salta, pero ya los federales iban camino de Jujuy. Entraron en Jujuy donde no hubo «saqueo» porque las autoridades se allanaron a la intimidación de entregar la ciudad. En la quebrada de Humahuaca la montonera no tenía otro camino que el de Bolivia. Navarro, con prudencia, seguía sus pasos, cortándoles la retirada al sur. En noviembre, la montonera llegó a la frontera: fue desarmada por el gobierno boliviano y su jefe siguió a Potosí donde escribiría un folleto *Manifiesto a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867*, en contestación a las calumnias que le lanzaban los diarios del mitrismo.[11]

Vuelve la montonera (diciembre de 1868)

Con el exilio de Varela en noviembre de 1867, y el fracaso de otra revolución intentada en Córdoba la noche del 18 al 19 de febrero de 1868 por Simón Luengo y el ex-gobernador «chachista» Pío de Achával que la dirigieron desde la cárcel (y cuyo único resultado fue la fuga de Luengo), la sublevación de las provincias parecía extinguida. Solamente Aurelio Zalazar con sus inen-contrables montoneros quedaba en La Rioja: por momentos se lo vé en Los Llanos, horas después se lo siente en Chilecito. Contra el invisible guerrillero marcha Navarro, después de saber a Varela en Bolivia y hacerlo vigilar por Julio Argentino Roca, entonces simple mayor, desde Salta.

En setiembre de 1868, Mitre está próximo a terminar su gobierno; ha ganado las elecciones Sarmiento como candidato opositor. Si bien es el culpable máximo de la muerte del Chacho, o tal vez por eso, Urquiza le ha dado su apoyo electoral. Como Sarmiento es provinciano por el lugar de su nacimiento —aunque nada más que por ese accidente natal—, se espera un gobierno favorable para el interior. Zalazar cree inútil seguir la lucha. Se ha dictado la amnistía y amparándose en ella se entrega a Navarro el 24 de setiembre. Será fusilado «pues no puede darse categoría de revolucionarios a bandoleros y asesinos», dice el juez federal que le niega el amparo.

El fusilamiento de Zalazar produce la indignación de Varela. Deslizándose subrepticiamente desde Potosí a Antofagasta de la Sierra, recoge a algunos dispersos de su montonera. El día de Navidad de 1868 se lanza por segunda vez a la guerra: es apenas un puñado de hombres sin fusiles que no llegan a cien, pero tienen caballos y lanzas, y con un poco de suerte podrán galoparse los contrafuertes andinos al grito absurdo de ¡*Viva el General Urquiza y mueran los salvajes*! Asomará otra vez el estandarte punzó en la puna de Atacama, pero por pocos días: el mayor Roca, que está en Salta al frente del 7.º de línea destaca al teniente Pedro Corvalán para cerrarle el paso de las Salinas; el 12 de enero Varela será batido definitivamente en *Pastos Grandes* al querer forzar el paso.

No puede volver a Bolivia, cuya neutralidad ha violado, y toma el camino de Chile. Produce conmoción su llegada, dada la fama del montonero, y se manda al norte un buque de guerra con tropas de desembarco para desarmar a los guerrilleros. Solamente encuentran a un anciano enfermo de tuberculosis en avanzado estado, y dos docenas de gauchos famélicos. Les quitan los caballos y los cuchillos que enarbolan en lo alto de un palo. A Varela lo dejan postrado en Copiapó.

Moriría el 4 de junio de 1870 en Ñantoco, cerca de Copiapó. Dos días

después era enterrado en el cementerio de Tierra Amarilla, en una modesta fosa costeada por sus últimos compañeros. Inútilmente, según la tradición, se pidió la ayuda de Urquiza. El jefe del partido federal estaba en esos momentos muy ocupado agasajando a Sarmiento en su palacio de Entre Ríos.[12]

VII

EXTERMINIO

CAPITULO 37

SE REANUDA LA GUERRA EN PARAGUAY

Consecuencias de Curupayty

Después del desastre del 22 de setiembre de 1866, siguió un período de inmovilidad bélica largo tiempo prolongado (prácticamente hasta noviembre de 1867) a la espera de que los efectivos aliados remontasen las cuantiosas pérdidas. ¿Por qué no atacó López a los desmoralizados generales de la Triple Alianza? Era el momento más oportuno de toda la campaña, y no atinó a aprovecharlo. Tal vez el mal resultado de su ataque a Tuyuty en mayo del 66, le hizo descreer en una ofensiva. Pero la permanente defensiva no podía conducir a nada. Algún día la escuadra brasileña habría de forzar el paso de Humaitá, y entonces Asunción quedaría a merced de los enemigos.

Todos los males se hablan cernido sobre los campamentos de ambos contendientes en esa larga pausa de Curupayty. El fantasma del cólera, producido por la mala alimentación y la vida en los pantanos, llevaba diariamente un buen caudal de vidas; la indisciplina y la deserción eran constantes entre los aliados. López cubría sus bajas con recluta de niños y ancianos, y los brasileños procedían a la leva de esclavos en cantidades. Inútilmente clamaban algunos periódicos brasileños —también había neutralistas en el Imperio— que los cafetales de San Pablo se quedaban sin brazos serviles, y la hecatombe de los esteros paraguayos significaría más tarde o más temprano la ruina económica y social del Imperio.

Solamente de Brasil llegaban refuerzos al campamento de Tuyuty en forma de esclavos «liberados» por el gobierno a tres mil francos por negro.[1] Del Estado Oriental no llegaba nadie y su escasa fuerza inicial reducida a ochocientos hombres en setiembre de 1866, no pasaba de trescientos al año siguiente; los demás habían muerto, o desertado, o vuelto a su tierra. La revolución federal en la Argentina detuvo el flujo de voluntarios, que no se reanudaría nunca más. Había en la Argentina un cansancio total por la guerra, que en adelante la haría Brasil, casi solo, a costa de desangrarse y arruinarse.

En setiembre de 1866, Venancio Flores se había vuelto a Montevideo y ya no volvería. Estaba cumplida su deuda con quienes le dieron el gobierno con esos quince meses de campaña. El 9 de febrero (1867), Mitre dejó el campamento

llamado por la insurrección de las montoneras y en su reemplazo Caxias asumió el comando en jefe; Tamandaré fue reemplazado por José Joaquín Inácio, pues en Río de Janeiro no estaban satisfechos por sus disculpas al no *descangalhar em duas horas* las defensas de Curupayty aquel trágico 22 de setiembre. La ausencia de Mitre será aprovechada por Caxias para avanzar sobre el ala derecha y situarse en *Tuyu-Cué* donde quedó instalado el cuartel general. Allí lo encontraría Mitre al regresar de la Argentina el 31 de julio, y retomar el mando en jefe. Por cinco escasos meses, durante los cuales sufrirían los aliados otra derrota el 3 de noviembre.

Los Estados americanos se solidarizan con Paraguay

Al conocerse en 1866 por una publicación del gobierno inglés, el tratado «secreto», una ola de indignación corrió por el continente; quedó claro que el propósito de los vencedores era repartirse los despojos del Paraguay. Desde Chile, Bolivia, Perú y Ecuador se hizo llegar —el 9 de julio— la protesta por el atropello: se comparaba la conducta de los «aliados» contra Paraguay con los franceses en México, y los españoles en Santo Domingo y el Pacífico. El reciente triunfo de los antiesclavistas en la guerra de secesión norteamericana puso la opinión estadounidenses contra «el imperio esclavista y sus auxiliares». Haciéndose eco de ello la Cámara de Representantes de Washington votaba el 17 de diciembre una recomendación de «buenos oficios para terminar esa guerra», que el presidente Johnson encomendó a sus diplomáticos en Río de Janeiro, Buenos Aires y Asunción. Pero la gestión se esterilizaría, como dice Caries Pereyra, «porque los Estados Unidos no podían dejar de hacer una *yancada*. Washburn, ministro en Asunción, sacando los pies del plato se dirigió al jefe de las fuerzas brasileñas y le dijo media docena de verdades muy amargas, muy antidiplomáticas y muy injustas. Amargas, porque eran verdades; antidiplomáticas, porque no tenía instrucciones de su gobierno para obrar como obraba, e injustas porque todo lo que el buen Washburn decía a Brasil era gratuitamente ofensivo de parte de los Estados Unidos, cuya política invariable ha sido precisamente la misma que Washburn reprochaba a Brasil».[2]

Tras los bastidores se encontraba —¡cuándo no!— la diplomacia inglesa. Sus representantes habían sido quienes anudaron la alianza en 1864 y lanzaron a Brasil y a la Argentina en el conflicto.[3] Pero Inglaterra no quería el aniquilamiento de Paraguay ni su reparto: le bastaba con derrocar a López, arrasar la fortaleza de Humaitá que «impedía la libre navegación», demoler los altos hornos de Ibicuy y la fundición de Asunción en nombre de la «libre empresa», y dejar en un Paraguay liberado, agrícola y democrático, un gobierno dócil de abogados a sueldo y *clubmen* amables. A su juicio la guerra debió terminarse como lo había querido

López en Yatayty Corá: con su renuncia del gobierno y el retiro consiguiente de los invasores. Después, los diplomáticos británicos convencerían a los nuevos gobernantes paraguayos de la demolición de Humaitá, el libre comercio y el aniquilamiento de las industrias.[4] Por eso había publicado Russell el texto del tratado de alianza en marzo de 1866, apenas Paraguay entró en la defensiva.

Pero Pedro II no quería ningún arreglo que no fuese la victoria completa de Brasil. Necesitaba una victoria militar, que ni Mitre ni sus mariscales o almirantes le habían traído. La política de Caseros y Paysandú debía terminar otra vez con el desfile algún 20 de febrero de las tropas imperiales por las calles de Asunción; iba en juego la «hegemonía continental», o por lo menos el fantasma de esa hegemonía. El vizconde de Rió Branco informó en Río de Janeiro a los ingleses que *ñão podía arranjarse nada* fuera del triunfo aunque Brasil saliera herido de muerte, y el canciller argentino, Elizalde —«yerno de Brasil» lo llama Pereyra[5]— seguiría sus pasos, aunque también el mitrismo quedase herido de muerte en los pantanos paraguayos.

La escuadra imperial

La guerra contra Paraguay fue hecha por el Imperio con dos auxiliares extranacionales, Mitre y Flores. En 1865 se conservaron las apariencias de una Triple Alianza con un tratado formal entre naciones soberanas, y hasta quien no era brasileño fue colocado al frente del ejército. Pero después de Curupayty no había para qué conservar la máscara, sobre todo porque la jefatura de Mitre costaba muy cara. La guerra sería desde entonces —y más, después del desastre de *Tuyú-Cué* en noviembre de 1867, que significaría el definitivo licénciamiento de Mitre con el pretexto de tener que asumir una presidencia *in extremis* en Buenos Aires— una guerra brasileña. «Mitre, jefe nominal del ejército —escribe después de Curupayty Natalicio Talavera, corresponsal de guerra de *La Semana* de Asunción— está haciendo el papel más ridículo posible: no solamente dejan de obedecerle los brasileños, sino las mismas tropas argentinas que están bajo su inmediata dirección. Polidoro, Tamandaré, Porto Alegre, no quieren saber nada de Mitre, a quien desprecian altamente».[6] *Le Courrier de la Plata*, órgano de la colectividad francesa en Buenos Aires, denunciaba el papel «ridículo, torpe y odioso» que hacía la Argentina en «la guerra ahora solamente brasileña»: «*ridículo*, porque se ha colocado en una posición secundaria, que no le conviene respecto al Brasil; *torpe*, porque contribuye a destruir el baluarte que la protegía al norte contra las invasiones brasileñas, y *odioso* porque coopera para degollar a un pueblo que tiene su sangre y su misma forma de gobierno».[7]

Todo el secreto de la victoria brasileña estaba en el forzamiento del Humaitá por la escuadra y dejar practicable el río para el bombardeo de Asunción. El imperio no había querido arriesgar sus acorazados, demasiado costosos, y había preferido que murieran los esclavos negros y los «voluntarios» argentinos en las operaciones terrestres dirigidas por Mitre. Hasta que se convencieron en setiembre de 1866 que por ese procedimiento la guerra se hacía interminable.

Los pocos navíos paraguayos habían sido destruidos en *Riachuelo* en los momentos iniciales del conflicto: por lo tanto, no habría batallas navales sino forzamiento de pasos fortificados. No era muy arriesgado, pero era necesario jugar la escuadra, y Tamandaré —tan intrépido frente a Paysandú— resultó prudente ante Curupayty y Humaitá. No le gustaba nada una hilera de cuerpos extraños sumergidos a escasa profundidad que cruzaban de una banda a otra y los suponían poderosas minas prontas para *hacer saltar per los ares* a sus buques. Resultaron ser damajuanas.

Tras un intento heroico y fracasado de algunos paraguayos —con el comandante Molas y el capitán Genes— de abordar a los acorazados con botes «suicidas», Inácio consiguió el 17 de agosto forzar el paso de *Curupayty*. Lo favorecía que el general Díaz, el héroe paraguayo, había muerto en febrero víctima de su temerario arrojo mientras desde una canoa y en medio del río observaba los movimientos de la escuadra. Pero si el bravo almirante había doblegado a Curupayty, no se atrevió contra Humaitá y quedó otra vez en mitad del río.

Vuelve Mitre: derrota de Tuyú-Cué (3 de noviembre de 1867)

Durante la ausencia de Mitre (febrero a 31 de julio de 1867). Caxias había avanzado hasta Tuyú-Cué, que el 31 de julio caía en su poder; esa tarde llegaba Mitre para asumir el cargo que le correspondía por tratado de la Triple Alianza.

No obstante la epidemia de cólera y las deserciones, el ejército se encontraba más fuerte que nunca debido a los contingentes de esclavos traídos de San Pablo. El Imperio, dispuesto a apurar las cosas antes de que la diplomacia salvara a Paraguay, había contratado un empréstito que le produjo 91 millones de patacones (pero debió comprometerse a devolver 125); el quebranto del 34 por ciento demostraba que el crédito imperial andaba por los suelos. Podía consolarse, que peor andaba el argentino, pues los agentes de Mitre nada conseguían. Los 91 millones se tradujeron en armas, cañones y esclavos para la ofensa final. En Tuyú-Cué había 50 000 soldados, casi todos brasileños y un cuantioso material de guerra.

Desdichadamente Mitre también se encontraba en el campamento como un presente griego: la conducción del generalísimo porteño era lo mejor que podría ocurrirles a los paraguayos. Llegó de Rosario convencido más que nunca de sus condiciones militares: había estudiado estrategia en su viaje y analizado las maniobras envolventes de Federico II.

El 3 de noviembre ocurre el ataque de Tuyú-Cué (también llamada segunda batalla de Tuyuty). Ocho mil paraguayos acometen a cincuenta mil aliados: «La batalla fue tremenda —escribe Blanco Fombona—, aunque los paraguayos eran menos de la sexta parte del enemigo, Mitre quedó en derrota. El campamento fue incendiado. Artillería, municiones de guerra y boca, mulas, tiendas, carros, todo cayó en poder de los paraguayos. Mitre perdió hasta su correspondencia. Aquella derrota y aquella carrera son indefendibles, pues de su inmenso ejército, atacado sólo por una legión de héroes, había tenido Mitre apenas dos mil bajas»[8].

El general en jefe se refugió en su antiguo campamento de Tuyuty. La operación había sido para apoderarse de las armas brasileñas puestas bajo la custodia de Mitre: los paraguayos se retiraron apenas cumplida y eso le permitiría a Mitre, acordándose de Pavón, atribuirse la victoria. Pero «ya le fue imposible a Mitre, de todo punto imposible, seguir al frente del ejército —comenta Blanco Fombona—; nada podía sostener su autoridad». En enero de 1868 lo obligaron a volverse a Buenos Aires pretextando la muerte del vicepresidente Marcos Paz. Sería recibido en triunfo por sus partidarios, pues *La Nación Argentina* batía palmas al descalabro de Tuyú-Cué y a su héroe. Diría Mitre su acostumbrada frase heroica (como al llegar a Buenos Aires después de la disparada de Cepeda, exclamó impertérrito: «Aquí os traigo intactas vuestras legiones», y tras la corrida que le dio Calfucurá en Sierra Chica, aseguraría que «el desierto es inconquistable»): «Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptos en sus banderas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado para mayor gloria y felicidad de los hombres».

Habíamos aniquilado —o contribuido a aniquilar— a un pueblo hermano, para enseñarle las ventajas que en economía política tiene el libre cambio. Hacíamos una guerra aniquiladora para quitarle lo que ganaba una tejedora de ñanduty, y dárselo a las hilanderías de Manchester o Birmingham.[9]

CAPITULO 38

LA GUERRA SIN MITRE

Humaitá (19 de febrero de 1868)

Marcos Paz, vicepresidente de la República Argentina, había muerto en Buenos Aires por la epidemia de cólera que traída del frente de guerra, se propagó como una maldición durante el verano de 1867-68. La verdad es que los brasileños —dueños casi únicos de la guerra, pues solamente del Imperio llegaban refuerzos y armas— se pusieron serios con Mitre después del feo desastre de Tuyú-Cué y le impusieron volverse a Buenos Aires. Constitucionalmente no era necesaria su presencia, no obstante la muerte de Paz, porque el gabinete desempeñaba sus funciones (no había ley de acefalía) y faltaban escasamente ocho meses para la conclusión del período presidencial. Pero Brasil quería apresurar la conclusión de la guerra.

Alejado Mitre (para no volver más), las perspectivas fueron más risueñas para Brasil: Caxias volvió a tomar el mando en jefe. Tal vez no había leído a Federico II, pero llevaba a Mitre la ventaja de ganar batallas.

Sin el general en jefe todo resultaría fácil. El 19 de enero el almirante Inácio fuerza el paso de *Humaitá*; el 24 dos monitores brasileños llegan hasta Asunción y bombardean la capital paraguaya. Dominado el río por los brasileños, no le era posible al mariscal mantener las fortificaciones de Humaitá y Curupayty, y el 10 de marzo hizo el repliegue del grueso de su ejército por el camino del Chaco. Apenas dejó cuatro mil hombres de Humaitá para cubrir la retirada. En canoás, chatas y jangadas, los diezmados paraguayos que han defendido hasta más allá del heroísmo la línea de Curupayty y Humaitá, cruzan el río Paraguay, y por el Chaco toman rumbo norte: en Monte Lindo vuelven a atravesar el río y acampan finalmente en San Fernando. Esa operación resulta un alarde de conducción y valor: es todo un ejército con sus bagajes y armas, heridos y enfermos, evacuando una posición comprometida y en presencia del enemigo. Dos veces cruzaron el río sin que «la escuadra de Brasil se diera por enterada de la doble y audaz maniobra», dice Bray.[1]

El coronel Martínez quedó en Humaitá como cebo para inmovilizar al ejército aliado. Pero ya la fortaleza inexpugnable carecía de objeto. En julio recibe

la orden de abandonarla con sus pocos efectivos clavando los 180 cañones que no pueden transportarse. Pero el impaciente mariscal Osorio quiere darse la satisfacción de tomarla por las armas y ataca con 8000 soldados. Martínez hará en Humaitá y con Osorio la misma defensa de Díaz en Curupayty y ante Mitre: lo deja acercar hasta las primeras líneas y allí lo envuelve en la metralla de su fuego de artillería. Muy cara pagaría Osorio la pretensión de entrar en *Humaitá* tras un ataque; finalmente se vio obligado a desistir y ordenar la retirada. Fue Humaitá la última gran victoria paraguaya. Pero más afortunado que Mitre, Osorio ha dado a tiempo la orden de retirada y consigue salvar gran parte de sus efectivos. Los *cambá* (negros brasileños) entrarían en Humaitá y en Curupayty solamente después de que el último paraguayo las hubiera evacuado el 24 de julio. El 23 a la noche, Martínez ha hecho salir por el río a los efectivos postreros, hombres y mujeres. El 24 al amanecer los brasileños izan la bandera imperial en la ya legendaria fortaleza; poco antes lo habían hecho en Curupayty. No es feliz la retirada de Martínez a través del Chaco. Los heroicos defensores de la fortaleza han debido sacrificarse para proteger el repliegue del grueso del ejército; van por el Chaco hostilizados por fuerzas muy superiores, ametrallados desde el río por la escuadra. Inácio y Osorio quisieran vengar en Martínez el respeto que le han tenido a Humaitá durante tres años. Finalmente la diezmada guarnición queda encerrada en *Isla Poi*; logra resistir durante diez días y debe rendirse agobiada por el hambre y el número. Se rinden así los últimos paraguayos que quedaban en ese teatro de guerra. Conmovido, el general Gelly y Obes, hace desfilar a los nuestros «ante los grandes héroes de la epopeya americana». Hermoso ejemplo que nos debe llenar de orgullo.

El «soldado de la gloria y el infortunio»[2].

Un paraguayo no puede rendirse, aunque la inanición le impida moverse y la falta de municiones no le permita contestar el fuego enemigo. Solano López, ya convertido en el frenético «soldado de la gloria y el infortunio» que dice Bray, es implacable con quienes no demuestran tener su mismo temple. Es imposible ganar la guerra y no han sido prósperas las gestiones de una paz honrosa. Por lo tanto el solo camino que queda a los paraguayos es la muerte; dar al mundo una lección de coraje guaraní.

El coronel Martínez se había conducido como un héroe en su defensa de Humaitá y en su imposible retirada por el Chaco. Pero se había rendido. No importa que contara con mil doscientos hombres y mujeres sin más uniforme que un calzón desgarrado, un quepí, sin pólvora para su fusil de chispa, ni alimentos, frente a tropas veinte veces superiores. Pero el mariscal se había rendido y eso no le era permitido a un paraguayo; la palabra «rendición» había sido borrada del

léxico. López declara *traidor* al defensor de Humaitá.

Los tres años de guerra injusta y desproporcionada han hecho del atildado Francisco Solano una verdadera fiera: está resuelto a morir con su patria y no comprende ni perdona otra conducta. Ni a sus amigos ni a sus jefes más capaces ni a su misma madre y hermanos. Ante todo está Paraguay y por él sacrificará sus afectos más caros. No es la suya un conducta «humanitaria», seguro; pero López no es en aquella agonía un ser humano sometido a la moral corriente. Es el símbolo mismo de un Paraguay que quiere morir de pie; un jaguar de la selva acosado sin tregua por sus batidores.

En esa última etapa de la guerra nacerá la versión del *monstruo*, del *tirano sanguinario*, del *gran teratólogo*, que alimentaría medio siglo de liberalismo paraguayo. Se le imputaron hechos terribles y no todo fue leyenda urdida por el enemigo. Hay cosas que estremecen, pero pongámonos en la tierra y en el tiempo para juzgarlos; en ese Paraguay de fines de la guerra envuelto en un halo de tragedia. Pensemos en los miles de paraguayos muertos en los combates por defender su tierra o caídos de inanición o de peste en la retaguardia. Sólo así puede juzgarse ese conductor que no puede perdonar a quienes manifiestan flaqueza, hablen de rendirse o tengan simplemente otro pensamiento que no sea morir en la guerra. Para comprenderlo hay que tener un corazón como el de los paraguayos y un alma lacerada por la inminencia de la derrota de la patria. Porque ocurrirán ahora cosas espantosas: el fusilamiento del obispo Palacios, los azotes y el fusilamiento de la esposa de Martínez, la muerte de los hermanos de López, acusados de conspiración; la prisión y los azotes de sus hermanos y hasta de su misma madre. En la atmósfera de tragedia, se yergue la figura del mariscal implacable, convencido de que a los paraguayos, con él a la cabeza, sólo les queda disputar palmo a palmo el querido suelo y morir.

Lomas Valentinas (21 a 27 de diciembre)

López prepara la última defensa de Asunción. En Lomas Valentinas reúnese un nuevo ejército: llama a todos los paraguayos que puedan tenerse en pie con un fusil al hombro: niños, ancianos, heridos y enfermos que dejan los hospitales de sangre: una población famélica (no llegaban alimentos a la ciudad y la gente se moría de hambre en calles), sin edad ni sexo, se opondrían desesperadamente a la entrada de los enemigos a su capital.

Seis días duró la batalla, la más encarnizadamente disputada de la guerra. López manda en jefe, derrochando su valor temerario. No fue una batalla sino el

suicidio de un pueblo. El general Mac Mahon, ministro de los Estados Unidos y testigo presencial, describe la acción de Lomas Valentinas:

«Seis mil heridos, hombres y chiquillos, llegaron a ese campo de batalla el 21 de diciembre y lucharon como ningún otro pueblo ha luchado jamás por preservar a su país de la invasión y la conquista. También otros muchos se han fugado de las pocilgas que utilizaban los invasores como prisión y en cuyas manos habían caído. Y a la faz de todo esto, hay hombres aún aquí, en los Estados Unidos, que con toda seriedad nos dicen que los paraguayos hacen todo eso porque su jefe es un bárbaro y un monstruo de cuyas garras tratan de escapar y cuyo gobierno es un baldón para los tiempos que vivimos, y que esos benignos civilizadores de las naciones aliadas, con filantropía sin precedentes, gastan incontables millones para redimirnos de aquel baldón. Al pensar en esas cosas, tentados nos sentimos, a veces de perder la paciencia por ese insulto al sentido común de la humanidad».[3]

Describe Mac Mahon, que había visto muchos horrores en la cruenta guerra de Secesión, escenas espeluznantes:

«El cuartel empezó a llenarse de heridos, pero ninguno se retiró de las líneas, a excepción de aquellos incapacitados positivamente para seguir la lucha. Niños de tiernos años llegaban arrastrándose, las piernas deshechas a pedazos o con horribles heridas de balas en sus cuerpos semidesnudos. No lloraban ni gemían ni imploraban auxilios médicos. Cuando sentían el contacto de la mano misericordiosa de la muerte, se echaban al suelo para morir en silencio como habían sufrido».[4]

Hubo prodigios de valor: el coronel Felipe Toledo, de setenta y cinco años, jefe de la escolta presidencial, pierde la vida al cargar por décima vez con sus raleados jinetes; Valois Rivarola, convaleciente de gravísimas heridas, dejó el hospital y apoderándose de un caballo fue al campo de la acción envuelto en sus vendas ensangrentadas; una bala le romperá la cabeza, pero, apretándose con una mano la masa encefálica que se le escurría, con la otra disparaba su carabina.

Solano López fue respetado por la muerte. Sus ayudantes cayeron a su lado y hubo un momento en que los brasileños se encontraron a media cuadra del mariscal. «Ni aun entonces retrocedió —dice Mac Mahon— manteniéndose tranquilo con la mayor impavidez», mientras daba órdenes desesperadas a sus diezmadas tropas. Cuando todo estuvo perdido, cuando apenas le quedaban cien sobrevivientes de su ejército de diez mil hombres, dará la orden de retirarse hacia Cerro León, al tranco, esperando de un momento a otro librar el último combate. ¿Por qué no lo hicieron los vencedores esa noche del 26 de diciembre, en que pareció ganarse definitivamente la guerra? ¿Por qué no se lanzaron sobre López,

dispuesto a morir con sus últimos fieles en el camino de Cerro León? Es un misterio la causa que prolongaría la estéril lucha por diecisiete agotadores meses: «¿Excesiva prudencia o propósitos perversos de prolongar aquella guerra se pregunta Bray— que como todas era fuente de peculados y utilidades para más de uno?»[5].

López no fue perseguido; solamente intimado a rendirse. Responderá altivamente: «Defenderé mi patria hasta el último extremo». Esperó la muerte esa noche en Cerro León, dispuesto a venderla cara, pero ningún aliado vino a cobrarle ese *último extremo* exigido por el mariscal.

CAPITULO 39

LA MARCHA TRÁGICA

Los vencedores entran en Asunción (5 de enero de 1869)

En vez de perseguir —y dar muerte, porque no habla de rendirse— al mariscal López hasta Cerro León, Caxias ordena la entrada de los brasileños en Asunción. Sería la tercera capital sudamericana recorrida por los imperiales en triunfo: Buenos Aires después de Caseros en 1852, Montevideo tras Paysandú en 1865; ahora, derrumbada la resistencia paraguaya, desfilarían por Asunción con sus banderas desplegadas y pífanos de guerra, el 5 de enero de 1869. No eligieron el 20 de febrero, aniversario de Ituzaingó, como para Buenos Aires y Montevideo porque los paraguayos no los habían vencido en Ituzaingó.

En Buenos Aires habían sido recibidos por el entusiasmo de las familias unitarias, siempre dispuestas a agasajar como «libertadores de la tiranía» a los enemigos de la patria: entre flores y vítores de la oligarquía, la división del brigadier Márquez de Souza cruzó —eterna vergüenza para los argentinos— bajo el arco de triunfo de la Recova que sirviera de pasaje de honor para los guerreros de la independencia en años venturosos. Bien es cierto que para «mantener el orden», Urquiza fusiló a 500 hombres del pueblo entre el 3 y el 20 de febrero (ocho veces más en diez y siete días, que los atribuidos a Rosas en veinte años de gobierno). En Montevideo, el recibimiento a Venancio Flores y sus aliados imperiales fue frío, pero hubo algunos agasajos y ciertos balcones estuvieron engalanados. En Asunción no, a pesar que los aliados creían tener un partido —el imprescindible partido de la «libertad»— entre las familias asuncenas. Nadie salió a recibir a los brasileños. Los pocos que quedaban en la capital permanecieron en sus casas con las puertas cerradas. En vista de eso se permitió el saqueo de la ciudad: «Entregada fue Asunción —dice Arturo Bray— a instintos no precisamente militares ni caballerescos».[1] Tratábase de una plaza inerme, pero se la consideró «buena presa». «El vencedor entró a saco», describe lo ocurrido ese 5 de enero el general argentino Garmendia. «Muebles, pianos, cortinajes, vajillas, puertas labradas, porcelanas, alhajas, cristalería, todo cuanto los espantados habitantes, no pudieron llevarse consigo en la precipitación de su huida fue cargado por el vencedor en sus barcos, arrojando a las llamas aquello imposible de transportar», dice Bray.[2] Con odio largo tiempo contenido, se ensañaron contra el arsenal y la fundición de Ibicuy, los primeros de Sudamérica, construidos por Carlos Antonio

López. Todo quedó arrasado, y por lo tanto, en condiciones de acogerse a los beneficios de la libertad de comercio y de empresa.

Mientras la bandera brasileña se levantaba en lo alto del vacío palacio presidencial, las fuerzas argentinas acamparon en Trinidad sin participar en el saqueo. No entraron en la capital, «acaso con el deliberado propósito de rehuir la responsabilidad histórica de aquel despojo a que se sometió una ciudad abierta y abandonada», supone Bray.[3]

Para los argentinos la guerra había terminado: corresponderá a los brasileños finalizarla con la cacería y muerte de López, que en Cerro León a una jornada de distancia, aguardaba su destino.

Fuera de la ley

Bajo la vigilancia brasileña, se establece formalmente en Asunción un gobierno democrático de tres paraguayos libres: Cirilo Rivarola, Carlos Lóizaga y José Díaz de Bedoya, inmediatamente reconocidos como *gobierno legal* por los vencedores.

El 17 de agosto el triunvirato dictó un decreto en que considerando «que la presencia de Francisco Solano López (no lo tiene por presidente ni por mariscal) en el suelo paraguayo es un sangriento sarcasmo a la civilización y al patriotismo de los paraguayos; que este monstruo de impiedad ha perturbado el orden y aniquilado a nuestra Patria con sus crímenes bañándola en sangre y atentando contra las leyes divinas y humanas con espanto y horror, excediendo los mayores tiranos y bárbaros de que hace mención la historia de los tiempos y edades, decreta: 1.º) El desnaturalizado paraguayo Francisco Solano López queda fuera de la ley y arrojado para siempre del suelo paraguayo como asesino de su patria y enemigo del género humano; 2.º) De forma. Dado en Palacio el año Primero de la Libertad de la República del Paraguay».

El mariscal quedaba fuera de la ley. Por lo tanto, se autorizaba a los brasileños a cazarlo a través de las cordilleras y las selvas. Caxias no quiso o no pudo cumplir la sentencia; lo reemplazará el yerno del emperador, Gastón María de Orleans, conde d'Eu.

Las conspiraciones y su castigo

Terrible y heroica será esta última etapa de la guerra. Un puñado de hombres, niños y mujeres fieles a su Paraguay que disputan a fuerzas regladas una tierra querida; una vanguardia que marcha sin ropas, con la carabina al hombro o el sable pendiente del costado, abriendo picada a la caravana de heridos y enfermos, imposibilitados por el hambre o la disentería, dejando a su paso un rastro de cadáveres. Cierra la marcha la «artillería» arrastrada por mujeres que mantienen sus fuerzas.

Nadie habla de rendirse, nadie puede ni debe hacerlo. Ese pueblo vencido tiene una heroicidad sencilla y sobrehumana. Solamente quiere morir, cobrando sus vidas al mejor precio posible. Allá van hacia el Norte, evitando dejarse envolver por las avanzadas del conde d'Eu. Pero si el pueblo es heroico, y no piensa en nada sino en luchar por la patria, hay algunos entre los «principales» que saben inútil el sacrificio. Tienen razón: el sacrificio es inútil, y lógica, razonablemente, debe capitularse ante los vencedores. No son traidores: son seres humanos que se guían por las leyes del entendimiento. Si hubiera una mínima posibilidad de vencer, habrían seguido la guerra desigual y ofrendado a la patria guaraní el sacrificio de sus vidas. ¡Pero esto no es morir por la patria: es suicidarse por ella! Hablan entre sí de apresar al mariscal, de entenderse con los jefes brasileños, de salvar sus vidas. Son los «principales», los ministros de López, con José Bergés y Gumersindo Benítez, sus cuñados, el obispo, su misma madre, de las Carreras, el oriental que por desfallecer será fusilado por la espalda, Telmo

López el santafesino. No es el pueblo, que no entiende de capitulaciones y se niega a seguir otra suerte que la de tantos de cientos de miles de hermanos caídos en el campo de batalla o aniquilados por la peste o el hambre. No es Francisco Solano, que se niega a ver lo evidente, que no puede comprender que Paraguay, que su Paraguay puede rendirse a discreción del enemigo.

En San Fernando se descubrió una conspiración, antes de Lomas Valentinas: están comprometidos el obispo Palacios, Benigno López hermano del mariscal, sus cuñados, José Bergés su ministro, varios generales y hombres y mujeres de la aristocracia asuncena entre ellas Juana Insfran, la esposa del último comandante de Humaitá. No era ajena la misma madre de López, doña Juana Carrillo, débil instrumento de sus hijas mujeres, sus maridos y el obispo. La pobre mujer tenía la misión de declarar, una vez eliminado Francisco, que no era hijo de don Carlos, y por lo tanto había usurpado el poder. Comedia vergonzosa y terrible, urdida por los conjurados como medio de sustituirlo por Benigno y evitar la masacre innecesaria.

No hubo compasión, no podía haberla con el obispo, los generales, el hermano, el ministro, los cuñados. Todos fueron ejecutados, después de sufrir

torturas para arrancarles la verdad. Solamente Francisco Solano les conmutó la pena infamante de la horca dispuesta por el consejo de guerra, por la de fusilamiento. Indultó a sus hermanas Rafaela e Inocencia y se negó a creer en la culpabilidad de su madre (cuyo juicio no permitiría en esa primera conjuración), salvando también la vida de su otro hermano, Venancio, enredado en el proceso. Pero cayeron el obispo Manuel Antonio Palacios (juzgado por el presbítero Fidel Maíz), Benigno López, los ministros José Bergés y Gumersindo Martínez, sus cuñados y demás implicados. Poco antes Antonio de las Carreras, el jefe uruguayo de los blancos intransigentes, había sido fusilado por la espalda acusado de querer escapar del desastre que debería sufrir como todos; también serían fusilados el correntino Teodoro Gauna, triunviro de la ocupación correntina, y el santafesino Telmo López que había alcanzado el grado de general en el ejército paraguayo. Todos de muerte ignominiosa después de haber vivido unas vidas heroicas, por el grave delito de buscar la paz ya que no se podía hablar de deponer las armas. Y menos los argentinos y orientales, por quienes precisamente Paraguay había ido,al sacrificio.

No cesaron las conjuras, ni los fusilamientos. Los hubo en San Estanislao, en Capivary, en Curuguaty, en todas las etapas de la marcha hacia el Norte. Como escaseara la pólvora se ejecutaba a lanza, a veces en grupas de diez o veinte infelices. En San Estanislao las pruebas acusaron terminantemente a Juana Carrillo y sus hijas, y Francisco Solano aceptó ahora que se procesase a su madre y sus hermanas: ‘‘A todo reconocimiento privado, a todo vínculo de familia, se antepone la Patria y la majestad de la justicia. Sea. Interponiendo desde ya mi valer en favor de mi pobre madre y de mis hermanas en todo aquello que la salud pública pueda permitirme” dice el tremendo escrito. No fueron ejecutadas pero Juana Carrillo y sus hijas sufrieron torturas por los instructores: se dice que el coronel Aveiro le dio unos planazos a la madre del mariscal y el padre Maíz le pegó en la cara. No ha sido confirmado, pero es posible. Se estaba más allá de todo. Fueron muertos sacerdotes, cayó lanceada Panchita Garmendia, el amor juvenil de López; hasta el mismo y leal jefe de su escolta, el coronel Mongelós, fue ejecutado por no haberse enterado de una conspiración.

Venancio no pudo resistir a las torturas ni a la marcha a través de las cordilleras y la selva. Quedó muerto en el camino. Como tantos.

La residenta

Mientras los brasileños ocupaban la capital, a una jornada de distancia de Cerro León, López forma otro ejército de catorce mil hombres con veinte piezas de

artillería. ¿Hombres? Son ancianos de más de sesenta y niños que no llegan a nueve, pero tienen dedos para disparar el gatillo y sus débiles fuerzas no les impiden cargar el fusil o la lanza. De la vecina Ibicuy ha traído cañones fundidos con el bronce de las últimas campanas de las iglesias rurales.

Allá cerca de Cerro León, en lo alto de la cordillera, junto a Caacupé están las familias que han dejado Asunción para no compartirla con el enemigo y a las que se suman las gentes venidas de todas partes para quedar junto al Mariscal. Son mujeres, infinidad de mujeres de toda edad y condición social, hermanadas con el sacrificio y el amor a la patria. De allí partirá la *residenta*, la marcha forzada al Norte para no caer en manos de los brasileños. Lo que queda atrás ya ha dejado de ser patria porque la ocupan los *cambás* (los negros brasileños); la patria está bajo sus pies llegados por el incesante caminar, y está delante, en las selvas que todavía son suyas. La patria no está en Asunción ocupada por el enemigo y gobernada por los traidores: la patria está en el suelo donde «reside el mariscal»: la patria es la *residenta*.

El 12 de agosto ocurre una batalla de desesperación, *Peribebuy*, en donde los cañones son cargados con piedras, vidrios y arena porque no hay balas; las mujeres combaten junto a los hombres y si no tienen armas, tiran tierra a los ojos de los invasores. Después un nuevo combate, *Acostañú*, donde se excede el heroísmo: Bernardino Caballero manda una legión de niños disfrazados con barbas postizas para que el enemigo los tome por adultos y les presente combate; seis horas resisten las cargas de la caballería brasileña, que vengando el engaño acabará por incendiar el campo con sus oponentes infantiles.

La columna marcha y marcha hacia el Norte para impedir el copamiento. ¿Quién tendría el alma tan grande para entender y alabar ese heroísmo que excede toda medida humana? No será seguramente Sarmiento —ya presidente de la Argentina— que escribe a Manuel R. García, ministro argentino en Washington: «La guerra está concluida, aunque aquel bruto (Francisco Solano López) tiene todavía veinte piezas de artillería y dos mil perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a la compasión mueve ese pueblo, rebaño de lobos».[4] El calificativo del apóstol de la civilización no se mezquina en su correspondencia posterior: «López sigue de derrota en derrota por los bosques, con mil o dos mil animales que le siguen y mueren de miedo».[5] «¿Cómo acabar con un idiota, borracho y feroz [López], que tiene aún algunas víctimas que inmolar?».[6]

Entre esos perros irá Sarmiento a pasar sus últimas horas, en 1888. Fue tanta la grandeza del pueblo paraguayo, que hizo a su detractor el homenaje de poner su nombre a una calle de Asunción.

El pueblo, o lo que queda del pueblo paraguayo, sigue a López porque personifica a la patria en esa *residenta* heroica.[7] Está dispuesto a morir con él. No es por la voluntad del mariscal que ocurre esa trágica caravana más allá de las cordilleras; no una vez, sino muchas, López ha pedido a las mujeres y niños paraguayos que se queden en sus casas. Como no le obedecen, lo ordena. Es inútil. En las iglesias de los pueblos donde pasaba la diezmada comitiva, los sacerdotes repiten desde el púlpito los pedidos de López. En Villa Curuguaty por última vez, se transmite la orden a la población civil de no seguir «al ejército». Nadie quiso separarse de esa caravana de agonizantes, como la llama Bray. «Todos anhelan compartir la suerte del ejército y llegar hasta donde llegue el mariscal —dice este escritor paraguayo—. Mientras su voz siga tronando por montes y laderas, la patria existe, y en pie queda la obligación de luchar por ella».[8]

El sable de Rosas

Vive un argentino, viejo y pobre en su destierro de Southampton, que sigue con emoción la epopeya sudamericana. Ha visto en Francisco Solano López al defensor de una causa que también fue la suya. Es donjuán Manuel de Rosas que por sostener lo mismo que López había sido vencido y traicionado en Caseros por los mismos que hoy traicionan y se imponen sobre el heroico mariscal paraguayo.

Cuando supo que López se internó en el desierto para defender hasta más allá de toda resistencia humana la soberanía de los pueblos del Plata, el Restaurador argentino miró el sable de Chacabuco que pendía como único adorno en su pobre morada. Esa arma simboliza la soberanía de la América española; con ella San Martín había liberado a Chile y a Perú; después se la había legado por su defensa de la Confederación contra las agresiones de Inglaterra y Francia. Ese sable debe quedar a los argentinos, pero él tiene en su armario otra espada, que podría mandar a López como aplauso por su patriotismo. La espada que ciñó cuando obligó a Inglaterra a firmar el tratado Southern-Arana, en el que reconocía haber perdido la guerra después de la Vuelta de Obligado.

El 17 de febrero de 1869, mientras Francisco Solano López se debate en las últimas como un jaguar que se niega a la derrota, Rosas escribe a José María Roxas y Patrón, designado albacea de su testamento:

«Su excelencia el generalísimo, Capitán General don José de San Martín me honró con la siguiente manda: «La espada que me acompañó en toda la guerra de la Independencia, será entregada al general Rosas por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de la Patria».

«Y yo, Juan Manuel de Rosas a su ejemplo, dispongo que mi albacea entregue a Su Excelencia el señor Gran Mariscal presidente de la República paraguaya y generalísimo de sus ejércitos, la espada diplomática y militar que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos, por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido y sigue sosteniendo los derechos de su Patria»[9].

CAPITULO 40

CERRO-CORÁ

La caravana empecinada

Soldados abrasados por la fiebre o por las llagas y extenuados por el hambre, sin más prendas de los desaparecidos uniformes que el calzón ceñido por el *ysypó*, y algunas veces un correaje militar para sostener la canana o pender el sable; pocos llevan el morrión con la placa de bronce del número del regimiento. Descalzos porque los zapatos (y a veces el morrión y las correas) han sido comidos después de ablandar el cuero con agua de los esteros. Mujeres de rasgados *tipoys*, afiladas como agujas por la extenuación o la peste, preparan el rancho; polvo de huesos (cuando lo hay) cocido con jugo de naranjas agrias, si se ha conseguido alguna; las más de las noches, nada. Entonces se roe el cuero de los implementos militares.

Todos están enfermos, todos escuálidos por el hambre, todos sufren heridas de guerra que no han cicatrizado. Pero nadie se queja. No se sabe adonde se va, pero se sigue mientras haya fuerzas: quedarse atrás sería pisar un suelo que ha dejado de ser paraguayo y sufrir el atropello de los *cambás*. Los rezagados también morirán de hambre en la tierra arrasada por los vencedores.[1]

En coches destartalados van Elisa Lynch con los niños pequeños del Mariscal; la cuida su hijo de quince años, el *coronel Panchito*, improvisado jefe de estado mayor por su padre. En otro, tres fantasmas: la madre y las dos hermanas de López, flageladas por su

debilidad ante la resistencia imposible; en otro, el vicepresidente Sánchez, anciano de ochenta años cuya razón desvaría. Conduce la hueste espectral Francisco Solano. Todavía es presidente del Paraguay y Mariscal de la guerra contra la Triple Alianza: si no ha podido dar el triunfo a los suyos, ofrecerá a las generaciones futuras el ejemplo tremendo de un heroísmo nunca igualado. No traduce en su rostro impasible, ni en el cuidado uniforme, rastro de desesperación o de abandono. Conduce la retirada espantosa como si fuera una parada militar: «aparentaba la misma calma y tranquilidad de otros tiempos» dirá un enemigo suyo en su detrimento.[2] Aún es Jefe; y un jefe no puede abatirse. En medio de las selvas o de los desiertos, en lo alto de las cordilleras mientras lleva a la muerte a la

caravana empecinada. Francisco Solano será siempre el pulcro y sereno *Leopoldo de América* como lo llamara Mitre antes de la guerra.

La caravana va hacia el Norte para eludir la maniobra envolvente de los brasileños que los obligaría a entregarse sin combatir. A veces llega a una aldea, erigida solemnemente en «capital provisional de la República»: Caraguatay, a los pocos días —el 28 de agosto— luego San Estanislao. Después el desierto, pues debe caminarse lejos del río dominado por los cañones imperiales. Una huella blanca, formada por los huesos de los caídos, señala a los brasileños la ruta de los fugitivos. Ya no se entierra porque no hay tiempo ni energía para hacerlo; se camina hasta el agotamiento, y cuando se cae, un compañero o compañera toma el arma y sigue. Los bueyes que tiraban de las carretas del parque y los cañones han debido sacrificarse, pero algunas mujeres fuertes y bravías se uncen a los yugos y arrastran los convoyes. Solamente quedan caballos para quienes se reservan los mejores alimentos: pertenecen a los escuadrones y son sagrados: apoderarse de ellos sería un sacrilegio, como inutilizar una carabina o abandonar un cañón.

Siete meses, doscientas jornadas de ardiente sol tropical transcurren en esta marcha única en la historia. Hasta que el 14 de febrero de 1870 la caravana trágica llega a *Cerro-Corá* («escondido entre cerros» en guaraní), campo de buena gramilla, regularmente protegido, a poca distancia del Aquidabán-niguí, afluente del Aquidabán. Diez mil muertos jalonan la ruta macabra desde la sierra de Azcurra; los que han podido llegar son poco más de cuatrocientos. López da la orden de detenerse en Cerro-Corá; hay alimento para los caballos, alguna pesca y venados y guasunchos cruzan por los cerros. Allí se podría descansar y también morir.

Los colores de España

Llama el Mariscal a consejos de jefes y oficiales. Sentado en la sola silla del campamento (hay que guardar las formas) preside a los suyos que deben hacerlo en el suelo. Habla Francisco Solano: se está en el último rincón de la patria, después viene el Matto Grosso brasileño. Atravesándolo se ganaría asilo en suelo extranjero. Más allá de los cerros está la salvación, pero ya no sería suelo paraguayo. ¿Podría darse fin a la epopeya escapando a la muerte, dejando a Paraguay en poder de los brasileños? Para quitar solemnidad al momento desliza algunas bromas sobre los *cambás*. ¿Podrían ellos desde el extranjero asistir impasibles al apoderamiento de la patria?

«Siguió un silencio —dice el coronel Aveiro— y viendo que nadie hacia uso de la palabra, yo entonces dije al Mariscal que él era Jefe de Estado y de nuestro

Ejército; nuestro deber era someterse a lo que él resolviera. Y entonces el Mariscal dijo: «*Bien, entonces peleemos aquí hasta morir*».[3] No se habló más del asunto. El Presidente lo descartó como cosa resuelta. A continuación hizo leer por el Ministro de Guerra, Caminos, un decreto otorgando la medalla de *Amanbay* a los sobrevivientes de esa acción. No había medallas y con trozos de metal grabado a cuchillo se suple la falta; tampoco se encontraron cintas con los colores patrios, pero en una carreta se halló un trozo rojo y gualda de alguna tienda española. Con esas medallas y esas cintas improvisadas, Elisa Lynch había confeccionado las condecoraciones, que el mariscal fue colgando en las rotas guerreras (cuando las tenían), o en el tahalí que cruzaba el pecho de los agraciados. Es la última ceremonia solemne del viejo Paraguay.

Los colores españoles sirvieron para premiar, en el campo elegido para morir, a estos nietos de conquistadores dispuestos a mantener enhiesta la virtud de la raza.

El ejército de Cerro-Corá

Después de repartirles «como recuerdo» algunas prendas suyas, el mariscal pasó revista al *ejército*, cuyos datos anotó minuciosamente el coronel Panchito como jefe de su Estado Mayor. Por ese papel recogido en la faltriquera del niño-héroe pocos días después, pueden conocerse los efectivos de López el día del desastre final.

Cuatrocientos nueve, exactamente 409 combatientes de todas las edades, quedaban de los cien mil hombres llamados bajo banderas en los cinco años de guerra: cuatrocientos nueve sobrevivientes del gran ejército lanzado en 1864 contra el Imperio para defender la libre determinación de las repúblicas hispanoamericanas. De sus doscientos regimientos originales todavía existían —por lo menos en la numeración— dieciséis cuerpos: algunos (el 25.º de infantería) reducido a once plazas entre jefes, oficiales, suboficiales y tropa; el más numeroso (el de maestranza) tenía cincuenta y dos. Estaba aún el famoso 4.º de Infantería organizado por Eduvigis Díaz con los jóvenes de la mejor sociedad asuncena, aunque reducido a 39 hombres en total. Su abanderado llevaba atado el brazo (pues debió abandonar el asta) un jirón del paño tricolor salvado de la metralleta.

El 1 de marzo de 1870

Catorce días esperan en Cerro-Corá el desenlace. Mientras tanto no descuidan las cosas de la existencia cotidiana; el general Caballero va con unos cuantos jinetes a la caza de venados (esa ausencia le permitiría salvar su vida), el Mariscal y sus hijos tienden espineles en el Aquidabán. Sentado en una palmera caída a orillas del Niguí, López cuenta chascarrillos como si nada ocurriera; diríase un padre de familia en excursión dominical con lo suyos. Está tranquilo, muy tranquilo, e infunde confianza a todos. Ha tomado las precauciones militares para recibir a los brasileños como es debido: los cañones custodian la picada de Villa Concepción por donde seguramente llegarán; los caballos están dispuestos y las armas en pabellón para el momento oportuno. Sólo resta esperar.

Por las noches —ardientes y húmedas del verano tropical— se oyen las arpas paraguayas, y algún cantor entona, en guaraní, las melodías populares. Como si lo que ha ocurrido y está por ocurrir, fuese la cosa más natural del mundo. Algunos indios *caygús* traen alimentos a los paraguayos: el 28 de febrero advierten a López la proximidad de los brasileños: le ofrecen esconderlo en sus tolderías, en el fondo de los bosques, donde jamás podrían encontrarlos: *Yahjá caraí, ndé, topá i chene rephé los cambá ore apytepe* («Vamos, señor; no darán con usted los negros adonde pensamos llevarle»). López agradeció y declinó el ofrecimiento. Su resolución estaba tomada: moriría con su patria.[4]

A la mañana siguiente —1 de marzo—, algunas mujeres escapadas de los puestos avanzados, llegaron con la noticia de que los brasileños, conducidos por un traidor se habían apoderado, sin combatir, de los cañones. El general Roa, jefe de la retaguardia, acababa de ser degollado con los suyos. No hubo combate, solamente una sorpresa y la matanza. Como a fieras.

Con toda calma, López ordenó ensillar y disponerse en guerrilla. A eso del mediodía, irrumpieron los jinetes del general Cámara. Son muchos, veinte veces más que los paraguayos, y tienen armas de precisión y caballos excelentes. Pero la presencia de los paraguayos dispuestos a la lucha los hace detener. Éstos, sin mayores armas de fuego, avanzan en sus escuálidos jamelgos en una carga que debe hacerse al paso; los imperiales eluden a fin de mantener la superioridad que les dan sus carabinas. No se llega al entrevero y la caballería guaraní es diezmada.

Después, será el tumulto. Sobre López, atraídos por el uniforme de mariscal, se lanzan el coronel brasileño Silva Tabares y su guardia: Francisco Solano alcanza a ordenar a Panchito que proteja a su madre y sus hermanos, y hace frente a los imperiales con la sola arma de su espadín de oro —regalo de las patricias paraguayas, en cuya hoja se lee *Independencia o Muerte*—; el ayudante de Silva Tabares, un sargento apodado *Chico Diavo*, consigue asirlo de la cintura, al tiempo que otro soldado le descarga un golpe de sable en la cabeza. López tira una

estocada a *Chico Diavo*, que el brasileño contesta con un lanzazo en el vientre.

«¡Muero con mi Patria!»

En ese momento, algunos paraguayos —el coronel Aveiro, el médico Ibarra, el capitán Argüello— corrieron en auxilio del jefe. Pese a sus heridas, López se mantiene sobre el caballo —«un bayo flacón»— y les grita: «¡Matemos a esos macacos!». Los imperiales, en orden, pero contenidos por el refuerzo que ha llegado a salvar a López, ponen alguna distancia. Aveiro se acerca a López: «Sígame señor». Lo conduce por una picada que se interna en el bosque, mientras Ibarra y los demás contienen a los invasores. Los brasileños lo siguen: «*E o López, é o López*». («Es López, es López»), y la soldadesca se aprieta en su persecución porque la cabeza del Presidente está premiada con cien libras esterlinas, y todos quieren ganarlas. También el general Cámara endereza su caballo tras el Mariscal; no busca el premio en metálico, pero quiere cobrar la pieza grande, dar el jaque mate definitivo.

Abriendo senda por la picada, los paraguayos llegan hasta el arroyo, el Aquidabán-niguí. López, agotado y desangrando, cae de su cabalgadura. Apenas puede tenerse en pie, y Aveiro e Ibarra lo ayudan a cruzar la zanja; quieren subirlo por la barranca opuesta pero el peso del Presidente se lo impide: «*Déjenme*», les dice López en guaraní; pero no quieren abandonarlo. Les pide que busquen una subida menos escarpada, dejándolo mientras tanto junto al tronco de una palmera. Llegan los brasileños: un soldado persigue al cirujano Estigarribia por el arroyo, y lo atraviesa de un lanzazo. López trata de enderezarse, pero se desploma cayendo al agua; consigue sentarse y saca su espadín de oro con la mano derecha tomando la punta con la izquierda. Cámara se le acerca y le formula la propuesta de rigor: «*Ríndase, mariscal, le garantizo la vida*», López lo mira con ojos serenos y responde con una frase que entra en la historia: «¡Muero con mi Patria!»[5] al tiempo de amagarle con el espadín. «*Desarmen a ese hombre*», ordena Cámara desde respetable distancia. Ocurre una escena tremenda: un trompudo servidor de la libertad se arroja sobre el moribundo eludiendo las estocadas del espadín para soltarle la mano de la empuñadura; el mariscal, anegada en sangre el agua que lo circunda, medio ahogado, entre los estertores de la muerte, ofrece todavía resistencia; el cambá lo ase del pelo y lo saca del agua. Ante esa resistencia, Cámara cambia la orden: «*¡Maten a ese hombre!*». Un tiro de Manlicher atraviesa el corazón del mariscal que queda muerto de espaldas, con los ojos abiertos y la mano crispada en la empuñadura del espadín. «*¡Oh! ¡diavo do López!*» («¡Oh! ¡diablo de López!»), comenta el soldado dando con el pie en el cadáver[6].

El exterminio de los últimos paraguayos es atroz. El general Roa, sorprendido en el arroyo Tacuaras, había sido intimado. «*¡Rendite, paraguayo dañado!*» (¡Rendite, paraguayo condenado!); «*¡Jamás!*»… y se deja degollar. El vicepresidente Sánchez, moribundo en su coche, es amenazado. «*¡Ríndase, fío da put…!*»… («¡Ríndase, hijo de …!»); el viejo octogenario abre los ojos asombrado; «*¿Rendirme yo, yo?*» y descarga su débil bastón sobre el insolente: un tiro de pistola lo deja muerto. Panchito acompaña a su madre y a sus hermanos pequeños que han conseguido refugiarse en su coche; hace guardia junto a la puerta. Llegan los brasileños y preguntan si esa mujer es «la querida» de López, y esos niños, «sus bastardos»; Panchito arremete contra los canallas, que sujetan al niño: «*¡Ríndete!*» «*¡Un coronel paraguayo no se rinde!*». Lo matan.[7]

Elisa Lynch cubre el cuerpo de su hijo. Algún desmandado quiere propasarse, y la mujer le impone: «*¡Cuidado, soy inglesa!*». ¡Ah, tiene temores ese mayor Floriano Peixoto de otra cuestión Christie con Inglaterra! La deja en libertad. Elisa buscará esa noche el cuerpo de Francisco Solano para enterrarlo junto al de Panchito en una tumba cavada por sus propias manos. El cadáver del mariscal está desnudo, porque la soldadesca lo ha despojado (el reloj de oro que llevaba esa tarde fue mandado como trofeo a la Argentina.[8]). Elisa encuentra una sábana de algodón y amortaja los cuerpos queridos.

Entre el estrépito de triunfo de los vencedores que festejaban su definitiva victoria, Elisa reza su sencilla oración despidiendo a su compañero y a su hijo. La noche se ha puesto sobre las tremendas escenas de la tarde, y un farol mortecino, llevado por un niño de nueve años, es la única luz que alumbra el sepelio del gran Mariscal.

La guerra del Paraguay ha terminado.

VIII

EPILOGO

DIPLOMÁTICO

CAPITULO 41

LA VICTORIA NO DA DERECHOS

Admiración de América

El ejército brasileño había entrado en Asunción en enero de 1869; al poco tiempo el general Caxias hizo elegir un triunvirato —Rivarola, Lóizaga, Bedoya— reconocido como gobierno legal por los aliados. Pero mientras López mantuvo con su vida la resistencia, los demás estados de América española no reconocieron otro gobierno que el suyo. No sólo lo tenían por el único gobierno del Paraguay, sino que alentaban su última y desesperada defensa: la tragedia de *Cerro-Corá*, fue recibida con hondo dolor en toda América. Como ejemplo doy este decreto del Congreso de Colombia del 27 de julio:

«Art. 1.º: El Congreso de Colombia admira la resistencia patriótica y heroica opuesta por el pueblo de Paraguay a los aliados que combinaron sus fuerzas y recursos poderosos para avasallar a esa república, débil por el número de sus ciudadanos y por la extensión de sus elementos materiales, pero tan respetable por el vigor de su sentimiento y acción, que todo lo que hay de noble en el mundo contempla su grandeza, lamenta su desgracia y le ofrenda vivas simpatías.

«Art. 2.º: El Congreso de Colombia participa del dolor de los paraguayos amigos de su patria por la muerte del mariscal Francisco Solano López, cuyo valor y perseverancia indomables, puestos al servicio de la independencia del Paraguay, le han dado lugar distinguido entre los héroes, y hacen su memoria digna de ser recomendada a las generaciones futuras».[1]

Pero después de marzo de 1870 no había más gobierno paraguayo que el impuesto por Brasil. Nada quedaba del Paraguay: toda, o poco menos, su población masculina entre los 15 y 60 años había muerto o estaba inutilizada por la metralla; muchísimas mujeres habían sucumbido por la peste, las privaciones y aun las balas. No había ya altos hornos, ni fundiciones, ni campos plantados con yerba o tabaco; las ciudades estaban saqueadas. Apenas si un montón de ruinas cobijaba a los fantasmales ancianos, niños y mujeres sobrevivientes.

La guerra ¿para qué? La polémica de 1869

La Argentina, aliada de Brasil, había ganado la guerra contra Paraguay. Un pueblo hermano había sido exterminado; pendía una deuda financiera espantosa, miles de muertos quedaban en los campos de batalla y las epidemias de cólera y fiebre amarilla traídas por los ejércitos combatientes, eran el saldo argentino de esa participación. Como si salieran de un sueño, los argentinos se preguntaban, sin distinción de federales o liberales, para qué se había ido a esa guerra. Nadie lo sabía con certeza pasada la euforia bélica de los primeros momentos. Nadie odiaba a Paraguay, y algunos en público y otros en la intimidad, todos habían deseado la derrota de Brasil. ¿Cómo empezaron las cosas que ahora terminaba con esa tragedia?

Es lo que se preguntaba Juan Carlos Gómez, periodista oriental radicado en Buenos Aires, de vieja filiación liberal. Al volver de Paraguay los guardias nacionales argentinos, se quiso hacerlo presidente de una comisión de homenaje. Rechazó el honor en una resonante carta publicada en *La Tribuna*: había estado en 1865 con la guerra «que Buenos Aires hizo a López» porque «una guerra a un tirano es para mí santa siempre, sin preguntar la razón de ella»; pero alimentando con frases de retórica encontraba que «una *funesta alianza* ha esterilizado sus sacrificios» y echado «sobre los hombros del Estado, la responsabilidad de adulterar la lucha». Mitre debió contestarle el 1 de diciembre de 1869 en *La Nación Argentina*: «Los soldados argentinos no han ido al Paraguay a derribar una tiranía, aunque por accidente sea uno de los fecundos resultados de su victoria. Han ido a vengar una afrenta gratuita, a asegurar su paz interna y externa, a reivindicar la libre navegación de los ríos, y a reconquistar sus fronteras de hecho y de derecho».[2] Por simple casualidad encontraron a los brasileños entregados al mismo menester, y de allí, había surgido la alianza.

Confesaba el presidente de 1865 la conveniencia interna de la guerra contra Paraguay, («asegurar su paz interior…») y confesaba que su desmembración («libre navegación de los ríos… reconquistar las fronteras de hecho y de derecho») había sido uno de los propósitos al tomar las armas.

Respondió Gómez, contrarrespondió Mitre, y quedó trabada una de las polémicas más absurdas y retóricas de nuestros anales periodísticos. Ambos contendientes se tiraron con grandes frases ante la admiración de todos. Medió Mármol, ministro diplomático de Mitre en Brasil en 1865, para advertir al ex presidente («cuyo talento es una propiedad de La Nación, que lo ha estimulado y robustecido con su aliento») que la alianza con Brasil no se hizo en 1865 cuando el ataque paraguayo a Corrientes, sino en 1864 al intervenir conjuntamente Elizalde con Saraiva en las cosas orientales. Se molestó Elizalde y descolgó una andanada de frases heroicas, aunque sin levantar la imputación; se incomodaron los brasileños Quintino Bocayuva y Francisco da Cunha. Finalmente todos quedaron

satisfechos en su honor y patriotismo, pero en definitiva nadie llegó a saber —y Mitre menos que nadie— por qué y para qué la Argentina había quedado envuelta en la guerra.

La victoria no da derechos

Esa polémica traducía un estado de conciencia argentino. Pasada la ebriedad bélica todos, fuera de Mitre y Elizalde, tenían la vaga noción de que la guerra había sido por presiones que Mitre no pudo o no supo resistir. Algunos habían sido francamente *paraguayistas* (Navarro Viola, Guido y Spano, Hernández, Andrade, etc.), otros (Juan Carlos Gómez, los Varela, etc.), mantuvieron su repudio liberal a *las tiranías* pero sospechaban que la conducción mitrista de la diplomacia argentina corrió pareja con la conducción militar de la guerra.

Mitre y Elizalde habían cesado en octubre de 1868 como presidente y ministro de Relaciones Exteriores; los reemplazaron, respectivamente, Sarmiento y Mariano Varela. Este último no estaba dispuesto a recoger las equivocaciones del mitrismo, y la más fundamental era la política que llevó a la guerra del Paraguay. Una enseñanza podía extraerse de ese error: la solidaridad de las repúblicas hispanoamericanas se mantenía tenaz a favor del Paraguay a pesar de la propaganda contra el *tirano*, el , etc.

López caería un día u otro en el acosamiento que le hacía el conde d'Eu donde no tomaban parte los argentinos. ¿No había llegado para éstos el momento de hacer una gran política americanista, una política a lo Rosas, renunciando a la tajada ofrecida por el tratado de alianza y obligando a Brasil a renunciar a la suya en beneficio de una profunda e íntima solidaridad con el caído? El reconocimiento de los sobrevivientes sería inmenso, y esa deuda de gratitud abriría tal vez anchas posibilidades para la ansiada solidaridad de los estados hispanoamericanos. Varela, escribió en ese pensamiento el *memorandum* del 9 de marzo de 1869.

«Si con Paraguay aniquilado somos hoy exigentes, no esperemos simpatías cuando ese pueblo renazca. Esperémoslas si lo contemplamos en sus desgracias, a pesar de los enormes sacrificios y de la sangre derramada».[3]

Se va diseñando la *doctrina Varela*, violentamente atacada por Mitre y Brasil; aquél por no atinar a comprenderla, éste por comprenderla demasiado bien. El hijo de Florencio retomaba la gran línea de Rosas: el objeto fundamental de la diplomacia argentina debía ser la solidaridad de Hispanoamérica, por encima de pequeñas cuestiones fronterizas y recelos comerciales agitados por los enemigos de

la unión. El 8 de mayo, Varela expresa:

«Casi todas las naciones de la tierra han mostrado horror a la guerra de Paraguay, por desconfianza de nuestras intenciones. No debemos, por tanto, dar pre texto de que tales recelos se confirmen».[4]

Mármol, de acuerdo con Varela en su mencionada interferencia en la polémica entre Gómez y Mitre, escribió el 14 de diciembre:

«Para salvar las naves se precisa el poderoso apoyo de Júpiter de la opinión nacional, sin nombre propio en el gobierno, sin partido dominante o caldo, sin embozo, sin intriga, levantando en el brazo de la República Oriental y la Argentina la bandera de una política que flamee a la luz del sol… Política de unión, de confederación, de reconstrucción [no temáis las palabras], no para hostilizar la autonomía monárquica del Brasil, sino para defender la autonomía de nosotros mismos. Estamos acostumbrados a la política de los gobiernos que no sirven ni han servido nunca para maldita la cosa. Hagamos, pues, alguna vez, política nacional».[5]

Ése era el estado de la opinión al exponer Mariano Varela su resonante mensaje del 21 de diciembre de 1869: «*La victoria no da derechos a las naciones aliadas para declarar por sí, límites suyos los que el tratado señaló*».

La diplomacia brasileña ante la Doctrina Varela

Los recelos de los imperiales surgieron enseguida. Si la Argentina renunciaba a la tajada del Chaco que le daba el tratado de 1865, era porque buscaba algo más sólido y definitivo: la simpatía paraguaya para la reconstrucción del virreinato. No eran las frases de Mitre y Elizalde las que resonaban en los documentos oficiales de la Cancillería porteña. Ese desprendimiento de Mariano Varela por «conquistas» en el Paraguay se parecía al desprendimiento de Rosas en el tratado de 1843 con respecto a la República Oriental. El viejo fantasma de la unión hispanoamericana volvía a aparecer, y por el solo camino posible: la solidaridad fraterna, sin mala fe ni pensamientos ocultos. En Asunción, los sobrevivientes de la hecatombe y aun los *legionarios* hablaban entre ellos de que después del desastre, lo único posible era volver a la comunidad de Hispanoamérica.

El emperador resolvió mandar a Asunción al mejor diplomático del Imperio: José María Silva Paranhos a quien acababa de ennoblecer como vizconde de Rió

Branco. Secretario de Honorio en la misión al Plata de 1851 para dirigir la guerra brasileña contra Rosas y sujetar al díscolo Urquiza; comisionado varias veces en Buenos Aires, Montevideo y Paraná, en muchas ocasiones ministro de Extranjeros, Gran Maestro de la masonería Brasileña. Rió Branco, era el indicado para sujetar los disidentes a los dictados de Río de Janeiro. Tenía que arreglarse en Montevideo con el débil gobierno oriental (tarea fácil), convencer a Mitre en Buenos Aires de que la victoria debería dar derechos (tarea aún más fácil), tener propicia a *La Nación Argentina*, que andaba mal, y sentarse en la silla de gobierno de la Asunción para dictar al pobre Rivarola las medidas contrarias a la influencia argentina. Así lo tendría vencido a Mariano Varela. Todos se mostraron dóciles a Rió Branco. Mitre el primero. En *La Nación*, nacida bajo el propicio signo imperial el 4 de enero de 1870, (*El Mosquito* del 9 decía: «siempre es *La Nación*, solamente deja de ser *argentina*; las malas lenguas dicen que nunca lo fue») Mitre escribiría a propósito de la doctrina americanista:

«Esta máxima [la victoria no da derechos] vacía de sentido, sin aplicación al caso, contraria a los intereses permanentes de la nacionalidad argentina, dio por resultado romper de hecho nuestra sólida alianza con el Brasil… Lanzadas al viento esas palabras inconsideradas, a que se da el nombre de doctrina, no tardaron en sentirse sus funestos efectos dividiendo los intereses de los aliados».[6]

Habló Rió Branco con Sarmiento. ¿Podría negarse la Argentina a recoger ese inmenso territorio del Chaco, donde Sarmiento quería fundar la colonia de norteamericanos que hablasen inglés y formasen un plantel del pujante yanquismo que tanto ansiaba desde su regreso de los Estados Unidos? No; Sarmiento no estaría de acuerdo con su ministro de Relaciones Exteriores, ¿cómo renunciar a ese territorio en mérito a una política de entendimiento con la *barbarie* de la herencia española?[7] Y arriesgarse, por eso, a una guerra con Brasil.

«El representante del Brasil en el Río de la Plata, señor Silva Paranhos, tomando la defensa de nuestros propios errores —escribe Mitre con su candor inigualable— sostuvo la buena doctrina argentina, solicitando ante nuestro gobierno que no malograse ligeramente los frutos de la victoria».[8]

CAPITULO 42

LA DIPLOMACIA BRASILEÑA Y LA ANTIDIPLOMACIA ARGENTINA

El gobierno libre

La base de la diplomacia brasileña en Paraguay estaba en fingir un gobierno *soberano* en Asunción que dependiese de Brasil para su desenvolvimiento y estabilidad. Bastaba con lo retirar las fuerzas de ocupación imperiales. Cuesta comprender cómo los argentinos aceptaron —y hasta pidieron— que coexistiesen dos cosas tan opuestas como las fuerzas de ocupación y el gobierno «soberano paraguayo». Pero los políticos argentinos se alimentaban a frases de retórica y resultaba fácil envolverles el balurdo en papeles sonoros que tragarían sin inconvenientes y hasta con agradecimiento. Varela había hablado a fines de 1868 de un *gobierno militar* nombrado directamente por los aliados, que la prensa porteña y *La Nación* a la cabeza— desecharía en nombre de la «civilidad» y del «pueblo oprimido». Debería ser un gobierno de nativos, y Rió Branco se encargó de traerse a Buenos Aires una comisión de paraguayos «libres» que pidieron el gobierno propio con 335 firmas recolectadas el 29 de abril (de 1869) en la semiabandonada Asunción. Se reúnen en Buenos Aires los diplomáticos de la alianza —Rió Branco, Varela y el oriental Adolfo Rodríguez— y Varela cree que se puede acceder al petitorio nombrándose por los aliados directamente un triunvirato de nativos, pero Rodríguez dice que los triunviratos deberían ser elegidos por el *pueblo paraguayo* «conservando siempre esas autoridades el mismo carácter que debieran tener si fuesen nombradas directamente por los aliados». Rió Branco asegura «que la solución no entraña ninguna ventaja moral ni política»; no afirma ante el país vencido ni ante los países neutrales el propósito de la alianza de respetar la independencia, soberanía e integridad de la infeliz república (nota del 17 de mayo de 1869). Y mareados Varela y Rodríguez acabaton por firmar el *protocolo del 2 de junio* que de manera poco congruente aceptaba que hubiese en Paraguay un gobierno «por la libre elección de los ciudadanos paraguayos que se hallen en el territorio liberado del mariscal López» (art. 1.º), con la condición de «dar garantías de paz, estabilidad y perfecta inteligencia con los gobiernos aliados» (art. 2.º).

Bajo el control de las tropas brasileñas de ocupación se reunieron el 22 de junio 21 electores que eligieron el triunvirato Rivarola, Lóizaga, Díaz de Bedoya, a quien seriamente se les hizo entrega del palacio presidencial el 15 de agosto, aniversario de la Asunción, arriándose la bandera imperial que flameaba al tope. No duraría mucho el «triunvirato» porque Bedoya, comerciante con casa establecida en Buenos Aires, se fue a «negociar la chafalonía» sacada de las iglesias y no volvió a ocupar su cargo de triunviro; Lóizaga también acabó por regresar a Buenos Aires donde residía desde muchos años atrás. Quedó solamente Rivarola, el «hombre fuerte», antiguo sargento que había tenido el mérito de haber servido con López y no con la *legión*, pero que se había pasado a los vencedores al caer prisionero en Lomas Valentinas. Los brasileños lo tenían por hombre suyo.

Ocupación de Villa Occidental (20 de noviembre de 1869)

Consecuencia del gobierno «*propio*» será la ocupación de Villa Occidental (hoy Villa Hayes, en la margen chaqueña del río Paraguay). El gobierno argentino se había apresurado a conceder autorizaciones para obrajes de madera en el Chaco al norte del Pilcomayo contando con el asentimiento del conde d'Eu. Rió Branco aconseja al triunvirato —reducido en esos momentos a dos miembros, porque Bedoya se había ido— que exija a esos obrajes la autorización paraguaya, y entonces los generales Emilio Mitre y Julio de Vedia jefes de las fuerzas argentinas en Paraguay (que no habían entrado en Asunción) notifican a Rivarola y Lóizaga que el Chaco es exclusivamente argentino (17 de noviembre de 1869). Tres días después una guarnición militar ocupaba Villa Occidental y levantaba la bandera argentina. Los periódicos asuncenos *La Regeneración y El Pueblo*, bien sea por patriotismo o por incitación de Rió Branco, clamaron por ese hecho ocurrido a los tres meses de haberse arriado la bandera brasileña del Palacio Presidencial. Nada dijeron, por supuesto, de las tropas brasileñas que ocupaban la capital.

Varela no puede retirar a los generales de Villa Occidental, porque entre las fuerzas militares y las autoridades civiles argentinas faltaba coordinación. Lanzó entonces —el 27 de diciembre— el mensaje donde condensaba su doctrina, pero Mitre y Vedia se quedaron impertérritos en Villa Occidental con el apoyo del presidente Sarmiento.

En marzo llegó la noticia de *Cerro-Corá*. Sarmiento mandó la banda de música a tocar serenatas ante la puerta de Mitre.[1] No poco hizo Rió Branco para que las distanciadas relaciones de Sarmiento y Mitre volvieran a estrecharse. Como Mitre atacaba la doctrina de Varela desde *La Nación*, Sarmiento lo invitó a discutirla en reunión plenaria del gabinete. Con Vélez Sarsfield, Avellaneda, Gainza, Gorostiaga y Varela.

«El general Mitre —dará cuenta él mismo en tercera persona desde *La Nación*— manifestó que el gobierno argentino no podía sostener que la victoria no daba derechos, cuando precisamente había comprometido al país en una guerra para afirmarlo por las armas. Que si la victoria no daba derechos, la guerra no había tenido razón de ser… Que sostener esa doctrina era asumir ante el país una tremenda responsabilidad, declarándole que su sangre derramada, sus tesoros gastados, todos sus sacrificios hechos, no habían tenido objeto… Que el tratado de alianza no tendría razón de ser, y se rompía la solidaridad con los aliados… Esto sólo nos hace perder las ventajas adquiridas a costa de grandes esfuerzos, y además condenábamos la guerra misma, por el hecho de declarar que se había

derramado la sangre y los tesoros del pueblo argentino para restablecer las cosas al estado anterior».[2]

Sarmiento estuvo de acuerdo con Mitre, y se dio orden a Vedia para que concluyese —el 20 de junio— en Asunción con Rió Branco, Rivarola y Lóizaga un *protocolo* reconociendo la «plena vigencia» del tratado de la triple alianza. Todavía tratará Varela de defender su posición desde *La Tribuna*, apoyándose en el vicepresidente Alsina; pero el 17 de agosto debe presentar su renuncia sustituyéndolo Carlos Tejedor, que creía que la victoria «daba» derechos. A la gran política de Varela, Sarmiento haciendo oídos a Rió Branco y Mitre prefirió la pequeña política del latrocinio. Que tampoco podría consumarse, estando el brasileño de por medio.

La constitución paraguaya

Muerto López y concluida la guerra, no tenía razón de ser la ocupación brasileña de Asunción. Pero Rió Branco no iba a soltarla así nomás: era la garantía para Brasil de sacar la tajada prometida en el tratado. Y para otra cosa: que no la sacase la Argentina. Una ocupación podía derivar en un protectorado; y un protectorado, manejadas las cosas con habilidad, llegar a un anexión definitiva. Encontró un pretexto para mantener a los *cambás* en los cuarteles asuncenos: era necesario consolidar la victoria *contra la tiranía* liberando al pueblo paraguayo con una constitución democrática y liberal. Hasta no conseguirlo, la guerra, que precisamente había sido hecha con ese objeto, no podía considerarse terminada: en Buenos Aires, demás estaría decirlo, eso pareció muy bien.

Rivarola llamó a elecciones para el 3 de julio. El 15 de agosto instaló la Asamblea Constituyente. Pero ésta tomó en serio sus funciones: el 30 de setiembre a mediodía, eligió Presidente de la República al Dr. Facundo Machain, a quien Rivarola le entregó el gobierno con las formalidades de estilo. Pero las autoridades de ocupación no tenían confianza en Machain y exigieron que quedase Rivarola; y a las cinco de la tarde el ex sargento desalojó a Machain del Palacio, obligó a los convencionales a dejar sin efecto el nombramiento de éste y mantenerlo a él como Presidente de la República. Por supuesto se le obedeció. Fue el primero de una larga serie de golpes que vendrían: Rivarola presidente constitucional a fin de año, será cambiado antes de los seis meses por Salvador Jovellanos; Jovellanos al poco tiempo por Juan Bautista Gill; Gill asesinado por los amigos de Rivarola; Rivarola muerto por los amigos de Gilí. Y así por mucho tiempo. Pero desde el 18 de noviembre de 1870 había una constitución respetable que daba a Paraguay la democracia y la libertad.[3]

El «Virrey del Paraguay»

Pese al articulado, el equilibrio de poderes, al sistema de frenos y contrafrenos legales, a todas las garantías y derechos consagrados por la constitución, solamente podía mantenerse el gobierno que quisiera el vizconde de Rió Branco, emisario imperial, jefe superior de las fuerzas de ocupación y distribuidor del dinero para los gastos administrativos. Su poder era absoluto: «todas las medidas, resoluciones, decretos de aquella época se hacían por indicación suya», dice un escritor paraguayo;[4] otro, brasileño, lo llama el *Virrey del Paraguay*.[5] Dictaba hasta los decretos administrativos, naturalmente en portugués, que sus escribientes traducían al español sin cambiar muchas veces la construcción gramatical de su lengua de origen, dice Quesada.[6]

Sabía mover con habilidad sus instrumentos, tanto en Asunción como en Buenos Aires. Aquí susurraba al oído de Mitre que trabajaba para quitar recelos en Río de Janeiro y hacer que se cumpliesen las pretensiones argentinas del tratado; en Asunción presentaba a los brasileños como *os melhores amigos dos paraguaios* que los ayudarían a arriar el pabellón extranjero que tenían a su frente, río por medio. Naturalmente Brasil cobraría su ayuda haciéndose dar las tierra prometidas en el tratado de alianza. Pero el río Blanco y el Amambay estaban muy lejos. En cambio Villa Occidental, allí enfrente.

Los protocolos brasileño-paraguayos (enero de 1871)

Estabilizado Rivarola en el gobierno, firmó con Rió Branco los *protocolos* del 15 de diciembre de 1870 y el 14 de enero de 1871 para hacerse un tratado *exclusivo* de límites entre Brasil y Paraguay «de acuerdo al tratado de la Triple Alianza y protocolo del 20 de junio». El Imperio, desprendiéndose de la Argentina, arreglaba «de potencia a potencia» sus límites con Paraguay sin intervención de su antiguo aliado.

Gritó la prensa de Buenos Aires contra este acto de deslealtad y ruptura de la alianza (algunos diarios hablaron de «la inminente guerra con Brasil»), pero el habilísimo Rió Branca volvió a Buenos Aires a explicar a Tejedor y a Mitre que los protocolos eran solamente el preliminar de un tratado de límites de ambos países a convenirse simultáneamente en Asunción; los argentinos y brasileños sacarían sus límites establecidos en el Tratado. Ante la dorada promesa calló La Nación y la mayor parte de la prensa porteña. Apaciguadas las cosas Rió Branco se fue a Río

de Janeiro donde el emperador lo llamaba para presidir el gabinete en reemplazo del marqués de San Vicente; el 7 de marzo (1871) organizaba su célebre e histórico ministerio que habría de durar hasta junio de 1875. En su reemplazo vino al Plata como ministro diplomático en Buenos Aires y segundo *virrey* de Asunción, João Mauricio Wanderley, barón de Cotegipe.[7]

El desacuerdo de Asunción (diciembre de 1871)

Bajo un agobiante sol estival se reunieron en Asunción en diciembre de 1871, Manuel Quintana por la Argentina,[8] Adolfo Rodríguez por la República Oriental y Cotegipe por Brasil. Rivarola nombró como representantes paraguayos a Lóizaga y a un señor Falcón, que como no contentó a Cotegipe fue sustituido por Juan Baustista Gill.

Quintana llegó en el buque de guerra *Espora*, y bajó en Asunción con rumbosidad. Como le decían sus instrucciones que tratase de congraciarse con el pueblo paraguayo, no encontró medio más señorial y expeditivo que tirarle monedas de cobre desde los balcones de su hotel; pero no obstante la prensa siguió batiendo el parche de la ocupación de Villa Occidental.[9]

Iniciadas las conferencias, Gill y Lóizaga trajeron una nota de un grupo de legisladores paraguayos que pedían el apoyo del Imperio contra «las exorbitancias argentinas». Quintana pronunció una magnífica pieza oratoria sobre el respeto de las conveciones internacionales «que obligaban al honor de las naciones». Cotegipe pidió que se retirase el uruguayo porque el Estado Oriental no tenía cuestiones de límites con Paraguay y, «conforme con los tratados que se firmarán», su presencia estaba de más. Rodríguez abandonó el salón, y esa misma noche se fue a Montevideo.

Rivarola, que estaba harto de que los brasileños lo mandasen, y quería sacudirse la ocupación, habló reservadamente con Quintana diciéndole claramente: «Usted sabe que soy amigo de su país y espero que vendrá en nuestra ayuda para salvarnos de la garra del otro».[10] Quintana no encontró nada más chistoso que contárselo a Cotegipe y en ese momento quedó sellada la suerte de Rivarola que «resultaba demasiado paraguayo».[11] El 18, el Congreso aceptó una renuncia que Rivarola no había presentado, y se puso en el gobierno a Salvador Jovellanos. Asegurado, Cotegipe hizo saber a Quintana que haciéndose eco del clamor paraguayo, trataría separadamente con Paraguay «por ofrecer inconvenientes los derechos argentinos».[12] Quintana tomó el camino del honor ofendido y abandonó Asunción a la hidalga, calado el chapeo, con la espada

requerida y el mirar de soslayo, después de dejar una nota «prohibiendo al gobierno de Paraguay que tratara con ninguno de los aliados durante su ausencia».

El nuevo presidente Jovellanos, como lo había hecho Rivarola, le pidió inútilmente al elegante diplomático que no lo desamparase porque solo no podía resistir a Cotegipe,[13] pero el pundoroso Quintana se fue nomás.[14]

Cotegipe, después de decir que «Brasil se compromete a defender con sus armas al Paraguay contra toda pretensión de la República Argentina al territorio del Chaco»[15] hizo redactar a Jovellanos y al anciano Lóizaga una nota de protesta por la prohibición de Quintana «puesto que el Paraguay, como pueblo independiente y soberano tiene derecho a celebrar tratados con todas las potencias del mundo»[16]. Al contestar recibo de esa nota, Cotegipe aseguró que «por su parte estaba dispuesto a tratar con Paraguay».

Tratado Cotegipe-Lóizaga (9 de enero de 1872)

Para mayor irrisión, o para cuidar las formas, se abrieron a prueba las pretensiones de Paraguay y Brasil sobre el territorio «disputado» dejándose constancia —por los protocolos del 4, 5 y 7 de enero— que Paraguay no había producido ningún título (los brasileños se habían apoderado del archivo paraguayo y lo habían devuelto después de quedarse con «todos los documentos relativos a la cuestión de límites, dejando solamente los referentes a la parte argentina»)[17].

Cumplidas las formas, se firmó el 9 de enero el *tratado Cotegipe-Lóizaga* El Imperio se quedaba con la tercer parte de Paraguay, garantizando en el resto «la independencia e integridad de la República»; no retiraba sus fuerzas de ocupación «para el mejor cumplimiento de los ajustes y del orden público», y dejaba subsistente como una espada de Damocles el cobro de la deuda de guerra con la sola generosidad «que sería fijada benévolamente».[18] El dócil Congreso aprobó a libro cerrado en una sola sesión, no obstante las protestas del señador Solalinde, apaciguadas cuando el representante Brizuela —autor de la moción de aceptarlo sin discutirlo— dijo «no hemos tratado de potencia a potencia… es preciso aprobarlo».

En Buenos Aires cayó como una bomba, no obstante que desde los *protocolos* del año anterior era previsible la finalidad brasileña. Sarmiento se indignó con Mitre a quien hizo responsable de lo ocurrido; Mitre escribió a Cotegipe el 22 de enero diciéndoie que había un evidente error porque se habría obrado «contra el

pensamiento del S.E. el señor Vizconde de Rió Branco, presidente del Consejo de ministros» de quien Mitre «tenía la palabra y la confidencia».[19] Tejedor escribió al Canciller brasileño Correia «que la enormidad de esas estipulaciones no puede ocultarse a nadie». Y, maliciosamente, nombró a Ituzaingó en su nota.[20]

Cotegipe contestó a Mitre desdeñosamente:

«… é urna realidade a celebraçao do tratado entre o Imperio e o Paraguay. Nem levemente foram offendidos os intereses presentes o futuro da República Argentina. Brasil não faltou a fe publica e a seus compromisos. Fiz o que era humanamente possivel para evitar a alteçao dos boas relacões. Sinto que a tratado não mereça a aprovaçao de V.E.».[21]

El ambiente estaba pesado. En Buenos Aires se habló de guerra; Mitre escribió a Rió Branco el 16 de febrero —«del ciudadano argentino al ciudadano brasilero»— porque «el barón de Cotegipe, obrando con instrucciones latas y sin un plan fijo, ha cedido a la presión de circunstancias momentáneas».[22] No se conoce, por lo menos no está en el Archivo publicado de Mitre, la respuesta del jefe del gabinete brasileño.

Pero la Argentina no se encontraba en condiciones de una guerra: desde abril del año anterior el ejército nacional estaba encargado de aniquilar a López Jordán en Entre Ríos; en Bolivia se protestaba por las pretensiones argentinas al Chaco (que los bolivianos consideraban suyo), en Chile volvía a recrudecer la cuestión de los estrechos; Paraguay y la Banda Oriental (destrozada ésta por la guerra civil inacabable) eran prácticamente dependencias brasileñas.

Sarmiento y Tejedor entendieron que Mitre, y solamente Mitre, debía arreglar el «mal entendido»: era el responsable de la Triple Alianza y de la política de que la victoria *daba derechos* ¡Que fuera a Río de Janeiro a cobrarle esos derechos al vizconde de Rió Branco![23]

CAPITULO 43

EL CURUPAYTY DIPLOMÁTICO DE MITRE

Mitre en Río de Janeiro (julio a noviembre de 1872)

Tejedor dio instrucciones a Mitre que sonaban como una clarinada de guerra. A su paso por Montevideo, debía ponerse de acuerdo con el gobierno oriental para una acción conjunta contra Brasil; en Río de Janeiro conseguir que se declarase formalmente la subsistencia del tratado de alianza, y obtener el apoyo de Brasil para que la Argentina sacase de Paraguay los límites prometidos allí, y conseguir la inmediata desocupación brasileña de Asunción. Solamente cumplidos estos extremos podía dar su aprobación al tratado Cotegipe-Lóizaga. En caso contrario: retirarse belicosamente.[1]

El 20 de junio Mitre está en Montevideo. El presidente Gomensoro le dice sinceramente que en el caso de una guerra de la Argentina y Brasil «aunque sus simpatías estarían con nosotros, permanecerá neutral». Tampoco la destrozada República Oriental podía ser de gran ayuda; solamente puede «prometer sus buenos oficios para mantener la paz».[2] El 6 de julio llega a Río de Janeiro. El recibimiento es frío e inamistoso, se queja en sus cartas a Tejedor.[3] El 9 entrevista al Canciller Correia a quien cumplimenta por «el gusto de volver a visitarle»; el brasileño responde que «infelizmente no tiene él tanto gusto como la otra vez». Mitre le asegura que su misión era de paz y amistad, que Correia rechaza «porque a juzgar por ciertos hechos, no parecía así» quejándose de la prensa argentina y las notas del ministro Tejedor que hablaban de Ituzaingó. Como Mitre dijera que Brasil «había roto la alianza», el brasileño contestó «que no era así y nosotros —escribe Mitre[4]— podíamos hacer un tratado con Paraguay conforme al de la Triple». Sus palabras esperanzan a Mitre que da satisfacciones por la campaña de prensa ya que «el ánimo del gobierno argentino no había sido nunca ofender ni al pueblo ni al gobierno brasileños, declaración que no tendría embarazo en formular por escrito». Pero a Correia le duele la mención de Ituzaingó deslizada en una de las notas de Tejedor, contestado por Correia a su vez con un recuerdo de Caseros. Mitre explica «que el recuerdo de Ituzaingó no tenía ni siquiera una intención ofensiva»; complacido, Correia le aclara a su vez que «el recuerdo de Caseros había tenido sólo por objeto ennoblecer más nuestra alianza» puesto que no olvidaba que Mitre formó entre los vencedores de esa batalla. Retirados los posibles agravios, Mitre pide una audiencia al emperador que el Canciller promete gestionarle.

El 13, Pedro II recibe a Mitre. El ex presidente le habla de Caseros y Tuyuty, «sacrificios comunes de dos épocas memorables en la lucha contra las bárbaras tiranías que eran oprobio de la humanidad y un obstáculo y un peligro para la paz y para la libertad en estas regiones»; el emperador contesta que «la política de buena fe y amistad que el Brasil ha seguido siempre para con sus vecinos, y que nadie conoce mejor que Vos cuando recordáis esas dos épocas de tanta gloria, es el medio por el cual os habéis de granjear la merecida benevolencia». Mitre se retira satisfechísimo.

Entrevista a Rió Branco. El Presidente del Consejo de ministros halaga su vanidad diciéndole que «veía en la elección de un estadista como yo, la prueba de los aciertos diplomáticos argentinos»;[5] pero encuentra dificultades para un tratado que diese a la Argentina el Chaco prometido: estaban las pretensiones de Bolivia y el «pronunciamiento» de la opinión paraguaya. Mitre pide «el apoyo del Imperio» exigido por sus instrucciones y Rió Branco se lo da ampliamente en forma verbal. Pero como no tenía tiempo de ocuparse en diplomatizar, nombra al veterano marqués de San Vicente, José Antonio Pimenta Bueno, para que lo estipule de acuerdo con Mitre. Esto solamente se hará en noviembre, retardando noventa días las negociaciones, mientras se prepara el ejército imperial en Rió Grande y se refuerzan las tropas de ocupación en Paraguay. La Argentina no toma medidas porque Mitre ha asegurado que desde su primera entrevista la «paz estaba consolidada».

El marqués de San Vicente es la historia viva de la diplomacia brasileña en Paraguay, desde que en 1842 —*treinta años atrás*— siendo Presidente de Matto Grosso indujo a Carlos Antonio López a declarar la independencia paraguaya que Gaspar Rodríguez de Francia no había hecho formalmente. Su carrera es larga: ha sido varias veces ministro de Negocios Extranjeros, y acaba de ser presidente del Consejo de Ministros. Es suave en maneras y fuerte en hechos, y su sonrisa constante no traduce su pensamiento. Elogia a Mitre y parece embelesarse con las tiradas oratorias del general. A Mitre le parece fácil dominarlo porque «no tiene la visión clara y la meditación profunda del hombre de Estado»; supone que lo ha dominado con su oratoria y «en lugar de un contendor he encontrado en él un aliado». Le habla al brasileño de que «debemos vivir unidos como núcleo de luz, progreso y justicia de esas jóvenes nacionalidades [los países de América española]»,[6] cuya independencia debieran garantizar Argentina y Brasil. San Vicente aplaude. La independencia y la *integridad*; pero esta última de ahora en adelante porque el tratado Cotegipe-Lóizaga había, desgraciadamente, pasado en autoridad de cosa juzgada; ha sido ratificado por el emperador, y anularlo sería inferirle un agravio a Su Majestad. Fuera de ese detalle, debería asentarse la renovada amistad argentino-brasileña sobre bases sólidas: precisamente aquéllas que ha dicho Mitre, la independencia plena del Paraguay y su integridad. Si se

estaba en eso, ¿para qué exigir la Argentina todo el Chaco, lo que molestaría a los paraguayos y pondría a la Argentina en conflicto con Bolivia que exhumaba viejos documentos para pretender hasta el Bermejo por el sur y el Paraguay por el este? ¡Si la Argentina se contentase con el límite del Pilcomayo…! No debería olvidar Mitre que había otras zonas de fricción: que los paraguayos habían sacado pretensiones a parte de Misiones y la isla Cerrito. ¿Cómo —se sorprende Mitre— si ni siquiera López había reclamado la soberanía del Cerrito y las Misiones? «Es cierto —sonríe San Vicente— , porque estuvo muy ocupado en preparar su agresión, pero los paraguayos de ahora hablaban de sus derechos». Sin decirle que era Cotegipe quien los inducía: nadie se había ocupado en limitar las misiones paraguayas de las correntinas, y tanto podía sostenerse que el Paraná era su límite como la cordillera que corre entre el Paraná y el Uruguay; además no estaban muy claros los derechos argentinos a Formosa entre el Bermejo y el Pilcomayo que López siempre disputó, y ahora también disputaba Bolivia. Si la Argentina se contentase con Formosa y no llevase sus pretensiones más allá de Villa Occidental, le podía asegurar que Brasil defendería la frontera en el río Paraná con la isla Cerrito. Y Brasil y la Argentina, estrechamente unidas como al día siguiente de Caseros y en vísperas de la guerra de la Triple Alianza, formarían el *Coloso de Sud América* dispuesto a abatir tiranías y hacer triunfar el derecho. Todo eso sería obra de Mitre, en cuyas manos estaban los destinos diplomáticos de la unión argentino-brasileña como estuvieron en 1865 sus destinos militares.[7]

Mitre se emocionó. En nombre de la Argentina reconoció el tratado Cotegipe-Lóizaga; Brasil a su vez se comprometió a «darle su cooperación moral y eficaz» para un tratado de límites con Paraguay. Nada se dijo sobre éstos, porque San Vicente no quiso (fuera de la aprobación del tratado) que se firmase nada por redundante. Pero Mitre ya estaba convencido de que en homenaje al emperador, a la paz y a la renovación de la alianza del 65, la Argentina debería contentarse con llegar al Pilcomayo, tal vez con una estrecha faja costera que le diese Villa Occidental. Es decir: casi la «victoria no da derechos» pero con la diferencia de habérselos dado a Brasil.

Se despidió entuasiasmado de Pedro II. Le aseguró «la buena voluntad hacia su persona del pueblo argentino», aunque el emperador —dice Mitre— «no me pareció del todo convencido respecto de nuestras simpatías populares hacia el Imperio».[8] Volvió triunfador a Buenos Aires: traía la paz y la alianza prometida de Brasil. Fue recibido con manifestaciones populares y se lanzó su candidatura a la presidencia para suceder a Sarmiento que terminaba al año siguiente.

Mitre en Asunción (julio y agosto de 1873)

En Buenos Aires Mitre tiene largas conferencias con Tejedor. Trata de convencerlo de que la política argentina no debería apartarse de la línea de Caseros y Tuyuty: los dos «colosos» de Sudamérica íntimamente unidos para abatir las tiranías del continente. Las cuestiones de tierras no tenían importancia, ¿qué significaban unas cuantas leguas de selvas y esteros, ante el hecho capital de la amistad argentino-brasileña? Pero Tejedor no se convenció. A su juicio la amistad no era ir a la zaga del Imperio y servir gratuitamente a sus propósitos expansionistas. Si Mitre había aceptado el convenio Cotegipe-Lóizaga porque no había más remedio y porque no se estaba en condiciones de ir a una guerra, no iría a desautorizarlo por eso; el general era el hombre de más prestigio en la Argentina y posiblemente —si se conseguía vencer la resistencia del vicepresidente Alsina— sería el próximo presidente. Pero no había que renunciar a Villa Occidental. Por lo menos debería sacarse un bocado de la tajada, ya que los brasileños tuvieron la suya íntegra.

Mitre asiente. Irá ahora a Asunción a completar su obra. Tejedor le da instrucciones «amplias» para dejarlo en mejor libertad. Sólo le *recomienda* que saque Villa Occidental, la renuncia de las pretensiones paraguayas a la isla Cerrito y a la parte litoral de las Misiones argentinas, y la desocupación de Asunción, como garantía de la renuncia brasileña a anexarse los restos del Paraguay.

Llega el general a Asunción. Habla con el vizconde de Ara-guaya que ha reemplazado a Cotegipe en la legación brasileña; desdeña al presidente Jovellanos y no advierte sus mudas y desesperadas señales para entenderse a espaldas del brasileño. Pero al fin consigue Jovellanos ponerse a tiro y le habla francamente: el problema importante para Paraguay no eran los límites, sino la ocupación militar. Mientras haya *cambás* en los cuarteles asunceños no puede decirse que hubiese Paraguay ni nada. Mitre le asegura que los brasileños se irán apenas se firme el tratado, y Jovellanos quiere hacerle entender que no se irán porque no habrá tratado. No es cuestión del Pilcomayo, ni del río Verde, ni del arroyo Verde, ni de la Bahía Negra: no habrá tratado, porque a Brasil le interesa mantenerse en Asunción y agitar la campaña de *os melhores amigos dos paraguaios*. Para anexarlos cuando llegue el momento a fin de protegerlos de las apetencias argentinas.

Es un lenguaje que Mitre no entiende, y por lo tanto lo sorprende e indigna. ¿Cómo se atreve el paraguayo a dudar de las palabras e intenciones del Imperio? Los soldados brasileños estaban en Asunción para defender la libertad de los nativos contra los brotes de las tiranías que alimentaba en su seno el país de Francia y los dos López. Que empezaran los paraguayos a dar pruebas de su conversión «a las instituciones» y entonces la Argentina sería primera en pedir el retiro de las tropas brasileñas.

Jovellanos comprende que debe llamarse a silencio. El general lo rehuye ostensiblemente y trata exclusivamente con Araguaya los futuros límites de la Argentina y Paraguay. El brasileño calla, y Mitre interpreta que otorga:

«… y cuando llegó el caso de darle forma práctica a los tratados —dice un testigo de presencia, el cónsul argentino Sinforiano Alcorta— se reunieron los plenipotenciarios en el despacho del presidente de la república y encomendaron al general Mitre la redacción. Escritos la mayor parte de los artículos y estando conformes en todas sus partes, se levantó Mitre de la silla y, puesto de pie, felicitó a sus colegas por el feliz término de las negociaciones que salvaban a sus respectivos países de las serias dificultades en que habían estado envueltos y cuyas consecuencias pudieron ser fatales a no ser el patriotismo y la buena voluntad de que todos estaban anima dos. Después de pronunciar estas palabras se volvió a sentar… El señor Magalhaes (vizconde de Araguaya) tomó entonces la palabra y dijo que ni él por sus instrucciones ni el gobierno paraguayo accederían a los limites fijados por Mitre. El presidente Jovellanos apoyó al señor Magalhaes».[9]

¿Qué era eso? Mitre habló privadamente con Araguaya. ¿Y las conversaciones con el marqués de San Vicente? ¿Y el entendimiento argentino-brasileño renovado por su viaje a Brasil? ¿Y su papel como factor de la paz y la alianza, que eran precisamente el pedestal de su candidatura a la presidencia? Araguaya se limitó a mostrarle sus instrucciones: no debía aceptarse que Villa Occidental fuese argentina, ni que abandonase la ocupación militar brasileña. Si fuera por eso solamente, todo se podía arreglar, y Mitre escribió a Tejedor que, pensando bien la cosa, no valía la pena quedarse con Villa Occidental «que sería un punto destacado en nuestra frontera que nos obliga a esfuerzos lejanos para sostenerlo», y Brasil «celebrados sus tratados definitivos no tiene interés en acompañarnos en esta cuestión y por lo tanto no nos apoyará moralmente».[10] Pero Tejedor insiste con Villa Occidental; Mitre le recuerda que las instrucciones eran «amplias», Tejedor le manda instrucciones terminantes de no renunciar a Villa Occidental; Mitre argumenta que la Argentina no tiene válidamente título sobre Villa Occidental. El buen entendimiento que cree haber conseguido con Brasil debe mantenerse *a toda costa* como base de la política argentina en el continente. Pero Tejedor no quiere que Mitre se haga presidente a costa de «lo único que queda de nuestra victoria» y reitera las instrucciones.[11] Mitre que ha vuelto a Buenos Aires a «impedir la guerra» renuncia altivamente el 9 de noviembre.[12] No ha menguado su prestigio con el fracaso. Ni siquiera con la torpeza de Tejedor que por móviles políticos publica las cartas de Mitre donde niega los derechos argentinos sobre Villa Occidental. Cartas diplomáticas secretas, cuya publicidad servirá admirablemente a la política de Brasil.

CAPITULO 44

LA ÚNICA VICTORIA DIPLOMÁTICA ARGENTINA: EL TRATADO SOSA-TEJEDOR (1875)

La política anexionista brasileña

A principios de 1874 estaban dadas las condiciones para anexar Paraguay a Brasil, sin que costase al Imperio una gota de sangre. Se empezaría por «protegerlo» de la apetencia argentina que alzaba su bandera en Villa Occidental a la vista de los asuncenos (las zonas incorporadas por Brasil quedaban lejos de la capital). Los periódicos de Asunción —subvencionados por Araguaya— movían una campaña constante por la presencia en el Chaco paraguayo de los regimientos argentinos, pasando por alto a los brasileños en los cuarteles de Asunción y en la isla del Cerrito, que habían fortificado en previsión de una guerra contra Buenos Aires.

El fracaso de Mitre, la publicación indiscreta de las cartas entre Mitre y Tejedor que demostraban el ningún derecho argentino a Villa Occidental, el estado revuelto de Paraguay (fomentado por el ejército de ocupación) y la crisis que se avecinaba en la Argentina a causa de la sucesión presidencial y que estallaría en setiembre, mostraban que había llegado la oportunidad.

La política brasileña con los estados limítrofes de la Argentina había sido provechosa. Los problemas de Chile y Bolivia con la Argentina fueron convenientemente agitados: la cuestión del estrecho de Magallanes era puesta en el tapete nada menos que por *La Nación*, y el *Mercurio* de Valparaíso contestaba el golpe; en Sucre y La Paz se movía una buena propaganda contra las pretensiones argentinas al Chaco boreal, que los bolivianos reclama-

ban como suyo: hasta Villa Occidetal entraba en sus pretensiones fundadas en antiguos documentos de los tiempos de la Audiencia de Charcas. La ocupación argentina era presentada como un agravio a la bandera de Bolivia.

Atrás de todo eso estaba la mano segura y hábil de Río Branco. En Buenos Aires era un secreto a voces las relaciones de *La Nación* con la alta banca y la diplomacia brasileña. La candidatura de Mitre a la presidencia parecía asegurada. Pero si las cosas no ocurrieran así, si Adolfo Alsina, el hombre fuerte del gobierno

de Sarmiento, conseguía imponerse como presidente, o por lo menos desbaratar a Mitre apoyando al ministro de instrucción pública, Nicolás Avellaneda —que era sumiso en todo a Alsina—, Brasil contaría con el apoyo de Chile y Bolivia para su política de neutralizar «la prepotencia» argentina.

Con ese juego de quita y pon, esperaban consolidar su dominio en Paraguay. Había un inconveniente que los ocupantes no pudieron prever. Era que los paraguayos no procedían como instrumentos dóciles y a las primeras de cambio hacían desesperados guiños a los argentinos. Rivarola, impuesto por Rió Branco, debió ser desplazado —para ser asesinado misteriosamente porque trató de entenderse con Quintana; Jovellanos había querido hacerlo con Mitre. ¿Por qué? Si Brasil había tenido un Lucas Obes y un Nicolás de Herrera en la Banda Oriental en años anteriores, si en esos momentos mantenía un Andrés Lamas y un Rufino de Elizalde en Montevideo y Buenos Aires. ¿Por qué no podía encontrarlos en Asunción? Ni siquiera habían dado con un Mitre a quien llevar fácilmente con tres fases retóricas.

Hasta entonces ningún paraguayo había respondido plenamente a Brasil, y eso parecía inexplicable a los hombres del Imperio. Tanto los políticos del *Gran Club del Pueblo* donde estaban la mayoría de los «legionarios» como los del *Pequeño Club del Pueblo* integrado por muchos «lopistas», pedían el apoyo brasileño para sacar sus periódicos (la *Regeneración* y *El Pueblo*, aquéllos; la *Voz del Pueblo*, éstos), o para hacer sus elecciones o revoluciones. En esos momentos parecían muy dóciles, pero enseguida buscaban el resquicio para escapar de la ratonera. Tal vez fuese cuestión de tiempo.

Inútilmente se agitaba la propaganda de o *melhor amigo de Paraguay*. A los paraguayos no les gustaba ver la bandera argentina ondeando en Villa Occidental del otro lado del río, pero de allí a creer desinteresadamente la protección del Imperio mediaba un trecho que ninguno recorría. La habilidad brasileña había consistido en apoderarse de tierras lejanas de la capital. Pero el cielo no podía taparse con un harnero, y los *cambás* eran inconfundibles en las calles de Asunción para ignorarlos. Los favorecía que los argentinos en Villa Occidental eran absurdamente prepotentes, mientras los jefes brasileños de Asunción y Cerrito jugaban al dechado de la cortesía. Los «virreyes» jamás daban órdenes ni levantaban la voz; se limitaban a hacer insinuaciones. Eso sí, quien las desobedecía podía amanecer despojado de su presidencia como Rivarola, o ser atacado por la noche por misteriosos asesinos, como les pasó a Rivarola y a Gill.

Diríase que los diplomáticos argentinos eran *os melhores amigos do Brasil*. Quintana creía en 1872 que ser diplomático era lucir en la calle Palma sus ternos de vicuña y levitas cortadas por Poole. Si le habían mandado a congraciarse con los

paraguayos, lo cumplía tirándoles calderilla desde los balcones de su hotel. No se le ocurrió que dejar una nota «prohibiendo» a Paraguay que tratase con Brasil era, además de tonto, impolítico. Si en vez de despreciar al presidente Rivarola porque se lavaba los pies en los corredores del palacio presidencial, se hubiese entendido con él, no habría ocurrido tal vez la iniquidad del tratado Cotegipe-Lóizaga que arrebató un tercio del territorio paraguayo. Pero Quintana era incapaz de descender a la altura de quien se lavaba los pies en público, y además pensaba en arrebatar otro tercio del territorio esperando ingenuamente que Brasil lo ayudaría. Su mentalidad no era dúctil, y nada tenía que ver con América. Se creía un Bismarck anexándose Alsacia y Lorena; no se le ocurrió pensar que antes de apoderarse de territorio francés en 1871, Bismarck se había mostrado en 1866 generoso con los estados alemanes vencidos por Prusia y por eso había conseguido la unidad alemana. Tampoco Mitre pudo darse cuenta de que la gran política argentina era la defensa de Paraguay en Río de Janeiro, en vez de dejarse alucinar por Rió Branco y San Vicente; pero no pensaba en Paraguay sino en la alianza argentino-brasileña, y también en su próxima presidencia.

El barón de Gondim

Inglaterra podía interponerse en la política brasileña. Pero todo estaba en presentar el *hecho consumado* de la anexión de Paraguay, y satisfacer a Inglaterra con algunas ventajas comerciales.

La táctica británica consistió en desatar guerras —¡oh!, poco duraderas— y presentarse como mediadora: para eso había armado a la Argentina en 1872 vendiéndole en favorables condiciones los monitores *Plata y Andes* de 1 500 toneladas y las cañoneras *Paraguay y Uruguay* de 550; buques fluviales para equilibrar el poderío brasileño de los ríos.

En 1874 no había una posibilidad seria de guerra entre Brasil y la Argentina. Por lo pronto Brasil había aumentado su escuadra fluvial con otros monitores —el *Jaray* y el *Solimoes*— y reforzado la ocupación del Cerrito en la embocadura del Paraguay, mientras en la Argentina las perspectivas eran de una guerra civil entre *mitristas* y *autonomistas* que no sería de corta duración. La Argentina debilitada y ocupada en arreglar sus problemas internos, no aceptaría la guerra; y sin guerra, Gran Bretaña no podía intervenir.

A comienzos de 1874 Rió Branco mandó a Asunción en reemplazo del suave Araguaya a un político de la energía del barón de Gondim: su cometido era preparar el golpe definitorio; Para eso necesitaba un grupo de nativos que

sirviesen con lealtad al Imperio. Con el presidente Jovellanos no podía contarse porque no había demostrado su brasileñismo al querer entenderse con Mitre. No era necesario hacerle una revolución y separarlo porque en noviembre terminaba su período legal (había sido elegido completando el cuadrienio de Rivarola) y bastaba con esperar.

Gondim buscó a los brasileñistas. Creyó encontrarlos en el presidente del Senado Juan Bautista Gilí y el joven diputado Jaime Sosa Escalada. Eran antiguos legionarios, personas distinguidas y cultas que nada podían esperar de un Paraguay independiente y en cambio encontrarían una brillante carrera en el Imperio. Habló con ellos, y los encontró dispuestos. El 12 de febrero Gondim impuso a Jovellanos el nombramiento de Gill como ministro de gobierno y relaciones exteriores con plenos poderes, a la espera de que el Congreso lo eligiese en noviembre Presidente de la República.[1] Sosa fue ministro de Hacienda por un tiempo; después se lo pasó a Encargado de Negocios en Río de Janeiro con «plenos poderes» para firmar cualquier cosa. Como Paraguay no estaba en condiciones de pagarse un Encargado de Negocios en Río, Brasil corrió con esplendidez en los gastos. Las *instrucciones* a Sosa, redactadas por Gondim y pasadas en limpio por Gill para que las firmase Jovellanos, le decían que «en todo» debería seguir a Rió Branco.

Jaime Sosa

El Encargado de Negocios no era un *brasileñista* como lo supuso Gondim. No había *brasileñistas* en Paraguay. Era un joven de 28 años que había combatido en la Legión, pero se le había despertado el patriotismo a la vista de su tierra lacerada y ocupada. Si por un momento pudo inclinarse a Brasil, bastaron los *poderes* e *instrucciones* recibidos de Gill, y quizás las palabras que le dijo Gondim, para hacerle cambiar. Tanta vergüenza debió darle, que se resolvió a hacerle una jugada a Rió Branco.

El «golpe» estaba bien preparado por el brasileño. Sosa debería pedir en Río de Janeiro la incorporación de Paraguay, y el Imperio, desdeñándola por el momento, la contentaría con un tratado de «protección». Para medir la capacidad de reaccionar de la Argentina, la escuadra brasileña del alto Uruguay bombardeó el 18 de junio (1874) al pueblo argentino de Alvear en desagravio de una paliza que se le había dado a un médico naval. Era un hecho gravísimo, pero los monitores recientemente adquiridos no subieron el Uruguay para exigir un desagravio. Tejedor se limitó a dejar una nota y echar tierra sobre el asunto. Esto probó a Rió Branco que la Argentina no reaccionaría por la «protección» a Paraguay. Pero

Jaime Sosa desbataría la intriga. De acuerdo con Jovellanos —todavía presidente— se hizo dar instrucciones diametralmente opuestos a las redactadas por Gondim para hacerlas valer en el momento oportuno:

«En el estado en que se encuentra el país —decían estas segundas instrucciones fechadas el 23 de agosto de 1874— Vd. no extrañará que me valga de este medio para manifestarle mi pensamiento íntimo en la negociación que se le ha encomendado… En el deseo de remediar en algo los males que aquejan al país, invocando su patriotismo lo autorizó a efectuar los tratados con la República Argentina bajo la base de la desocupación inmediata brasilera por más que a ello se opongan las instrucciones oficiales que, como Ud. sabe, han sido redactadas en la legación brasilera. Este paso, por insólito que sea, lo doy señor Sosa como ciudadano y magistrado, con la conciencia tranquila, pues Ud. no ignora el peligro inminente que corre la independencia del Paraguay».[2]

La conferencia de Río de Janeiro

Formalmente Rió Branco invitó al gobierno argentino a una conferencia en Río de Janeiro donde se «arreglarían definitivamente los problemas todavía pendientes de la guerra del Paraguay». Tejedor había rehusado concurrir, ofendido; era precisamente lo que esperaba Rió Branco.

Para decidirlo a Tejedor a ir a Río de Janeiro, Jovellanos hizo saber al cónsul argentino Sinforiano Alcorta, con funciones de Encargado de Negocios (ya he dicho que ningún diplomático de mayor graduación quería *sacrificarse* en Asunción) las intrucciones oficiales que llevaría Sosa a Río de Janeiro con la recomendación de concurrir, no obstante, a la capital brasileña. Tejedor no se dio cuenta de la astucia paraguaya y estuvo a punto de echarlo todo a perder quejándose airadamente al ministro de Brasil en Buenos Aires por las instrucciones que llevaba Sosa.[3] Afortunadamente Jovellanos no había revelado las otras, y la indiscreción fue tomada por uma traição de Jovelhanos quedando Sosa indemne. Rió Branco ordenó a Gondim la separación de Jovellanos con el pretexto de un viaje de «amistad» a Río de Janeiro: lo que redundó en perjuicio de la política brasileña porque Jovellanos, aunque debió abandonar Asunción, al llegar de paso a Buenos Aires, se negó a seguir viaje, contó a Tejedor las instrucciones reservadas que llevaba Sosa, y lo instruyó en la manera de burlar a Rió Branco.[4]

Tratado Sosa-Tejedor (1875)

Sarmiento había terminado su período presidencial en octubre de 1874,

reemplazándole Avellaneda en plena guerra civil. Quiso llevar a un hombre de los quilates de Bernardo de Irigoyen al ministerio de Relaciones Exteriores, pero sus correligionarios no se lo permitieron porque Irigoyen había sido *rosista* y nunca renegado del caído Restaurador. Debió nombrar, mientras vencía la resistencia de los antiguos *unitarios* al Dr. Pedro A. Pardo, respetable médico, pero ajeno a los problemas internacionales. Tejedor antes de dejar el ministerio reveló a Avellaneda las confidencias de Jovellanos. Entonces, quedó decidido que el mismo Tejedor fuese a la capital brasileña.

En abril de 1875 los diplomáticos (Tejedor por la Argentina y Sosa por Paraguay) se encuentran en Río de Janeiro; van a tratar con Rió Branco la definitiva situación paraguaya. Jaime Sosa, no obstante su juventud, es la gran figura de esta conferencia; aparenta con toda habilidad, hacer el juego brasileño y Tejedor, ceremonioso y solemne se deja conducir por el patriota paraguayo.

«Por mi parte —escribe Sosa a Jovellanos— siempre trato de inspirar confianza a estos señores [los brasileños]: proceder de otra manera fuera la conducta más inhábil del mundo… Los hombres del Imperio están íntimamente persuadidos de que harán de mí lo que quieran, y tan cierto es que ni siquiera me hacen caso y conceden importancia alguna, creyéndome persona de la familia… Ellos son muy patriotas, como buenos brasileros, y todo eso lo hacen en bien de su país. Paguémosle nosotros en la misma moneda conspirando contra ellos y contra sus propias conspiraciones. Como paraguayos habremos cumplido con nuestro deber, y no tienen por qué reprocharnos esta conducta, desde que no hacemos con ellos sino exactamente lo que hacen con nosotros».[5]

A deshoras Sosa visita a Tejedor y le ofrece un tratado con límite hastá el Pilcomayo y una franja con Villa Occidental (de otra manera el argentino no comprendería la necesidad de proteger a Paraguay), y obteniendo el retiro del ejército de ocupación brasileño en Asunción. Tejedor acepta. Sosa cree su deber informar a Gilí, que ya no puede denunciarlo ni impedir lo que va a hacer.

«El tratado que está a punto de celebrarse —le escribe el 17 de mayo— no será de la aprobación de los hombres de estado del Imperio, pero a no dudarlo lo aprobará el pueblo paraguayo y también su gobierno si tiene el coraje de independizarse de la fatal influencia que pesa sobre él como una atmósfera de fuego… influencia que prepara una guerra tremenda y la absorción de nuestro país».[6]

Empiezan las conferencias. Rió Branco seguro de su triunfo y del ruidoso fracaso argentino; Tejedor, desconfiado de la buena fe de Sosa, y éste fingiéndose instrumento de Brasil. Tejedor presenta sus proyectos: frontera en el Pilcomayo, y

además Villa Occidental a cambio de la deuda de guerra paraguaya. Rió Branco, sonriente, dice que es imposible esa solución por no quererla los paraguayos, a cuya sola voluntad se atiene Brasil. Sosa pregunta si Brasil acompañaría a Paraguay en la actitud que éste tomase cualquiera que fuere, y Rió Branco, contesta imperativamente con la afirmativa. Sosa acepta entonces la proposición argentina siempre que llevare implícita la desocupación brasilera. «La estupefacción de Rió Branco —dice Quesada— no tuvo límites: Tejedor sonreía socarronamente. Sosa se ocupaba en dibujar en un papel con aire distraído los límites futuros… El marqués de Caravellas (secretario de Rió Branco) creyendo que Sosa se ha equivocado se levanta de su asiento para llamarle la atención. Como el paraguayo no lo mirara, empezó a toser y componer la voz. Inútil. Rió Branco tanto palidecía como enrojecía», comenta Alcorta.[7]

Se firmó de esa manera el 20 de mayo de 1875 el tratado Sosa-Tejedor: Paraguay se independizaba de la tutela brasileña a cambio de Villa Occidental. Tejedor no atinó a darse cuenta de que esta codicia de fronteras daría pretexto a los brasileros para trabajar su rechazo, bastándole con presentar a Sosa en Asunción «*comprado baratinho por os argentinos*».[8]

La derrota de Río de Janeiro fue estruendosa. Debió renunciar la jefatura del gabinete que mantenía desde 1871. Lo reemplazó Caxias con Cotegipe en negocios extranjeros. Pero el Imperio no se repondría del golpe y Paraguay no sería anexado.

Torpezas argentinas

Todo consistía en aprobar el tratado por el congreso paraguayo antes de que los brasileños reaccionasen. Pero ocurrieron cosas extrañas: los ejemplares destinados a Asunción fueron mandados por error a Buenos Aires, y los de Buenos Aires a Asunción (se los había confiado al correo brasileño). Cuando el Ministro de Relaciones Exteriores argentino — Pedro A. Pardo— se hizo con ellos, ya fue tarde. El ministro paraguayo Facundo Machain había prometido al cónsul Alcorta (nuestra Cancillería consideraba innecesario tener en Asunción un representante de mayor jerarquía) hacerlos aprobar «siempre que se obrase con diligencia, antes de llegar instrucciones al ministro brasileño Pereyra Leal» (Leal, suegro de Elizalde, ocupaba entonces el cargo de Virrey en Asunción). Pero la demora permitió a Leal moverse con tranquilidad: arrancó al gobierno paraguayo el rechazo del tratado, e hizo declarar a Sosa *traidor a la patria*, y aun pedir su extradición a Río de Janeiro.[9]

Cuando Dardo Rocha llegó a Asunción como representante argentino para el canje de los tratados (ya rechazados), Gill, cumpliendo órdenes perentorias de Leal, le negó acceso a la Casa de Gobierno. Rocha, que tampoco demostraba comprensión de la angustia paraguaya, no encontró recurso más pintoresco que desafiarlo a un duelo. Lo hubiera llevado a cabo si no fuera porque el secretario Cavia consiguió disuadirlo;[10] un ministro diplomático no puede batirse a duelo con el jefe de Estado donde está acreditado.

¡Con esa diplomacia íbamos a ganarle a Brasil!

CAPITULO 45

TRATADO DEFINITIVO (IRIGOYEN-MACHAIN, 1876)

Nueva amenaza de guerra. Se reúne el Consejo de Estado Imperial (12 de junio de 1875)

La sorpresa del tratado Tejedor-Sosa, echó por tierra el largo y hábil trabajo de Rió Branco cuyo objeto final era la anexión de Paraguay al Imperio, o por lo menos un protectorado definitivo. Don Pedro II llamó a reunión del Consejo de Estado como se hacía en las grandes ocasiones.

La opinión fue contraria a rechazar el tratado: la Argentina había negociado con Paraguay sin acuerdo de su aliado de la misma manera que Brasil lo había hecho anteriormente. No era posible a Brasil oponerse al convenio Tejedor-Sosa, a lo menos directamente; pero podía valerse de su influencia en Asunción para conseguir que el congreso y el presidente paraguayo no aprobaran lo hecho por su representante en Río de Janeiro.

También podía amenazarse con la guerra… Había un pretexto que, convenientemente agitado, podía hacerse pasar por una descortesía a lavar con sangre. Tejedor en su apuro por llevar a Buenos Aires el tratado con Sosa, no se había despedido del emperador. Podía elevarse a la categoría de ofensa, y moviendo bien las cosas conseguir una achicada de la Argentina. Pero ¿habría una achicada?… En el año anterior las cosas se presentaban favorables; pero en 1875 habían cambiado: Chile y Bolivia estaban en conflicto por el salitre (que derivó después en la guerra del Pacífico) y, una fuerte crisis financiera obligaba en Brasil al cierre de muchos bancos, entre ellos el de Mauá que hasta entonces había sido la caja segura de la política expansionista.

El Consejo resolvió orillar la guerra aunque se perdiese definitivamente la incorporación de Paraguay. Se opondría, por medios privados, a la aprobación en Paraguay del tratado Sosa-Tejedor. El gabinete Rió Branco, culpable del fracaso de la conferencia de Río de Janeiro, debió renunciar el 25 de junio y Pedro II encomendó al duque de Caxias, la formación de un nuevo ministerio, cuya figura principal sería Cotegipe como ministro de Negocios Extranjeros.

Bernardo de Irigoyen

El presidente Avellaneda había vencido las dificultades para hacer a Bernardo de Irigoyen ministro de Relaciones Exteriores. El 2 de agosto (1875), ocupó éste la cancillería; en octubre se siente una benéfica influencia argentina en Asunción: el presidente Gill parece emanciparse de Leal y designa un ministerio que no le ha sido sugerido desde la legación brasileña (Urdapilleta en Interior y Saguier en Hacienda). El estupor de Leal fue enorme y planeó la consabida revolución para arrojar del poder al «hombre del Brasil», que cambiaba el rumbo.

¿Qué ocurría? No era sólo que en la Cancillería argentina había una mano más firme que las anteriores; era que el Brasil de 1876 no era el mismo de dos años atrás. Irineo Evangelista de Souza, el poderoso vizconde Mauá, había debido cerrar su banca y una difícil crisis que presagiaba el fin de la grandeza imperial agitaba a Brasil; los republicanos y *abolicionistas* se multiplican y la gran riqueza de los cafetales falta de brazos porque no había podido reponerse a los negros llevados a morir en los esteros paraguayos pierde el monopolio mundial que hasta entonces mantenía. Tampoco está Rió Branco en la jefatura del gabinete. Es cierto que Caxias es un héroe; pero a veces los héroes no sirven para dirigir la política.

Por su parte la situación de la Argentina se mejoraba. La derrota del mitrismo en *La Verde* y *Santa Rosa* había sido completa, y los años que corrieron entre 1874 y 1876 fueron de florecimiento financiero y económico (que terminaron en la inevitable crisis de 1877). En la Cancillería se sentaba Bernardo de Irigoyen, que de todos los diplomáticos que tuvimos en esos tiempos fue quien tuvo más sentido común y mayor visión a distancia. No es un elogio, porque los demás fueron muy pequeños.

Irigoyen se entendió con el presidente Gill por medio de Adeodato Gondra, radicado en Asunción donde estaban establecido y vinculado familiarmente. Gondra no ocupaba ningún cargo diplomático, pero junto con el cónsul Sinforiano Alcorta, valía más que nuestros diplomáticos, designados a la espera de un traslado a Europa. Gondra promete a Gill en nombre de Irigoyen, apoyarlo contra las fuerzas de ocupación brasileñas y mantenerlo contra la consabida revolución de los «milicos» armados por los comandantes imperiales. Negocia calladamente el tratado definitivo de paz. Irigoyen está de acuerdo en renunciar al norte del Pilcomayo; pero se mantiene el problema de Villa Occidental. El ministro argentino no puede renunciarla sin ponerse en contra el patrioterismo de *patria chica* del gabinete de Avellaneda, y tampoco puede, en plena justicia, reclamarla. Se llega a una solución: el límite sería el Pilcomayo, pero la zona de Villa Occidental se sometería al arbitraje del presidente de los Estados Unidos. Era lo mismo que dársela a Paraguay porque la Argentina no podía exhibir ningún título a ella,

mientras los paraguayos los tenían sobrados. Eran los únicos títulos que tenían, desde que los brasileños saquearon sus archivos y se llevaron todo, menos los derechos paraguayos a la zona que el tratado de la Triple Alianza daba a los argentinos. Además estaba —¡documento precioso!— la carta de Mitre a Tejedor de 1872, que éste publicara, donde aquél decía que la Argentina no tenía ningún derecho a Villa Occidental.

Felipe Pereyra Leal

Felipe Pereyra Leal, el ministro brasileño en Asunción, era un veterano de la diplomacia imperial. Suegro de Rufino de Elizalde, había estado en Asunción en tiempos de Carlos Antonio López y su proceder violento le obligó a salir rápidamente del Paraguay. Porque no era un político suave e insinuador como la mayoría de los brasileños, sino de procederes firmes y enérgicos; no se parecía a Rió Branco, sino a Honorio Hermeto Carneiro Leão, el marqués de Paraná de los tiempos de Rosas. Itamaraty lo empleaba en los sitios donde se precisaba gritar fuerte (Asunción en tiempos de don Carlos, Buenos Aires en tiempos de Mitre, y ahora nuevamente Asunción), cuando no daba resultado la clásica diplomacia amable y sonriente de los hombres del Imperio.

Es que Cotegipe estaba ya convencido de que era inútil proceder de otra manera en Asunción. No había *brasileñistas* sinceros (ni tampoco *argentinistas*, agregaré). Por eso fue Leal a dar sus consabidos gritos a Asunción. Mandó a Facundo Machain, ministro de relaciones exteriores, a «recibir órdenes» a Río de Janeiro, embarcándolo el 22 de junio de 1875 en la cañonera brasileña *Cronnot*, acompañándolo hasta el puerto. Esperaba hacerle cumplir lo que no hizo Sosa. Fue el último acto de prepotencia brasileña. Machain no quiso quedarse en Río de Janeiro e irá a Buenos Aires a tratar el límite definitivo con Irigoyen, como lo había negociado reservadamente.

Leal quedó, naturalmente, muy molesto. No había más remedio que hacerle una revolución a Gill y a Machain. No porque tuviese la esperanza de cambiarlos por personas más consecuentes, sino para castigar la «media vuelta» que habían tenido la osadía de hacer.[1]

Todo estaba en quién hiciera más rápido las cosas. Irigoyen el tratado o Leal, ayudado por Gondim que para eso estaba en Montevideo, la revolución. Quiso traer 500 hombres de Matto Grosso para reforzar las fuerzas de ocupación, pero Irigoyen, suave y firmemente, le notificó que una intervención del ejército brasileño en asuntos internos paraguayos obligaría también a intervenir al ejército

argentino de Villa Occidental.

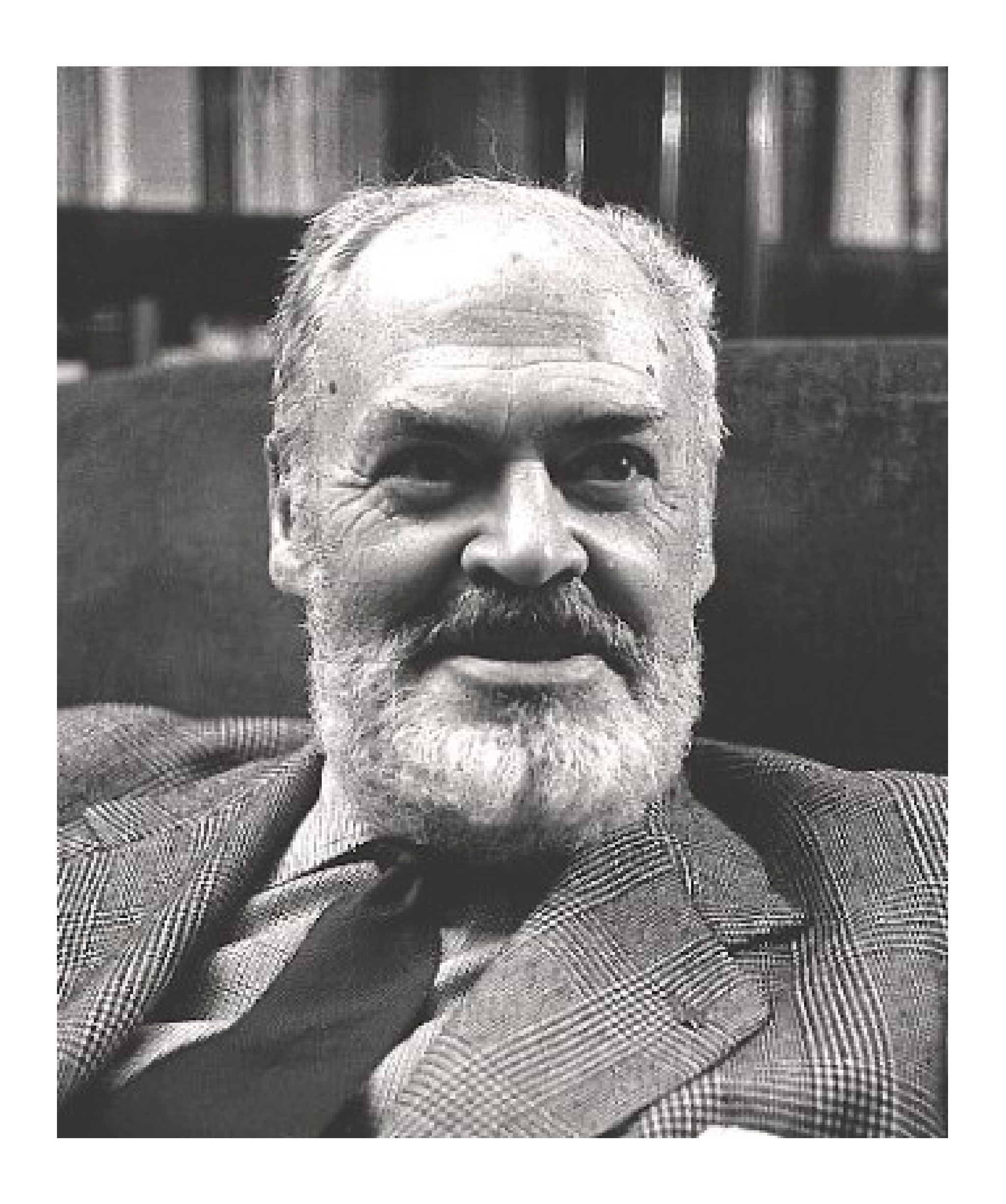
La revolución fomentada por Leal tenía que prepararse con rapidez. Corría el dinero y se daban subrepticiamente las armas; pero no se encontraban fácilmente dos guerreros. No obstante en diciembre estalló. Se enteró Irigoyen que Gondim, que estaba en Montevideo, se embarcaría en una cañonera con armas para los revolucionarios; no podía detenerlo porque el Paraná era internacional, e inútilmente le pidió una conferencia en Buenos Aires para demorarlo. Gondim se negó y la cañonera siguió viaje a Asunción. Pero el práctico del río (conjeturablemente al servicio de Irigoyen) la varará entre Paraná y La Paz. Tres días estuvo allí el brasileño, pero fueron suficientes. Cuando zafo, la revolución había sido dominada y sus principales cabecillas estaban presos.

Tratado Irigoyen-Machain (3 de febrero de 1876)

Consolidado el gobierno, Irigoyen concluyó con Machain el tratado. De acuerdo a lo convenido por los mediadores (Rocha y Gondra) fijó como límite el Pilcomayo y sometió a arbitraje Villa Occidental. Y además que se retirasen los brasileños. Éstos, en difíciles condiciones internas, debieron ceder: no quedaban totalmente derrotados pues la cláusula sobre el arbitraje serviría para mantener recelos entre argentinos y paraguayos y además demostraría el ningún derecho argentino al norte del Pilcomayo. Pero la cláusula hubo que ponerla para acallar a la prensa porteña. El presidente de Estados Unidos, Rutherford Hayes, fue el árbitro elegido. Los paraguayos produjeron toda la documentación para demostrar su mejor derecho al Chaco Boreal; los argentinos —como se descartaba— no produjeron nada. El fallo no era dudoso y en 1878, Hayes sentenció devolviendo Villa Occidental a Paraguay, que desde entonces, y en su reconocimiento, se llamaría Villa Hayes.[2]

Conforme al tratado de Irigoyen-Machain los brasileños desocuparon Asunción el 22 de junio de 1876.

Y así terminó la historia.



JOSÉ MARÍA ROSA (conocido como Pepe Rosa), (Buenos Aires; 20 de agosto de 1906 - 2 de julio de 1991), fue un abogado, juez, profesor universitario, historiador y diplomático argentino. Fundó la *Revista Línea* («la voz de los que no tienen voz») que se opuso a la dictadura militar de 1976-1983. Fue uno de los historiadores más representativos del revisionismo histórico en ese país.

Entre sus obras acerca de la historia Argentina e Hispanoamericana más destacadas se encuentran: «Interpretación religiosa de la Historia» (1936); «Defensa y pérdida de nuestra independencia económica» (1943); «La misión García de 1815 ante Lord Strangford» (1951); «El cóndor ciego» (1952); «Nos los Representantes del Pueblo» (1955); «La caída de Rosas» (1958); «Del municipio indiano a la provincia argentina» (1958); «La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas»

(1954); «Rivadavia y el imperialismo financiero» (1964) y «Historia Argentina» (1964-1980) en 13 volúmenes.

Notas al Capítulo 2

[1] *La Caída de Rosas*, cap. «La guerra». <<

[2] He estudiado esta guerra en «Rosas y la República Independiente de Río Grande». (*Rev. del Inst. J. M. Rosas de Investigaciones Históricas Nº 17*), reproducida con ampliaciones en *La Caída de Rosas*, págs. 65 a 86. <<

[3] *La Caída de Rosas*, págs. 80, 169, 171, etc. <<

[4] Puesto que Rosas se oponía a copiar una constitución (como lo dijo en su «Carta de la Hacienda de Figueroa» a Quiroga) y esperaba que el estatuto nacional surgiera de la realidad política y social argentina, cada vez que se enzarzaba en una guerra internacional no faltaba un general patriota que se aliaba con el extranjero y recibiera de ellos ayuda para «dar una constitución a los argentinos». Así lo hicieron Lavalle con los franceses en 1838, Paz con los ingleses en 1845 y Urquiza con los brasileños en 1851. <<

[5] He reseñado la misión de Santo Amaro en *Nos, los representantes del Pueblo*, pág. 173 (nota 9). Las instrucciones de Calmón Du Pin é Almeira fueron publicadas por Rosas en *Archivo Americano* de 21-VI-44. Saldías (*Un Siglo de Instituciones*, I. 240) hace a propósito de estos planes, una grave acusación contra Rivadavia: «El Marqués de Santo Amaro tuvo varias estrevistas con Rivadavia en París y aunque el último no dejó notas de lo que hablaron, es casi evidente que cooperó al plan de monarquía. Lo que se sabe es que Rivadavia acompañó a Madrid al Marqués de Santo Amaro, y que poco después fracasó la negociación de Inglaterra para que España reconociese llanamente la independencia de las Repúblicas americanas». <<

[6] Teixeira Soares, *Diplomacia do Imperio no Rió da Prata* (Río de Janeiro, 1955), pág. 226. <<

[7] *Ibidem*, pág. 236-238. <<

[8] *Ib.*, pág. 238. <<

[9] J. E. Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay*, pág. 295; Teixeira Soares, *Diplomacia do Imperio*, pág. 229. <<

Notas al Capítulo 3

[1] Vizconde De Maua, *Exposição aos credores e ao publico*, publicada en Río de Janeiro, en 1934, con el título caprichoso de *Autobiografía*, págs. 116-7. <<

[2] «En fin, estoy resignado, aunque a veces inquieto y muy asustado» escribía desde Londres a Andrés Lamas al saber la declaración de guerra de Paraguay a Brasil (*Correspondencia política de Mauá no Rió da Prata*, Río, 1943. pág. 231). <<

Notas al Capítulo 4

[1] *La Caída de Rosas*, pág. 581. <<

[2] Correspondencia de Honorio Hermeto (especialmente carta confidencial de abril 2 de 1852), citado en *La Caída de Rosas*, págs. 555 y sgts. <<

[3] *La Caída…*, págs. 587 y sgts. <<

[4] Los tratados de San José de Flores se firmaron el 10 de julio de 1853. El 13, con la protección de los tres diplomáticos, firmantes (Hontham, Saint Georges y Pendleton) Urquiza escapaba de Flores hacia Palermo embarcándose en el buque de guerra de los Estados Unidos *Water Witch* que lo aguardaba. Si no fuera por esta protección hubiera caído en poder de Buenos Aires que prácticamente lo tenía copado. <<

[5] A. Saldías, *Un siglo de instituciones*, II, págs. 32-33 et passim. <<

[6] En notas siguientes refiero la ida de Ferreira de Oliveira con la escuadra brasileña a Asunción, el triste fin de esta expedición, y la certidumbre de una guerra en 1854, renovada en 1856 y 1857 que finalmente explotaría en 1864. <<

[7] El archivo de la Confederación se destruyó íntegramente en la Aduana de Buenos Aires. <<

[8] R. J. Cárcano, *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda*, pág. 441. <<

[9] Obra cit., pág. 449. <<

[10] La expresión la dio Cárcano (*Del sitio…*) al historiador la misión de Paranhos ante Urquiza tomándola del estudio sobre el imperialismo americano de Nearing y Freeman *La diplomacia del dólar*. <<

[11] *La Caída…* págs. 508 y sgts. <<

[12] Cárcano, *Del sitio…*, págs. 457 y sgts. y texto del protocolo en *El Nacional Argentino* de oct. y nov. 1857. <<

[13] El tratado de Tránsito para atacar a Paraguay se destruyó junto con el archivo de la Confederación en la aduana de Buenos Aires Pero Rufino de Elizalde, ministro de relaciones exteriores, dijo en la cámara de diputados argentina en 1868:

«Había un acuerdo consignado en un protocolo celebrado entre el gobierno de la Confederación y el Imperio del Brasil para que en la eventualidad de una guerra entre el Brasil y el Paraguay se había de dar paso al Brasil por territorio Argentino». Lo reproducen R. Ortega Peña y E. L. Duhalde en *Felipe Varela…* (Véase también J. C. Chávez *El Presidente López*, pág. 263 y carta de Mitre a Urquiza de 17-265 *Arch. Mitre*, III, pág. 105. <<

[14] Sobre Mauá hay una copiosa bibliografía. Destaco el libro de Alberto de Faria, las obras de Lidia Besouchet y especialmente la recopilación *Correspondencia política de Mauá no Rió de Prata (1850-1885)*. <<

[15] Diario mencionado Nos. 22 y 30 de octubre de 1858, cit. por Cárcano *Del sitio…* pág. 491. <<

[16] *El Imparcial* 22-10-58. <<

[17] Citado por Cárcano, *Del sitio…* pág. 490; dice este autor: «*El Nacional Argentino* hablaba en este caso como si fuese el diario oficial del Imperio». <<

[18] Juan Carlos Gómez era colorado y estaba expatriado voluntariamente en Buenos Aires. Quería la guerra contra Brasil *por ser un Imperio*, contra Paraguay por ser una tiranía, contra el gobierno de su país *por ser criminales de Quinteros*, y contra Urquiza *por ser un mazorquero*. Quería declarar la guerra a todo el mundo, por supuesto peleando otros porque él «era hombre de pluma». Este energúmeno tenía prestigio entre los liberales de Buenos Aires y durante la guerra del Paraguay formó un cenáculo de resistencia antibrasileña que dio trabajo a Mitre: «Es santa la guerra aun tirano sin preguntar la razón de ella, … [pero] siento que una funesta alianza [con un Imperio] haya esterilizado sus resultados» diría en la famosa polémica con Mitre de 1869. <<

[19] *Del sitio…* pág. 485. <<

[20] Cit. por Chávez, *El Presidente…* pág. 225. Cárcano agrega esta frase feliz del mismo discurso de López: «El pueblo que busca la alianza del extranjero para batir al hermano se degrada y se hiere a si mismo. Mal se aviene la independencia nacional con el tutelaje extranjero». (*Del sitio…* págs. 381/2). <<

[21] Cit. por Chávez, *El Presidente…* pág. 239. <<

Notas al Capítulo 5

[1] La declaración oficial de la independencia paraguaya se hizo el 25 de abril de 1842. No fue ajena la instigación del Brasil por medio de José Antonio Pimienta Bueno, luego marqués de San Vicente. Resultó fácil al diplomático brasileño agitar los agravios hacia el «puerto» y el fantasma de una *dependencia de Buenos Aires*, por la equivocada política de los gobernantes porteños anterior a 1829. Pero en 1842, Rosas dirigía los destinos de la Confederación Argentina: su política había quitado los recelos del interior contra el puerto, el gran factor de la dispersión platina; de allí que estableciera la Confederación de provincias iguales en derecho por el Pacto Federal de 1831, y cerrase la entrada a Buenos Aires de mercaderías y producciones extranjeras que podían elaborarse en el interior (ley de Aduana de 1835). Gracias a ello rehizo la unidad, que de otra manera hubiera llevado a una centroamérica de catorce republiquetas enemigas. No faltaban, demás está decir, los estímulos exteriores para esa balcanización.

La independencia del Paraguay no fue reconocida por Rosas. Declaró que «no llevarla la guerra a esa provincia», limitándose a esperar que el tiempo y la reflexión modificasen la actitud de los paraguayos. Consideró a Paraguay «provincia argentina» y sus productos —tabaco, yerba, maderas— tenían en el puerto de Buenos Aires el tratamiento preferencial de todo producto argentino. Solamente en 1849, ante el tránsito de un convoy de armas de Brasil a Paraguay, por territorio argentino, perdió la paciencia con López y amenazó con la guerra. Posiblemente no fuera otra cosa que una amenaza, pues Rosas no iría a estrellar su Ejército de Operaciones (que destinaba a la próxima guerra con Brasil) contra 25 000 paraguayos que sabía bien armados, y cuyo coraje y amor al terruño los hacia imbatibies en la defensiva. Ni estaba en las modalidades de Rosas anexar territorios por la fuerza (caso de Tarija en 1841, de la alianza ofrecida por Brasil en 1843, etc.). Buscaba la federación del Plata, pero de la misma manera que hizo la federación argentina: sin prepotencia, sin avasallamiento, por propia y decidida voluntad de los escindidos. Que es la sola manera de reconstruir una nacionalidad disgregada.

La simpatía de Rosas hacia el Paraguay fue constante. Su correspondencia demuestra que durante la guerra de la Triple Alianza estuvo a favor de los paraguayos (como lo estuvieron la inmensa mayoría de los argentinos y orientales). En 1869, y como veremos, quería mandarle el sable de San Martín al Mariscal López —que se debatía en las últimas— reconociéndolo el *defensor de la soberanía americana*. Vencido el Paraguay, se interesó por su suerte ante los banqueros ingleses gestionando empréstitos para su reconstrucción. El Presidente Rivarola agradecí, (17-V-71) «el interés que ha mostrado en favor de este pobre país que ha quedado aniquilado en una guerra sin ejemplo»; el presidente Jovellanos al año siguiente (carta del 9-3-72) le ofrecía «en nombre de todos mis conciudadanos hospitalidad entre nosotros, donde después de honrarnos con su

aceptación hallaría corazones que harían mitigar los sinsabores de su triste vida» (copia fotográfica en «*Papeles de Rosas*» de Saldías, II, págs. 436 y 438. <<

[2] J. C. Chávez, *El Presidente López*, pág. 210. <<

[3] *Ibidem*, pág. 212. <<

[4] AGN, Arch. Guido, leg. 18. *Ibidem*, pág. 221. <<

[5] Cárcano (*Del sitio de Buenos Aires al Campo de Cepeda*, págs. 431 y sgts.), trae una síntesis de esta curiosa e ineficaz polémica. <<

[6] Chávez, obra citada, pág. 221. <<

[7] *Ibidem*, pág. 222. <<

[8] Horton Box, *Los Orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, pág. 48. <<

[9] AGN, Arch. Guido, leg. 16; Chávez, pág. 255. <<

[10] *Semanario*, Nros. 176 y 181; AGN, Arch. Guido, leg. 16. <<

[11] Véase «La diplomacia del patacón». <<

[12] J. C. Chávez, obra citada, pág. 223. <<

Notas al Capítulo 6

[1] Citado por J. C. Chávez, *El Presidente López…* (La correspondencia de López con Calvo, en poder de este autor). <<

Notas al Capítulo 7

[1] Antes se ha narrado el recibimiento de Carlos Antonio López a mister Christie. <<

[2] *La Caída de Rosas*, pág. 268. <<

[3] El senador *luzia* Hollanda Cavalcanti protestaba en mayo de 1851 porque el gobierno se sentía ofendido con Oribe por presuntos agravios a los estancieros brasileños en el Uruguay y nada hubiera hecho contra Inglaterra por la acción del *Rifleman* y el *Cormorant*: «¡Vosotros —decía a los gobernantes *saquaremas*— no reclamáis los derechos de vuestros súbditos en vuestra propia casa y queréis reclamarlos del extranjero!» (*La Caída de Rosas*, pág. 282). <<

[4] Luiz da Camara Cascudo, *O Marqués de Olinda e seu Tempo*, pág. 266). <<

Notas al Capítulo 8

[1] J. C. Chávez, *El Presidente…*, pág. 282. <<

[2] *Ibidem*, pág. 285. <<

[3] *Antecedentes relativos al Pacto de Unión Nacional* (Bs. As., 1950. Informe de F. S. López a su gobierno, de enero 6 de 1860, pág. 29). <<

[4] *Antecedentes relativos…* Proclama de Urquiza del 10-11-59. pág. 254. <<

[5] J. C. Chávez, *El Presidente…*, pág. 289. <<

Notas al Capítulo 9

[1] *Arch. Mitre*, VII, pág. 103. Carta de Mitre a Derqui anunciando la misión que lleva Marcos Paz (junio 1 de 1861). <<

[2] «Mitre no supo hasta muchos días después la importancia de su inesperada victoria; y esa tarde, esa noche y aun al día siguiente creía en un segundo Cepeda. Lo prueba su retirada al día siguiente destruyendo todas las municiones encontradas, clavando toda la artillería». Carlos Martínez (Carlos D'Amico) *Buenos Aires, sus hombres…* ed. 1890, pág. 134) <<

[3] J. Victorica *Urquiza y Mitre*, pág. 246 (ed. Cultura Argentina 1913). <<

[4] J. Victorica *Urquiza y Mitre*, pág. 247. <<

[5] Citada obra de Victorica, y M. Ruíz Moreno *La Presidencia Derqui*, t. 2º. <<

[6] *Archivo Mitre*, IX, pág. 360. <<

[7] *Archivo Mitre*, IX, pág. 277. <<

[8] La matanza de Cañada de Gómez fue confiada sobre todo a italianos enganchados en el ejército de Mitre, José María Roxas y Patrón escribía a don Juan Manuel de Rosas el 6 de enero de 1882: «Una gran parte de la inmigración europea que nos viene, propaga esos instintos feroces. En la matanza de Gómez, según dicen los que escaparon, los italianos hicieron despertar en la otra vida a muchos que, cansados de los trabajos del día, dormían profundamente». (A. Saldías, *La evolución republicana*, pág. 406). <<

[9] Cit. por Santos López, introducción a *Vida del Chacho* de José Hernández (ed. Dos Santos) pág. 55. <<

Notas al Capítulo 10

[1] Mitre a Gelly y Obes, 22-9-61, transc. por L. A. Herrera, Buenos Aires, *Urquiza y el Uruguay*, pág. 125. <<

[2] Dice el mayor Emilio Kinkelin sobre Cañada de Gómez, en su estudio sobre la campaña de Pavón: «El parte de Flores es de una triste elocuencia: Tuvimos dos muertos y un herido, el enemigo 300 muertos y 1 750 heridos. No se dio cuartel, ensañándose los vencedores en una bárbara carnicería sin objeto». (Cit. por L. A. Herrera, obra cit., pág. 178).

Nos desconcierta la afirmación increíble de Juan Coronado, que fuera secretario de Urquiza: «Recibió [el general Urquiza] la noticia del descalabro de sus amigos y compañeros del día anterior; y entonces, con la misma facilidad y la misma conciencia con que había aplaudido las ejecuciones de Quinteros y los sacrificios de Pocito, prorrumpió en exclamaciones de júbilo por la muerte de los federales que sucumbieron en la Cañada de Gómez, lo que celebró en presencia de todos los que estaban en su casa». (*Misterios de San José*, ed. Palumbo, 1911, pág. 265). <<

[3] L. A. Herrera, obra citada, pág. 178. <<

[4] En 50 000 calculaba Felipe Varela a los gauchos masacrados después de Pavón (véase su proclama en pág. 227). <<

[5] J. B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Ed. Garnier, París, pág. 280. <<

[6] J. B. Alberdi, obra cit., pág. 278. <<

[7] M. Gálvez, *Vida de Sarmiento*, 1.ª ed., Bs. As., pág. 361. <<

[8] El cuerpo queda oprimido, hasta quebrarse, entre dos fusiles atados a la espalda y bajo las piernas por tientos mojados que se comprimen al secarse. <<

[9] José Hernández, *Vida del Chacho*; ed. Dos Santos, pág. 176. <<

[10] Santos López en «Estudio preliminar sobre el Chacho y su Epoca», que acompaña a la mencionada edición del libro de Hernández, pág. 55, *et. passim.* <<

[11] D. F. Sarmiento, *Obras*, XIX, págs. 292-93. <<

[12] D. F. Sarmiento, *Obras*, XIX, págs. 292-93 y López, ob. cit., págs. 67-68. <<

[13] José Hernández, *Vida del Chacho* (ed. Dos Santos). Transc. por Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento* (1.ª ed.) pág. 364. <<

[14] Transc. por Santos López en su introducción a *Vida del Chacho*, ed. de Hernández (ed. Dos Santos, págs. 53-54). <<

[15] *Ibidem*, págs. 45-50 <<

[16] *Ibidem*, págs. 56-57 <<

[17] *Vida de Sarmiento* (1.ª ed.), pág. 370. <<

[18] *Vida del Chacho* (ed. Dos Santos), págs. 118 y siguientes. <<

[19] M. Gálvez, *La Vida de Sarmiento*, 1.ª ed. pág. 373. Refiere Gálvez que Sarmiento, frágil de memoria, echará en el Senado la culpa de la muerte del Chacho «a Paunero, a Rawson y a Irrazával y a Mitre»; sin perjuicio de jactarse después ante Mrs. Mann, en E. Unidos de haber muerto al caudillo «con sus manos». Y en 1874, al dar sus datos al nieto para la cuarta edición del Facundo, dirá hablando de sí en tercera persona: «Destruyó al Chacho a quien venció en batalla». No fue ajeno al asesinato de Peñaloza, pero ni lo mató con sus manos, ni lo venció en batalla. <<

Notas al Capítulo 11

[1] «Ese ejército de Montevideo —decía en París en 1851 el abogado Chaix d' Estages—, compuesto de negros, de franceses, de italianos, de naturales de todos los países; bandas de proscriptos, escoria de todas las naciones: aventureros de todas partes; médicos sin enfermos, artesanos disipados, enemigos de todas las sociedades modernas, que tanto en París como en Montevideo o en Roma tienen un brazo y una pluma al servicio de quien les pague mejor». <<

[2] «El partido blanco es incontestablemente el más numeroso y al mismo tiempo el más rico en individuos que posean una media instrucción». «La necesidad de transar con el Partido Blanco es hija de las críticas circunstancias del país. Porque infelizmente el partido que defendió la plaza de Montevideo contra las fuerzas reunidas de Rosas y Oribe representa una diminuta fracción, no contando con los extranjeros» (*Arch. Histórico de Itamaraty - sec. Missóes especiaes: Missão Carneiro Leão 1851-1852*, FL, sec. 06 vol. 1).

Por venir de quien viene, esta apreciación sobre blancos y colorados en 1852 tiene un valor definitivo. He publicado ambos documentos en *La Caída de Rosas*, pág. 518. Hasta ese momento eran rigurosamente inéditos. <<

[3] Más adelante me refiero a estos tratados, estudiados en *La Caída de Rosas*, págs. 489-499. <<

[4] Explica Manuel Herrera y Obes el origen de su candidatura: «El día que los médicos desahuciaron al general Garzón me dijo Urquiza: 'Y ¿qué hacemos? Mi opinión es que debe usted reemplazarlo; sin esto yo lo tenía pensado… Es preciso sostenerla ahí [la carta es a Andrés Lamas, que estaba en Rió de Janeiro]. Carneiro Leao me *cree necesario* (subrayado en el original). Si ese gobierno [el Brasil] le habla, secunde Ud. el pensamiento… Si Ud. desde ahí y Urquiza desde Entre Ríos nos apoyan, venceremos» (*La Caída de Rosas*, págs. 523).

La elección del presidente oriental se resolverla, pues, en Río de Janeiro y en Entre Ríos. En cuanto a la opinión que Herrera y Obes le merecía a Carneiro Leao, el oriental era demasiado optimista: el brasileño la aceptaba sin gran entusiasmo: en «reservada» de 22-12-51 dice a su gobierno «Não duvido que tenha [la candidatura de Herrera y Obes] inconvenientes, mais visto que não ha outra possivel nim mais favoravel para o Brasil, parece-me excusado favor fazer prova de destreça de engenho buscando lhe os prós e ous cóntras. A mais Urquiza tomou a iniciativa convidando-me a proteger ó único candidato que, despoís da morte de

Garzón, nós pode convir». (No dudo de que tenga inconvenientes, pero visto que no hay otra posible ni más favorable para el Brasil, me parece excusado hacer prueba de ingenio para buscarle los pro y los contra. Además Urquiza tomó la iniciativa convidándome a proteger el único candidato, que después de la muerte de Garzón, nos podía convenir). *Arch. Hist. de Itamaraty*, leg. transcripto en *La Caída de Rosas*, pág. 523. <<

[5] «Mis razones son —escribe Honorio a Río de Janeiro explicando la derrota de Herrera y Obes—: 1) las personales de la imposibilidad de la elección de Herrera, 2) el fastidio que me causaba ese hombre liviano que perdió una bella situación por sus vanidades y nimia credulidad, y que muchas veces apareció con falsedades y mentiras, que muchas veces me engañó haciendo promesas que no cumplía; 3) la convicción de que si él fuese electo, mal podía convenir a Brasil estando desconceptuado y mismo con fama de sacar partido personal de los contratos que hizo últimamente con Buschental». *Arch. Histórico Itamaraty*, leg. cit., transcripto en *La Caída de Rosas*, pág. 569.

En nota *reservada*, Honorio se disculpa por no haber entregado 25 000 patacones que el poco escrupuloso banquero de Buschental le había pedido para «comprar algunos asambleístas» a fin de afirmar a Herrera y Obes (documentación en *La Caída de Rosas*, págs. 368-570). <<

[6] *La Caída de Rosas*, págs. 555-568 y 570-592. <<

[7] La documentación brasileña de esta tentativa revolucionaria durante el año 1852 que acabará por estallar en 1853, en *La Caída de Rosas*, págs. 575 y siguientes. <<

Notas al Capítulo 12

[1] L. A. de Herrera Buenos Aires, *Urquiza…*, pág. 19. Esta carta no está publicada en el *Archivo Mitre*. <<

[2] L. A. de Herrera *El drama del 65 (la culpa mitrista)*, pág. 30. <<

[3] E. Quesada *La política argentina-paraguaya*, pág. 23, nota. Tampoco fue publicada en el *Archivo Mitre*. <<

[4] Quesada *La política…* Omitida en el *Archivo Mitre*. <<

[5] Quesada *La política…* También lo hace notar Pelham Horton Box, *Los orígenes de la guerra del Paraguay contra la triple Alianza* (ed. Asunción, 1936), pág. 89. <<

[6] E. Cardozo *Víspera de la guerra del Paraguay*, pág. 19. <<

[7] Cit. por L. A. de Herrera *Buenos Aires, Urquiza…*, pág. 180. Eliminada del *Archivo Mitre*. <<

[8] L. A. de Herrera *La diplomacia oriental en el Paraguay*, I, pág. 121. Eliminada del *Archivo Mitre*. <<

[9] El Cónsul Mariano Espina al Dr. Enrique de Arrascaeta, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental, 13 de marzo de 1862 (anexo A. I. 6-7 a la *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de la R. O. del Uruguay* 1863-64). <<

[10] Transc. por L. A. de Herrera *La diplomacia…*, I, pág. 399. <<

[11] L. A. de Herrera *El drama del 65*, pág. 241. <<

[12] Anexo A. I 9-10 a la citada *Memoria del M. de R. E. de la R. O. del U.* Años 1863-64. <<

[13] Anexos citados. Mencionados también por Box *Los orígenes…*, pág. 92. <<

[14] Anexos citados. Box escribe *Manduca Carvajal*, y dice que «era alto jefe del ejército oriental». Aureliano Berro De 1860 a 1864 aclara el nombre y el incidente:

«El general Mitre exigía pruebas escritas de las intenciones del general Flores suponiendo que nos sería muy difícil exhibirlas. Pero llegó a manos del coronel Guillermo Muñoz, jefe político de Minas, una carta autógrafa del caudillo al coronel *Manuel Carbajal* invitándolo para la revolución» (pág. 29). El coronel Manuel Carbajal, colorado, había tomado parte en Pavón y Cañada de Gómez a las órdenes de Flores. Acogido a la amnistía de Berro vivía en su estancia del departamento Minas. <<

[15] Anexos citados. Elizalde a Lapido de 25 de noviembre de 1862. <<

[16] Joaquín Nabuco *La guerra del Paraguay* (trad. Garnier, París), pág. 43. <<

[17] Escribe Juan José de Herrera a Andrés Lamas el 1 de abril de 1863: «Ayer recibimos noticias de las fronteras del Cuareim por las cuales nos comunicaba Lamas *[don Diego, el general blanco]* que en territorio brasileño se están reuniendo grupos de orientales y brasileros con intento de entrar en nuestro territorio armados y en combinación… para encontrarse agrupados en el momento en que invada Flores el 10 del corriente» (trans. por L. A. Herrera, *El drama del 65*, pág. 276 en nota). <<

Notas al Capítulo 13

[1] Contestando a Elizalde, diría Mármol: «O el ángel malo anda metido en esta danza, o al Brasil se lo llama Providencia en alguna carta geográfica del siglo XVI». <<

[2] En Archivo Urquiza. Reproducida por Fermín Chávez, *Vida y Muerte de López Jordán*, pág. 99. <<

[3] L. A. de Herrera, *El Drama del 65*, pág. 241. <<

Notas al Capítulo 14

[1] L. A. de Herrera, *El Drama del 65*, pág. 97. <<

[2] Por Leopoldo de Bélgica, el pacífico monarca europeo. <<

[3] *Arch. Mitre* II, pág. 46. <<

Notas al Capítulo 15

[1] R. J. Cárcano, *Guerra del Paraguay*, I, págs, 131 -32. <<

[2] *Correspondencia Diplomática del Dr. Manuel Herrera y Obes*, I, pág. 62. <<

[3] *Arch. Histórico de Itamaraty*, Rió de Janeiro. Missão Carneiro Leão 1864 (FL. Sec. 6, vol. I). <<

[4] Cit. por R. J. Cárcano, *Del Sitio de Buenos Aires al Campo de Cepeda*, pág. 356. <<

[5] Arch. de Juan Pujol, publicado con el titulo *Corrientes en la Organización Nacional*, I, 202-4 (transcripto por E. Cardozo, *Vísperas de la Guerra del Paraguay*, pág. 89). <<

[6] Cárcano, *Guerra del Paraguay*, I, págs. 125-26. <<

[7] *Archivo Relaciones Exteriores de Paraguay*, citado por Cardozo, *Vísperas…* pág. 128. <<

[8] Cardozo, *Vísperas…*, pág. 129. <<

[9] Fermín Chávez, *Vida y muerte de López Jordán*, pág. 120. <<

[10] Cardozo, *Vísperas…*, pág. 135. <<

[11] Cárcano, *Guerra…* II, pág. 133. <<

Notas al Capítulo 16

[1] Del Archivo Urquiza, transcripto por Fermín Chávez, *Vida y muerte…*, pág. 100. <<

[2] Reprod. por *La Nación Argentina*, número del 3-X-1863. <<

[3] Reprod. de *La Nación…*, número del 10-IX-1863. <<

[4] R. J. Cárcano, *Guerra del Paraguay*, t. I. pág, 171. <<

[5] *La Nación…*, número del 18-VIII-1863. <<

[6] Del Arch. Urquiza, transcr. por F. Chávez, *Vida y muerte…* <<

[7] *La Nación…*, número del 22-X-1863. <<

[8] Del Arch. Urquiza, transcr. por F. Chávez, *Vida y muerte…*, pág. 101. <<

[9] *La Nación*, número del 15-X-1863. <<

[10] Id. ant. <<

[11] Transcr. y traducida por Lidia Besouchet, *Mauá y su época*, pág. 184. <<

[12] *La Nación*, número del 27-X-1863. <<

[13] *Arch. Mitre*, XXIII, pág. 62. <<

[14] Reprod. por *La Tribuna* (de Bs. As.), número del 20-X-1863. <<

[15] Del *Archivo de Relaciones Exteriores de Paraguay*, reprod. por E. Cardozo. *Vísperas…*, pág. 119. <<

Notas al Capítulo 17

[1] E. Cardozo, *Vísperas…*, pág. 197. <<

[2] Joaquín Nabuco, *La Guerra del Paraguay* (traducción española), pág. 26, nota. <<

[3] Pelham Horton Box, *Los orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza* (edición paraguaya), pág. 130. <<

[4] Box, *Los orígenes…*, pág. 131. <<

[5] *Archivo Mitre*, II, págs. 64 y 65. <<

Notas al Capítulo 18

[1] Joaquín Nabuco, *La Guerra…* págs. 46, 47 (nota). <<

[2] M. Maillefer, encargado de Negocios de Francia en Montevideo, a M. Drouin de Lhuys, ministro de Relaciones Exteriores del Imp. francés. Informe de 11-6-64, (en *Revista del Museo Histórico Nacional de Montevideo*, tomo XXII, Nrs. 64-66, año 1864). <<

[3] Edward Thornton, ministro inglés en Bs. As. y Asunción, a Lord Russell, confidencial Nº 76 de 6-IX-64. (P. H. Box, *Los orígenes*, pág. 311). <<

[4] M. Maillefer, *Informe* de 12-6-64. <<

[5] Id., ant., de 29-6-64. <<

[6] J. Nabuco, *La Guerra…*, págs. 46-47 (nota). <<

Notas al Capítulo 19

[1] M. Maillefer, *Informe* del 29-6-64. <<

[2] *Id*. ant. <<

[3] *Id*. ant., del 5-7-64. <<

[4] *Id*. ant. <<

[5] *Id*. ant. <<

[6] *Id*. ant. <<

[7] *Id*. ant., del 14-7-64. <<

[8] *Id*. ant. <<

[9] L. A. de Herrera, *El Drama del 65*. pág. 210. <<

[10] M. Maillefer, *Informe* del 14-7-64. <<

[11] L. Besouchet, *Mauá y su Época*, pág. 198. <<

[12] L. A. de Herrera, *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*, pág. 430. <<

Notas al Capítulo 20

[1] La polémica ha sido reproducida con prólogo de Natalicio González, *Cartas polémicas sobre la Guerra del Paraguay* (ed. Guarania, Buenos Aires). <<

[2] El informe corre agregado en apéndice al libro de Horton Box. *Los Orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, pág. 311. Box, profesor inglés del King's College de Londres justifica su antiparaguayismo y su inquina contra López. <<

Notas al Capítulo 21

[1] *Informe* de Maillefer a Drouin de Lhuys, del 4-7-64. <<

[2] *Informe* de Edward Thornton a Russell, 12 de julio de 1864. (Horton Box, *Los orígenes…*, pág. 155). <<

[3] Box, *Los orígenes…*, pág. 156. <<

[4] Box, *Los orígenes…*, pág. 157. <<

[5] Box, *Los orígenes…*, pág. 159. <<

[6] Maillefer, *informe* del 14 de agosto de 1864. <<

[7] Box, *Los orígenes…*, pág. 160. <<

[8] Maillefer, informe del 14 de setiembre de 1864. <<

[9] *Idem* anterior. <<

[10] Box, *Los orígenes…*, pág. 162. <<

[11] Maillefer, informe del 29 de setiembre de 1864. <<

Notas al Capítulo 22

[1] C. Ibarguren (h), «Heroica Paysandú» en *Nueva Política*, 26 de febrero de 1943. <<

[2] Iniciada el 10 de setiembre, los efectos de esta gravísima crisis se prolongaron por mucho tiempo. Sobre ella vino a insertarse la guerra del Paraguay en noviembre. <<

[3] L. A. de Herrera, *El Drama del 65*, pág. 234. <<

[4] A. Bray, *Solano López, soldado de la Gloria y del Infortunio*, Buenos Aires, 1958, pág. 146. <<

[5] R. J. Cárcano, *Guerra del Paraguay*, I, págs. 123 y 124. <<

[6] A. G. de la Nac., legajo Urquiza, citado por Fermín Chávez, *Vida y muerte…*, págs. 134 y 135. Este documento —que comentaré a su tiempo— fue traído por mano de Julio Victorica, comisionado de Urquiza ante López. <<

[7] El entrecomillado es copia textual de la carta de López a Urquiza, de fecha 26 de febrero de 1865, reprochándole el incumplimiento de «las seguridades que espontáneamente V. E. quiso ofrecerme». <<

[8] Informe de Maillefer del 14 de diciembre de 1864. <<

[9] P. H. Box, *Los orígenes…*, pág. 240. <<

[10] *Id*. anterior, 241. <<

Notas al Capítulo 23

[1] Transcripta por Horton Box: *Los orígenes…*, pág. 239. <<

[2] En la polémica de 1869 con Juan Carlos Gómez, Mitre negó la procedencia argentina de las bombas empleadas contra Paysandú. Sin embargo, la prueba existe. Paranhons, que estaba en Buenos Aires en diciembre de 1864 y fue el intermediario para obtenerlas de Mitre, lo confesó en el Senado brasileño (sesión del 6 de junio de 1865): «En el primer ataque de Paysandú nos faltaron algunas municiones, y nosotros las hallamos en los parques de Buenos Aires». Mármol, que era ministro argentino en Río de Janeiro y poco sabía de los entretelones de la política mitrista, se apresuró a hacer saber a Buenos Aires el 14 de febrero las palabras de Paranhos, esperando «que el hecho será pronta y honrosamente rectificado», pues creía sinceramente en la neutralidad mitrista. Pero se desengañó porque ni Mitre ni Elizalde hicieron rectificación alguna. Maillefer informa el 14 de junio de 1864 haber llegado a Paysandú «un millar de proyectiles provenientes en gran parte del arsenal de Buenos Aires». Agrega una nota del comandante de la *Décidée* del 9: «Los sitiadores carecían de municiones: la gran cañonera que salió por la mañana ha debido ir a buscarlas a Bs. As.». <<

[3] Estudio esos tratados en *La caída de Rosas*, capítulo XIII. <<

[4] Maillefer, informe del 29 de diciembre de 1864. <<

[5] J. Victoria, *Urquiza y Mitre* (ed. Cultura y Argentina), pág. 271. <<

[6] López supo después del 25 de marzo, por informes de esa fecha del agente paraguayo en Paraná, José Rufo Caminos, al ministro Bergés, la extraña negociación de Urquiza. La carta de Caminos a Bergés ha sido publicada por A. Rebaudi, *La Declaración de Guerra de la República del Paraguay a la República Argentina*, pág. 269. <<

[7] Estudios en *La Caída de Rosas*, págs. 508 y sgts. <<

[8] J. Pandiá Calógeras, *Formação histórica do Brasil*, (4ta. ed., 1945), pág. 282. <<

[9] Benítez, *Anales de la Guerra del Paraguay*, I, pág. 138 (reprod. por Horton Box, *Los orígenes…*, pág. 273). <<

[10] J. Pandiá Calógeras: *Formação…*, págs. 277 y 282. <<

Notas al Capítulo 24

[1] J. C. Vignale, *Consecuencias de Caseros*, Montevideo, 1946, pág. 221. <<

[2] Belén sería ascendido a general. Años después siendo edecán del presidente Máximo Santos, asesinaría en el zaguán de la casa de éste al coronel Flaman. <<

[3] Orlando Ribero *Recuerdos de Paysandú*, pág. 100, citado por L. A. de Herrera, *El Drama del 65, la culpa mitrista*, pág. 463. El almirante argentino Murature, enterado del proceder de Mujica, «le increpó aquel acto de poco respeto a reliquias que deberían ser sagradas para todos aquellos que habían presenciado la entereza del héroe sacrificado». <<

[4] Barão de Rió Branco *Ephemerides brasileñas*, pág. 8. Citado por L. A. de Herrera, *El Drama del 65…*, pág. 463. <<

[5] *Archivo de Urquiza* en A. G. Nación (publicada por F. Chávez, López Jordán, pág. 132). <<

[6] *Obra citada*, pág. 133. <<

[7] Benítez, *Anales de la Guerra del Paraguay*, I, pág. 138 (repr. por Horton Box, *Los orígenes…*, pág. 273. <<

Notas al Capítulo 25

[1] *Arch. Mitre*, II, pág. 87 <<

[2] *Arch. Mitre*, II, pág. 90. <<

[3] Beverina, *Guerra del Paraguay*, I, pág. 400. <<

[4] Rebaudi, *La declaración de Guerra del Paraguay*, pág. 162. <<

[5] *Ibidem*. <<

[6] Horton Box, *Los Orígenes…*, pág. 273. <<

[7] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 243. <<

[8] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 245 (el subrayado es mío). <<

[9] *Semanario*, de Asunción, 13-4-65 (en Rebaudi, *La declaración…*, pág. 247). <<

[10] Rebaudi, ob. cit., pág. 253. <<

[11] J. Victorica, *Urquiza y Mitre*, pág. 279. <<

[12] *Archivo General de la Nación*, Arch. Mitre (transcrip. por F. Chávez, *López Jordán*, pág. 134). Los subrayados son míos. <<

[13] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 270. <<

[14] C. Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, pág. 141. <<

[15] *Arch. Mitre*, II, pág. 94. <<

[16] *Id*. ant., II, pág. 95. <<

[17] *Id*. ant., II, pág. 99. <<

[18] *Id*. ant., II, págs. 101 y 106. <<

[19] *Id*. ant., II, pág. 106. <<

[20] *Id*. ant., II, pág. 114 (lo de *todos* debe ser errata). <<

Notas al Capítulo 26

[1] Maillefer, informe de 28 de enero de 1865. <<

[2] Maillefer, informe de 14 de febrero de 1865. <<

[3] Informe anterior. <<

[4] Informe anterior. <<

[5] Como es sobradamente sabido, los imperiales entraron en Buenos Aires el 20 de febrero de 1852, después de la batalla de Caseros. Así lo dice explícitamente, entre muchos, el general César Díaz, jefe de la división oriental. Se había fijado inicialmente el 8, después el 19, y más tarde el 20. Quiero creer (y así lo supongo en mi libro *La Caída de Rosas*) que Urquiza aceptó acompañar la entrada triunfal de los brasileños el día aniversario de Ituzaingó por una simple inadvertencia. Es preferible creerlo así… <<

Notas al Capítulo 27

[1] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 169. <<

[2] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 169. <<

[3] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 169. <<

[4] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 169. <<

[5] *Ibídem*, págs. 170 y sgts. <<

[6] *Ibídem*, págs. 170 y sgts. <<

[7] *Ibídem*, pág. 169. <<

[8] La noticia de la declaración de guerra fue ocultada por el gobierno, pero no impidió que se hiciera una gigantesca jugada de bolsa: quienes sabían de la guerra jugaron a la baja de los fondos públicos y al alza del oro. *El Nacional* del 11 denunció que se hicieron fortunas en la especulación; en el *Correo del Domingo* del 16, el ministro Elizalde aseguró seriamente que la especulación la habría hecho «el tirano López que quiso embolsarse unos miles». <<

[9] Thornton a Rusell, informe anterior. <<

[10] *Arch. Mitre*, I, pág. 299. <<

[11] Rebaudi, *La declaración…*, pág. 66. <<

[12] En Corrientes se dijo que el gobierno de Mitre puso el *25 de Mayo* para tentar a López. De este rumor se hace eco —aunque manifestándose contrario— el coronel Beverina, en su libro sobre la guerra del Paraguay. <<

[13] Urquiza a Mitre, 19-4-65 (*Arch. Mitre*, II, pág. 114). <<

Notas al Capítulo 28

[1] P. H. Box, *Los orígenes…*, pág. 254. <<

[2] J. Nabuco, *La guerra del Paraguay*, pág. 77. <<

[3] J. Nabuco, *La guerra…*, pág. 77. «En su oficio confidencial —dice este autor — en que da cuenta de las organizaciones para el tratado de alianza, dice Octaviano que todo estaba preparado para incorporar el Paraguay a la República Argentina en calidad de provincia», pág. 7, nota 2. <<

[4] En *La Caída de Rosas*, págs. 81 a 95, estudié el tratado de 1843, su rechazo y la índole del sistema «*americano*» de Rosas. <<

[5] En los despachos confidenciales de Thornton a Russell de abril y mayo de 1865, se encuentra que el ministro inglés tenía perfecto conocimiento del tratado «secreto», puesto que informa de sus cláusulas. Como también conoce lo ocurrido en la sesión «secreta» de ambas Cámaras del Congreso argentino donde quedó aprobado.

Con ponderación Thornton aplaude el rechazo argentino a la propuesta brasileña de incorporarse en el papel a Paraguay: «Tanto el Presidente Mitre como el señor Elizalde me han declarado… que ellos por el momento deseaban que el Paraguay fuese independiente, que no les convenía anexarse el Paraguay… que no estaban dispuestos a concertar ningún compromiso con el Brasil en ese sentido» (*Informe* del 24-4-1865). Al estudiar el tratado se ve que Thornton está entre bastidores, aunque oculto de Octaviano y que de él partió el rechazo del presente griego. <<

[6] En mayo de 1866 ocurrió un cómico episodio. Carlos de Castro, separado «por indiscreto» de su ministerio por órdenes expresas de Brasil, escribió a Russell quejándose por haber hecho público un tratado «confiado a su honor de caballero y funcionario». En una impagable nota y tratando de *os* a Russell, le dice: «Os adjunto mi renuncia para que el mundo juzgue la diferencia entre vos, primer ministro inglés de una gran Nación y yo, ciudadano de una República… Os invito a hacer lo que yo… Si os visteis apremiado por las exigencias del Parlamento, no era dudosa la conducta de un hombre de honor y de conciencia. El deber de Lord John Russell era caer, caer con honra». Ignoro la respuesta de Russell a Castro, si hubo alguna.

Lo curioso de este episodio, y que pasó inadvertido a Carlos de Castro, es que el texto publicado por Russell diciendo que le llegó por intermedio de Castro, era el texto *argentino*: pues habla de «la violación del territorio, tratados solemnes y usos internacionales de naciones civilizadas», palabras que no estaban —por innecesarias— en la copia oriental. <<

Notas al Capítulo 29

[1] J. Beverina, *La guerra del Paraguay* (resumen de la «Biblioteca del Suboficial», pág. 85). <<

[2] A. Rebaudi, *La declaración de guerra…*, págs. 47-60. <<

[3] También Emilio Mitre informa el 2 de julio del amotinamiento del «contingente» de San Luis (ambas en *Revista de la Biblioteca Nacional*, tomo XXI, número 52). <<

[4] *Arch. Mitre*, t. XXVI, pág. 199. <<

[5] *Rev. Bib. Nac.*, cit. ant. <<

[6] Transcripta por R. J. Cárcano, *La Guerra del Paraguay*, pág. 140. <<

[7] Chávez, *Vida y muerte…*, pág. 142. <<

[8] *Ibídem*. <<

[9] Beverina, *La guerra…*, pág. 92 <<

Notas al Capítulo 30

[1] Beverina, *La Guerra…*, (resumen), pág. 92. <<

[2] C. Pereyra, *Francisco Solano López…*, págs. 65 y sigtes. <<

[3] C. Pereyra, *id*., pág. 68. <<

[4] Arch. Urquiza, transcr. por F. Chávez, *Vida y Muerte…*, pág. 144. <<

[5] *Arch. Urquiza, id. ant*., pág. 146. <<

[6] *Ibídem*, pág. 147. <<

[7] *Ibídem*, pág. 149. <<

Notas al Capítulo 31

[1] J. Nabuco, *La Guerra del Paraguay*, pág. 152. <<

[2] *Ibídem*, pág. 142. <<

[3] *Ibídem*, pág. 146. <<

[4] A. Bray, *Solano López…*, pág. 209. <<

[5] León de Palleja, jefe oriental al servicio de la Triple Alianza, describe en su *Diario* «la incorporación de aquellos desdichados prisioneros para que clavaran la bayoneta en el pecho de sus hermanos» (págs. 103 y 181). Quienes se negaban a combatir eran torturados con el «cepo uruguayana», versión occidental del *cepo colombiano* que trituraba el cuerpo por la presión de dos fusiles colocados en la espalda y en las piernas, y unidos por un lazo. O remitidos a las plantaciones de café como esclavos. <<

Notas al Capítulo 32

[1] *Archivo Mitre*, T. XXVI, pág. 107. <<

[2] G. Garmendia, ob. cit. <<

[3] A. Zinny, *Historia de los gobernadores…*, (ed. Cult. Argentina), II, pág. 195. <<

[4] Transcr. por Bray, *Solano López…*, pág. 108. <<

[5] Carlos Martínez (Carlos D'Amico), *Buenos Aires, sus hombres y su política*, (ed. 1980), pág. 149. <<

[6] *Id*, ant., pág. 150. <<

[7] *Id*. ant., pág. 151. <<

[8] Transcr. por Bray, *Solano López…*, pág. 216. <<

[9] *Id*. ant., pág. 217. <<

[10] «¿Pero yo, qué hago aquí a las órdenes de un hombre que todo podrá ser menos general?» (Transcr. por L. A. de Herrera, *El Drama del 65*, pág. 54). <<

[11] «Cada vez estoy más persuadido de que Mitre no quiere acabar la guerra… creo que él podrá ser todo menos general», (*id*. anterior, pág. 54). <<

[12] *Id*. ant., pág. 54. <<

Notas al Capítulo 33

[1] General Tasso Fragosso, *Historia da guerra da Triple Alianza*, II, pág. 400. <<

[2] Francisco Seeber, *Cartas de la guerra del Paraguay*. <<

[3] Bray, *Solano López*, pág. 216. <<

[4] El texto del tratado se publicó en Londres, el 2 de marzo de 1866 en el *Libro Azul* británico. Era un golpe británico contra Brasil. Lo reprodujeron los diarios del mundo entero. En Buenos Aires *La América* reprodujo el texto íntegro en los nos. de 5 y 6 de mayo. Dirigían el diario Miguel Navarro Viola y Carlos Guido y Spano. <<

[5] *Id*., pág. 227. <<

[6] C. Pereyra, *Francisco Solano López…*, (ed. Bs. As.), pág. 90. <<

[7] C. Martínez (C. A. D'Amico), *Buenos Aires…*, pág. 151. <<

Notas al Capítulo 34

[1] J. Gómez a J. B. Alberdi, y éste a M. Terrero, 1-11-66 cit. por J. M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, pág. 728. <<

[2] Transcr. por F. Chávez, *Vida y Muerte…*, pág. 156. <<

[3] *Ibídem*, pág. 155. <<

[4] Carlos Juan Rodríguez, nieto de Victoriano Rodríguez, fusilado junto a Liniers en Cabeza de Tigre era maestro de San Luis, con prestigio de patriotismo y sensatez. Había acompañado al gobernador Lucero al acuerdo de San Nicolás; más tarde seria senador por San Luis. Emilio Castro Boedo, de las viejas familias salteñas de sus apellidos, es un curioso personaje que aguarda su biografía; eclesiástico politiquero, tomaría parte importante en la revolución salteña de 1864 contra la dinastía de los Uriburu, en San Juan conspiró contra el gobierno de Rojo, fue a la cárcel de Mendoza, donde lo libertarla la revolución de los colorados. Dejó los hábitos por la lanza de montonero y no volvió a la Iglesia Católica. Años después quiso fundar una religión reformada. <<

[5] A. Zinny, *Historia de los Gobernadores*, IV, pág. 201. <<

[6] Francisco Centeno en su estudio *Las Montoneras*, da como lugar de su nacimiento Valle Viejo, en Catamarca. Lo mismo R. R. Olmos, *Historia de Catamarca*, pág. 204. <<

[7] Un estudio en *La Nación* del 26-4-59, entre otras inexactitudes curiosas, afirma que Varela era chileno y tenía a sus órdenes «dos regimientos regulares de línea de Chile». No explica su autor por qué el gobierno de Mitre no llevó la guerra a Chile por la invasión efectuada por un coronel chileno con tropas regulares. Hubiera sido un motivo patriótico para guerrear a un vecino, más que el buscado contra Paraguay. Sospecho que *los dos regimientos de línea chilenos* fueron los dos batallones *Urquiza y Buenos Aires* formados con cuyanos y riojanos emigrados en Chile y posiblemente algunos *rotos*. <<

[8] Felipe Varela, *¡Viva la Unión Americana! Manifiesto del General Felipe Varela a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866-67*, (Potosí, enero de 1868). En la Biblioteca Nacional, nº 52 650.

Varela mandó agentes ante López para significarle su propósito de ayudar a

los paraguayos. <<

Notas al Capítulo 35

[1] En *La Nación* del 28-6-59 se niega el carácter social de la guerra de montoneras —expresada en la décima— con este lamentable raciocinio: «Atribuir la guerra de montoneras a ideologías reivindicatorias, como hoy se ensaya, es desfigurar los hechos, pues nuestro acaecer histórico está lleno de ejemplos del justo encumbramiento de hombres de modesto origen que alcanzaron las más altas funciones públicas». <<

[2] Mencionado estudio del 28-6-59. <<

[3] Véase, entre otros, Francisco Centeno, *Las Montoneras*: (en *Virutas Históricas II*), Ramón Rosa Olmos, *Historia de Catamarca*, pág. 204, y trabajos de Vega Díaz, Bazán, etc. <<

[4] Bando del 21-10-67, dictado por Varela en Tilcara (mencionado por el gobernador de Jujuy, Alvarado, al vicepresidente Paz en nota de 6-11-67). <<

[5] Repr. por F. Centeno, *Las Montoneras*, II, pág. 129. <<

[6] Taboada también poseía una banda de música, tomada en Catamarca. <<

[7] Comenta el mencionado artículo de *La Nación* del 23-6-59: «La batalla de Pozo de Vargas constituyó la reacción heroica de las provincias andinas, patrocinadas por el gobierno de Mitre, en su defensa contra los últimos bastiones de la barbarie».

Dolores Díaz, *La Tigra*, acompañó poco tiempo a la montonera porque tuvo la mala suerte de caer prisionera de Taboada. Fue a dar al *Bracho*, verdadero «campo de concentración» de Santiago del Estero. Nada más se sabe de ella. <<

Notas al Capítulo 36

[1] A. Zinny, *Historia de los Gobernadores*. III, pág. 200. <<

[2] Ob. cit., III, pág. 200. <<

[3] Luengo quedará preso en Córdoba hasta la revolución de febrero de 1868, que dirigirá —junto con Pío Achával— desde la cárcel. Después fugará a Entre Ríos, donde tomarla parte en la revolución de López Jordán contra Urquiza de abril de 1870. Fue uno de los autores materiales de la muerte del jefe del partido federal, contra quien tenía muchos agravios por el abandono que hizo de sus correligionarios. <<

[4] F. Varela, *Manifiesto a los pueblos de América*, Potosí, 1869. <<

[5] F. Centeno, *Las Montoneras*, II, pág, 74. <<

[6] Informe del gobernador Ovejero en la obra mencionada, II, pág, 80. <<

[7] Ob. cit., II, pág. 84. <<

[8] Ob. cit., II, pág. 101. <<

[9] Ob. cit., pág. 142. <<

[10] Informe del comandante Puch (F. Centeno, *Las Montoneras*. II, pág. 123). Estos «desahogos verbales» del montonero serían los solos padecimientos de los franciscanos, que en lo demás «fueron muy bien tratados en el campamento de Varela», dice Puch. <<

[11] En ese *Manifiesto*, Varela explica el propósito «americanista» de la revolución de 1866. Se proponía una «Alianza de las Repúblicas Americanas del Sur a fin de salvar a Paraguay y repeler las ambiciones de Brasil y de Europa». Dice allí que «las ambiciones de Brasil, apoyado por Mitre, dieron motivo a la guerra en el Uruguay y su consecuencia que fue la guerra del Paraguay». <<

[12] Los dispendios del gobierno mitrista por la guerra de montonera superaron lo gastado en Paraguay. En 1869 los gastos para sofocar las revoluciones provinciales fueron de $ 4 248 200,36 mientras los de la guerra del Paraguay alcanzaron a $ 3 647 952,50 (J. Natalicio González, *Cartas polémicas sobre la Guerra del Paraguay*).

La presidencia de Mitre no fue precisamente una administración de orden. Fuera de la guerra con Paraguay (según testimonio del senador mitrista Nicasio Oroño), «desde junio de 1862 hasta igual mes de 1868, hablan ocurrido en las provincias [argentinas] 117 revoluciones y 91 combates» (J. N. Matienzo, *El Gobierno Representativo Federal*, pág. 130). <<

Notas al Capítulo 37

[1] C. Pereyra, *Francisco Solano López…*, pág. 81. <<

[2] *Ibídem.*, pág. 97. <<

[3] Véanse capítulos anteriores. <<

[4] *Arengas*, I, pág. 277 (ed. *La Nación*). <<

[5] C. Pereyra, *Francisco Solano López…*, pág. 96. Elizalde estaba casado con una hija de Pereyra Leal. <<

[6] Natalicio Talavera, *La guerra del Paraguay*, correspondencia a *La Semana*, del 27-10-66. <<

[7] C. Pereyra, ob. cit., pág. 99. <<

[8] A. Bray, ob. cit., pág. 240. <<

[9] N. Talavera, *La guerra…*, y A. Bray, *Solano López…*, pág. 239. <<

Notas al Capítulo 38

[1] Arturo Bray, *Solano López…*, pág. 240. <<

[2] La frase es de Bray, en ob. cit. <<

[3] Publicado en el *Harper's Magazine*, de Nueva York, y reproducido por Bray en *Solano López…*, pág. 257. <<

[4] *Ibidem*, pág. 257. <<

[5] Muchos fueron los acusados de beneficiarse con la continuación de la guerra. No escaparon los proveedores argentinos: Urquiza, que daba la carne, y Anacarsis Lanús los demás alimentos. Los diarios porteños, fuera de los oficialistas, hacían el cargo a los brasileños de compartir el beneficio con los proveedores. <<

Notas al Capítulo 39

[1] A. Bray, *Solano López…*, pág. 268 <<

[2] *Ibidem*. <<

[3] *Ibidem*. <<

[4] Bray, *Solano López…*, pág. 210. <<

[5] Sarmiento a M. R. García, 12-10-69 (cit. por L. A. de Herrera, *El Drama del 65*, pág. 87). <<

[6] Id. a Id. 30-12-69 (En *ibidem*). <<

[7] Hace algunos años se cambió el nombre de la *avenida Sarmiento*, llamándosela *avenida Residenta*. <<

[8] A. Bray, *Solano López…*, pág. 216. <<

[9] *Arch. Gen. de la Nac.* Bs. As. Correspondencia Rosas-Roxas y Patrón vol. 1867-1870, carta del 17-2-69. Atención que debo a R. Ortega Peña y L. Duhalde. <<

Notas al Capítulo 40

[1] Este cargo lo niega el brasileño Jourdan, para quien los brasileños representan la civilización y los paraguayos la barbarie. Carlos Pereyra acepta: «Bien. Pero la civilización tenía hambre, y hacía lo que la barbarie en esos casos». (*F. S. López…*, pág. 130, ed. 1945). <<

[2] Ignacio Ibarra, en *La Democracia* de Asunción, 1 de marzo de 1885 (repr. en la recopilación *Juicios contra el Mariscal Solano López*, Asunción, 1926). <<

[3] Relato del Cnel. Silvestre Aveiro, en la recopilación citada. <<

[4] A. Bray, *Solano López…*, pág. 278. <<

[5] Hay polémicas sobre esta frase. Según el coronel Aveiro (que consiguió salvarse de la masacre), López habría dicho: «Muero, espada en mano, por mi patria»; algo semejante dice el coronel brasileño Silva Tavares. La versión del texto es la transmitida en el parte del General Cámara, generalmente aceptada. <<

[6] Hay diversos relatos de estos episodios. He tratado de ceñirme a los informes de testigos.

El general Cámara (premiado por su valentía, el 1 de marzo, con el título viril de vizconde de Pelotas), niega haber ordenado el asesinato de López, «que exhaló el último suspiro mientras el soldado lo desarmaba». Los coroneles Aveiro y Silva Tavares mencionan el orden de fuego de Pelotas. <<

[7] La partida que apresó a Elisa Lynch y mató a Panchito era mandada por el entonces mayor Floriano Peixoto, años después Presidente del Brasil. Ignoro si el incidente con el hijo de López lo tuvo Peixoto o un soldado. <<

[8] El gobierno del general Perón lo devolvió a Paraguay en 1954. El espadín de oro quedó en Brasil. <<

Notas al Capítulo 41

[1] Esta ley fue redactada por Jorge Isaacs, cuya firma se lee a su pie como secretario del Senado. <<

[2] La polémica ha sido editada en 1940 por la editorial Guarania con el título *Cartas polémicas sobre la guerra del Paraguay*. <<

[3] Ernesto Quesada, «Los tratados argentino paraguayos. Historia secreta de la negociación», en revista *Estudios*, I, año 1901). <<

[4] L. A. de Herrera *El Drama del 65*, pág. 62. <<

[5] *Cartas polémicas…*, 1ª carta. <<

[6] *La Nación* Nº 3080 (cit. por Quesada *Los tratados…*, pág. 327). <<

[7] Rió Branco habló con Sarmiento, en gabinete pleno y en audiencia privada, para que defendiese el tratado de la Triple Alianza contra su ministro Varela, y lo convenció fácilmente; Sarmiento había escrito el 1 de abril de 1868 su conocida carta a la viuda de Mann donde soñaba formar «con emigrados de California una colonia en el Chaco que puede ser el origen de un territorio, y un día de un estado yanqui (con idioma y todo)», y no iba a renunciar al Chaco por una política hispanomericanista. <<

[8] Citado por Quesada, *Los tratados…*, pág. 327. <<

Notas al Capítulo 42

[1] El mismo día escribía Sarmiento a Mrs. Mann sobre la muerte de López: «No crea que soy cruel. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana». <<

[2] Transcr. por Quesada *Los tratados…*, I, pág. 77, nota 2. <<

[3] La verdad era que los brasileños no encontraban fieles servidores entre los paraguayos, ni siquiera entre los *legionarios*. Obligados a obedecer y callar, hacían señales desesperadas a los argentinos para que los ayudasen a salir de su desairada posición. Pero éstos no se daban por enterados. En momentos en que el Imperio colocaba sus mejores diplomáticos —Rió Branco, Cotegipe, Jobim, Leal— en Asunción, la Argentina apenas tenía funcionarios consulares *de carrera* (es decir burócratas). No se encontraba un diplomático de mediano prestigio que quisiese residir permenentemente en Asunción. <<

[4] E. D. Parodi *La Prensa* (en *Revista del Paraguay*. I. 198), cit. por Quesada *Los tratados…*, I, pág. 123. <<

[5] R. Moniz Barreto *Elogio histórico do visconde de Rió Branco*, pág. 57. <<

[6] Quesada, *Los tratados…*, I, pág. 77. <<

[7] Digno sucesor de Rió Branco, el barón de Cotegipe era otro de los grandes diplomáticos del Imperio. Nada hacía sospechar en su aspecto de *moleque* de nariz gruesa y aplastada, boca grande de labios espesos, cejas tupidas, corta mota y piel cobriza, al diplomático espiritual y fino, de hondísima cultura, gran versación en el derecho y la historia de su país, y sobre todo excelente conocedor de hombres. Cotegipe, como el vizconde de Jequitinhonha y el senador Assis Mascaranhas pertenecía a esa aristocracia de color, hijos de riquísimos fazendeiros y esclavas africanas, que el Imperio, con toda justicia, llevó a los primeros rangos de la conducción política. <<

[8] Tejedor había ofrecido el cargo a Mitre, entendiendo que nadie podía desempeñarlo mejor que el firmante de la Triple Alianza. Pero Mitre no aceptó «por circunstancias y deberes particulares, que se ligan a mis medios de vida, [y] me impiden ausentarme de Buenos Aires al menos por un tiempo» (estaba atareado en la fundación de *La Nación*, cuyo primer número apareció en enero de 1870). Indicó a su joven correligionario Quintana, que se destacaba en el Congreso

como un brillante parlamentario de la oposición: «Cuando Tejedor lo propone como ministro, el presidente se niega a nombrarlo; Tejedor insiste e insinúa que para él será cuestión de cartera; Sarmiento cede a condición de no tener que entenderse con Quintana (que había dicho cosas muy duras en el Senado). Cuando propone la misión a Quintana, éste la rehúsa categóricamente, y Quintana cede a condición de no tener que entenderse para nada con Sarmiento» (papeles de José E. Viale, inéditos, cit. por Cárcano *La guerra…*, III, pág. 445). <<

[9] Ernesto Quesada *Los tratados…*, I, pág. 56. Quintana llevaba un guardarropa impresionante para desempeñar sus funciones diplomáticas en Paraguay ese verano de 1870-71. Juan Silvano Godoy en papeles inéditos citados por Cárcano (*Guerra*, etc., III, pág. 502) dice que cambiaba de traje tres veces al día, presentándose a la mañana «con traje de saco en que todo, hasta el sombrero, era de vicuña; para el almuerzo se ponía *jaquet* de fantasía con media galera, y para la comida levita negra y sombrero de felpa». Así lo iba a visitar al presidente Rivarola que lo recibía en el corredor del palacio presidencial lavándose los pies en una palangana. <<

[10] Quesada *Los tratados…*, I, pág. 326. <<

[11] *Ibídem*. <<

[12] *Ibídem* <<

[13] *Ibídem* <<

[14] Esta salida de efecto perdió arrogancia porque el buque de guerra argentino —el *Espora*— que debía llevarlo, quedó varado a la salida de Asunción. Cotegipe le mandó ofrecer el más cómodo de su escuadrilla —el *Vizconde de Rió Branco*— que Quintana rehusó, pero después de estar tres días en el río, quemado por el sol durante el día y picado por los mosquitos en la noche, acabó por aceptar. En el buque de guerra brasileño con la bandera imperial al tope, llegó a Buenos Aires imperturbable «después de haber arrojado a Brasil la flecha del parto» como dirían los diarios porteños. El viaje en el *Vizconde de Rió Branco* fue recibido con alegría por la comitiva de Quintana. En el *Espora* tenían que dormir al raso —dice Juan Silvano Godoy— y «desde ese momento ocupamos confortables camarotes» con víveres frescos y vinos generosos ofrecidos en abundancia por el Imperio. (Cárcano, ob. cit., III, pág. 502). <<

[15] Quesada, ob. cit., I, pág. 334 (nota). <<

[16] L. A. de Herrera *El Drama del 65*, pág. 70 <<

[17] Quesada, ob. cit., I, pág. 336. <<

[18] Se calculaba en 200 millones de patacones según Quesada. En 1892 el cálculo había ascendido a 300 millones de libras esterlinas. <<

[19] *Archivo Mitre*, XXVIII, pág 11. <<

[20] Quesada, ob. cit., I, pág. 337; Cárcano, ob. cit. <<

[21] *Archivo Mitre*, XXVIII, 18, Traducción: «… es una realidad la celebración del tratado entre el Imperio y Paraguay. Ni levemente fueron ofendidos los intereses presentes y futuros de la R. Argentina. Brasil no faltó a la fe pública y a sus compromisos. Hice lo que era humanamente posible para evitar que se alterasen las buenas relaciones. Siendo que el tratado no merezca la aprobación de V. E.». <<

[22] *Archivo Mitre*, XXVIII, pág. 31. <<

[23] Sarmiento escribió el 16 de febrero a M. R. García, ministro de los EE.UU.: «Tal es la situación que ha creado el tratado Cotegipe, que nos llevará a la guerra inevitablemente o a dejar al Paraguay provincia brasileña; a la que se agregará por los mismos, días más tarde la Banda Oriental y no tardarán en seguirlas Entre Ríos y Corrientes».

En la Banda Oriental se desenvolvía la formidable insurrección de Timoteo Aparicio, y en Entre Ríos había estallado el año anterior la de Ricardo López Jordán. <<

Notas al Capítulo 43

[1] *Archivo Mitre*, XXVIII, pág. 48. <<

[2] *Ibídem*, pág. 62. <<

[3] *Ibídem*, pág. 69. <<

[4] *Ibídem*, pág. 70. <<

[5] *Ibídem*, pág. 11. <<

[6] *Ibídem*, pág. 165. <<

[7] Cárcano, *Guerra del Paraguay*, III, págs. 701-717. <<

[8] *Archivo Mitre*, pág. 205. <<

[9] Sinforiano Alcorta *Revista del Paraguay* tomo 1.º; transcr. por Quesada *Los tratados…*, I, pág. 337 (en nota). De la escena no puede dudarse porque *La Nación* lo confirmaría en abril de 1885: «Lo referido —dijo— está apoyado en documentos» (Quesada). <<

[10] Cárcano *Guerra del Paraguay*, III, pág. 750. <<

[11] *Ibídem*. <<

[12] Mitre viajó a Buenos Aires en agosto en un intento de convencer a Tejedor de que lo esencial era mantener la amistad brasileña, y «las tierras desiertas estaban después». Como no pudo hacerlo, presentó su renuncia. (E. Quesada *Los tratados…*, II, pág. 445). <<

Notas al Capítulo 44

[1] Juan Bautista Gill no era tampoco el hombre de Brasil que suponían los brasileños. Simplemente jugaba a la carta brasileña para conseguir la presidencia, mientras hacía a Buenos Aires las desesperadas e inadvertidas señales de sus antecesores. Inadvertidas para nuestros diplomáticos, pero captadas por los brasileños. Como Rivarola, moriría asesinado misteriosamente. <<

[2] E. Quesada, *Los tratados…*, II, pág. 349. <<

[3] Sobre este curioso lance han escrito tanto Sosa, *Negociaciones Diplomáticas entre Brasil, República Argentina y el Paraguay*. (Bs. As., 1875), como Sinforiano Alcorta, *Antecedentes Históricos Sobre los Tratados con el Paraguay*, Bs. As., 1885. Alcorta, no obstante su rango inferior de cónsul es, sin duda alguna, el diplomático argentino con mayor visión de las cosas. <<

[4] S. Alcorta, *Antecedentes Históricos…*, pág. 11. <<

[5] J. Sosa, *Negociaciones Diplomáticas…*, pág 63. <<

[6] *Ibídem*. <<

[7] S. Alcorta, *Antecedentes Históricos…*, pág. 107. <<

[8] Quesada, *Los tratados*…, II, pág. 445. Fue lamentable el destino del joven Sosa. Con el dicterio de *traidor* que los brasileños obligaron a endilgarle a su gobierno, debió escapar de Rió de Janeiro pues se había solicitado su extradición. Como carecía de fortuna particular y —por supuesto— Brasil no le dio más dinero después de su «traición», llegarla a Buenos Aires en el más completo desamparo. A nuestro gobierno no se le ocurrió que tenía una deuda con el paraguayo. Acabarla casi en la indigencia con un modesto cargo en el correo de Buenos Aires. <<

[9] Sinforiano Alcorta reclamó por el rechazo al ministro de Relaciones Exteriores Machain: «Nadie tiene la culpa de lo ocurrido sino ustedes los argentinos —le dijo el Canciller paraguayo— porque se han dormido sobre los laureles. Han obtenido un triunfo diplomático en Río de Janeiro, pero por su culpa se les convirtió en derrota. ¿No fue Ud. mismo quien me aseguró que yo sería el primero en recibir los tratados?… Y, antes que nosotros los tuviéramos para aprobarlos, ya tenía una copia Leal para impedirnos aprobarlos». «Basta, Dr. —le contestó Alcorta—, tiene Ud. toda la razón del mundo; pero de cualquier manera

no debieron aceptar la calificación de traidor para un hombre eminente y aún solicitar su extradición al gobierno brasileño». «Realmente esta exigencia del señor Leal —replicó Machain— era exorbitante, pero ¿qué podíamos hacer? ¡Ay amigo! ¡Cuánto nos hacen sufrir los descuidos de ustedes!» (S. Alcorta, *Antecedentes Históricos…*, pág. 129). <<

[10] «Rocha contó a Cavia lo que acababa de sucederle (que no se le dejaba entrar en la Casa de Gobierno) pidiéndole que fuera en su nombre a desafiar al presidente Gill. Cavia se opuso y le dijo que era mejor que se retirara a su hotel. Fue a ver a Gill quien estaba convencido de que Rocha se estaba burlando de él». ¡Todos sabían, menos el comisario argentino, que el presidente paraguayo no era dueño de sus actos! (S. Alcorta, *Antecedentes Históricos…*, pág. 132). <<

Notas al Capítulo 45

[1] J. Nabuco, *La guerra del Paraguay*, pág. 350. <<

[2] E. Quesada, *Los tratados…*, II, págs. 506 y siguientes. <<